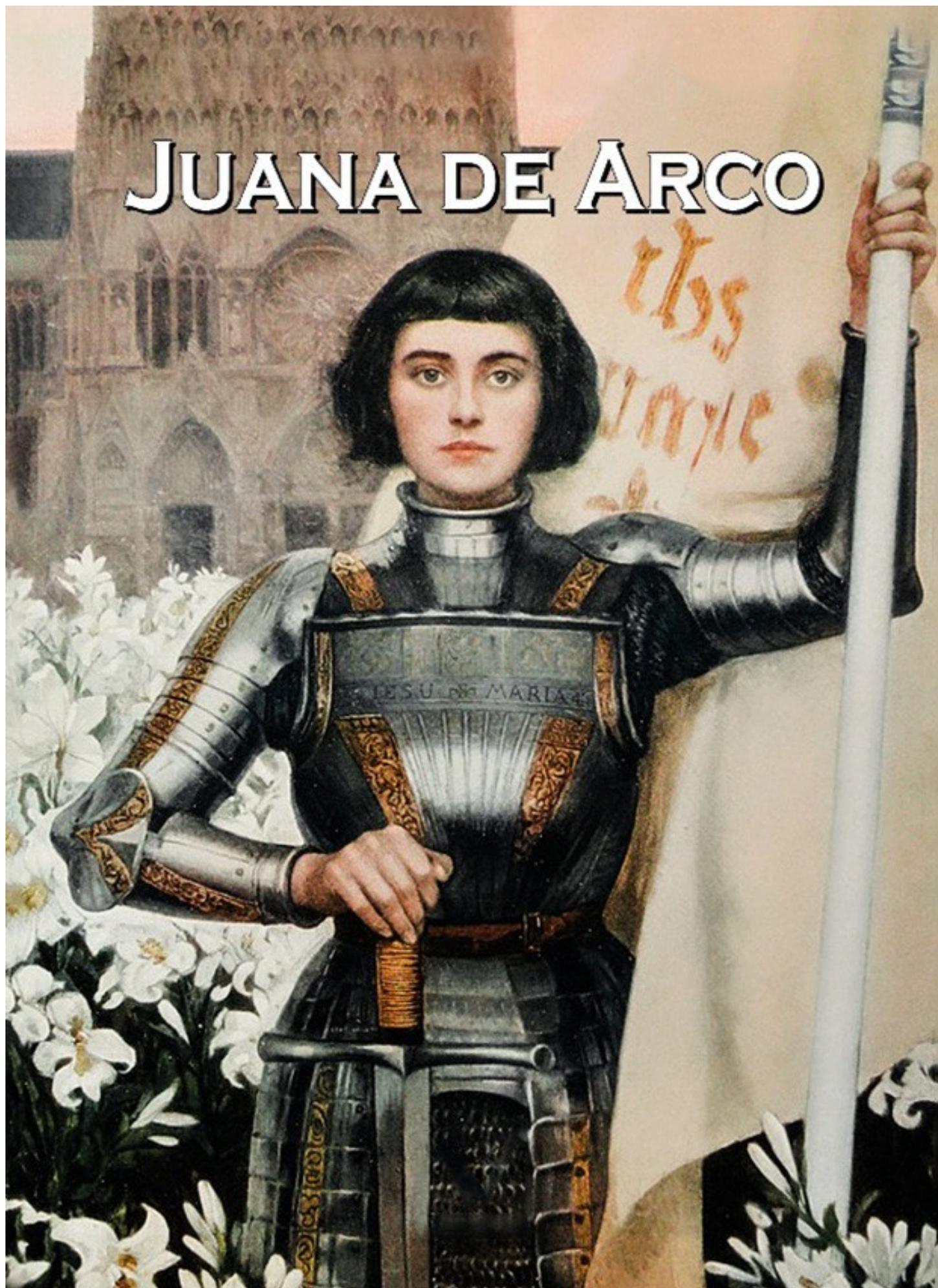




JUANA DE ARCO



Leon Denis.

JUANA DE ARCO, MÉDIUM.

**VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE LA DONCELLA DE ORLEÁNS, QUÉ ERAN
SUS VOCES VISIONES PREMONICIONES Y MENSAJES.**

Traducido del francés por:

Alberto Giordano.

En esta Editora creada para velar por las obras de la Codificación Espirita, realizada por Allan Kardec, así como por las subsidiarias de aquéllas, sus integrantes no perciben retribución alguna por sus tareas en ella, pues no son su medio de vida, y las cumplen con vocación de servicio y sentido de militancia espiritas.

La época de las aspiraciones inciertas y de las vagas esperanzas ha pasado. No se trata ya de los ensueños de un misticismo enfermizo ni de los mitos creados por las creencias supersticiosas, es la realidad misma la que aparece, la viril afirmación de las almas que abandonaron la Tierra y que se comunican con nosotros. Victoriosas de la muerte, se ciernen en la luz, por encima de este mundo, al que siguen y guían en medio de sus perpetuas transformaciones.

Léon Denis.

Después de la Muerte.

.

ÍNDICE.

[Inicio](#) 1.

[NOTICIA](#) PRELIMINAR 3.

[Introducción](#) 4.

PRIMERA PARTE.

VIDA Y MEDIUMNIDAD DE JUANA DE ARCO.

[Capítulo 1](#), Domremy 12.

[Capítulo 2](#), La situación en 1429 15.

[Capítulo 3](#), Infancia de Juana de Arco 16.

[Capítulo 4](#), Mediumnidad de Juana de Arco. - qué eran sus voces.

fenómenos análogos, antiguos y recientes 20.

[Capítulo 5](#), Vaucouleurs 42.

[Capítulo 6](#), Chinón, Poitiers, Tours 49.

[Capítulo 7](#), Orleáns 55.

[Capítulo 8](#), Reims 61.

[Capítulo 9](#), Compiégne 66.

[Capítulo 10](#), Ruán: la prisión 70.

[Capítulo 11](#), Ruan: el proceso 73.

[Capítulo 12](#), Ruán: el suplicio 87.

SEGUNDA PARTE.

LAS MISIONES DE JUANA DE ARCO.

[Capítulo 13](#), Juana de arco y la idea de patria 92.

[Capítulo 14](#), Juana. de arco y la idea de humanidad 99.

[Capítulo 15](#), Juana de arco y la idea de religión 102.

[Capítulo 16](#), Juana de arco y el ideal céltico 117.

[Capítulo 17](#), Juana de arco y el espiritualismo moderno. - las misiones de Juana 129.

*** [Mensaje de Juana](#) 140.-

[Capítulo 18](#), Retrato y carácter de Juana de arco 142.

[Capítulo 19](#), El genio militar de Juana de arco 152.

[Capítulo 20](#), Juana de arco en el siglo 20. -sus admiradores y detractores 162.

[Capítulo 21](#), Juana de arco en el extranjero 175.

[Conclusiones](#) 180.

[F I N](#) 182

[\[Ir a ÍNDICE\]](#)

.

NOTICIA PRELIMINAR.

Hacia 1877, comenzó León Denis a tratar en sus conferencias el tema que en este libro le ocupa. Y casi veinte años más tarde, en 1896, en Agen, y El Havre, da a conocer, también desde la tribuna, su tesis acerca de la misión de la Doncella de Orleáns, en tres importantes disertaciones: "Juana de Arco, su Vida, Proceso y Muerte", "Juana de Arco, sus Voces" y "Juana de Arco y el Espiritualismo Moderno". A las cuales siguieron "Juana de Arco en Turena" y "El Papel de la Mediumnidad en-la Historia".

Con todos esos materiales, arquitectura el presente libro, cuya interpretación de Juana difiere de la que han expuesto los autores católicos -que la juzgan santa y visionaria- , como de la de los materialistas -que la conceptúan meramente una histórica-. No ha de extrañar, pues, que los escritores de filiación religiosa desaprobaban el libro de León Denis, cuando se dio a publicidad con su primitivo título: La Verdad sobre Juana de Arco.

Tuvo ya el definitivo al reeditarse en 1912, y fue el de Juana de Arco, Médium. En tal ocasión, el decano de la Facultad de Letras de Clermont-Ferrand, señor Desdevizes du Désert, publicó en febrero de ese año, en Le Lien, un comentario favorable sobre la obra.

Al concluir la primera gran guerra, León Denis recibió una carta de sir Arthur Conan Doyle, en la que le pedía su autorización para traducir al inglés el libro, que le había impresionado sobremanera. Naturalmente, nuestro autor accedió, de manera que en abril de 1924, apareció la versión, titulada, The Mystery of Joan of Arc, [El Misterio de Juana de Arco], Y costó trabajo a Conan Doyle persuadir a Denis a que aceptase los beneficios que la edición rendía, pues éste —dice Gastón Luce en un libro suyo, que la Editorial Víctor Hugo, de Buenos Aires, publicó en 1959, con el título de León Denis, el Apóstol del Espiritismo- "había adoptado por norma el no percibir dinero alguno por su tarea de escritor". Existe también una traducción al portugués, debida a Guillón Ribeiro, Río, 1932.

El mismo Gastón Luce, ha expresado al respecto de la obra ya mencionada:

"Al escribir este libro resplandeciente de fe espiritista, León Denis, sólo se propuso una finalidad, y es la de valerse del testimonio histórico para reconstruir en su verdadera fisonomía, la imagen sublime de la Santa de nuestra patria. Debemos pues, a su tan humana cuanto comprensiva y experimentada filosofía, una obra de penetración y belleza tales que no serán superadas con facilidad". [El traductor].

[\[Ir a ÍNDICE\]](#)

INTRODUCCIÓN.

Nunca la memoria de Juana de Arco ha sido objeto de controversias tan apasionadas y ardientes como las que hace algunos años se suscitaron en torno de esta gran figura del pasado. Mientras que por una parte, exaltándola, se intentaba monopolizarla y encerrar su personalidad dentro del paraíso católico, por la otra, mediante una táctica ora brutal, con Thalamas y Henri Bérenger, ora hábil y científica, además de secundada por un talento sin par, con Anatole France, se esforzaban por menoscabar su prestigio y reducir su misión a las dimensiones de un mero hecho episódico.

¿Dónde hallaremos la verdad acerca del papel de Juana en la historia? En nuestro sentir, no reside ni en los ensueños místicos de los hombres de fe ni en los argumentos vulgares de los críticos positivistas. Ni unos ni otros parecen poseer el hilo conductor que permita orientarse en medio de los hechos constitutivos de la trama de aquella existencia extraordinaria. Para penetrar el misterio de Juana de Arco creemos necesario que se estudien y practiquen largamente las ciencias psíquicas. Es menester haber sondado los hondones del Mundo Invisible, del océano de vida que nos circunda, del que salimos todos al nacer y en el cual volvemos a sumergirnos con la muerte.

¿Cómo podrían comprender a Juana esos escritores cuya mente no se ha elevado jamás por encima del círculo de las contingencias terrenas, del estrecho horizonte de un mundo inferior y material; que no han abordado nunca las perspectivas del Más Allá?

De cincuenta años a esta parte todo un conjunto de hechos, manifestaciones y descubrimientos traen nueva luz sobre esos amplios aspectos de la vida, en todo tiempo presentidos pero acerca de los cuales sólo teníamos hasta ahora datos vagos e inciertos. Merced a una observación atenta y experimentación metódica de los fenómenos psíquicos, una ciencia vasta y poderosa se va integrando poco a poco.

El Universo se nos muestra como depósito de fuerzas ignotas, de energías innumerables. Un infinito que produce vértigo aparece ante el pensamiento, un infinito de realidad, formas y poderes vitales que se sustraían a nuestros sentidos y algunas de cuyas manifestaciones han podido medirse con gran precisión, valiéndose de aparatos registradores.

La noción de lo sobrenatural se desmorona, pues de la inmensa Naturaleza vemos crecer incesantemente los límites de su dominio, revelándose la posibilidad de una vida orgánica invisible, más rica e intensa que la de los humanos, regida por leyes imponentes. En infinidad de casos esa vida se mezcla con la nuestra, e influye sobre esta última para bien o mal.

Los más de los fenómenos del pasado, que se afirman en nombre de la fe, al paso que en nombre de la razón se niegan, podrán de hoy en adelante, recibir una explicación lógica y científica. Los extraordinarios hechos que caracterizan a la existencia de la Virgen de Orleáns son de esta especie. Tan sólo su estudio, que el conocimiento de fenómenos idénticos observados, clasificados y registrados en la actualidad facilita, es capaz de explicarnos la naturaleza y la intervención de fuerzas que en ella y a su alrededor, actuaban y que orientaron su vida hacia un noble objetivo.

. . .

Los historiadores del siglo 19, Michelet y Wallon, Quéicherat y Henri Martin, Simeón Luce y Joseph Fabre, Vallet de Viriville y Lanéry d'Arc, han estado contestos en exaltar a Juana y ver en ella a una heroína de genio, una especie de mecías nacional.

Sólo en el siglo 20, se hace oír el reparo crítico y es a veces violento. Thalamas, profesor adjunto de la Universidad, ¿ha llegado realmente a tratar a la Heroína de "ribalda", conforme le acusan ciertos periódicos católicos? El mismo lo niega, y en la obra que ha publicado no se sale de los límites de una crítica honesta y cortes. Su punto de vista es el de los partidarios del materialismo. Dice:

No corresponde a nosotros, que consideramos al genio como una neurosis, reprochar a Juana el haber objetivado en santas las voces de su propia conciencia (Thalamas, Juana de Arco; La Historia y la Leyenda, página 41, Edición, Paclot y Compañía.

No obstante, en sus conferencias a través de Francia ha sido más categórico. En Tours, hablando el 29 de abril de 1905, con el auspicio de la Liga de la Enseñanza, nos recordaba la opinión sobre Juana de Arco, sustentada por el profesor Robin, de Cempuis, uno de sus maestros, el cual creía que Juana no había existido nunca y que su historia sólo constituía un mito. En cuanto a Thalamas, un poco forzado quizá, reconoce de todo punto, la realidad de esta vida, pero se declara contra las fuentes en que los panegiristas de la Doncella bebieron. Se ingenia para empequeñecer su papel sin que por ello se rebaje hasta injuriarla. A su ver, Juana no hubiera hecho nada por sí propia, o muy poca cosa. Cupo a los orleaneses, por ejemplo, el mérito de su liberación. ¹ .

Henri Bérenger y otros escritores, han abundado en igual sentido, y la misma enseñanza oficial parece haberse impregnado en cierta medida de sus opiniones. En los manuales de las escuelas primarias francesas se eliminó de la historia de Juana, todo lo que tuviera un tinte espiritualista. No son ya "sus voces", sino siempre "la voz de la conciencia" la que la guía. Conforme se verá, la diferencia salta a la vista.

No va tan lejos Anatole France, en sus dos volúmenes -obra de arte y de inteligencia-. No puede dejar de reconocer la realidad de las visiones y voces de la Doncella. Alumno de la École des Chartes², está muy bien documentado para atreverse a negar lo evidente. Su obra es fiel reconstrucción de la época: la fisonomía de las ciudades, paisajes y hombres de entonces han sido allí pintados por mano maestra, con una habilidad y pureza de toques que recuerdan a Renan. Sin embargo, la lectura de su libro, nos deja indiferentes y desilusionados. Sus juicios son a veces falseados por el espíritu de partido y, lo que es más grave aún, a través de sus páginas sentimos pasar una ironía sutil y penetrante que no corresponde a la historia.

En realidad, el juez imparcial debe comprobar que a Juana, a quien los católicos exaltan, la rebajan los librepensadores mucho menos por odio que por ánimo de contradecir y oponerse a los primeros. Zamarreada en ambos sentidos, la Heroína se toma de esta manera en una especie de juguete en manos de los partidos. Y tanto en las apreciaciones de los unos como en las de los otros, ha habido exceso, porque, como por regla general ocurre, la verdad sé halla entre los dos extremos.

El punto esencial de la cuestión, es la existencia de fuerzas ocultas que los materialistas ignoran, de poderes invisibles, no sobrenaturales y milagrosos, como ellos lo pretenden, sino pertenecientes a dominios de la Naturaleza que tales materialistas no han explorado. De ahí su impotencia para comprender la obra de Juana y los medios con ayuda de los cuales le fue posible llevarla a efecto.

Esos materialistas no han sabido medir la inmensidad de los obstáculos que ante la Heroína se erguían. ¡Pobre niña de dieciocho años, hija de humildes aldeanos, sin instrucción, puesto que no sabía jota -dice la Crónica-, tiene en contra de ella a su propia familia, la opinión pública y el mundo entero!

¿Qué hubiera hecho, pues, sin la inspiración y la visión del Más Allá que la sostenían?

Representaos a aquella muchacha de los campos en presencia de los grandes señores, de las señoronas y prelados. En la corte como en los campamentos, en todas partes mera plebeya proveniente del fondo de las campiñas, desconocedora de las cosas de la guerra, con su acento defectuoso, debe afrontar los prejuicios de rango y nacimiento, el orgullo de casta y, más tarde, las zumbas de los combatientes, habituados a despreciar a la mujer y sin poder admitir que una de éstas los comande y dirija. Sumad a ello la desconfianza de los clérigos, que en aquella época veían, en cuanto fuese anormal, la intervención del demonio. Estos últimos

no le perdonarán que obre prescindiendo de ellos y de su autoridad, lo cual será, por sobre todo, la causa de su perdición.

Imaginad la curiosidad malsana de todos y en particular de los soldadotes, en medio de quienes -virgen sin mácula- ha de vivir de continuo, soportar las fatigas, las penosas cabalgatas, el peso abrumador de una armadura de hierro, dormir en el suelo, bajo la tienda, en las largas noches en que acampaban, con los desvelos y preocupaciones agobiadores de su ardua tarea.

En el curso de su corta carrera superará todos los obstáculos, y de un pueblo dividido y desgarrado en mil facciones, desmoralizado y extenuado por el hambre, la peste y cuantas otras miserias son consecuencia de una guerra que durará cerca de cien años, Juana hará una nación victoriosa.

Ved aquí lo que algunos escritores de talento pero ciegos, afectados de una ceguera psíquica y moral que es la peor de las enfermedades del intelecto, han intentado explicar por medios puramente materiales y terrestres. ¡Flacas explicaciones y argucias cojas, que no resisten la prueba de los hechos! ¡Pobres almas miopes, almas nocturnas a las cuales las luces del Más Allá encandilan y turban! A ellas se puede aplicar la sentencia de un pensador que dice así: "Lo que saben es sólo una nonada, y con lo que ignoran se crearía el Universo".

Una cosa deplorable hay, y es que ciertos críticos de nuestro tiempo, experimentan la necesidad de estimar en menos, de empequeñecer y extinguir con furia todo lo que sea grande, cuanto se eleve por sobre su incapacidad moral. A cualquier parte donde un foco brille y se encienda una llama, les veréis acudir y verter un diluvio de agua helada sobre aquel rayo de luz, sobre esa antorcha.

¡Ah, cuán magnífica lección les da Juana -dentro de su ignorancia- de las cosas humanas, pero con su profunda visión psíquica - con las palabras que dirigía a los examinadores de Poitiers, y que tan adecuadas son para los escépticos modernos, los espíritus mezquinos de nuestro tiempo!:

"Leo, decía, en un libro donde hay más cosas que en los vuestros".

Aprended también vosotros a leer en él, señores contradictores, y a conocer estos problemas. Hecho lo cual podréis hablar con un poco más de autoridad acerca de Juana y de su obra.

Es preciso que veáis pasar las almas de las naciones y de los héroes a través de las grandes escenas de la historia. Y si sabéis amarlas, acudirán ellas a vosotros y os inspirarán. Tal el secreto del espíritu de la historia, lo que ha hecho a los escritores poderosos, como Michelet, Henri Martin, y otros, que comprendieron el genio de las razas y épocas; de ahí que corra

por sus páginas el soplo del Más Allá.

En lo que hace a los otros -Anatole France, Lavissee, y sus colaboradores-, aparecen secos y fríos a despecho de su talento, porque no conocen ni comprenden la comunión eterna que fecunda al alma por el alma. Dicha comunión sigue siendo el secreto de los grandes artistas, pensadores y poetas. Fuera de ella no hay obra imperecedera.

. . .

Abundante venero de inspiración, mana del Mundo Invisible sobre la humanidad, y estrechos lazos subsisten entre vivientes y desaparecidos. Todas las almas se hallan unidas por hilos misteriosos, y ya en la Tierra vibran las más sensibles al ritmo de la vida universal. No otro ha sido el caso de nuestra Heroína.

Puede la crítica ofender su memoria, pero en balde habrán de ser sus esfuerzos en tal sentido.

La existencia de la Virgen lorenesa, como la de todos los grandes predestinados, se halla grabada en el granito eterno de la historia, de manera que nada podrá debilitar sus rasgos, porque es de las que muestran con mayor evidencia, a través de la oleada tumultuosa de los acontecimientos, la mano soberana que guía al mundo.

Para captar el sentido de esta existencia y comprender el poder que la dirige, hay que elevarse hasta la ley superior e inmanente que preside el destino de las naciones. Por encima de las contingencias terrenales, y de la confusión de los hechos producidos por la libertad humana, es preciso ver la acción de una voluntad infalible, que supera la resistencia de las voluntades particulares, de los actos individuales, y sabe llevar a término la obra que persigue. En vez de extraviarse en el caos de los hechos, hay que abarcar el conjunto y aprehender su oculto vínculo. Entonces aparece la trama, el encadenamiento que les une, y se revela su armonía, en tanto que sus contradicciones se borran y funden en un vasto plan. Comprendemos que existe una energía latente e invisible, que irradia sobre los seres y, aun dejando a cada uno cierto grado de iniciativa, les envuelve y arrastra a todos hacia un mismo objetivo.

Por el justo equilibrio entre la libertad individual y la autoridad de la ley suprema, se explican y conciben las incoherencias aparentes de la vida y la historia, al paso que su profundo sentido y su finalidad se revelan al que sabe penetrar la naturaleza íntima de las cosas. Fuera de esta acción soberana no habría sino desorden y caos en la variedad infinita de los esfuerzos e impulsos individuales, en toda la obra humana en suma.

De Domremy, a Reims, esta acción es palmaria en la epopeya de la

Doncella. Porque en tal caso la voluntad de los hombres se asocia en amplia medida a los fines que desde lo Alto se persiguen.

Sin embargo, a partir de la consagración redoblan en intensidad la ingratitud, la ruindad y las intrigas de cortesanos y clérigos, así como la mala disposición del rey. Según lo expresa Juana, "los hombres se resisten a Dios". Egoísmo, desorden moral y rapacidad obstarán la acción divina que ella y sus invisibles defensores sirven. La obra de liberación se tornará más problemática, salpicada de vicisitudes, retrocesos y reveses. Mas no por ello dejará de continuarse, si bien serán necesarios, para que se lleve a cabo, mayor número de años y más penosos trabajos.

. . .

Hemos dicho ya que únicamente desde el punto de vista de una nueva ciencia emprendemos esta labor, y deseamos vivamente repetirlo, con el objeto de que no se incurra en error en lo que toca a nuestras intenciones. Al tratar de proyectar un foco de luz sobre la vida de Juana de Arco, no obedecemos a ningún móvil interesado, a prejuicio político ni religioso alguno. Nos situamos tan lejos de los anarquistas como de los reaccionarios, a igual distancia de los fanáticos ciegos que de los incrédulos.

En nombre de la verdad y la belleza moral, como por amor a la patria francesa, trataremos de que la noble imagen de la Virgen inspirada se destaque de las sombras que han intentado acumular en su entorno.

Con el pretexto de análisis y de libre crítica existe en nuestra época -como decíamos-, una tendencia profundamente deplorable a denigrar cuanto ha hecho la admiración de los siglos, a deslucir y alterar todo lo que se halle exento de tachas y lunares.

Conceptuamos un deber que incumbe a todo hombre capaz de ejercer -bien con la pluma, bien con la palabra- alguna influencia alrededor de él, el que sostenga, defienda y aumente el esplendor de lo que hace la grandeza de nuestro país, todos los nobles ejemplos que al mundo ofreció, cuantas bellas escenas enriquecen su pasado y brillan en su historia.

Y constituye una mala acción -casi un crimen- tratar de Juana de Arco, Médium

menoscabar el patrimonio moral, la tradición histórica de un pueblo. En efecto, ¿no son acaso éstos los que integran su fuerza en las horas difíciles? ¿Por ventura no extrae de ellos sus más varoniles sentimientos en el instante del peligro? La tradición de un pueblo y su historia, son la poesía de su vida, su consolación en la prueba y su esperanza en lo venidero. Mediante los vínculos que entre todos crea nos sentimos de verdad hijos de

una misma madre, y miembros de una patria común.

Por eso ha menester que recordemos con frecuencia, las grandes escenas de nuestra historia nacional, y las hagamos resaltar, ya que está llena de lecciones brillantes, y es rica en enseñanzas poderosas, en lo cual quizá sea superior a la de las otras naciones. No bien exploramos el pasado de nuestra estirpe, en toda época y por dondequiera, vemos erguirse grandes sombras que nos hablan y exhortan. Desde el fondo de los siglos, surgen voces que nos refrescan gratos recuerdos, recuerdos tales que si los tuviéramos presentes siempre en el Espíritu, bastarían para inspirar e iluminar nuestra vida. Pero sopla el viento del escepticismo y el olvido y la indiferencia, llegan, nos absorben, las preocupaciones del vivir material y terminamos por perder de vista lo que de más grande y elocuente existe en los testimonios del pasado.

Entre tales recuerdos no lo hay más conmovedor ni más glorioso que el de la muchacha extraordinaria, que iluminó la noche del medioevo con su radiosa aparición, y de quien pudo decir Henri Martin: "Nada, semejante se ha producido en la historia del mundo".

. . .

En nombre del ayer tanto como del mañana de nuestra raza, en nombre de la obra que le resta cumplir esforcémonos, pues, por conservar en su integridad todo su patrimonio moral, y no vacilemos en rectificar los juicios falsos, que en sus libros han formulado ciertos escritores. Trabajemos por apartar del alma del pueblo el veneno intelectual que tratan de inyectarle, con el objeto de conservar en Francia esa belleza y esa fuerza suyas que la harán grande a un en las horas de peligro, y a fin de dar al genio nacional todo su prestigio y brillo, debilitados por tantos sofismas y teorías nocivas.

La guerra de 1914 ha impuesto silencio a las vanas polémicas y críticas estériles. En medio de la tempestad, Francia sólo se acordó de Juana para implorar su protección y socorro.

Hay que reconocer que en el mundo católico, mejor que en cualquiera otra parte, han sabido rendir a Juana solemnes homenajes. En los medios creyentes la ensalzan y le ruegan tras haberla beatificado³. Por su parte, los republicanos librepensadores han cooperado a instituir en su honor una fiesta anual y nacional, que es al mismo tiempo la del patriotismo⁴. Pero, tanto en el uno como en el otro campo; casi no han llegado a comprender el verdadero carácter de la Heroína, a captar el sentido de su existencia.

La historia de Juana es como una mina inagotable de enseñanzas cuya extensión no hemos medido en su totalidad, así como no hemos extraído

de ella todo el beneficio que es de desear para la elevación de las inteligencias y la penetración de las leyes superiores del alma y el Universo.

Hay en esta vida profundidades que pueden causar vértigo a los Espíritus mal preparados, encontramos en ella hechos capaces de producir incertidumbre y confusión en el pensamiento de quienes no poseen los datos necesarios para resolver tan grandioso problema. Mas, para el que ha levantado un poco el velo del Mundo Invisible, la vida de Juana se aclara e ilumina, y todo en ella se explica y comprende.

En efecto, entre los que elogian a la Heroína ¡cuántos puntos de vista diversos y qué de apreciaciones contradictorias! Los unos buscan ante todo en la memoria de Juana una ilustración para su partido, al paso que otros, mediante una tardía glorificación, piensan eximir a cierta institución secular de las responsabilidades que sobre ella han pesado.

Por último, están igualmente los que no quieren ver en el triunfo de Juana más que la exaltación del sentimiento popular y patriótico.

Podemos preguntarnos si con los elogios que desde todos los rincones de Francia ascienden hacia la Gran Inspirada, no se mezclan muchas intenciones egoístas y miras interesadas. Sin duda piensan en Juana y la aman, pero al mismo tiempo ¿no se piensa demasiado en sí propio o en el partido a que se pertenece? ¿No buscamos en tan augusta existencia lo que pueda halagar nuestros sentimientos personales, las opiniones políticas que profesamos, y las inconfesadas ambiciones que nos mueven? Me temo sean contados los hombres que saben levantarse por sobre el prejuicio, por encima de los intereses de casta o de clase. Poquísimos intentan penetrar el secreto de esta vida, y entre quienes lo han penetrado ninguno hasta hoy -salvo en casos aislados- se atrevió a elevar la voz y manifestar lo que sabía, veía y comprendía.

De mí sé decir que si mis títulos para hablar de Juana de Arco son modestos, poseo al menos uno que reivindico resueltamente, y es el de hallarme libre de toda preocupación partidista, así como de todo cuidado de agradar o desagradar. Con plena libertad de pensamiento e independencia de conciencia, exento de cualquier atadura, sólo buscando y queriendo en todo la verdad, en tal estado de espíritu, abordo este importante asunto y voy a indagar la palabra del misterio que sobre este incomparable destino se cierne.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

Primera Parte.

Vida y mediumnidad de Juana de Arco.

CAPÍTULO 1.

DOMREMY, el valle es encantador; un raudal deslumbrante retoza en él con las luces del día: es el mesa .

Saint-Yves d'Alveydre.

Hijo de la Lorena, nacido como Juana en el valle del Mosa, mi infancia fue acunada por los recuerdos que dejara ella en la comarca.

En mi juventud visité a menudo los lugares en que Juana vivió. Me gustaba errar bajo las grandes bóvedas de nuestros bosques loreneses, que son otros tantos vestigios de la antigua selva de las Galias. Como ella, muchas veces escuché con atención las armonías de los campos y bosques. De ahí que pueda afirmar que conozco las misteriosas voces del Espacio, esas que en la soledad inspiran al pensador y le revelan las verdades eternas.

Andando el tiempo, ya hombre, había querido seguir a través de Francia la huella de sus pasos, volviendo a hacer, poco menos que etapa por etapa, su atribulado viaje. Vi el castillo de Chinón, donde fue recibida por Carlos 7^o, y que sólo es una ruina. He visto en el fondo de Turena la iglesilla de Fierbois, de donde hizo Juana retirar la espada de Charles Martel, y las grutas de Courtineau, en que se refugió durante la tempestad. Después, Orleáns, Reims, y el lugar en que la apresaron, Compiégne. Ni a uno solo de los lugares por donde ella transitó he dejado de ir a meditar, orar y llorar en silencio.

Luego en la ciudad de Ruán, sobre la cual se cierne su noble sombra, he concluido mi peregrinaje. Al modo de los cristianos que paso a paso recorren el camino que conduce al Calvario, así he seguido yo la senda dolorosa que llevara a la Gran Mártir al suplicio.

Más recientemente retorné a Domremy⁵ . He vuelto a ver la humilde casuca en que ella nació, la habitación de estrecho tragaluz donde su cuerpo virginal, destinado a la hoguera, rozaba los muros, el rústico armario en que guardaba sus ropas, y el sitio donde escuchaba en éxtasis las voces. Luego, la iglesia en que tan frecuentemente rezó.

Desde allí, por el camino que asciende la colina, llegué al lugar sagrado en que Juana gustaba soñar. Vi de nuevo la viña que fue de su padre, el árbol de las hadas y el manantial de suave murmurio. Trinaba el cuclillo en el antiguo bosque, flotando en el aire el aroma del espinillo albar. La brisa agitaba el follaje y producía como un lamento en el fondo del zarzal. A mis pies se desplegaban rientes prados esmaltados de flores, que los meandros del Mosa riegan. Y en lontananza se suceden colinas boscosas y quebradas profundas hasta el huidero horizonte. Una dulzura que penetra

y serena paz se cierne sobre toda la región. Por cierto que, es ése un lugar bendito, propicio a las meditaciones, sitio en que las vagas armonías del cielo se mezclan con los rumores lejanos y debilitados de la tierra. ¡Oh alma soñadora de Juana! Busco aquí las impresiones que te rodeaban y las hallo conmovedoras y profundas, que oprimen mi ánimo y le llenan de punzante embriaguez. Y tu vida entera -deslumbradora epopeya- se desarrolla en mi pensamiento cual grandioso panorama, al que una apoteosis de llamas corona. ¡Por un instante he vivido esta existencia y lo que mi corazón sintió no pudiera describirlo pluma alguna!

Tras de mí, como un monumento extraño, nota discordante en esta sinfonía de impresiones y remembranzas, la basílica y el monumento teatral en que se ve a Juana de hinojos, a los pies de un San Miguel y de dos imágenes de santas con ostentosos dorados. Sólo la estatua de Juana, rica en expresión, interesa, emociona y retiene la mirada.

A cierta distancia de Domremy, en empinado ribazo en medio de los bosques, se oculta la modesta capilla de Bermont. A ella concurría Juana semanalmente, siguiendo el sendero que desde Greux, se extiende sobre la planicie, huye bajo las alamedas y pasa cerca del fontanar de Saint-Thiébauld. Subía ella la colina para postrarse ante la antigua virgen, cuya estatua, del siglo 8º, aún en nuestros días allí se venera.

Pensativo y recogido seguí yo también esa pintoresca senda, recorriendo los bosques tupidos en que cantan los pájaros. Toda la comarca está llena de recuerdos célticos, y ahí erigieron nuestros antepasados un altar de piedra. Esas fuentes sagradas y esas austeras alamedas fueron testigos de las ceremonias del culto druídico. El alma de la Galia, pues, vive y palpita en tales parajes, y sin duda hablaba al corazón de Juana, como habla todavía al de los patriotas y creyentes instruidos.

Más lejos fui, porque quise ver en los alrededores todo lo que participó de la vida de Juana, cuanto nos recuerda su memoria: Vouthón, donde nació su madre, y el aldeorrio de Burey-la-Côte, que posee todavía la casa de su tío Durand Laxart, el que le facilitó el cumplimiento de su misión al conducirla a Vaucouleurs, ante el sire⁶

He deambulado en todos sentidos por esta región, embriagándome a la vista de los sitios que sirvieron de marco a la infancia de Juana. Recorrí los estrechos valles linderos al del Mosa, que se ahuecan entre los bosques sombríos. He meditado en soledad, al cerrar la noche, a la hora en que las estrellas se encienden en lo profundo de los cielos. Prestaba oídos a todos los rumores, a todas las misteriosas voces de la Naturaleza. Y en esos lugares me sentía lejos del hombre, al paso que un mundo invisible palpitaba a mí alrededor.

Entonces, de los hondones de mí Ser brotó la oración. Luego evoqué al Espíritu de Juana y experimenté al instante el sostén y la dulzura de su presencia. El aire se estremecía. En torno mío, todo semejaba iluminarse. Invisibles alas agitábanse en la noche, y una melodía desconocida de los Espacios descendía, arrullando mis sentidos y moviéndome a llanto. Entonces, el Ángel de Francia me dictó las palabras que, según su orden, piadosamente reproduzco aquí:

Tu alma se eleva, y siente en este instante la protección que sobre ti Dios esparce.

Aumente conmigo tu valor, y, patriota sincero, gusta y desea ser útil a esta Francia tan querida, que desde lo Alto, como Protectora y Madre, contemplo siempre con felicidad.

¿No sientes nacer en ti pensamientos de suave indulgencia? Junto a Dios he aprendido a perdonar; pero estos pensamientos no deben, sin embargo, generar en mí la debilidad. Y, don divino, hallo en mi corazón fuerza bastante para tratar de iluminar a veces a los que por orgullo quieren monopolizar mi recuerdo.

Y cuando por indulgencia llamo sobre ellos las luces del Creador, del Padre, siento que Dios me dice: "Protege e inspira, pero no temas jamás a tus verdugos. Al evocar tu consagración a la patria sólo deben pedir los sacerdotes el perdón para aquellos cuya sucesión han tomado".

Cristiana piadosa y sincera en la Tierra, siento en el Espacio los mismos impulsos, igual deseo de orar; pero quiero que mi memoria esté libre, desatada de todo interés. Porque sólo doy mi corazón, como recuerdo, a los que no ven en mí sino la humilde y piadosa hija de Dios, que ama a todos los que en esta tierra de Francia viven, y a los cuales busca inspirar sentimientos de amor, rectitud y energía. . .

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 2.

LA SITUACIÓN EN 1429.

Ahora bien ¡Francia yacía en la tumba! De su gloria, ¿Qué quedaba? Al Oeste, una urna en llanto el Loira; Una sombra al Este: el Delfinado ⁷ .

¿Cuál era la situación de Francia en el siglo 15, en momentos en que Juana de Arco va a surgir en la gran escena de la historia?

La guerra contra los ingleses dura ya cerca de cien años. En cuatro derrotas sucesivas, la nobleza francesa ha sido aplastada, poco menos que aniquilada. De Crécy a Poitiers, y desde los campos de Azincourt hasta los

de Verneuil, nuestra caballería ha sembrado el suelo con sus muertos. Lo que resta de ella se encuentra dividido en facciones rivales, cuyas querellas intestinas debilitan y desuelan a Francia. El duque de Orleans, cae asesinado por los espadachines del de Borgoña, y algo después muere éste a manos de los Armagnacs⁸. Todo lo cual se pone en efecto ante la vista del enemigo, que avanza paso a paso e invade las provincias del Norte, cuando desde hace mucho ocupa la Guyena.

Tras encarnizada resistencia, durante un asedio que supera en horror a cuanto la imaginación pueda concebir de lúgubre, Ruán, ha debido rendirse. París, cuya población se halla diezmada por las enfermedades y el hambre, está en manos de los ingleses. El Loira les ve en sus márgenes. Orleans, cuya ocupación entregaría al extranjero el corazón de Francia, resiste aún, pero ¿por cuánto tiempo?

Vastas extensiones de nuestro país se encuentran convertidas en desierto. No hay ya cultivos y las aldeas son abandonadas. Sólo se ven zarzas y cardos que crecen a porfía, ruinas ennegrecidas por los incendios y por doquier las huellas de los estragos de la guerra, la desolación y la muerte. Desesperados, los habitantes de las campañas se ocultan en los sótanos, al paso que otros se refugian en las islas del Loira o buscan asilo en las ciudades, donde mueren de inanición. A menudo, para escapar a la soldadesca estos desdichados se acogen en los bosques, organizándose en bandas, y pronto se tornan tan crueles como los routiers⁹, de quienes han huido. Los lobos rondan por los alrededores de las ciudades, penetran en ellas de noche y devoran los cadáveres insepultos. Entonces comunican a Juana sus voces "la gran lástima en que el reino de Francia está".

En su demencia ha firmado el pobre Carlos 6^o el tratado de Troyes, que deshereda a su hijo y constituye a Enrique de Inglaterra en heredero de su corona. Y cuando en la basílica de Saint Denis, ante el ataúd del rey loco, un heraldo de armas proclamó a Enrique de Lancaster rey de Francia y de Inglaterra, los despojos mortales de nuestros soberanos, tendidos bajo las pesadas losas de sus tumbas, deben haberse estremecido de vergüenza y dolor. El delfín Carlos, desposeído y llamado por mofa "rey de Bourges", se entrega al desaliento y la inercia, dado que carece de recursos y de valor. Sus consejeros pactan en secreto con el enemigo, y él mismo piensa marchar a Escocia o a Castilla, renunciando al trono, al que acaso cree que no tiene derecho, porque le asaltan dudas acerca de la legitimidad de su nacimiento. Sólo se escucha la queja lamentable, el grito agónico de un pueblo al que sus vencedores se aprestan a sepultar. Francia se siente perdida, la han herido en el corazón. Algunos reveses más y se sumirá en el gran silencio de la muerte. En efecto, ¿qué auxilio se puede esperar? Ningún poder terreno es capaz de llevar a cabo el prodigio de la resurrección de un pueblo que desespera. Sin embargo, otro poder existe,

invisible, que vela por los destinos de las naciones. Cuando todo parezca hundirse, este otro poder hará que del seno de las multitudes surja la ayuda redentora. Ciertos presagios semejan anunciar su llegada. Ya, entre tantas otras señales, una visionaria, María de Aviñón, se había llegado al rey por haber visto en sus éxtasis -conforme manifestaba- una armadura que el cielo reservaba a una muchacha destinada a salvar al reino¹⁰. En todas partes se hablaba de la antigua profecía de Merlin, la cual anunciaba a una virgen liberadora que surgiría del Bois Chesnu¹¹. Y, como un rayo de luz de lo Alto, en medio de esa noche de desolación y de miseria, apareció Juana...

¡Escuchad, escuchad! En el fondo de las campiñas y selvas de Lorena, ha resonado el galope de su caballo. Acude y va a reanimar a este pueblo desesperado, a levantar los abatidos ánimos, dirigir la resistencia y salvar a Francia de la muerte!

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 3.

INFANCIA DE JUANA DE ARCO.

Al rumor del Angelus que suena,
Su celeste memoria es vibrante y revive.
Saint-Yves d'Alveydre.

Al pie de los ribazos que bordean el Mosa se agrupan unas cuantas cabañas en torno de modesta iglesia. Río abajo y arriba había verdes prados que el riacho de aguas límpidas riega. En las pendientes se suceden cultivos y viñas hasta la espesa selva, que como muralla se yergue en el frente de las colinas, selva llena de misteriosos murmurios y de trinos de pájaros, y de la que surgen a veces de improviso los lobos, terror de los rebaños, o los hombres de guerra, rapaces y devastadores, más peligrosos que los animales bravíos.

Tal es Domremy, villaje ignorado hasta entonces, pero que por la criatura a cuyo nacimiento asiste en 1412, se va a hacer célebre en el mundo entero.

Recordar la historia de esta criatura, de esta niña, sigue siendo aún la mejor manera de refutar los argumentos de los que la tienen en menos. Esto haremos en primer término, dedicándonos de preferencia los hechos que han permanecido en la sombra, algunos de los cuales nos fueron revelados por vía mediúmnica.

. . .

Muchos libros, obras maestras de ciencia y erudición, se han escrito sobre la Virgen lorenesa. Lejos de mí el pretender igualarlos. Sin embargo, éste se distingue de aquéllos por un rasgo característico, a saber, que se halla iluminado en su totalidad por el pensamiento de la Heroína. Merced a mensajes auténticos que se encontrarán sobre todo en la segunda parte, el presente volumen se transforma como en un eco de su propia voz, así como de las voces del Espacio. En tal sentido se recomienda a la atención del lector.

. . .

Juana no era de alta alcurnia. Antes por el contrario, hija de pobres labradores, hilaba lana al lado de su madre o cuidaba de su rebaño en los prados del Mosa, cuando no acompañaba al padre en el arado¹².

No sabía leer ni escribir¹³, e ignoraba cuanto atañe a las cosas de la guerra. Era una dulce y buena criatura, amada de todos y en especial por los pobres y desdichados, a quienes no dejaba nunca de socorrer y consolar. A este respecto se cuentan anécdotas conmovedoras. Cedía de buen grado su camita a algún peregrino fatigado, y pasaba la noche sobre un montón de paja para proporcionar reposo a los ancianos rendidos por larga caminata. Atendía enfermos, como al pequeño Simón Musnier, su vecino, que temblaba por la fiebre. Instalándose a la cabecera de su lecho, le cuidaba durante la noche.

Como era soñadora, gustaba al ocaso contemplar el firmamento sembrado de astros o seguir de día las gradaciones de la luz y de las sombras. El rumor del viento entre las ramas o cañas, el murmullo de los manantiales, en suma, cuantas armonías la Naturaleza posee, la encantaban. Pero a todo ello prefería, sin embargo, el tañido de las campanas que se le antojaba ser como un saludo del Cielo a la Tierra. Y cuando, en la paz de la noche cayente, lejos de la aldea, en un repliegue del terreno donde se resguardaba su rebaño, percibía las argentinas notas de los bronces, sus vibraciones lentas y serenas, que anunciaban el instante del regreso, se sumía en una suerte de éxtasis, en larga oración en la que ponía toda su alma, ávida de las cosas divinas. A despecho de su pobreza hallaba modo de dar al campanero del villaje alguna gratificación para que prolongase el canto de sus campanas más allá de los límites habituales¹⁴.

Penetrada de la intuición de que su descenso a la Tierra tenía elevada finalidad, se sumergía con el pensamiento en las profundidades de lo Invisible para discernir la senda por la que debería internarse. "Se buscaba a sí misma" - nos dice Henri Martín¹⁵ 16.

Mientras que, entre sus compañeros de existencia, tantas almas

permanecen encerradas, y como extinguidas en su prisión carnal, todo el Ser de Juana se hace receptivo de los altos influjos. Durante el sueño su Espíritu, liberado de los lazos materiales, se cierne en el espacio etéreo, percibe sus intensas claridades, se retempla en las corrientes poderosas de vida y amor que allí señorean. Y en la vigilia conserva la intuición de las cosas entrevistadas. Así, poco a poco y mediante esos ejercicios, despiertan y crecen sus facultades psíquicas. Pronto van a entrar en acción.

No obstante, tales impresiones y arrobamientos no alteraban su amor al trabajo. Asidua en su tarea, nada descuidaba con tal de satisfacer a sus padres, así como a todos aquellos con quienes estaba en contacto. " Viva el trabajo penoso !"17 -dirá más tarde-afirmando de esta manera que el trabajo es el mejor amigo del hombre, su apoyo y consejero en la vida, su consolador en la prueba, y que si se prescinde él no existe felicidad verdadera. " Viva el trabajo penoso !" - es la divisa que su familia adoptará y hará inscribir en su blasón, cuando el rey la haya ennoblecido.

Hasta en los pormenores menudos de la existencia de Juana se manifiestan su vivísimo sentimiento del deber, juicio certero y clara visión de las cosas, que la hacen superior a cuantos la rodean. Ya se reconoce en ella un alma extraordinaria, una de esas almas apasionadas y profundas que descienden a la Tierra para cumplir una gran misión. Misteriosa influencia la envuelve, hay voces que a los oídos y al corazón le hablan, Seres invisibles que la inspiran y dirigen todos sus actos, sus pasos todos. Y he aquí que esas voces ordenan, pues las que se hacen oír son órdenes imperativas. Es necesario que renuncie a la vida apacible. Pobre niña de diecisiete años, deberá afrontar el tumulto de los campos de batalla. Y ¿en qué época? En ésta, feroz, en la cual con harta frecuencia los soldados son bandidos. Habrá de dejarlo todo; aldea, padre y madre, rebaño -vale expresar, cuanto amó-, para acudir en socorro de Francia que agoniza. ¿Qué responderá a las buenas gentes de Vaucouieurs, que se apiadan de su suerte? -"¡Para esto he nacido!"

La primera visión se produjo en una jomada estival, al mediodía. Limpio de nubes estaba el cielo, y el sol vertía sobre la tierra amodorrada todos los hechizos de su luz. Oraba en el jardín contiguo a la casa de su padre, cerca de la iglesia. Entonces oyó una voz que le decía: "Juana, hija de Dios, sé buena y prudente, frecuenta la iglesia¹⁸ , pon tu confianza en el Señor"¹⁹ .

Se sintió sobrecogida. Pero, al levantar la mirada, en medio de deslumbradora claridad, vio un rostro angélico que expresaba a la par fuerza y dulzura y al que circundaban formas radiosas.

Otro día el Espíritu, el arcángel San Miguel, y las santas que le

acompañaban, le hablan de la situación en que el país se halla, y le revelan su misión. "Precisa que acudas en auxilio del delfín, con el objeto de que por ti recupere su reino" ²⁰ . En el primer momento, Juana se rehúsa: "Soy una pobre muchacha que no sabe cabalgar ni guerrear". "Ve, hija de Dios, que yo seré tu ayuda" - le responde la voz.

Poco a poco sus conversaciones con los Espíritus iban tornándose más frecuentes, pero no eran largas, dado que los consejos de lo Alto son siempre breves, concisos y luminosos. Eso se infiere de sus respuestas a los interrogatorios de Ruán. "¿Qué doctrina te enseñó San Miguel?" - le preguntan. "Sobre todo me decía: 'Sé una buena niña y Dios te ayudará' ²¹ . Lo cual es sencillo a la vez que sublime y compendia toda la ley de la vida. Los Espíritus elevados no se extienden en largos discursos. Inclusive en la actualidad quienes pueden comunicarse con los planos superiores del Más Allá, casi no reciben de aquéllos sino instrucciones cortas, profundas y que ostentan el sello de alta sabiduría. Juana agrega: "San Miguel me ha enseñado a conducirme como es debido, y frecuentar la iglesia". Así es. Para toda alma que aspira al bien, la rectitud de los actos, el recogimiento y la plegaria son las primeras condiciones de una existencia justa y pura.

Cierto día San Miguel le dice: "Hija de Dios, conducirás al delfín a Reims, para que allí reciba su digna consagración" ²² . Por su parte, Santa Catalina y Santa Margarita le repetían de continuo: " ¡Ve, ve, que te ayudaremos!" Entonces se establecen estrechas relaciones entre Juana y sus Guías. En medio de sus "hermanos de paraíso" va a adquirir la resolución necesaria para llevar a cabo su obra, de la cual se halla enteramente penetrada. Francia la aguarda: ¡Hay que partir!

. . .

A los primeros resplandores de un día invernal, se levanta. Prepara sus pocas cosas, que forman un bulto pequeño, y su bastón de viaje. Luego va a prosternarse al pie del lecho donde aún reposan su padre y madre. Llorando, en silencio, musita un adiós. En esta hora dolorosa rememora las inquietudes, caricias y cuidados de su madre, los desvelos del padre, cuya edad le hace ya abatir la frente. Piensa en el vacío que su partida va a dejar, en la pena de todos aquellos cuya vida, alegrías y padecimientos ha compartido hasta entonces. Pero el deber se impone y no decaerá en sus propósitos. ¡Adiós, pobres padres! ¡Adiós a ti, que has sentido tantas inquietudes en lo que toca a tu hija, a quien viste en sueños acompañada de gentes de armas! ²³ . Juana no se comportará como presentías, porque es pura, pura como el lirio sin mácula, y su corazón sólo un amor conoce: el amor por su país.

"Adiós, me voy a Vaucouleurs" - exclamó al pasar ante la casa del

labrador Gérard, cuya familia estaba vinculada a la suya. "Adiós, Mengette" - dijo a su compañera. " ¡Adiós a todos vosotros con quienes hasta hoy he vivido feliz!".

Hubo, sin embargo, una amiga de la que evitó despedirse y fue su querida Hauviette. Con ella los adioses hubiesen sido demasiado emocionantes, acaso Juana se hubiera sentido conmovida, y tenía necesidad de todo su valor²⁴ .

Salió rumbo a Burey, donde moraba uno de sus tíos, para continuar hacia Vaucouleurs, y Francia.

A los diecisiete años partía sola, bajo el inmenso cielo, por una ruta sembrada de peligros.

Y Domremy no volvió a verla jamás....

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 4.

MEDIUMNIDAD DE JUANA DE ARCO. QUÉ ERAN SUS VOCES. - FENÓMENOS ANÁLOGOS, ANTIGUOS Y RECIENTES.

¡De pie, en llanto los ojos, presta oídos a algún mensajero de los cielos!

Paul Allard.

Los fenómenos de visión, audición y premonición que aparecen casi toda la vida de Juana de Arco han dado pie a las más diversas interpretaciones. Entre los historiadores los hay que no vieron en aquéllos más que casos de alucinación. Algunos han llegado inclusive a hablar de histeria o neurosis. Otros han atribuido a esos hechos un carácter sobrenatural y milagroso.

El objeto esencial de esta obra es analizar tales fenómenos, demostrar que son reales y que se relacionan con leyes largo tiempo ignoradas, pero cuya existencia se va día a día revelando de un modo cada vez más imponente y preciso.

A medida que aumenta el conocimiento del Universo y del Ser, retrocede y se desvanece la noción de lo sobrenatural. Llegamos a comprender que la Naturaleza es una, pero que en su inmensidad contiene dominios y formas de vida que por mucho tiempo escaparon a nuestros sentidos. En cuanto a éstos, son limitadísimos, ya que sólo nos posibilitan percibir los aspectos más groseros y elementales del Universo y la vida. Su pobreza, su insuficiencia se ha revelado sobre todo cuando la invención de

los poderosos instrumentos ópticos -telescopio y microscopio-, que en todas direcciones han ensanchado el campo de nuestras percepciones visuales. ¿Qué sabíamos de los seres infinitamente pequeños, antes de la construcción de los aparatos de aumento? ¿Qué de las innumerables existencias que pululan y se agitan en torno de nosotros y hasta en nosotros mismos?

No son éstos, Pero sino los hondones de la Naturaleza y, si cabe decirlo, el sustrato de la vida. Mas por sobre ellos hay planos que se suceden y se ordenan, en los cuales se gradúan formas de existencia cada vez más sutiles, etéreas e inteligentes, de índole humana todavía, luego angélicas a determinadas alturas, las cuales siguen perteneciendo, aun por sus formas -a la vez que por su esencia- a los estados imponderables de la materia que la ciencia comprueba hoy en muchos de sus aspectos, como por ejemplo en la radiactividad de los cuerpos, en los rayos X, y en todo el conjunto de las experiencias llevadas a cabo con la materia radiante.

Sabemos ahora que, allende las formas visibles y tangibles que nos son familiares, la materia existe en numerosos y diversos estados, invisibles e imponderables, y que poco a poco se purifica, se transforma en fuerza y en luz, para convertirse en el éter cósmico de los físicos. En todos esos estados y aspectos sigue siendo la sustancia en que se tejen organismos sin cuento, formas de vida de inimaginables sutileza. En dicho océano de materia sutil se agita intensa la vida, por encima y alrededor de nosotros. Más allá del círculo estrecho de nuestras sensaciones, hay abismos, se extiende un amplio mundo incógnito, poblado de fuerzas y de Seres que no percibimos pero que sin embargo participan de nuestra existencia, de las alegrías y sufrimientos que experimentamos, y que en cierta medida pueden influir en nosotros, auxiliarnos. En lo interior de ese mundo inconmensurable se esfuerza por penetrar una ciencia nueva.

En una disertación pronunciada hace algunos años en el Instituto General Psicológico, el doctor Durclaux, director del Instituto Pasteur, se expresaba con los siguientes términos:

Ese mundo poblado de influencias que sufrimos sin conocerlas, penetrado del quid divinum, que adivinamos sin poseer sus pormenores, es más interesante que aquel al cual se limitó hasta ahora nuestro pensamiento. Tratemos de hacerlo accesible a las indagaciones. Hay en él inmensos descubrimientos por hacer, con los cuales se beneficiará el género humano.

Prodigioso es el hecho de que nosotros mismos pertenezcamos, con la parte más importante de nuestro Ser, al Mundo Invisible que a diario se revela a los observadores atentos. Hay en cada ser humano una forma

fluídica, un cuerpo sutil indestructible, imagen fiel del cuerpo físico y del cual sólo es éste revestimiento transitorio, grosero estuche. El primero posee sus sentidos propios, más poderosos que los del cuerpo físico, ya que éstos no constituyen sino la prolongación debilitada de aquéllos ²⁵ .

El cuerpo fluídico es el verdadero asiento de nuestras facultades, de la conciencia, de aquello que los creyentes de todas las épocas han denominado alma. Esta no constituye una vaga entidad metafísica, sino más bien un centro imperecedero de fuerza y de vida, inseparable de su forma sutil, Existía antes de que naciéramos, y la muerte no influye en ella. Tornamos a encontrarla allende la tumba en la plenitud de sus adquisiciones intelectuales y morales. Su destino es proseguir, a través del tiempo y el espacio, su evolución hacia estados cada vez mejores y más iluminados por los rayos de luz de la justicia, la verdad y la belleza eternas. Por siempre perfectible, el Ser cosecha en su estado psíquico el fruto acrecido de los trabajos, sacrificios y pruebas de todas sus existencias.

Los que han vivido entre nosotros y continúan su evolución en el Espacio, no se desinteresan de nuestros sufrimientos y lágrimas. Desde los planos superiores de la vida universal, manan de continuo sobre la Tierra, corrientes de fuerza y de inspiración. De allí provienen las iluminaciones subitáneas del genio, los poderosos hálitos que pasan sobre las muchedumbres en las horas decisivas, el sostén y la confortación para quienes flaquean bajo el fardo de la existencia. Misterioso vínculo enlaza lo visible con lo invisible. Pueden establecerse relaciones con el Más Allá, valiéndose del concurso de ciertas personas, especialmente dotadas y en las cuales los sentidos ocultos del alma, los psíquicos, esos sentidos profundos que en todo ser humano duermen, son susceptibles de despertar y entrar en acción ya en esta vida. A tales auxiliares denominamos médiums. . . .

Estas cosas no se podían comprender en el tiempo de Juana de Arco. Acerca del Universo y la verdadera naturaleza del Ser, sólo se poseían entonces nociones confusas y sobre muchos puntos incompletos o erróneos. No obstante, el Espíritu humano, a despecho de sus vacilaciones e incertidumbres, marcha desde hace siglos de conquista en conquista, y a la hora actual comienza a remontar vuelo. El pensamiento del hombre se eleva -acabamos de verlo- por encima del mundo físico para sumirse en las vastas regiones del mundo psíquico, donde se empieza a columbrar el secreto de las causas, la clave de todos los misterios, la solución de los grandes problemas de la vida, la muerte y el destino.

No pongamos en olvido las burlas de que fueron objeto estos estudios al principio, ni cuántas críticas se hacen todavía a quienes valerosamente perseveran en tales investigaciones, en las relaciones con lo Invisible. Pero

¿no han puesto en solfa también, hasta en el seno de sociedades científicas, a muchos descubrimientos que más tarde revelaron ser otras tantas verdades brillantes? Lo propio ocurrirá con la existencia de los Espíritus. Uno tras otro los hombres de ciencia se ven obligados a admitirla y frecuentemente como resultado de experiencias que se destinaban a demostrar su escaso fundamento. Sir William Crookes, el célebre químico inglés, a quien sus coterráneos equiparan con Newton, fue uno de aquéllos. Citemos igualmente a Alfred Russel Wallace, y sir Oliver Lodge, en la misma Inglaterra; Cesare Lombroso, en Italia; los doctores Paul Gibier y Dariex, en Francia; el consejero de Estado Alexandre Aksakof, en Rusia; el barón Karl du Prel, y el astrónomo Friedrich Zóellner, en Alemania²⁶.

El hombre serio, que se mantiene a igual distancia de la credulidad ciega que de la no menos ciega incredulidad, se ve en la necesidad de reconocer que tales manifestaciones han tenido lugar en todas las épocas. Se las hallará en cada página de la historia, en libros sagrados de todo pueblo, y así en los videntes de la India y Egipto, Grecia y Roma, como en los mediums de la actualidad. Tanto los profetas de Judea y los apóstoles cristianos cuanto las druidesas de la Galia y los inspirados de las Cevenas, en tiempo de la guerra de los Canllsards²⁷, extraen sus revelaciones de la misma fuente que nuestra muchacha lorenesa.

La mediumnidad existió siempre, dado que en todo tiempo el hombre ha sido Espiritu, y siempre este Espiritu se ha abierto una brecha hacia ese mundo que para nuestros sentidos ordinarios es inabordable.

Constantes; permanentes, tales manifestaciones se producen en la totalidad de los ambientes y en toda forma, desde las más comunes y groseras -como las "Mesas giratorias", transporte de objetos sin contacto y casas encantadas- hasta las más delicadas y sublimes -como el éxtasis o las altas inspiraciones-, y ello, conforme a la elevación de las Inteligencias que intervienen.

. . .

Iniciemos ahora el estudio de los fenómenos que en la vida de Juana de Arco menudean. En primer término conviene señalar que gracias a sus facultades psíquicas extraordinarias, pudo adquirir rápido ascendiente en el ejército y el pueblo. La tenían por un ser dotado de poderes sobrenaturales. Tal ejército era sólo una chusma de soldados aventureros, de hombres movidos por afición al saqueo. En esas tropas indisciplinadas y prontas siempre a desbandarse, reinaban todos los vicios. Con semejantes soldadotes sin moderación ni vergüenza debía vivir una joven de dieciocho años. Así que ni siquiera respetaban el nombre de Dios²⁸, le era preciso hacer creyentes, hombres dispuestos a sacrificarlo todo por una causa

noble y santa.

Supo llevar a cabo este milagro. La acogieron primero como a una intrigante, una de esas mujeres que los ejércitos arrastran en pos. Pero su lenguaje inspirado, las austeras costumbres que la distinguían, su sobriedad y los prodigios que en torno de ella se realizaron, en corto lapso la impusieron con rapidez a esas imaginaciones primitivas y rudas. De ahí que el ejército y el pueblo estuvieran tentados de mirarla como a una especie de hada, de hechicera. Le daban los nombres de esas formas fantásticas que frecuentan los manantiales y los bosques.

Su labor se tornaba por esto más difícil de realizar. Precisaba que la respetaran y amasen como a un jefe; con su ascendiente le era necesario obligar a esos veteranos mercenarios, a que vieran en ella una imagen de Francia, de esta patria que quería constituir.

Mediante el cumplimiento de sus predicciones y los hechos que se verificaron les inspiró absoluta confianza. Casi llegaron a divinizarla. Su presencia era para ellos garantía del triunfo, símbolo de la intervención celestial. Admirándola y sirviéndola se le mostraron más fieles que el rey y los grandes. Cualquier pensamiento y sentimiento malévolos enmudecían ante ella para ceder lugar a la veneración. Todos la conceptuaban un ser sobrehumano, conforme al testimonio de su intendente, Jean d'Aulon, en el proceso²⁹. El conde Guy de Laval, tras haberla observado en compañía del rey en Selles-sur-Cher, escribía a su madre, el 8 de junio de 1429: "Es cosa de todo punto divina verla y oírla"³⁰.

A no ser por la asistencia oculta que se le dispensaba, ¿cómo una simple joven de los campos hubiera podido adquirir tal prestigio, obtener semejante suceso? Lo que en su juventud había aprendido acerca de la guerra, las perpetuas alarmas de los labriegos, las aldeas destruidas, las quejas de heridos y moribundos, el enrojecimiento de los incendios, todo ello resultaba más propio para alejarla del oficio de las armas. Pero Juana había sido elegida de lo Alto con el objeto de levantar a Francia de su caída e inculcar la noción de patria a todas las almas, para lo cual se le otorgaron facultades maravillosas y potentes auxilios

. . .

Examinemos más de cerca la naturaleza y el alcance de sus facultades medianímicas.

Están en primer lugar las voces misteriosas que escuchaba, así en el silencio de los bosques como en el tumulto de los combates, en el fondo del calabozo y hasta delante de sus jueces, voces que a menudo eran acompañadas de apariciones, como ella misma lo dice en el proceso, en

doce interrogatorios diferentes. Luego figuran los numerosos casos de premonición, esto es, las profecías que se cumplieron, el anuncio de acontecimientos venideros.

Ante todo, ¿son auténticos tales hechos? Sobre este punto no cabe duda alguna. Allí están, y son numerosos los textos y testimonios. Abundan cartas y crónicas ³¹ .

Tenemos sobre todo el proceso de Ruán, cuyas piezas de autos, escritas por los enemigos de la acusada, atestiguan con más fuerza aún en su favor que las del proceso de rehabilitación. En este último, los mismos hechos son testimoniados bajo juramento por los testigos de su vida, que deponen ante los examinadores o el tribunal ³² .

Pondremos por encima de todos esos testimonios la opinión de un hombre, de un contemporáneo que los resume, y cuya autoridad es grande. Quiero hablar de Quicherat, director de la École des Chartes. No era místico ni iluminado, sino una persona grave y fría, eminente crítico de historia. Se entregó a una indagación a fondo, enteramente erudita, al examen escrupuloso de la vida de Juana de Arco. He aquí su juicio: "Se beneficie o no con ello la ciencia, no por eso habrán de dejarse de admitir sus visiones".

En cuanto a mí, añadiré que la ciencia nueva se beneficiará con ellas. Porque todos esos fenómenos considerados milagrosos antaño, se explican hoy por las leyes de la mediumnidad.

Juana era ignorante, sus únicos libros habían sido la Naturaleza y el firmamento estrellado. Responde a Pierre de Versailles, que la interroga en Poitiers sobre su grado de instrucción: "No sé jota". Varios lo afirman en el proceso de rehabilitación ³³ . No obstante, emprende la obra más maravillosa que mujer alguna haya llevado a cabo jamás. Y para conducirla a buen término, despliega aptitudes y cualidades peregrinas. Pese a ser iletrada, confundirá y persuadirá a los doctores de Poitiers. Por su genio militar y la habilidad de sus planes adquiere pronta influencia sobre los jefes militares y los soldados. En Ruán resiste a sesenta casuistas hábiles en sutilezas jurídicas y teológicas. Frustra sus ardides, respondiendo a todas las objeciones que le formulan. Y más de una vez los turba con la fuerza de sus réplicas, veloces como relámpagos y penetrantes cual puntas de espadas.

¿Cómo conciliar tan aplastante superioridad con su falta de instrucción? ¡Es que se trata de otra fuente de saber que la ciencia de escuela! Por la continua comunión con el Mundo Invisible, desde la edad de trece años, en que tuvo su primera visión, adquirió las luces indispensables para el cumplimiento, de su ardua tarea. Las lecciones de nuestros Guías

del Espacio son más eficaces que las de un maestro y, sobre todo, más abundantes en revelaciones morales. Las universidades e iglesias no practican mucho esas vías del conocimiento. Sus representantes leen poco en el "libro de Dios" de que habla Juana, en el gran libro del Universo invisible de donde había ella extraído sabiduría y luz. "Hay en los libros de Nuestro Señor más que en los vuestros". "¡Micer tiene un libro donde ningún clérigo ha leído jamás, por muy perfecto que sea en cléricatura!" - afirma en Poitiers ³⁴ .

Con lo que recuerda que el mundo oculto y divino posee manantiales de verdad, diferentemente ricos y profundos que aquellos en que los humanos beben. Y a veces tales fuentes se tornan accesibles a los simples, humildes e ignorantes, a los que ha marcado Dios con su sello, y que encuentran en aquéllas elementos de saber que superan cuanto el estudio puede procurarnos.

La ciencia humana no deja de tener cierto orgullo. Sus enseñanzas huelen casi siempre a convención, afectación, pedantería, al caso es que carecen a menudo de claridad y sencillez. Algunas obras de psicología, por ejemplo, resultan de tal modo oscuras y complejas, y se hallan tan erizadas de expresiones extravagantes que frisan en lo ridículo. Divierte ver a cuántos esfuerzos de imaginación, a qué gimnasia intelectual se entregan hombres como el profesor Théodore Flournoy y el doctor Grasset para edificar teorías tan burlescas como científicas. Por el contrario, las verdades provenientes de altas revelaciones se manifiestan con rasgos de luz, y, en pocas palabras, por boca de los simples, resuelven los más arduos problemas. Dijo Cristo:

Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que encendiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños (Lucas, 10:21) ³⁵ .

El mismo pensamiento ha expresado Bernardin de Sannt-Pierre, cuando escribe: "Para hallar la verdad hay que buscarla con sencillez de corazón".

Pues bien, con un corazón sencillo, escucha Juana sus voces, las interroga en los casos importantes, y, siempre confiada en su sabia dirección, al impulso de los poderes superiores, se trueca en un admirable instrumento, dotado de facultades psíquicas preciosas.

No sólo ve y oye a maravilla, sino que su tacto y olfato son asimismo afectados por las apariciones que se presentan: "He tocado a Santa Catalina, que se me mostró visiblemente" - dice. ¿Habéis besado abrazado a Santa Catalina o a Santa Margarita?" - le preguntan. "Abracé a las dos". "¿Exhalaban buen perfume?" "Conviene saber que despedían grato aroma"

En otro interrogatorio se expresa así: "Vi a San Miguel y a los ángeles con los ojos de mi cuerpo, así como os veo a vosotros. Y cuando se alejaban de mí lloré, y hubiera querido que me llevaran consigo" ³⁷ .

No otra es la impresión experimentada por todos los médiums que entrevén los esplendores del Espacio y los Seres radiosos que en él moran. Experimentan un éxtasis que les hace más tristes y pesadas las realidades de la Tierra. Haber participado por un segundo de la vida celestial y volver a caer de golpe en medio de las tinieblas de nuestro mundo constituye, sin ninguna duda, un contraste punzante. Y más aún para Juana, cuya exquisita alma, tras haberse encontrado un momento en el plano que le era familiar y del que había venido, y recibir de él "gran confortación", se veía de nuevo frente a los rudos y penosos deberes que le tocaban.

Pocos hombres comprenden estas cosas. Las vulgaridades de la Tierra les ocultan las bellezas del Mundo Invisible que les rodea, y en el que se sumergen como ciegos en medio de la luz. Pero almas delicadas hay, Seres que poseen sentidos sutiles, para quienes el denso velo de las cosas materiales se desgarran por instantes y a través de tales aberturas perciben un rincón del mundo divino, el de las verdaderas alegrías y las felicidades reales, donde nos reencontraremos todos al morir, tanto más libres y dichosos cuanto mejor hayamos vivido por el pensamiento y el corazón, cuanto más hayamos amado y sufrido.

Pero la confianza de Juana en sus amigos del Espacio no se fundaba tan sólo en esos hechos extraordinarios, en tales visiones y voces. Porque también la razón le demostraba cuán puro y elevado era el venero de sus inspiraciones, ya que las voces la guiaban siempre hacia la acción útil, en el sentido de la consagración y el sacrificio. En tanto que ciertos visionarios se pierden en estériles desvaríos, en Juana los fenómenos psíquicos concurren todos a la realización de una gran obra. De ahí su inquebrantable fe: "Creo tan firmemente -responde a sus jueces- los dichos y los hechos de San Miguel, que se me apareció, como creo que Nuestro Señor Jesucristo sufrió muerte y pasión por nosotros. Y lo que me mueve a creerle es el buen consejo, el consuelo y las enseñanzas que me ha dado" ³⁸ .

En su tan seguro juicio es ante todo el aspecto moral de las manifestaciones lo que constituye, a su ver, una garantía, una prueba de autenticidad. Por sus eficaces advertencias, el apoyo constante y las sanas instrucciones que le imparten reconocen en sus Guías a enviados de lo Alto.

En el curso del proceso, bien así como en su acción militar, las voces la aconsejan tocante a lo que debe decir y hacer. En todas las contingencias difíciles recurrió a ellas. "Pedí consejo a la voz acerca de lo que tenía que

responder, diciéndole que solicitara en lo Alto el consejo de Nuestro Señor. Y la voz me contestó: 'Responde sin vacilar, que Dios te ayudará' ³⁹ .

Sus jueces la interrogan a este respecto: "¿Cómo os explicáis que esas santas os respondan?" - "Cuando pido a Santa Catalina -les dice Juana-, entonces ella y Santa Margarita piden a Dios, y luego, con orden de Dios, me dan respuesta" ⁴⁰ .

Así, para cuantos saben interrogar a lo Invisible en el recogimiento y la oración, el pensamiento divino desciende de grado en grado desde las alturas del Espacio hasta los hondones de las conciencias. Pero no todos lo discernen como Juana lo hacía.

Cuando las voces enmudecen se niega ella a responder a cualquier cuestión importante: "No obtendréis aún esto de mí, pues que no tengo permiso de Dios. Creo que no os digo todo lo que sé, pero temo más caer en falta diciéndoos algo que disguste a mis voces, que el miedo que pueda sentir de no responderos" ⁴¹ .

Discreción admirable y que tantos hombres harían bien en imitar cuando las voces del buen sentido y la conciencia no ordenan hablar.

Hasta el fin de su vida trágica manifestará Juana grande amor hacia sus Guías invisibles, a la par que confianza absoluta en su protección. Inclusive cuando parecieron abandonarla tras haberle prometido la salvación no profirió ninguna queja ni blasfemia alguna. No obstante, según confesión suya, le habían dicho cuando se hallaba presa: "Serás liberada por una gran victoria" ⁴² , y en vez de la liberación llegaba la muerte. Sus interrogadores, que no perdonaban medio para desesperarla, insistían en este aparente abandono, pero Juana replicaba sin turbarse: "Jamás renegué de santo ni santa".

La historia de la muchacha lorenese presentaba casos de clarividencia y premonición en número lo bastante elevado para atribuirle, a los ojos de todos, un misterioso poder de adivinación. A veces semeja leer en lo por venir, como cuando dice al soldado de Chinón que la había injuriado, en el momento de su entrada al castillo: "¡Ah, reniegas de Dios y, sin embargo, tan cerca te hallas de tu muerte!" En efecto, la misma noche el soldado se ahoga accidentalmente ⁴³ . Lo mismo ocurre con el inglés Glasdale, en el ataque a la fortaleza del Puente, ante Orleáns. Juana le intima a que se rinda al Soberano de los Cielos, añadiendo: "Tengo gran lástima por tu alma". En el mismo instante Glasdale, completamente armado, cae en el Loira y se ahoga también ⁴⁴ . Más tarde, en Jargeau, prevé el peligro que amenaza al duque d'Alençon, por cuya vida ha prometido velar: "Gentil duque -exclama-, retiraos de donde os halláis. Si no, esa pieza de artillería que está allá os va a enviar a la muerte". Justa era la previsión, porque el

señor del Lude ocupó el sitio abandonado y allí fue muerto poco después ⁴⁵ .

En otras ocasiones y con mucha frecuencia Juana es prevenida por sus voces, conforme ella misma lo atestigua. Y en Vaucouleurs, sin haberle visto jamás, marcha directamente hacia el sire de Baudricourt: "Le reconocí -explica ella- gracias a mi voz, que me dijo: "Helo ahí ⁴⁶ . Según sus revelaciones, Juana le predijo la liberación de Orleáns, la consagración del monarca en Reims, y le anunció la derrota de los franceses en la jornada de los arenques ⁴⁷ , en el mismo instante en que ésta acababa de verificarse ⁴⁸ .

En Chinón, llevada a presencia del rey, no vaciló en identificarle entre los trescientos cortesanos en medio de los cuales se había ocultado. "Cuando entré en la cámara del rey -dice Juana- le reconocí entre los otros merced a mi voz, que me lo reveló ⁴⁹ . Y en conversación íntima le recuerda los términos de la plegaria muda que había él dirigido a Dios, hallándose solo en su oratorio. Las voces le notifican que la espada de Charles Martel está escondida en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois, y se la hacen ver ⁵⁰ .

Asimismo la voz la despertó en Orleáns cuando, rendida por la fatiga, se echó en una cama e ignoraba el ataque a la fortaleza de Sannt-Loup: "Mi consejero me dijo que marche contra los ingleses -exclama de súbito-, ¡No me habíais informado de que se estuviese derramando sangre de Francia!" ⁵¹ .

Sabe, por haberla prevenido de ello sus Guías, que será herida de un disparo en el ataque a las Torrecillas, el 7 de mayo de 1429. Una carta del señor de Rotselaer, encargado de negocios de Brabante, conservada en los archivos de Bruselas y con fecha 22 de abril del mismo año -escrita, pues, quince días antes del hecho-, relata esta predicción y el modo como debía realizarse. La víspera del combate dijo ella todavía: "De mi cuerpo saldrá sangre mañana" ⁵² .

En esa jornada predice, contra toda verosimilitud, que el ejército triunfador volvería a entraren Orleáns por el puente pese a hallarse roto éste. Y tal aconteció.

Una vez liberada la ciudad, Juana insiste ante el rey a fin de que no se difiera la partida para Reims, repitiendo: "Duraré apenas un año, señor. Es necesario, pues, que me emplee bien" ⁵³ . ¡Qué presciencia de su tan corta carrera!

También le advirtieron las voces acerca de la rendición de Troyes en breve plazo, y más tarde sobre su cercano cautiverio: "En la semana de Pascuas, cuando me hallaba en el foso de Melún, mis voces me dijeron que sería presa antes de San Juan -manifiesta a sus jueces de Ruán la acusada-

y les pedí que cuando me hicieran prisionera muriese al punto, sin largo tormento de prisión. Y ellas, me contestaron: "Sufre todo con paciencia. Ha menester que ello sea hecho así". Pero no me dijeron la hora"⁵⁴ .

A propósito de lo cual citemos, de paso, esta bella respuesta que a sus interrogadores dio: "Si hubiese sabido la hora, no habría ido de buena gana. Sin embargo, hubiera procedido según la orden de mis voces, fueran cuales fuesen las consecuencias de ello"⁵⁵ .

Cuentan asimismo una emotiva escena ocurrida en la iglesia de Compiégne. Juana dijo, llorando, a quienes la rodeaban: "Buenos amigos y queridos hijos, sabed que me han vendido y traicionado. Pronto me entregarán a la muerte. ¡Orad por mí!"⁵⁶ .

En la prisión sus Guías le predicen, con gran júbilo de su parte, la liberación de Compiégne⁵⁷ . Se le revela también su trágico fin en una forma que no comprende pero cuyo sentido discernen sus jueces. "Lo que más me repiten mis voces es que seré liberada... Añaden: 'Sufre todo con paciencia, no te inquietes por tu martirio. Alcanzarás por último el reino del paraíso"⁵⁸ .

Las voces le advierten con frecuencia de los acuerdos secretos de los capitanes, celosos de la gloria de Juana, quienes se ocultar de ésta para deliberar con respecto a los hechos de la guerra. Más de súbito aparece ella, que conoce por anticipado sus resoluciones, frustrándolas. "Habéis estado en vuestro acuerdo y yo en el mío" -les dice-. El de Dios se cumplirá, mientras que el vuestro ha de perecer"⁵⁹ . Las cualidades eminentes que hacen al gran general, ese conocimiento de la estrategia y la balística, así como su habilidad en el empleo de la artillería, cosa novísima en tal época, ¿no los debe Juana igualmente a las inspiraciones de sus Guías? ¿Dónde habría podido averiguar que a los franceses les agrada más situarse delante de las defensas que combatir desde atrás de éstas? Y ¿cómo explicar de otro modo que una simple pastora se haya convertido de la noche a la mañana, y a los dieciocho años de edad, en incomparable jefe militar? Según se verá, su mediumnidad adoptaba formas diversas. Estas facultades, diseminadas y fragmentarias en los más de los sujetos de nuestros días, se encontraban en ella reunidas, agrupadas en poderosa unidad. Por lo demás, su gran mérito moral las acrecía. La Heroína era intérprete, agente del Mundo Invisible, sutil y etéreo que se extiende más allá del nuestro y cuyas vibraciones, armonías y voces perciben ciertos seres humanos especialmente dotados.

Los fenómenos que llenan la vida de Juana se concatenan y concurren a un mismo objetivo. La misión impuesta por las altas Entidades, cuya naturaleza y carácter trataremos de determinar más adelante, es clara y

precisa. La anuncian de antemano y en sus líneas esenciales se cumple. Toda su historia es testimonio de ello. A los jueces de Ruán manifestaba: "He venido de parte de Dios. Nada tengo que hacer aquí. Devolvedme a Dios del que he venido"⁶⁰ .

Y cuando, ya en la hoguera, las llamas la rodean y muerden su carne, exclama aún: " ¡Sí, mis voces eran de Dios! Mis voces no me han engañado"⁶¹

¿Podía mentir? Su sinceridad y rectitud, que en toda circunstancia se ponen de relieve, responden por ella. Un alma tan leal, que ha aceptado todos los sacrificios antes que renegar de Francia y de su rey, semejante alma no podía rebajarse hasta el embuste. Hay en sus palabras tal acento de verdad y convicción que nadie, incluso entre sus más violentos detractores, se ha atrevido a acusarla de impostora. Anatole France, el cual por cierto no la trata con miramientos, escribe:

Lo que sobre todo resulta de los textos es que ha sido una santa, con todos los atributos de la santidad en el siglo 15. Tuvo visiones, y éstas no fueron ni fingidas ni falsificadas. [...] No podemos creerla capaz de mentir⁶²

La lealtad de Juana era absoluta. No se valía, como tantas otras personas, de términos excesivos, de expresiones desmesuradas para apoyar sus pareceres. "Nunca juraba -dice un testigo del proceso de rehabilitación- y al afirmar se contentaba con añadir: "Indefectiblemente "⁶³

Volvemos a encontrar esta palabra en los interrogatorios del proceso de Ruán. Y en sus labios tomaba un significado particular, pronunciada con ese tono de franqueza y el semblante que la caracterizaban.

Considerando las cosas desde otro punto de vista, ¿se engañó Juana? Su buen sentido y lucidez de espíritu, su tan seguro juicio y los chispazos geniales que con frecuencia iluminan su vida, no permiten creerlo. No era una alucinada.

Sin embargo, algunos críticos la creyeron tal. Los más de los fisiólogos -Pierre Janet, Théodule Ribot y el doctor Grasset-, a quienes hemos de sumar alienistas como los doctores Lélut, Calmeil, etcétera, sólo ven en la mediumnidad una de las formas de la histeria o de la neurosis. Para ellos, los videntes son enfermos, y la misma Juana de Arco no escapa a sus juicios. Hace muy poco el profesor Morselli ¿no calificó a los médiums de espíritus débiles o desequilibrados, en su estudio *Psychologie et Spiritisme*?

Siempre resulta fácil conceptuar de quimeras, alucinaciones o locura los hechos que nos desagradan o que no podemos explicar. En esto muchos

escépticos se consideran personas discretísimas, cuando en realidad son simplemente víctimas de sus prejuicios.

Juana no era histérica ni neurótica, sino fuerte y de salud perfecta. Casta en sus costumbres, pese a la hermosura llena de atractivos que la caracterizaba, su presencia imponía respeto y veneración incluso a los soldadotes que participaban de su vida ⁶⁴ .

Tres veces -en Chinón, al comienzo de su carrera, y luego en Poitiers, y Ruán- fue examinada por matronas que atestiguaron su doncellez.

Soportaba las mayores fatigas sin desfallecer. "Le ocurre pasarse hasta seis jornadas bajo las armas" - escribe el 21 de junio de 1429, Perceval de Boulainvilliers, consejero-chambelán de Carlos 7º. Y estando a caballo suscitaba la admiración de sus camaradas de armas por el tiempo que podía permanecer montada sin necesidad de apearse ⁶⁵ . Muchas deposiciones testimonian su resistencia. "Se conducía de tal suerte -dice el caballero Thibault d'Armagnac- que no fuera posible a cualquier hombre tener mejor actitud en la acción de guerra. Todos los capitanes se maravillaban de las fatigas y trabajos penosos que soportaba" ⁶⁶ .

Lo propio ocurre con su sobriedad. Sobre este punto tenemos numerosos testimonios, desde los proporcionados por personas que la vieron poco tiempo, como la dama Colette, hasta los de los hombres que habitualmente la rodeaban. Citemos las palabras de su paje, Louis de Contes: "Juana era muy sobria. Hartas veces en toda una jornada no ingirió más que un trozo de pan. Me admiraba que comiese tan poco. Cuando se quedaba en su alojamiento lo hacía sólo dos veces al día".

La pasmosa rapidez con que nuestra Heroína curaba de sus heridas muestra su potente vitalidad. Algunos momentos o pocos días le bastan para reponerse y volver al campo de batalla. Tras saltar de la torre de Beaurevoir, y herirse de gravedad, recobra la salud tan pronto como puede tomar algún alimento.

Todos estos hechos ¿denotan acaso una naturaleza débil o neurótica?

Y si de las cualidades físicas pasamos a las del Espíritu, se impone idéntica comprobación. Los numerosos fenómenos de que fue agente, en vez de perturbar su razón como acontece con los histéricos, parecen, al contrario, haberla fortificado, a juzgar por las respuestas lúcidas y claras, decisivas e inesperadas que da a sus interrogadores de Rúan. Su memoria sigue siendo firme y de sano el juicio. Conserva la plenitud de las facultades intelectuales, el dominio de sí.

El doctor G. Dumas, profesor en la Sorbona, en una noticia publicada por Anatole France, al final de su segundo volumen, declara no haber

logrado encontrar en Juana -según los testimonios existentes- ninguno de los estigmas clásicos de la histeria. Insiste extensamente en la exterioridad de los fenómenos, en su exactitud objetiva, en la "independencia y autoridad relativas" de la Inspirada con respecto a las santas. No le parece que las visiones de Juana puedan ser reducidas a ningún tipo patológico experimentalmente comprobado.

Por su parte, dice Andrew Lang⁶⁷ :

Nada indica ni permite pensar que Juana, mientras se hallaba en comunión con sus santos, haya estado dissociada ni inconsciente de lo que la rodeaba. Antes bien, vemos que en la terrible escena de su abjuración escucha a la par, con igual nitidez, las voces de sus santos y el sermón de su predicador, cuyos errores no se abstiene de criticar.

Agreguemos que jamás estuvo obsedida, puesto que los Espíritus que la asistían sólo en ciertos momentos se llegaban hasta ella, y sobre todo cuando los invocaba, mientras que la obsesión se caracteriza por la presencia ostensiva y molesta de Seres invisibles.

Las voces de Juana se relacionan todas con su gran misión. Sus conversaciones nunca son vulgares, sino que en cada caso tienen su razón de ser. Por lo demás, no se contradicen ni se hallan contaminadas por las creencias erróneas de la época, cosa que ocurriría si Juana hubiese estado predispuesta a sufrir alucinaciones. En vez de creer en las hadas, en las virtudes de la mandrágora y en otras cien ideas falsas de su tiempo, manifiesta en los interrogatorios ignorancia a su respecto o pone de relieve el desprecio en que las tiene⁶⁸ .

No hay en Juana ningún sentimiento egoísta ni orgullo alguno, conforme sucede a los alucinados, que por atribuir gran importancia a su insignificante persona sólo ven en su entorno enemigos y perseguidores. Todos los pensamientos de Juana, bajo la inspiración divina, son para Francia y su rey.

El gran alienista Brierre de Boismont, que se entregó a un atento estudio de la cuestión⁶⁹ , le reconoce superior inteligencia. No obstante, califica de alucinaciones a los fenómenos de que fue objeto, aunque atribuyéndoles un carácter fisiológico, no patológico. Con lo que se propone decir que tales alucinaciones no le impidieron conservar la integridad de su razón, sino que serían el resultado de una exaltación mental que no tiene, sin embargo, nada de mórbida. En su sentir, la concepción de la idea directriz, "estimulante poderoso", se hizo imagen en el cerebro de Juana, en quien admira a un alma de elección; uno de esos "mensajeros que desde lo hondo del misterioso infinito se nos envía".

Sin ser de la misma opinión que el célebre práctico de la Salpêtrière⁷⁰, en lo que mira a las causas determinantes de los fenómenos, el doctor Dupouy, que atribuye estos últimos a la influencia de entidades celestiales, llega a iguales conclusiones. Sólo que para él las alucinaciones de la Doncella habrían tenido el don de objetivar las personalidades angélicas que le servían de guía. Pudiéramos adoptar este modo de ver, pues sabemos que Juana consideraba que sus santas eran aquellas cuyas imágenes decoraban la iglesia de Domremy.

Pero, preguntémosnos de nuevo: ¿se puede atribuir carácter alucinatorio a voces que os despiertan en pleno sueño para advertiros sobre acontecimientos presentes o venideros, como sucedió en Orleáns y durante el proceso de Juana en Ruán; a voces que os aconsejan obrar de manera distinta de como querriais? Cuando se hallaba cautiva en la torre de Beaurevoir, recibió la prisionera muchas recomendaciones de sus Guías, deseosos de evitarle un error. Sin embargo, no pudieron impedirle que saltara desde lo alto de la torre, y debió arrepentirse de ello.

Decir, con Lavissee, Anatole France y otros, que la voz que oyó Juana fue la de su conciencia, nos parece igualmente en contradicción con los hechos. Todo prueba que tales voces eran exteriores. El fenómeno no es subjetivo, puesto que los llamados de sus Guías la despiertan -conforme vimos-, y a veces sólo comprende el final de lo que le dicen⁷¹.

Sólo en las horas de silencio las oye bien. "La confusión de las prisiones y las riñas de los guardas"⁷² le impiden comprender sus palabras. Por tanto, es evidente que éstas vienen de fuera, ya que el bullicio incomoda poco a la voz interior que se percibe en lo recóndito del alma, hasta en los momentos de tumulto.

Concluamos entonces, por nuestra parte, reconociendo una vez más en Juana a un gran médium.

Mal que les pese al doctor Morselli⁷³ y a otros muchos, la mediumnidad no se manifiesta sólo en los espíritus débiles o las almas propensas a la locura. Hay talentos de muchos quilates, por ejemplo Petrarca y Pascal, Goethe, Swedenborg y Sardou, así como tantos otros, pensadores profundos de la categoría de Sócrates, hombres impregnados del Espíritu divino, santos o profetas, que tuvieron sus horas de mediumnidad, en las que se reveló -a ratos, en ciertos casos- esa facultad latente en ellos.

Ni la elevación de la inteligencia ni la del alma son impedimentos para esta índole de manifestaciones, y si existen tantas obras mediúmnicas cuya forma o fondo dejan que desear, es porque las altas inteligencias y los grandes caracteres son raros. Esas prendas se hallaban reunidas en Juana

de Arco, de ahí que sus facultades psíquicas alcanzaran tal grado de poder. Cabe afirmar de la Virgen de Orleáns que realizaba el ideal de la mediumnidad.

Se nos plantea ahora una cuestión de suma importancia: ¿Quiénes eran las personalidades invisibles que inspiraban a Juana y la dirigían? ¿Por qué santos, ángeles y arcángeles? ¿Qué debemos pensar de la continua intervención de San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita?

Para resolver este problema habría que analizar en primer término la psicología de los videntes y sensitivos, y comprender la necesidad en que se hallan de atribuir a las manifestaciones del Más Allá, las formas, nombres y apariencias que les sugieren tanto la educación recibida y los influjos experimentados como las creencias del medio y de la época en que viven. Juana de Arco no escapaba a esta ley. Para traducir sus percepciones psíquicas se valía de los términos, expresiones e imágenes que le eran familiares: tal lo que han hecho los médiums de todos los tiempos. Según los ambientes, se da a los moradores del mundo oculto los nombres de dioses, genios, ángeles o demonios, espíritus, etcétera.

Las mismas Inteligencias invisibles que claramente intervienen en la obra humana, se hallan en la precisión de entrar en la mentalidad de los sujetos en que se manifiestan, sirviéndose de las formas y nombres de seres ilustres que dichos sujetos conozcan, a fin de impresionarlos, inspirarles confianza y prepararlos mejor para el papel que se les asigna.

Sabemos que en el Más Allá no dan tanta importancia como nosotros a los nombres y personalidades, sino que se llevan a cabo obras grandiosas y para ponerlas en efecto se utilizan los medios que requiere el estado de espíritu -pudiéramos decir el estado de inferioridad e ignorancia- de los ambientes y épocas en que tales poderes quieren intervenir.

Acaso se me objete que esos poderes sobrehumanos hubieran podido revelar a la Virgen de Domremy su verdadera naturaleza, iniciándola en un conocimiento más elevado y amplio del Mundo Invisible y sus leyes. Pero, además de que es muy largo y difícilísimo instruir a un ser humano -incluso el mejor dotado- en las leyes de la vida superior e infinita, que nadie abarca aún en su conjunto, ello hubiese sido ir contra el objetivo propuesto y tornar irrealizable la obra concebida -obra completamente de acción-, produciendo en la Heroína un estado de espíritu y divergencias de miras que la hubieran puesto en oposición con el orden social y religioso dentro del cual estaba llamada a actuar.

Si examinamos atentamente lo que Juana dice acerca de sus voces, un hecho significativo nos sorprende saber, que el Espíritu al que llaman San Miguel no se dio ese nombre jamás⁷⁴.

A las otras dos Entidades las habría designado el mismo San Miguel, con los nombres de Santa Catalina y Santa Margarita ⁷⁵. Y recordemos que las estatuas de estas santas honraban la iglesia de Domremy, adonde iba Juana a rezar diariamente. En sus largas meditaciones y éxtasis tenía a menudo ante los ojos las imágenes de piedra de esas vírgenes mártires.

Ahora bien, la existencia de estas últimas es sobradamente dudosa, pues lo que de ellas sabemos consiste en leyendas discutidísimas. Hacia 1600, un censor de la Universidad, Edmond Richer, que creía en los ángeles pero no en Santa Catalina ni en Santa Margarita, emite la idea de que las apariciones que la Doncella percibió que se habían hecho pasar ante ella por las santas que veneraba desde su infancia. "El Espíritu de Dios, que gobierna a la Iglesia, se acomoda a nuestra fragilidad moral" - decía ⁷⁶.

Más tarde, otro doctor de la Sorbona, Jean de Launoy, escribió: "La vida de Santa Catalina, virgen y mártir, es de todo punto fabulosa, desde el principio hasta el fin. No hay que darle el menor crédito" ⁷⁷.

Por su parte Bossuet, en su Historia de Francia, por la Instrucción du Dauphin, no menciona a estas dos santas. Y en nuestros días Marius Sepet, alumno que fue de la Escuela de Chartes y miembro del Instituto ⁷⁸, en su prefacio de la Vie de Sainte Catherine, por Jean Miélot ⁷⁹, hace expresas reservas en lo tocante a documentos que han servido de base para dicha obra. Dice: "La vida de la señora Santa Catalina, con la forma que ha tomado en el manuscrito 6449 del fondo francés de la Biblioteca Nacional, en modo alguno puede pretender poseer un valor canónico" ⁸⁰.

Señalemos además que el caso más moderno del párroco de Ars ⁸¹, ofrece mucha analogía con el de Juana de Arco. Como ella, el célebre taumaturgo era vidente y conversaba con los Espíritus, en especial modo con Santa Filomena, su protectora habitual. Sufría también las molestias que le causaba un Espíritu inferior, de nombre Grappin. Pues bien, lo mismo que Catalina y Margarita, Filomena sólo es un nombre simbólico, el cual significa "que ama a la humanidad" ⁸².

. . .

Como quiera que la explicación católica nos parece insuficiente, somos inducidos a ver en ellos a Entidades superiores que resumen, concentran y ponen en acción las fuerzas divinas en las horas en que el mal se extiende sobre la Tierra, cuando con sus actos obstan o amenazan los hombres el desarrollo del plan eterno.

Con las más variadas denominaciones tornamos a hallar esos poderes en épocas muy diferentes. Pero, sea cual fuere el nombre que se les dé, su intervención en la historia no ofrece lugar a dudas. En el siglo 15 veremos

en ellos a los genios protectores de Francia, las grandes almas que más particularmente velan por nuestra nación.

Tal vez digan que es esto sobrenatural, pero no: lo que con aquellas palabras designamos son las regiones elevadas, las alturas sublimes, por así decirlo, el coronamiento de la Naturaleza. Ahora bien, por la inspiración de videntes y profetas, por los poderes mediadores y Espíritus mensajeros ha estado siempre el linaje humano en relaciones con los planos superiores del Universo.

Los estudios experimentales efectuados de medio siglo a esta parte ⁸³, arrojan cierta luz sobre la vida en el Más Allá. Sabemos que el Mundo de los Espíritus se encuentra poblado de Seres en cantidad innumerable, que ocupan todos los peldaños de la escala evolutiva. Que, desde el punto de vista moral, la muerte no nos modifica y que en el Espacio volvemos a hallarnos en posesión de cuantas perfecciones habíamos adquirido, mas también con nuestros errores y defectos. De lo cual resulta que en la atmósfera terrestre pululan las almas inferiores, ávidas de manifestarse a los humanos, lo que hace a veces que las comunicaciones impliquen peligros y exige por parte de los experimentadores una preparación laboriosa y mucho discernimiento.

Tales estudios demuestran asimismo que entre nosotros existen legiones de almas bienhechoras y protectoras, las almas de los hombres que sufrieron por el bien, la verdad y la justicia. Se ciernen por encima de la pobre humanidad para guiarla por las sendas de su destino. A mayor altura de los estrechos horizontes de la Tierra, toda una jerarquía de Seres invisibles se escalonan en la luz. En la escala de Jacob de la leyenda, la de las inteligencias y conciencias superiores, que se gradúa y eleva hasta los Espíritus radiosos, hasta las potentes Entidades depositarias de las fuerzas divinas.

Conforme hemos dicho ya, en ocasiones estos, Entes invisibles intervienen en la vida de los pueblos, pero no siempre lo hacen de modo tan manifiesto como en el tiempo de Juana de Arco. En los más de los casos su acción permanece oscurecida, eclipsada, en primer término para salvaguardar la libertad humana, y, sobre todo, porque si tales poderes quieren que se les conozca, desean igualmente que el hombre se esfuerce y torne apto para conocerlos.

Los grandes hechos de la historia son comparables a los claros que de pronto se abren entre las nubes cuando está el cielo encapotado, para mostrarnos el azul profundo, luminoso, infinito. Tras lo cual esas brechas se cierran al momento, puesto que el hombre no se halla todavía maduro para captar y comprender los misterios de la vida superior.

En lo que respecta a la elección de las formas y medios de que se valen los grandes Seres para intervenir en el campo terrenal, hay que reconocer que nuestro conocimiento sobre esto es sobremanera escaso para evaluarlos y juzgarlos. Las facultades que poseemos son incapaces de valorar los vastos planes de lo Invisible. Pero sabemos que los hechos están ahí, indiscutibles, innegables. De tiempo en tiempo, a través de la oscuridad que nos rodea, en medio del flujo y reflujo de los acontecimientos, en las horas decisivas, cuando una nación se halla en peligro o el género humano ha salido de su vía, entonces una emanación, una personificación del poder supremo desciende entre nosotros para recordar a los hombres que por encima de ellos hay recursos infinitos, que pueden atraer por medio del pensamiento y de sus invocaciones; que existen sociedades de almas a las que el Ser encarnado por sus méritos y esfuerzos, se incorporará algún día.

La intervención en la obra humana de esas altas Entidades, a las que denominaremos los anónimos del Espacio, constituye una profunda ley sobre la cual creemos deber insistir aún, esforzándonos por hacerla más comprensible.

Generalmente -según dijimos- los Espíritus superiores que se nos manifiestan no se designan con nombre, y si lo hacen toman uno simbólico que caracteriza su naturaleza o la índole de la misión que se les asignó.

¿Por qué, entonces, mientras que en la Tierra el ser humano se muestra tan celoso de sus menores méritos, con tal premura por unir su nombre a las obras más efímeras, los grandes misioneros del Más Allá, los mensajeros gloriosos de lo Invisible se obstinan, por lo contrario en guardar el incógnito o en adoptar nombres alegóricos? Porque muy distintas son las reglas del mundo terreno y las de los mundos superiores, donde se mueven los Espíritus de redención.

En la Tierra priva la personalidad, absorbiéndolo todo. El yo tiránico se impone y es el signo de nuestra inferioridad, la fórmula inconsciente del egoísmo que nos caracteriza. Siendo imperfecta y provisoria nuestra actual condición lógico es que todos los actos que llevamos a cabo graviten en torno de nuestra personalidad, vale decir, del yo que mantiene y asegura la identidad del Ser en su estado inferior de evolución, a través de las fluctuaciones del espacio y las vicisitudes del tiempo.

De manera muy diferente pasa en las altas esferas espirituales. La evolución continúa en formas más etéreas, que a determinada altura se combinan, asocian y realizan lo que pudiera llamarse la compenetración de los seres.

Cuanto más asciende y progresa el Espíritu en la jerarquía infinita,

tanto más se borran los ángulos de su personalidad, dilatándose y esparciéndose su yo en la vida universal, de resultas de la ley de armonía y amor. Sin duda sigue en pie la identidad del Ser, pero su acción se mezcla cada vez más con la actividad general, esto es, con Dios, que constituye en realidad el acto puro.

En ello consisten el progreso infinito y la vida eterna: acercarse de continuo al Ser absoluto sin alcanzarlo nunca, y confundir cada vez más plenamente nuestra obra propia con la eterna.

Llegado a esas cumbres, el Espíritu no se presenta con tal o cual nombre, no es ya individuo, personalidad, sino una de las formas de la actividad infinita. Se denomina legión y corresponde a una jerarquía de fuerzas y luces, del modo que un fragmento de llama pertenece a la acción del hogar que la engendra y nutre. Se trata de una inmensa asociación de Espíritus armonizados entre sí por leyes de luminosa afinidad, de sinfonía intelectual y moral, por el amor que los identifica. ¡Fraternidad sublime, de la cual la de la Tierra no es sino pálido y fugitivo reflejo!

En ocasiones, de esos grupos armoniosos, de tales pléyades deslumbradoras surge una irradiación viviente, una radiosa forma se separa y acude, como una proyección de luz celestial, a explorar e iluminar los rincones más ocultos de nuestro oscuro mundo. Y a cooperar a la ascensión de las almas, y a fortificar a una criatura en la hora de un gran sacrificio, o sostener la cabeza de un Cristo en la agonía, o bien salvar a un pueblo, redimir a una nación que a punto está de perecer, tales las misiones sublimes que esos mensajeros del Más Allá vienen a cumplir.

La ley de solidaridad exige que los Seres superiores atraigan hacia sí a los Espíritus jóvenes o retrasados. De manera que una inmensa cadena magnética se desenvuelve a lo largo del inconmensurable Universo y liga a las almas y los mundos.

Y puesto que lo sublime de la grandeza moral consiste en hacer el bien por el bien mismo, sin reintegro egoísta, los Espíritus bienhechores obran tras el doble velo del silencio y el anónimo, a fin de que la gloria y el mérito de sus actos se dirijan sólo a Dios y a El vuelvan.

Así se explican las visiones de Juana, sus voces, las apariciones del arcángel y de las santas, que no han existido jamás como personalidades individuales, bautizadas con esos nombres, pero que son sin embargo realidades vivientes, Seres luminosos, surgidos de los focos divinos, que hicieron de Juana la libertadora de su país.

Michel, Miguel, Micael, la fuerza de Dios; Marguerite, Margarita, la perla preciosa; Catherine, Catalina, Katarina, la virgen pura, todos estos

son nombres simbólicos que caracterizan a una belleza moral, una fuerza superior, y reflejan un rayo de luz de Dios.

Juana de Arco era, pues, un intermediario entre dos mundos, un médium poderoso. Por eso la martirizaron y quemaron, porque tal es, en general, la suerte de los enviados de lo Alto. Son blancos de las persecuciones de los hombres, ya que éstos no quieren o no pueden comprenderles. Los ejemplos que dan y las verdades que difunden constituyen un estorbo para los intereses terrestres, una condena para las pasiones o los errores humanos.

Lo mismo ocurre hoy en día. Es menos bárbara que la Edad Media, que en masa los mandaban a la hoguera, nuestra época persigue aún a los agentes del Más Allá, a quienes a menudo se ignora y desdeña poniéndoselos en solfa. Hablo de los médiums sinceros y no de los simuladores, que los hay numerosos y por doquiera se insinúan. Estos últimos prostituyen una de las cosas más respetables que en este mundo existen, y, por lo mismo, asumen pesadas responsabilidades para el por venir. Pues que tarde o temprano todo se paga. La totalidad de nuestros actos, buenos o malos, recaen sobre nosotros, con sus consecuencias. Es la ley del destino⁸⁴.

Decíamos que las manifestaciones del Mundo invisible son constantes, pero agregaremos que no iguales. En ocasiones la superchería y el charlatanismo se mezclan con la inspiración sagrada. Al lado de Juana de Arco encontraréis a Catalina de La Rochela y Guillermo el pastor, que eran impostores. Existen también verdaderos médiums que, sin embargo, se engañan a sí mismos y a ciertas horas obran bajo el imperio de la autosugestión. Por lo demás, la fuente no es siempre muy pura y la visión resulta a veces confusa, pero se dan a cambio fenómenos tan brillantes que en presencia de ellos no cabe duda alguna. Tales son los hechos que ilustran la vida de Juana de Arco.

Hay en la mediumnidad, como en todas las cosas, infinita diversidad, una gradación o especie de jerarquía. Casi todos los grandes predestinados -profetas, fundadores de religiones, mensajeros de verdades-, cuantos proclamaron los principios superiores de que el pensamiento humano se nutrió, han sido médiums, puesto que su existencia estuvo en continuas relaciones con las altas esferas espirituales.

En otra parte demostré⁸⁵, apoyándome en testimonios tan numerosos como precisos, que desde varios puntos de vista y en hartos casos el genio puede considerarse como uno de los aspectos que la mediumnidad adopta. La mayor parte de los hombres geniales son inspirados, en la más alta acepción del término. Sus obras vienen a ser como focos que Dios enciende

en la noche de los siglos para iluminar la marcha del género humano.

Toda la filosofía de la historia se resume en estas pocas palabras: la comunión de lo visible con lo invisible, que se expresa por medio de la alta inspiración: los individuos geniales y grandes poetas, los sabios y artistas, los inventores célebres, todos son ejecutores del plan divino en el mundo, de ese majestuoso plan de evolución que arrebató al alma hacia las cumbres.

Ora las nobles Inteligencias que presiden esta evolución encarnan ellas mismas, para hacer que su acción resulte más eficaz y directa, y entonces tenéis a Zoroastro, a Buda, y, por sobre todos, a Cristo; ora las dichas Inteligencias inspiran y sostienen a los encargados de dar un vivo impulso a los vuelos del pensamiento, vale expresar, a esos misioneros, en cuyo número se contaron Moisés y San Pablo, Lutero y Mahoma. Pero no existe un caso en que la libertad humana no se respete. De ahí los impedimentos de toda laya que esos grandes Espíritus en su camino encuentran.

El más saliente entre los hechos que señalan la llegada de esos mensajeros de lo Alto es la idea religiosa sobre que se apoyan. Tal idea basta para exaltar su valor y reunir en torno de ellos -que son casi siempre humildes, y no disponen de fuerza material alguna- a innumerables muchedumbres, prontas a divulgar la enseñanza cuya grandeza han sentido.

Todos hablaron de sus comunicaciones con lo Invisible: tuvieron visiones, escucharon voces y reconocieron ser meros instrumentos de la Providencia para cumplir una misión. De hallarse solos y librados a sí mismos no hubieran tenido feliz suceso, de ahí que la influencia de lo Alto fuera, más que necesaria, indispensable para el triunfo de su idea, con la cual se encarnizaban tantos enemigos. También la filosofía ha tenido sus gloriosos inspirados: Sócrates, como Juana de Arco, percibían voces o, mejor dicho, una voz, la de un Espíritu familiar que él denominaba su demonio⁸⁶, el que se hacía oír en toda circunstancia.

Podemos leer en el *Theages*, de Platón, cómo Timarco habría evitado la muerte si hubiera escuchado la voz de este Espíritu. "No te vayas -le aconseja Sócrates cuando aquél se levanta de la mesa del banquete con Filemon (su cómplice y el único que sabe de sus intenciones) para ir a matar a Nicías, no te vayas; la voz me dice que te retenga". Aunque prevenido un par de veces más, Timarco parte, pero fracasa en su intento y le condenan a muerte. En la hora del suplicio reconoce, demasiado tarde ya, que debiera haber obedecido a la voz: " ¡Oh Clitomaco! -dice a su hermano-, voy a morir por no haber querido atenerme a lo que Sócrates me aconsejaba".

Cierto día la voz advirtió al sabio que no siguiese adelante por un camino en el que con sus amigos transitaba. Estos se negaron a escucharle, continuando la marcha y encontrándose con un rebaño que dio con ellos en tierra, pisoteándolos.

Tras haber reconocido con harta frecuencia la verdad de los consejos que la voz le dictaba, Sócrates tenía razón sobrada para creerle y recordaba a sus amigos que "habiéndoles comunicado las predicciones que de ella recibía, no se había comprobado nunca que las hubiese inexactas".

Por lo demás, no olvidemos la declaración solemne del filósofo ante el tribunal de los efetas, cuando se agita para él la cuestión de vida o muerte

87 .

Mi guía espiritual, el Espíritu divino⁸⁸ que me asiste, me permitía oírle hasta hoy muy frecuentemente, aun a propósito de actos de poca importancia, en todo momento en que iba a hacer algo que no me convenía. Hoy, en cambio, cuando al parecer me sucede, como veis, algo que podría considerarse como la mayor de las desgracias, al menos como tal se la considera, no sólo no se ha dejado oír al salir de mi casa ni cuando estaba ante el tribunal, sino que tampoco para prevenirme, cuando he tenido que, hablar. Sin embargo, en otras muchas ocasiones menos graves me ha obligado a callarme, bien en contra de mis intenciones. Hoy, en cambio, ni un solo instante, mientras solventábamos este asunto, me ha impedido hacer o decir lo que quiera que fuese. ¿A qué debo atribuir esto? Os lo voy a decir. Es que sin duda lo que me acontece es bueno para mí, luego indudablemente nos equivocábamos al figurarnos que la muerte es un mal.

También en Francia nuestros filósofos han sido visitados por Espíritus: Pascal tenía horas de éxtasis. Malebranche, escribió en plena oscuridad su *Recherche de la Vérite*. Por su parte, Descartes nos cuenta como una intuición subitánea, veloz cual relámpago, le inspiró la idea de su duda metódica, sistema filosófico al que debemos la liberación del pensamiento moderno. Y Brierre de Boismont, dice⁸⁹ :

Tras largo retiro, Descartes fue seguido por una persona invisible que le inducía a proseguir las indagaciones sobre la verdad.

Schopenhauer, en Alemania, reconoce igualmente haber experimentado la influencia del Más Allá. Escribe:

Mis postulados filosóficos se han producido en mí sin mi intervención, en los momentos en que mi voluntad se hallaba como adormecida... Por tanto, mi persona era como extraña a la obra.

Casi todos los poetas de renombre gozaron de una asistencia de lo

Invisible. Entre los muchos mencionaremos tan solo ⁹⁰ a Dante y Tasso, Schiller y Goethe, Pope ⁹¹ , Shakespeare y Shelley; Camoens,

Víctor Hugo, Lamartine y Alfred de Musset ⁹² , etcétera. Entre los pintores y músicos mencionaremos a Rafael, Mozart,

Beethoven y otros, ya que la inspiración se derrama sin cesar en poderosos raudales sobre la humanidad.

Suele decirse "estas ideas están en el aire" y, en efecto, se encuentran en él, porque las almas del Espacio las sugieren a los hombres. Ahí debemos buscar el origen de los grandes movimientos de opinión en todos los dominios, y ahí también reside la causa de las revoluciones que trastornan a un país para regenerarlo.

Por consiguiente, hay que reconocer que el fenómeno de la mediumnidad abunda en todas las épocas. La historia entera se ilumina con su luz. En oportunidades se concentra en una personalidad eminente y brilla con vivo resplandor, como en el caso de Juana de Arco; en otras se disemina y reparte en gran número de intérpretes, conforme sucede en nuestro tiempo.

La mediumnidad ha sido con frecuencia inspiradora del genio, educadora de la especie humana, el medio de que Dios se vale para elevar y transformar a las sociedades. Y en el siglo 15 sirvió para salvar a Francia del abismo de males en que se encontraba sumida.

Hoy pasa sobre el mundo como un hálito nuevo, que acude a dar vida a tantas almas aletargadas en la materia, a tantas verdades que en la sombra y en el olvido yacen. Los fenómenos de visión y audición, las apariciones de difuntos, las manifestaciones de los Invisibles por incorporación, psicografía, tiptología y demás, se tornan incontables, multiplicándose a diario alrededor de nosotros.

. . .

Las encuestas de diversas sociedades de estudios, las experiencias y testimonios de sabios eminentes y de meritorios publicistas cuyos nombres hemos citado, no dan lugar a la menor duda. Sus obras contienen predicciones relacionadas con el porvenir de Inglaterra, que se han cumplido ya sobre estos hechos, los cuales se observaron en condiciones que desafían toda posibilidad de fraude. Mencionaremos tan sólo algunos entre los que presentan analogías con aquellos que a la vida de Juana de Arco se atribuye.

Están en primer término las voces:

F. W. H. Myers nos habla -en su libro La personalidad humana- de la

que escuchó, lady Caidly, en una circunstancia en que peligraba su vida.

François Coppée se refiere igualmente a una voz misteriosa que le llamaba por su nombre en momentos bastantes graves de su existencia, cuando, acostado ya, le mantenían despierto las preocupaciones.

Seguramente no me hallo dormido en tales instantes -afirma-, y prueba de esto es el hecho de que pese a la gran emoción y las palpitaciones que entonces experimento, siempre he dicho de inmediato: "¿Quién está ahí? ¿Quién me habla? "Pero la voz nunca agregó cosa alguna a su simple llamada⁹³ .

En la Revista científica y moral del espiritismo, de julio de 1909, el doctor Breton, médico de la Marina y presidente de la Sociedad de Estudios Psíquicos de Niza, relata el hecho siguiente:

La señorita Lola se había casado con el señor de R..., oficial ruso. Su suegro fallece. Al poco tiempo la joven acompaña a su suegra al cementerio, a la capilla de la familia, para rezar sobre la tumba del difunto. De hinojos y orando, oye distintamente una voz que le dice: "También tú enviudarás, pero no tendrás el consuelo de ir a rezar al sepulcro de mi hijo". Al escuchar esta voz, la señora de R... perdió el conocimiento y la suegra acudió en su ayuda. Vuelta pronto en sí, declaró la causa de su emoción.

Estalla la guerra ruso-japonesa y el coronel de R..., sucumbe en Manchuria. Junto con otros, su cuerpo es transportado en el ataúd a Mukden, a fin de enviarlo a Rusia. Mas el destacamento que los conduce debe abandonarlos durante la retirada general del ejército ruso. No obstante las numerosas indagaciones que al respecto se realizaron, no se pudo saber nunca qué se había hecho de esos cuerpos.

De manera que la predicción del Espíritu, padre del coronel de R..., se cumplió: la joven viuda no podrá jamás orar sobre el túmulo de su esposo.

Hablemos ahora de las apariciones. Los ejemplos de ellas no son raros en nuestros días, y en ciertos casos se pudo establecer su autenticidad mediante la fotografía.

La Revista Espirita, del 15 de enero de 1909, trae una narración de William Stead, relativa a un hecho de esta índole. Se conoce al gran publicista británico tanto por su lealtad como por su valor y desinterés. Llegado el caso, y si la verdad lo exige sabe ponerse firme ante Inglaterra entera. Notorio es cómo, desdeñando sus intereses personales, vale expresar, poniendo en olvido los muchos millones que debía heredar de Cecil Rhodes, se atrevió a señalarlo a éste públicamente como uno de los promotores de la guerra anglobóer, y llegó a pedir que le aplicaran la pena

de trabajos forzados (hard labour).

Pues bien, en el transcurso de esa guerra W. Stead, concurrió al taller de un fotógrafo ignorantísimo pero dotado de clarividencia, para ver qué podía lograr de este hombre, pues el estudio del mundo oculto tiene para él muchos atractivos. El fotógrafo vio entrar junto con Stead, a una aparición que pocos días antes se había presentado ya en su casa. Convinieron en tratar de fotografiarla al mismo tiempo que al escritor. Mientras se procedía a ello, a una pregunta que se formuló al personaje, invisible para los ojos humanos, éste manifestó llamarse Piet Botha. Entre todos los Botha conocidos de W. Stead, no había ninguno que tuviese tal nombre de pila. Y en la fotografía apareció, en efecto, al lado del publicista y con toda nitidez, la fisonomía completamente característica de un bóer.

Cuando se hubo concertado la paz, el general Botha marchó a Londres, y W. Stead le remitió la imagen que obtuviera. Al día siguiente se presentó en su casa uno de los delegados surafricanos, Wessels, que le dijo, intrigadísimo: "Este hombre no os conoció nunca, pues jamás estuvo en Inglaterra. Es uno de mis parientes y tengo su retrato en casa". - "¿Ha fallecido?" - inquirió Stead-. "Fue el primer comandante bóer muerto en el sitio de Kimberley - respondió su interlocutor-. Se llamaba Petrus Botha, pero le decíamos Piet para abreviar".

Al ver la fotografía, los demás delegados de los Estados libres reconocieron asimismo al guerrero bóer.

A veces -y es ésta una de las más poderosas razones que abogan en favor de su legitimidad- las apariciones se muestran a criaturas muy pequeñas, incapaces de todo designio interesado ni de fraude alguno.

Los Annales des Sciences Psychiques, del 1 y 16 de febrero de 1909, citan varios hechos análogos. En uno se trata de cierta niña de dos años y medio que vuelve a ver en diversas ocasiones y lugares a su hermanita, fallecida poco tiempo antes, y le tiende la mano. En otro caso, una chica de tres años percibe, en el momento del deceso de su hermanito, a una de sus tías difuntas y corre hacia ella, siguiéndola en sus movimientos.

Leemos otra vez en Brierre de Boismont⁹⁴ :

Un joven de dieciocho años, que no tenía la menor tendencia entusiasta, novelesca ni supersticiosa, vivía en Ramsgate, por motivos de salud. En ocasión de un paseo que hizo a uno de los villorrios cercanos entró en la iglesia local, al cerrar la noche, y quedó espantado al ver el espectro de su madre, muerta algunos meses atrás, de resultas de cierta enfermedad que la había sumido en una postración muy dolorosa. Su silueta permanecía entre él y la pared y se estuvo allí inmóvil un tiempo

considerable.

El joven volvió a su alojamiento. Y como quería que la misma aparición se presentara en su cuarto varias noches consecutivas, se sintió enfermo y se apresuró a marchar a París, donde residía su padre. Al mismo tiempo se hizo el firme propósito de no hablarle de la visión, temiendo que eso aumentase el dolor con que lo había agobiado la pérdida de una mujer a la que adoraba.

Obligado a dormir en la habitación de su progenitor, se sorprendió al comprobar que en ella permanecía encendida una luz toda la noche, lo que era tan contrario a sus costumbres como a sus gustos. Tras varias horas de insomnio que la claridad de dicha luz le ocasionaba, el hijo se levantó de la cama para apagarla. Pero su padre se despertó al instante y poseído de viva agitación, le ordenó que volviese a encenderla, lo que aquél hizo, asombradísimo de su cólera y de las señales de terror impresas en su semblante. Al preguntarle el motivo de su espanto, sólo recibió una respuesta vaga.

Una semana pasó, a lo sumo, al cabo de la cual el muchacho, impedido de dormir por la incomodidad que la luz le producía, se aventuró por segunda vez a extinguirla, y el padre se tiró de la cama casi de inmediato, temblando desmedidamente, se mostró disgustado por haberle desobedecido y volvió a dar lumbre a la lámpara. Entonces le confesó que siempre que estaba en la oscuridad se le aparecía el fantasma de su mujer, que se que daba inmóvil y no se desvanecía hasta que volviese a iluminar el cuarto.

El relato causó fuerte impresión en el ánimo del joven, que temiendo intensificar la pena de su progenitor, no le narró el suceso de Ramsgate. Poco tiempo después dejó París y se trasladó a una ciudad del interior, a sesenta millas de distancia, para ver a un hermano suyo que ahí vivía en una pensión, y al cual, por temor al ridículo, no había comunicado nada de lo que a él mismo le había ocurrido.

Ni bien hubo entrado en la casa y hecho los cumplimientos de estilo, el hijo del dueño de la pensión le preguntó: "¿Vuestro hermano dio alguna vez muestras de hallarse loco? Porque anoche bajó en ropas menores, fuera de sí, declarando haber visto al Espíritu de su madre. No se atrevía a volver a su cuarto y por el pavor que experimentaba perdió el sentido".

Numerosos hechos de la misma índole podríamos agregar⁹⁵, puesto que los moradores del Espacio no descuidan ninguna oportunidad para manifestarse y demostrarnos las realidades de la supervivencia.

Relacionado con esto Arthur Conan Doyle, el gran escritor inglés, nos

hace llegar una fotografía tomada el 11 de noviembre de 1923 en Londres, en el cenotafio del soldado desconocido, durante el minuto de silencio y recogimiento que ahí se observó. En ella se ven multitud de cabezas de jóvenes, entre las cuales el eminente escritor afirma reconocer la de su hijo, muerto en el frente.

Los Espíritus superiores tienen señalada preferencia por el fenómeno de incorporación, debido a que éste les posibilita revelarse con una conciencia más completa y les ofrece recursos intelectuales más amplios. Sumido en el sueño por invisible acción magnética, el médium deja algunos instantes su organismo a Entidades que de él se poseionan y entran en relaciones con nosotros por medio de la voz, el gesto y la actitud. Su lenguaje es a veces tan sugestivo e imponente que fuera imposible abrigar la menor duda en lo que atañe a su carácter, naturaleza e identidad. Si resulta fácil simular los fenómenos físicos, como son las "mesas parlantes", escritura automática y apariciones de fantasmas, no acontece lo mismo con los hechos de elevado orden intelectual. En efecto, no se imita al talento y mucho menos al genio. A menudo hemos sido testigos de escenas de este género y siempre nos causaron honda impresión. Vivir, siquiera sea por un momento, en la intimidad de los grandes Seres; constituye una de las raras felicidades de que pueda disfrutarse en la Tierra. Merced a la mediumnidad de incorporación pudimos comunicarnos con los Espíritus guías y con la misma Juana, recibiendo de ellos las enseñanzas y revelaciones que en nuestras obras hemos incluido.

Pero si bien esta facultad es fuente de goces para los experimentadores, ofrece en cambio poca satisfacción al médium, porque éste no conserva al despertar recuerdo alguno de lo que sucedió durante su ausencia del cuerpo.

La mediumnidad existe en estado latente en muchísimas personas. Por donde quiera y alrededor de nosotros, entre las niñas, muchachas y mozos se desarrollan sutiles facultades y se elaboran fluidos poderosos, que pueden officiar de vínculos entre el cerebro humano y las Inteligencias del Espacio. Lo que todavía no tenemos son las escuelas y métodos necesarios para desenvolver tales elementos con ciencia y perseverancia a fin de valorizarlos. La falta de preparación metódica y de paciente estudio no permite extraer de dichos gérmenes todos los frutos de verdad y sabiduría que pudieran dar. Con sobrada frecuencia, por falta de saber y de trabajo regular, dichos frutos se secan o no se producen más que flores emponzoñadas. Sin embargo, poco a poco una ciencia y una creencia nuevas nacen y se propagan, trayendo para todos el conocimiento de las leyes que rigen al Universo invisible. En breve se aprenderá a cultivar tan preciosas facultades y a trocarlas en instrumentos de las grandes almas, depositarías de los secretos del Más Allá. Los experimentadores renunciarán

a las miras estrechas y procedimientos rutinarios de una ciencia envejecida, dedicándose a usar de los poderes del Espíritu mediante el pensamiento elevado, motor supremo, lazo de unión que liga a los mundos divinos con las esferas inferiores. Entonces, una irradiación de lo Alto acudirá a fecundar sus investigaciones. Sabrán que el estudio de los problemas filosóficos esenciales, la práctica del deber, la dignidad y la rectitud de la vida constituyen las condiciones básicas para obtener buen éxito. Si con respecto a la experimentación psíquica resultan indispensables la ciencia y el método, no tienen menos importancia los generosos impulsos del alma por medio de la plegaria, porque son el imán, la corriente fluídica que atrae los poderes bienhechores y aleja las influencias funestas. Sobradamente los pone de relieve la vida entera de Juana.

El día en que todas esas condiciones hayan sido reunidas, el Espiritismo entrará por competo en la senda de sus destinos. En la hora en que tantas creencias vacilan bajo el soplo de las pasiones y el alma humana se hunde en la materia, en medio del decaimiento general de los caracteres y las conciencias, se tornará en un medio de salvación, una fuerza, una fe viviente y actuante, que unirá de nuevo al Cielo con la Tierra y abarcará almas y mundos en comunión eterna e infinita.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 5.

VAUCOULEURS.

Parto. ¡Adiós a vosotros a quienes amaba!.

Paul Allard.

Retomemos el curso de la historia de Juana. La vimos dejar Domremy. Pues bien, desde ese día cada paso que dio, le traerá una prueba. Y tales probaciones serán tanto más crueles cuanto que habrán de venirle por causa de aquellos de quienes debe esperar simpatías, afecto y ayuda. Se puede aplicarle las palabras del Evangelio: "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron"⁹⁶ .

Las penas alternativas que con frecuencia la asediarán más tarde las conoció desde el comienzo de su misión. Tan sumisa a la autoridad de sus progenitores, tan apegada a sus deberes, no obstante el amor que a su padre y madre profesaba, debe infringir sus órdenes y escapar a hurtadillas de la casa que la vio nacer.

El padre había tenido en sueños una revelación de los designios de Juana. Cierta noche soñó que la hija abandonaba su tierra y familia, partiendo con hombres de armas. Ello le preocupó vivamente y habló del

caso a sus hijos, mandándoles que primero que dejarla marcharse así “la ahogaran en el Mosa”. Y añadió: “Si no lo hacéis vosotros, yo lo haré”.

De manera que Juana tuvo que disimular, resuelta como estaba “a obedecer a Dios antes que a los hombres”.

En Ruán los jueces le harían cargo por eso: “¿Creíais proceder bien –le preguntaron a la sazón- partiendo sin permiso de vuestro padre y madre?” – “Obedecí a mi padre y madre en todas las demás cosas, salvo en lo que toca a esa partida. Pero después les escribí acerca de ello, me perdonaron”.

Con lo que pone de manifiesto su deferencia y sumisión hacia quienes la criaran. Pero los jueces insisten: “Cuando dejasteis a vuestro padre y madre, ¿no creíais pecar?” Juana expresa entonces todo su pensamiento con esta hermosa réplica: “Puesto que Dios lo ordenaba, había que hacerlo. Incluso si hubiera tenido cien padres y otras tantas madres y hubiese sido hija de rey, ¡aun en tal caso habría partido!”⁹⁷ .

En compañía de uno de sus tíos, Durand Laxart –con quien se reuniera al pasar por Burey, y que fue el único de sus familiares que creyó en la vocación que la animaba y la alentó en sus proyectos-, se presenta ante Robert de Baudricourt, comandante de Vaucouleurs⁹⁸ , en nombre del delfín. La primera acogida es brutal, pero Juana no se desalienta, puesto que las voces la han prevenido al respecto y también porque su resolución es inmovible y nada puede desviarla de su objetivo. Lo asevera en términos enérgicos a las buenas gentes de Vaucouleurs: “Antes de mediados de cuaresma, es menester que esté junto al rey, ¡aunque para ello deba gastar mis piernas hasta las rodillas!” Y poco a poco, a fuerza de insistencia, el rudo capitán empieza a prestar más atención a sus palabras.

Como todos los que se le acercaban, Robert de Baudricourt, sufrió el ascendiente de la muchacha. Tras hacer que la exorcizara Jean Tournier, párroco de Vaucouleurs, y haberse persuadido de que nada malo había en ella, no se atrevió ya a negar su misión ni acumular obstáculos en su camino. Ordena que le den un caballo y escolta. Ya el caballero Jean de Metz, subyugado por la ardiente convicción de Juana, le había prometido conducirla ante el rey. “Pero ¿cuándo?” – le preguntó, y ella respondió con voz clara “Más bien ahora que mañana, y mejor mañana que después.

Parte al fin, y las últimas palabras del capitán de Vaucouleurs, son: “Ve y pase lo que tenga que pasar”. Expresión indiferente y poco animadora. Más ¡qué importa a Juana! No presta oídos a las voces de la Tierra sino a las de lo Alto, y éstas la estimulan y sostienen. Fuerza y confianza crecen en su alma con las incertidumbres y peligros del mañana, Por eso repetirá a menudo este dicho de su tierra: “Ayúdate, que Dios te ayudará”. El porvenir es amenazante, todo a su alrededor causa espanto,

mas ella posee las fuerzas divinas... Es éste un ejemplo que a tonos los peregrinos de la vida ofrecen.

Sembrada está de acechanzas la ruta del hombre, hay en ella por donde quiera baches y agudas piedras, zarzas y espinos. Para vencerlos ha puesto Dios en nosotros los recursos de una energía oculta que podemos emplear, atrayéndonos poderes invisibles, esas misteriosas ayudas de lo Alto que centuplican nuestras propias fuerzas y nos aseguran buen suceso en la lucha. ¡Ayúdate, que Dios te ayudará!

Juana emprende la marcha, acompañada tan sólo de unos cuantos hombres de pelo en pecho- Viaja día y noche, ya que deben recorrer ciento cincuenta leguas a través de provincias enemigas para alcanzar Chinón, donde reside el delfín Carlos, a quien por mofa apodan "rey de Bourges", pues sólo ejerce majestad sobre un jirón de reino, y que olvida su mala fortuna dedicándose a los placeres, en medio de cortesanos que le traicionan y pactan ocultamente con el enemigo.

Ha de cruzar la comarca de los borgoñones, aliados de Inglaterra, caminar bajo la lluvia por senderos poco concurridos, vadear ríos salidos de madre, acostarse sobre el suelo húmedo. Sin embargo, ella no vacila jamás. Las voces le repiten de continuo: " ¡Ve, hija de Dios; ve, que nosotros acudiremos en tu ayuda!" Y ella va, a despecho de los obstáculos y por entre peligros. Vuela en auxilio de un príncipe sin esperanza y sin valor.

¡Ved cuán admirable misterio! Una niña acude a sacar a Francia del abismo. ¿Qué lleva consigo? ¿Fuerza militar? ¿Un ejército? No, nada de eso: lleva fe en sí misma y en el porvenir de Francia, esa fe que exalta a las almas y transporta montañas. Y ¿qué dice a cuantos se amontonan para verla pasar?

Dice esto: "Vengo de palee del Rey del Cielo y os traigo el socorro del Cielo".

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 6.

CHINÓN, POITIERS, TOURS.

Marcha audazmente, que la victoria vendrá.

Paul Allard.

Los más de los autores piensan que Juana entró en Turena por Ambroise, siguiendo la vía romana que bordea la orilla izquierda del Loira. Habría ido en primer lugar de Gien a Blois por la comarca de Sologne.

Saliendo de Ambroise atravesaría el Cher en Saint-Martin-le-Beau, y el Indre en Cormery, deteniéndose en Santa Catalina de Fierbois, donde existía un santuario consagrado a una de sus santas. Según cierta añeja tradición, tras vencer Charles Martel a los sarracenos, a quienes exterminó en las selvas salvajes (ferus boscus, Fierbois) en que esa capilla se elevaba, depositó su espada en el oratorio. Reconstruida en 1375, la frecuentaban los caballeros y hombres de armas que para obtener la curación de sus heridas hacían promesa de ir hasta ahí en peregrinaje y depositar en ella su espada.

En el camino se había emboscado una tropa, probablemente a sueldo del pérfido La Trémoille, con el encargo de apoderarse de Juana. Pero, a la vista de la Enviada, los bandoleros quedaron como clavados al suelo ⁹⁹ .

Conforme a las deposiciones idénticas de Poulengy y Novelonpont, el viaje de Vaucouleurs a Chinón ¹⁰⁰ , se llevó a cabo en once días. De lo que se sigue –expresa el padre Bosseboeuf– que llegó el miércoles 23 de febrero ¹⁰¹ . En cambio Wallon, Quicherat y otros dicen que fue el 6 de marzo.

Ved aquí, pues, la población y sus tres castillos, que se confunden en una larga mole gris de muros almenados, torres y torreones.

Al entrar en Chinón, la pequeña caravana desfiló por las calles empinadas, entre casas góticas de frentes de pizarra, exornados con estatuillas de madera en sus ángulos. Y tan pronto como llegan, en los umbrales, o de noche en las veladas y ante el hogar que chisporrotea, circulan de boca en boca relatos prodigiosos acerca de la muchacha que desde los confines de la Lorena acude para cumplir las profecías y poner término a la insolente buena suerte de los ingleses.

Juana y su escolta pidieron albergue “en casa de una buena mujer, cerca del castillo” ¹⁰² , sin duda en la del gentilhomme Reignier de la Barre, cuya viuda o hija recibió a la Doncella con alegría ¹⁰³ . Allí estuvo dos días sin obtener audiencia ¹⁰⁴ . Más tarde alojase en el castillo mismo, en la torre de Coudray.

Por fin se le concede la audiencia que tanto deseara. Es de noche. El fulgor de los hachones, el ruido de las charangas y la pompa de la recepción ¿no van a deslumbrarla e intimidarla? No, porque viene de un mugido más brillante que el nuestro. Hace mucho que conoce magnificencias junto a las cuales, toda esta puesta en escena resulta extremadamente pálida. Más lejos que Domremy, allende la Tierra, en tiempos anteriores a su nacimiento frecuentó moradas más gloriosas que la corte de Francia, y ha conservado de ellas intuición.

Más vibradora que el tintineo de las armas que entrecrocaban y el clangor de las trompetas, oye una voz que habla en su fuero íntimo y le repite: " ¡Ve, hija de Dios, que estoy contigo!"

Algunos de mis lectores juzgarán extrañas estas palabras. Por eso es aquí oportuno decir –recordar- que el Espíritu existe con antelación al cuerpo, que antes de su último nacimiento en la Tierra ha recorrido largos períodos de tiempo, viviendo en muchos ambientes, y que vuelve a descender al mundo en cada nueva encarnación con un acervo completo de cualidades, facultades y aptitudes provenientes de ese oscuro pasado que atravesó.

En cada uno de nosotros existe, allá en los hondos de la León Denis conciencia, una acumulación de impresiones y recuerdos que resultan de nuestras vidas anteriores, ora en la Tierra, ora en el Espacio. Tales remembranzas duermen en nuestro interior, mas el pesado manto de la carne las sofoca y extingue. Sin embargo, a veces, al impulso de algún agente externo vuelven a despertar de súbito y entonces brotan las intuiciones, reaparecen facultades ignoradas y tornamos a ser momentáneamente una personalidad distinta de la que en nosotros veían ¹⁰⁵

Sin duda habéis reparado en esas plantas que en la superficie del agua durmiente de los estanques flotan. Pues bien, es ésta una imagen del alma humana, que boga por encima de las sombrías profundidades de su pasado, y cuyas raíces se sumergen en regiones desconocidas y lejanas, de las que extrae esos jugos vivificadores, esa brillante flor que va a abrirse, desarrollarse y expandirse en el campo de la vida terrena.

En el inmenso salón del castillo donde han introducido a Juana, se hallan reunidos trescientos señores, caballeros y nobles damas con atavíos de lujo. ¡Qué impresión no debió producir esta escena a la humilde pastorzuela! Y ¡cuánto valor no le fue preciso para afrontar todas aquellas miradas, licenciosas e inquisitivas, esa multitud de cortesanos que ella intuía hostiles!

Aquí estaban Regnault de Chartres, canciller de Francia y arzobispo de Reims, sacerdote de alma empedernida, pérfido y envidioso; la Trémouille, camarero mayor, hombre celoso y desconfiado, que dominaba al rey e intrigaba con los ingleses a la chiticallando; el duro y orgulloso Raoul de Gaucourt, mayordomo mayor del rey; el mariscal Gilíes de Retz, infame hechicero, más conocido por su apodo de Barba Azul; luego, cortesanos titulados y clérigos astutos y ávidos. Juana sentía cernerse a su alrededor una atmósfera de incredulidad y malevolencia. Tal era el medio en que vivía Carlos 7º, lejos de la guerra, debilitado por el abuso de los placeres, entre

sus favoritos y sus amantes.

Al lector no interiorizado de la ley de la palingenesia y que desee tener una idea general acerca de ella recomendamos *Las vidas sucesivas*, por Santiago A. Bossero, Editorial Victor Hugo, Buenos Aires. 1952, donde se hace un resumen sustancial del tema. [Nota del Traductor.]

El rey, suspicaz y desconfiado, para probar a Juana había hecho que ocupara su trono uno de los cortesanos, en tanto que él se ocultaba entre la muchedumbre. Pero Juana va directamente al lugar donde el soberano está, se postra de hinojos ante él y le habla largamente en voz baja, manifestándole los pensamientos secretos que él ha tenido, las dudas que abriga relacionadas a la legitimidad de su nacimiento, sus vacilaciones ocultas. Y el semblante de este monarca triste – expresa la Crónica- se ilumina con un rayo de confianza y de fe¹⁰⁶. Asombrados, los que allí están comprenden que un fenómeno extraordinario acaba de producirse. Más, sin embargo, no hubo nadie capaz de creer que la suerte del reino más altivo de la cristiandad fuera confiada a semejantes manos, ni que la tarea en la que habían fracasado los consejos de los más sabios y el valor de los más fuertes¹⁰⁷.

Preciso le fue todavía soportar muchas humillaciones y sufrir el examen de algunas matronas para atestiguar su pureza. Enviada a Poitiers¹⁰⁸, compareció ahí ante una comisión de estudios integrada por una veintena de teólogos, entre quienes figuraban dos obispos, el de Poitiers, y el de Maguelonne.

Cada una de sus réplicas pone de manifiesto gran vivacidad de espíritu y sorprendente oportunidad. En todo momento prorrumpe con salidas imprevistas y originales, que reducían a nada las lastimosas objeciones de sus examinadores. El acta de los interrogatorios de Poitiers ha sido destruida, y ciertos historiadores achacan la responsabilidad de ello a los agentes de la corona de Francia, que tanta ingratitud y culpable indiferencia pusieron de relieve para con la Doncella durante su prolongado cautiverio. Sólo nos queda un resumen de las conclusiones a que llegaron los doctores llamados a dar su dictamen sobre Juana¹⁰⁹: “En ella-expresan- no encontramos nada malo sino bueno, a saber, humildad y doncellez, devoción, honestidad y simpleza”¹¹⁰.

Era un bello espectáculo –dice Alain Chartier, que escribía bajo la impresión misma de la escena- verla disputar, mujer contra hombres, ignorante contra doctores y sola contra tantos adversarios.

Poseemos además los testimonios del proceso de rehabilitación. El padre Seguin, de la orden de los dominicos, con sencillez y candor manifestaba: “Yo, el que habla, pregunté a Juana en qué idioma se

expresaba su voz: 'En uno mejor que el vuestro' – me respondió. Y, en efecto, yo hablo lemosín. Interrogándola de nuevo, le dije: ¿Creéis en Dios?' – “Sí, más que vos” – me contestó”.

Otro de sus jueces de Poitiers, Guillaume Aimery, le objetaba: “Afirmáis que Dios os ha prometido la victoria y pedís soldados. ¿Para qué los necesitáis, si la victoria es segura?” A lo que Juana replicó: “En nombre de Dios los soldados batallarán, y Dios dará la victoria” ¹¹¹ .

Y cuando le piden señales, esto es, milagros, manifiesta: “No he venido a Poitiers para dar señales. Pero llevadme a Orleáns y os mostraré las señales por las que he sido enviada”.

. . .

De nuevo le hacen sufrir el examen de un consejo de matronas presidido por la reina de Sicilia, a fin de comprobar su doncellez. Tras salir triunfante de todas esas pruebas, hubo de esperar aún más de un mes para marchar contra los ingleses. Sólo cuando la situación de Orleáns se torna desesperada, logra Dunois que la envíen, como último recurso, a la cabeza de un convoy de víveres.

. . .

Primero fue a Tours ¹¹² para que le preparasen su armadura y estandarte. La ciudad era presa de viva agitación. Sus moradores se entregaban activamente a los trabajos de la defensa. El 14 de octubre de 1428, el mariscal Gaucourt, alcalde de Orleáns y mayordomo mayor del rey, les informaba que los ingleses habían puesto cerco a esta última ciudad y se proponían luego marchar contra Tours ¹¹³ . De modo que la metrópoli se preparaba para resistir. En todas partes –dice el texto-: “albañiles, braceros, etcétera” desplegaban febril actividad. Se trabajaba con ardor para volver a levantar los baluartes, ahondaban y ensanchaban los fosos, reparaban y guarnecían los puentes. En lo alto de torres y murallas se disponían garitas de madera para los centinelas y se hacían troneras en los muros de circunvalación. Bombardas y culebrinas, balas de piedra, pólvora, en suma, cuanto integraba la artillería de la época se almacenaba dentro del recinto de la urbe. Ya podía venir el enemigo, que sabrían responderle.

La antigua ciudad de los Turones tenía entonces gran importancia. La denominaban segunda Roma debido a sus numerosas iglesias, sus monasterios y en especial modo por causa del peregrinaje de San Martín, al que acudían de todos los puntos de la cristiandad. Para darnos cuenta de su situación en la época de Juana de Arco subamos con el pensamiento a una de las torres de la colegiata de San Martín, a la de Carlomagno, por

ejemplo, que se ha conservado hasta nuestros días y en la cual está la tumba de Luitgarda, mujer de Carlomagno, cuyo nombre ha tomado esta torre.

A vuelo de pájaro el aspecto de la ciudad sería, más o menos, el que nos ofrecerían todas las grandes metrópolis francesas del medioevo, de ahí que nos detengamos unos instantes en ello.

Formaban el muro de circunvalación cuatro líneas continuadas de murallas y torres. Dentro del recinto había un dédalo de angostas calles y plazas estrechas, bordeadas por largas hileras de casas con frentes en estilo ojival y cornisas denticuladas, pisos inclinados los unos sobre los otros, estatuillas fijas a las puertas, vigas esculpidas, altas claraboyas y cristales de colores. Para completar tan pintoresco conjunto, grandes divisas de hierro, de formas extravagantes, reemplazan los números de las casas y bailotean al viento. Unas tienen significación histórica o heráldica, otras emblemática, conmemorativa o religiosa, en la Grand Rue, por ejemplo, figuraban éstas: "El Unicornio", "La Urraca", "Los Padrenuestros de Oro", "El Asno que Vigila". En la plaza San Martín: "El Mono que Predica", "El Búho". En la rué de la Rôtisserie: "Las Tres Tortugas", y así a este tenor¹¹⁴.

Desde el punto elevado en que nos encontramos observamos esa selva de fachadas agudas, campanarios y paredes, de la que emergen las tres masas de la catedral, cuya nave principal es la única que se halla más o menos terminada, y cuyas torres sólo se levantan todavía diez o veinte metros sobre el nivel del suelo; la abadía de San Julián y la mole, mucho más imponente, de la colegiata de San Martín, de la que hoy día no quedan sino dos torres.

A nuestros pies la ciudad entera, con sus cincuenta iglesias o capillas, sus ocho grandes monasterios, las numerosas hosterías y mansiones nobiliarias, todo un bosque de chapiteles y agujas, pequeños campanarios, torrecillas fusiformes y altas chimeneas góticas. Más abajo, el laberinto de las rúas que se cruzan y entrecruzan y las estrechas encrucijadas, llenas de gentes y caballos. Escuchad los ruidos confusos, el rumor de la urbe que hasta vosotros asciende. Prestad oídos al tañer de las horas que todos los campanarios dan, y sobre todo ese conjunto representaos luciendo un claro rayo de sol. Contemplad entonces el río de mudables reflejos. Allá, a lo lejos las colinas cubiertas de viñas y las amplias selvas que sobre las dos planicies se extienden, especialmente al sur, y cuyos densos macizos forman como un marco de verdura a la metrópoli que se despliega en el fondo del valle. Considerad todo esto y os daréis una idea de lo que era la ciudad de Tours el día en que Juana de Arco entró en ella, seguida por los integrantes de su casa militar¹¹⁵.

De acuerdo con el testimonio de su capellán, Jean Pasquerel, se alojó en el hotel de Jehan du Puy –consejero del rey y concejal-, situado cerca de la iglesia de Sannt-Pierre-le-Pullier, y que muchos arqueólogos creen que sea la llamada casa de Tristán ¹¹⁶ .

Fray Pasquerel, a la sazón lector en el convento de los agustinos de la ciudad ¹¹⁷ , fue adscrito en Tours al servicio de Juana, en calidad de capellán, y la siguió fielmente hasta su captura en Compiégne, un año más tarde. También en Tours recibió la valerosa niña su equipo militar; espada y enseña. Con arreglo a las indicaciones que a favor, un armero de la ciudad marchó a buscar la espada que depositara Charles Martel en Santa Catalina de Fierbois. Ésta se hallaba sepulta tras el altar y nadie en el mundo sabía que estuviese allí. Mas para la Heroína surgirá esa espada de entre el polvo de los siglos y nuevamente expulsará al extranjero ¹¹⁸ .

Otro armero de Tours forjó para Juana una armadura relumbrante de blancura ¹¹⁹ . Y obedeciendo a las instrucciones de sus voces mandó ella que un artista le confeccionase una bandera blanca que debía servir de estandarte y de señal para reunir a las dispersas tropas. Estaba ribeteada de franjas de seda, y llevaba, además de la imagen del Señor bendiciendo las flores de lis, la divisa “Jesús, María” ¹²⁰ . La Heroína no separaba jamás la causa de Francia de aquella otra, más elevada aún, de la inspiración divina, de la que dimanaba su misión..

Partió Juana de Tours hacia el 25 de abril de 1429, para trasladarse a Blois, donde la aguardaban los jefes militares y el grueso del ejército. De allí a doce días –fecha de imperecedera memoria- ganaba la batalla de las Torrecillas y hacía levantar el sitio de Orleans. Cuando dejó Tours, la población entera se había estrechado en calles y plazas para verla y aclamarla. Caracoleaba con donaire sobre su hermoso caballo de guerra, ostentando la blanca armadura que a la luz mañanera destellaba. En la mano el pabellón, la espada de Fierbois al costado, estaba radiante de esperanza y fe. ¡Se hubiera creído ver al ángel de los combates, cual celeste mensajero!.

“Pagado a Hanes Poulvoir, pintor domiciliado en Tours, por haber pintado y entregado telas con destino a un estandarte grande y otro pequeño para la Doncella, 25 libras tornesas”. Otra descripción de la oriflama de Juana dice que en una de sus caras “se veía al Señor en toda su majestad, con dos ángeles a sus pies y el mote Jesús, el escudo de Francia” (Enciclopedia Ilustrada Seguí, Barcelona). [Nota de! Traductor.]

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 7.

ORLEÁNS.

Al entrar en Orleáns, ¡cuán grande y bella era! Temblorosos, los soldados en torno de ella se estrechaban, las madres le tendían sus niños para que los bendijera y al verla llegar todos se prosternaban.

Paul Allard.

El viaje de Tours a Orleáns¹²¹ fue una larga ovación. Por doquier siembra Juana el júbilo a su paso. Si los cortesanos le desconfían y la desdennan, el pueblo al menos cree en ella, en su misión libertadora. Los ingleses mismos se hallan estupefactos, permanecen inmóviles en sus atrincheramientos cuando pasa la Doncella a la cabeza del ejército de auxilio. Los moradores de Orleáns, ebrios de entusiasmo, olvidan el peligro, salen fuera de las murallas y van en multitud a su encuentro. Según expresa un testigo ocular,

.... se sentían ya completamente reconfortados y libres del sitio por la virtud divina que se les había dicho que poseía esa simple doncella, a la cual miraban con mucho afecto, tanto los hombres y mujeres como las criaturas¹²².

Las campañas de Juana en el Loira, nos ofrecen un espectáculo que en la historia es único, porque los capitanes de Carlos 7^o -Dunois, La Hire, Gaucourt, Xaintrailles¹²³ – marchan contra el enemigo a las órdenes de una joven de dieciocho años.

Surgen dificultades innumerables. Un círculo de formidables fortalezas han levantado los ingleses a la redonda de Orleáns. En poco tiempo han de escasear los víveres y sobrevendrá la rendición de una de las mayores y más fuertes plazas del reino. Porque están ahí los mejores soldados de Inglaterra al mando de sus más hábiles generales, los mismos que acaban de obtener una larga serie de victorias sobre los franceses. Ved, pues, el obstáculo inmenso contra el cual va a lidiar esta muchacha. Ciertamente es que tiene consigo bravos soldados, pero se encuentran desmoralizados por tantas derrotas sucesivas, y su organización es pésima para que puedan evitar nuevos desastres.

Un primer ataque, que en ausencia de Juana se intenta contra el fuerte Saint-Loup, es rechazado. Puesta sobre aviso, la Heroína se lanza a caballo y hace ondear su oriflama, electriza a los combatientes y con poderoso ímpetu los arrastra a la acometida.

Anatole France, en uno de los pocos pasajes, de su obra en que sabe hacer justicia a la Doncella, consigna:

Era la primera vez que Juana asistía a un combate, y al punto que

entró en la batalla se convirtió en su jefe, pues era la mejor. Hizo más que los otros, no porque supiese más que éstos en cuestiones de guerra –antes por el contrario, sabía menos- sino debido a que tenía un corazón más grande. Cuando cada cual pensaba en sí, tan sólo ella se preocupaba por todos, y mientras que cada uno se cuidaba, ella no se prevenía de nada, puesto que por anticipado se había ofrendado enteramente. Y esa niña que, como toda humana criatura, temía al sufrimiento y la muerte, y a quien sus voces y sus presentimientos le anunciaran que sería herida, se fue directamente al frente y bajo los disparos de ballesta y las descargas de las culebrinas permaneció de pie al bordo del foso, empuñando su estandarte para agrupar a los combatientes ¹²⁴ .

Por medio de esa embestida vigorosa quiebra las líneas de los ingleses. Los fuertes se toman uno a uno y en tres días queda Orleáns libre del cerco. Luego se suceden los combates, al modo de una serie de relámpagos en un cielo de fuego. Cada ataque equivale a una victoria: Jargeau, Meung, Beaugeney... Por último, en Patay los ingleses son batidos en campo raso y se toma prisionero a Talbot, su general. Después vendrá la marcha a Reims y Carlos 7º será consagrado rey de Francia.

En dos meses reparó Juana todos los desastres: reconstituyó y moralizó al ejército, disciplinándolo y transfigurándolo, y reanimó a todos. “Antes de que viniera –expresa Dunois- doscientos ingleses ponían en fuga a mil franceses, pero con ella algunos centenares de franceses hacen retroceder a un ejército enemigo entero” ¹²⁵ .

Ciertos autores –por ejemplo Thalamas ¹²⁶ - , han creído poder afirmar que la situación de Orleáns en 1429, no era tan grave como suele asegurarse, puesto que los ingleses no disponían de gran número de combatientes, los borgoñones se habían retirado y, por otra parte, la ciudad, bien provista de víveres, podía resistir mucho tiempo, de manera que los orleaneses eran capaces de liberarse por sus propios medios.

Ahora bien, no sólo todos los historiadores –Michelet, Henri Martin, Wallon, Lavissee y demás- están contestes en certificar que la situación de los sitiados era precaria, sino que disponemos del dictamen de otro escritor, poco sospechoso de parcialidad a favor de Juana. Se trata de Anatole France, el cual manifiesta:

Agitado por dudas y temores, consumidos por la inquietud, insomnes, sin reposo y sin adelantar en nada, los orleaneses comenzaban a desesperarse ¹²⁷ .

Por su lado, aguardaban los ingleses nuevos refuerzos que el Regente les prometiera, y cinco mil soldados se concentraban en París a las órdenes de sir John Falstolf, abundantemente avituallados, para acudir en ayuda de

los sitiadores ¹²⁸ .

Recordemos asimismo lo que el duque d'Alenron declaró en el proceso de rehabilitación. Habla de las formidables fortalezas erigidas por los ingleses y expresa:

Si hubiese estado yo en cualquiera de ellas con un corto número de hombres de armas, me habría atrevido a desafiar al poder de un ejército, y tengo para mí que los agresores no hubieran podido tomarla. Por lo demás, los capitanes que participaron de las operaciones me han declarado que lo que se llevó a cabo en Orleáns fue un hecho poco menos que milagroso ¹²⁹ .

Conviene añadir a tales testimonios la afirmación de uno de los sitiados, Jean Luillier, notable comerciante de la ciudad, el cual se expresaba así:

Todos mis conciudadanos y yo creemos que si la Doncella no hubiese venido en socorro nuestro, pronto hubiéramos caído en poder de los sitiadores. Era imposible que los orleaneses pudieran resistir por mucho tiempo la fuerza de adversarios que tenían una superioridad tan grande ¹³⁰ .

El entusiasmo de los habitantes da la medida de los peligros que habían corrido. Tras la liberación de su metrópoli, los orleaneses "se ofrecían a Juana para que dispusiera a voluntad de ellos como de su hacienda" ¹³¹ .

Esta parte de la vida de Juana abunda en fenómenos de premonición que es menester añadamos a los ya citados.

Le habían dicho sus voces que cuando entrase en Orleáns los ingleses no se moverían. Y ello se verificó.

Las chalanas que debían cruzar el río para embarcar las provisiones no podían hacerlo, por razón de que el viento no se presentaba favorable. Juana les manifestó: "Esperaos un poco, que todo entrará en la ciudad". Y, en efecto, mudó el viento, hinchando las velas ¹³² .

No sintió Juana la menor inquietud en lo que hace al mariscal de Boussac, que partiera al encuentro del segundo convoy de víveres, sino que dijo: "Bien sé que no le sucederá ningún mal". Y resultó exacto.

Poco a poco el alborozo de los orleaneses se extiende a Francia entera. Conforme se suceden las victorias de Juana, el rey las anuncia sus buenas ciudades, invitando a la población a alabar a Dios y honrar a la Doncella, "que siempre había estado en persona en la ejecución de todas esas cosas" ¹³³ .

Donde se reciben tales noticias, toman nota de ellas con delirante

alegría, y el pueblo consagra a la Heroína un culto cada vez mayor.

. . .

Cerca de quinientos años hace que Orleáns viene festejando el aniversario de tales acontecimientos.

Por cortés invitación del alcalde, me fue dado asistir a varias de tales solemnidades. He aquí las notas que escribí entonces, bajo la impresión del momento:

El beffroi¹³⁴, viejo testigo del cerco, el mismo que permitía observar los movimientos de los ingleses, da los cuartos, y sus sonoras vibraciones se esparcen sobre la ciudad, deslizándose por las calles estrechas y tortuosas de la vieja Orleáns, y, penetrando hasta el fondo de los viviendas, despiertan en todos los corazones el recuerdo de la liberación. A su llamada, la totalidad de las campanas de las iglesias parroquiales se ponen pronto en movimiento y sus voces de bronce ascienden al espacio, formando poderoso concierto en el que las notas graves del beffroi predominan, impresionando a las almas soñadoras.

La urbe entera ha sido engalanada y embanderada. Sobre los edificios ondean las insignias y en cada balcón, y ventana los colores nacionales franceses se confunden con los de la Doncella y con el emblema de sus armas.

La muchedumbre atesta plazas y calles. Muchos hay de los aldeaños, pero otros han venido desde puntos distantes de Francia y hasta del extranjero. Significativo es el hecho de que todos los años acudan gran número de ingleses a participar de las fiestas de la Virgen de Lorena. El cardenal Vaughan, arzobispo de Wéstminster, figura en medio de los prelados franceses. Un pueblo que obra de esta manera no puede estar desprovisto de grandeza.

En parte alguna ha permanecido tan viviente el recuerdo de Juana. Todo en Orleáns habla de ella, cada esquina y monumento recuerda algún pormenor del sitio. Durante cuatro siglos ignoró Francia a Juana, el silencio y la sombra envolvieron su memoria: sólo Orleáns no la olvidó...

Desde 1430, a un año de haberse levantado el asedio, se instituyeron la ceremonia y procesión conmemorativas, y cada vez que toca renovarlas, con noble emulación, la municipalidad y el clero se esmeran para otorgar a la fiesta nuevo atractivo. Y es raro e impresiona el que todos los poderes se concierten para tornar más brillante esta manifestación. Sólo el recuerdo de Juana puede hoy en día instaurar la unión de mentes y corazones, como en la hora de la ruina y de los supremos desastres, restableció la unidad de Francia.

El 7 de mayo, a las ocho de la noche , victoriosa en las Torrecillas, entraba Juana, en la ciudad cercada. Inolvidable y emocionante ceremonia consagra cada año este recuerdo. Precedido por el pendón de la Heroína (blanco y con flores de lis de oro) y seguido de los concejales, el alcalde sale del Ayuntamiento y se traslada al atrio de la catedral para depositar la sagrada oriflama en manos del obispo, en torno del cual se hallan su clerecía y los prelados extranjeros.

Bajo un cielo oscuro y encapotado, la basílica de la Santa Cruz eleva sus torres macizas. Las tropas forman en cuadro y ruge el cañón, Echan a vuelo la campana del beffroi y la mayor de la catedral, así como las de las iglesias. Se abrían las puertas del amplio edificio, el cortejo de los obispos y sacerdotes atraviesa con lento paso el umbral y se ordena bajo los anchos pórticos. Ante ellos se desplegaban los estandartes de los santos Aignan y Euverte, patronos de la ciudad. Mitras y báculos relucen al fulgor de los hachones que los caballeros portan. Encendidas de pronto en lo interior de las torres, las luces las bañan con colores fantásticos. Purpúrea lumbre se difunde sobre los rosetones, las ojivas y todo el denticulado de piedra de la fachada, sobre pendones tremolantes, las estolas y sobrepellices.

Quinientas voces entonan el "Himno al Estandarte": Estandarte de la liberación, a la victoria llevaste a nuestros abuelos.

Hijos de sus paladines, digamos como ellos

¡Viva Juana! ¡Viva Francia!

Un estremecimiento, un poderoso hálito pasa sobre la multitud atenta y recogida. Inclinan las frentes ante la blanca bandera flordelisada, que asciende despacio los peldaños y desaparece bajo las bóvedas, similar al fantasma de la Virgen lorenesa que en la noche de su aniversario retomara.

Las rejas se cierran, extingúense las luces y enmudecen las armonías, la muchedumbre se retira y allí, sombría y silenciosa en medio de la noche, queda la basílica.

Mayo 8, a las diez de la mañana . – Bajo los rayos del Sol despliega la catedral su aderezo de oriflamas y banderas. Sobria y de gran efecto es la decoración interior. Altos pendones –rojo y áureo, los colores de Orleáns- exornan el coro. De los pilares de las naves penden los blasones del Bastardo¹³⁵ y de los otros compañeros de la Doncella. A la altura de los órganos y dominando el conjunto están las armas de Juana¹³⁶ , en marco virginal de albas telas. No queda en la amplia nave un solo lugar desocupado. Francia entera –ejército y magistratura, clero y poderes municipales, burgueses y artesanos- se halla representada en esta multitud. Los graciosos tocados y sombreros con flores de las jóvenes se

mezclan con los uniformes galoneados, las togas rojas de los jueces y los trajes negros de los funcionarios.

Comienza el oficio con la "Misa a la memoria de Juana de Arco", de Gounod. Las charangas guerreras se unen a las armonías de los órganos, tras lo cual un coro de niños canta "Las voces de Juana", del mismo compositor. Sus tonos puros descienden de la alta tribuna al modo de acentos celestiales. Se diría un eco de las esferas angélicas, como una evocación de la Virgen Mártir que se siente cernerse –radioso Espíritu- bajo las bóvedas. Olvidamos por un instante la Tierra, sus tristezas y dolores. Profunda y grandiosa es la impresión. Las lágrimas afluyen a muchos ojos.

Elevo a Juana mi pensamiento, mi plegaria, y un rayo de sol que se filtra a través de los blasonados vitrales me envuelve con su luz, mientras que alrededor mío la sombra cubre a la apretujada muchedumbre de los auditores.

Viene luego el panegírico, pronunciado por el obispo de Orleáns, que vuelve a traernos a la Tierra. Calurosa es su palabra. Expone la situación de la metrópoli durante el cerco:

¡Por cierto que se defiende bien la noble ciudad! Que París se haya hecho inglesa, concedido; pero Orleáns seguirá siendo francesa. París constituye sólo la cabeza de la patria, mientras que Orleáns es su corazón. Y en tanto que este corazón siga latiendo, cabe la esperanza... Concejales y población, burgueses, clerecía y hombres de armas, todos resuelven perecer primero que rendirse. Incendiarán los suburbios y dismantelarán las iglesias, se vigilará día y noche, los comerciantes habrán de batirse como si fuera éste su oficio habitual, dando así tiempo al rey para que envíe refuerzos y - ¡vive Dios!- ya habrá de verse a quién sonreirá la suerte en las batallas.

Por desgracia, el rey no mandaba ni dinero ni soldados. Los sitiadores estrechaban sus líneas, todas las semanas erigían fuertes, y los víveres se iban agotando: el hambre, la horrible hambre hacía estragos. Dentro de la próxima quincena sucumbirá Orleáns, el reyezuelo de Bourges dejaría incluso de ser tal y Francia bajaría a esa tumba en que las naciones muertas yacen...

Poco después describe el entusiasmo de los moradores tras las victorias de Juana:

¡Ah, qué bueno debe de haber sido vivir los ocho días que siguieron a Patay! ¡Cuán grato tuvo que ser el retorno de la primavera, y luminosa la sábana del Loira, y embalsamado nuestro Vallecito de oro! ¿Os imagináis esas visitas de acción de gracias a todas vuestras iglesias, los cánticos que

ya no cesaban, aquel entusiasmo en torno de los héroes de la prodigiosa epopeya, ese pueblo que por primera vez respiraba tras las opresiones de la Guerra de los Cien Años; en suma, la ciudad que se aclamaba a sí misma en el triunfo de la Doncella y la resurrección de la Patria?

Véase, en el Diario del Sitio, con cuánto júbilo se registra el menor recibo de provisiones.

El orador desciende del púlpito y la muchedumbre se precipita hacia el atrio, mezclándose con los soldados, obispos, oriflamas y reliquias. La tradicional procesión se extiende –de dos kilómetros de longitud- bajo un cielo límpido, y a lo largo de las rúas embanderadas. Recorrerá las estaciones de la Victoria que en el Orleáns asediado hizo Juana.

En el emplazamiento del fuerte de las Torrecillas una modesta cruz recuerda la memoria de aquellas que –conforme reza la inscripción- “con su valor salvó a la ciudad, a Francia y a su rey”. Allí se hace la última parada, en cuyo transcurso resuena otra vez el cañón y la música militar saluda al estandarte. Vuelve el cortejo a su punto de partida y acto continuo se dispersa. La alegre multitud se entregará a los placeres, en tanto que los verdaderos amigos de Juana irán a orar y meditar en soledad.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 8.

REIMS.

Vengo a devolver al delfín el reino de Francia.

Saint-Yves d’Alveydre.

La profecía de Juana en lo tocante a Orleáns se había cumplido. Faltaba el segundo punto: la marcha a Reims y la consagración de Carlos 7º. Sin pérdida de tiempo se dedicó la Doncella a poner en ejecución ambas cosas. Dejó el Orleanesado y fue en seguimiento del delfín hasta el fondo de la Turena. Se le unió primero en Tours, después le siguió a Loches, urgiéndole sin cesar a fin de que apreciase todo lo que era menester para el feliz suceso de aquella empresa audaz. Pero ese príncipe indolente ¹³⁷, de voluntad débil, vacilaba entre las instancias de la Heroína y las observaciones de sus consejeros, los cuales tenían por temerario el arriesgarse a un viaje de sesenta leguas a través de una comarca erizada de fortalezas y plazas que el enemigo ocupaba. A sus objeciones, Juana respondía invariablemente: “Bien lo sé, pero nada de eso tomo en cuenta. ¡Triunfaremos!”.

El entusiasmo del pueblo y del ejército iba poco a poco en aumento. Exclamaban que había que sacar partido de la turbación de los ingleses,

que habían evacuado el Loira y dirigiéndose hacia París, abandonando equipajes y artillería. Jamás recibieron golpe tan duro. Aterrorizados, creían ver en el aire ejércitos de fantasmas que contra ellos avanzaban.

La noticia de tales acontecimientos resonó en toda Francia, al tiempo que la esperanza despertaba las energías. La corriente de opinión se tornó tal, que Carlos 7^o no pudo persistir en su indiferencia. Colmó de honores a la Libertadora y a su familia, si bien permanecía irresoluto y desanimado. Ni siquiera fue a ver a los orleaneses. Sus consejeros influyentes, La Trémoille, y Regnault de Chartres, se hallaban inquietos e irritados por los buenos éxitos de Juana, que les relegaban a plano secundario. Estaban celosos de un prestigio que canalizaba hacia ella la atención y las esperanzas de todos. Se preguntan si su crédito y fortuna no naufragarían en medio de esa grande e irresistible corriente popular que había hecho retroceder a la invasión inglesa.

A la postre, la voz pública se trocó en clamor, y hubo necesidad de ceder. Concentraron en Gien un ejército de 12.000 combatientes. De todas partes acudían gentiles hombres, y los que eran extremadamente pobres para proveerse de equipo solicitaban servir en la infantería. Partieron el 29 de junio, con poco dinero, víveres escasos y artillería insuficiente.

El 5 de julio llegan a Troyes. Muy fuerte, bien provista y defendida por una guarnición angloborgoñona, la ciudad se niega a abrir sus puertas. El ejército francés, carente de recursos, no podía iniciar un largo asedio. Al cabo de pocos días, los soldados se hallaban reducidos a nutrirse de las habas y granos de trigo que en los campos encontraban.

El rey convocó un consejo para que deliberase acerca de las resoluciones que se tomarían, pero no se invitó a la Doncella a participar en él. El canciller, expuso la triste situación en que estaban y planteó la pregunta de si el ejército debía volver sobre sus pasos o continuar la marcha hacia Reims¹³⁸. Cadauno de los presentes tenía que responder a su vez, y Robert le Masson, señor de Trèves-sur-Loire, hizo notar que no habiendo el rey emprendido aquella expedición porque pareciera fácil, ni debido tampoco a que tuviese un poderoso ejército y el dinero necesario para pagarlo, sino por razón de que Juana afirmaba ser tal la voluntad de Dios y que no encontrarían resistencia alguna, convenía ante todo consultar a la Heroína. Esta propuesta se aceptó, y en el mismo momento Juana, ya prevenida por sus voces de lo que ocurría, llamaba con rudeza a la puerta y entraba súbitamente. Dirigiéndose al monarca, le dijo: "Gentil rey de Francia, si accedéis a permanecer tan sólo dos días ante vuestra ciudad de Troyes, ésta os prestará obediencia, por amor o a la fuerza. No tengáis la menor duda". A lo que el canciller replicó: "Si estuviésemos ciertos de que ello sucedería dentro de seis días, de buen grado los esperaríamos". – "No

lo dudéis” – reafirmó Juana.

Y al instante se puso a recorrer los campamentos para organizar el ataque, comunicando a todos el ardor de que estaba poseída. La noche se fue en preparativos. Desde lo alto de las murallas y torres veían los sitiados el campo francés presa de febril actividad. Al resplandor de las antorchas, los caballeros, escuderos y soldados extremaban sus esfuerzos para cegar los fosos, preparar las fajinas y escalas y construir refugios destinados a la artillería. Tan impresionante como fantástico era el espectáculo.

Al quebrar del alba, cuando ésta blanqueó el horizonte, los moradores de Troyes vieron con terror que todo estaba dispuesto para una acometida furiosa. Las columnas de ataque colocadas en los puntos más favorables, con sus reservas; las pocas piezas de artillería, bien resguardadas y prestas a romper el fuego; los arqueros y ballesteros en sus puestos de combate. El ejército entero, ordenado en silencio, aguardaba la señal. Y al borde del foso, de pie y empuñando su oriflama, la Doncella se disponía a hacer avanzar a los trompetas para ordenar el ataque, cuando los cercados, transidos de pavor, pidieron capitular.

Fácil resultó concertarse en lo atañedero a las condiciones, ya que el soberano tenía especialísimo interés en tratar con miramientos a las ciudades que optaban por rendirse. Al otro día, 10 de julio, salió de Troyes la guarnición inglesa, con la que iban algunos prisioneros de guerra franceses cuya suerte se había olvidado arreglar. Al ver a Juana los desdichados se arrojaron a sus pies, implorándole que interviniera. Ella se opuso enérgicamente a que se los llevasen los ingleses y el rey debió pagar su rescate.

A ejemplo de Troyes, Chálons y Reims abrieron sus puertas a Carlos 7º.

En Chálons tuvo Juana la alegría de hallar a varios habitantes de Domremy que habían acudido a su encuentro, entre ellos, Gárdin, un labrador de cuyo hijo Nicolás era madrina Juana. Ésta le descubrió su pensamiento y corazón, exponiéndole las esperanzas que abrigaba, y los temores que tenía, narrándole sus luchas y victorias, el esplendor de la consagración próxima, y el restablecimiento de la humillada y maltratada Francia. Junto a aquellos hombres rudos pero buenos, que tan vivo recuerdo de su niñez le traían, se sentían a sus anchas y se explayaba sin reserva ninguna. Les decía cuán indiferente la dejaban esas glorias y cómo le gustaría regresar a su aldea, reintegrándose a la vida apacible y a los trabajos del campo, en medio de los suyos. Mas su misión la retenía junto al rey y era preciso someterse a la voluntad de lo Alto. La lucha contra los ingleses la inquietaba menos que las intrigas cortesanas y la perfidia de los

grandes: “sólo temo la traición” –les manifestó ¹³⁹ . Y, en efecto, por la traición perecería. Para todo gran misionero hay siempre un traidor agazapado en la sombra, que urde la perdición de aquél.

. . .

Contra lo azul profundo del cielo, se recortan las altas torres de la catedral de Reims, que en la época de Juana de Arco, tiene ya siglos de antigüedad. Los tres anchos portales permiten entrever las naves amplias que a la luz de millares de siglos resplandecen, y en las que se apretuja una multitud abigarrada de clérigos y señores, hombres de armas y burgueses con traje de fiesta. Las vibraciones de los cánticos sagrados llenan las bóvedas y de rato en rato las charangas guerreras estallan en notas estridentes.

Las cofradías y corporaciones, con sus insignias a la cabeza, como todos los que dentro de la basílica no han podido hallar sitio, se amontonan en el atrio. Bulliciosa turba de gentes del pueblo, así de la ciudad como de los villajes de los alrededores, asedia las cercanías del edificio, retenida con gran esfuerzo por caballeros con armaduras y arqueros cuyos trajes ostentan las armas de Francia. Pajes y escuderos tienen de la brida las magníficas cabalgaduras del monarca, los pares y jefes de la guerra. Se repara en el caballo negro de la Doncella, que sujeta un soldado de su séquito.

Penetremos en la alta nave gótica y adelantémonos hasta el coro. Rodeado de los doce pares del reino ¹⁴⁰ , laicos y eclesiásticos, o de sus suplentes, además del condestable Charles d’Albret, que sostiene la espada de Francia, el rey acaba de ser armado caballero. Cerca de él, de pie y arrimada al pilar de la derecha –en un sitio que todavía se indica-, permanece Juana con sus armas de guerra y en la mano su estandarte blanco, el mismo que “tras haber estado en los trabajos, debía hallarse también en los honores” ¹⁴¹ .

El monarca recibió la unción de manos del arzobispo de Reims, Regnault de Chartres. Tomó éste de sobre el altar la corona, que los doce pares sostuvieron, con los brazos extendidos, por encima de la cabeza del soberano. Luego de colocársela Carlos de Valois, se puso el manto real, azul y sembrado de lises de oro. En ese instante, la Doncella, en emocionado arranque, echándose a sus pies le abrazó las rodillas y le dijo: “Gentil sire , así se ha dado gusto a Dios, cuya voluntad fue que levantara yo el sitio de Orleáns y os trajese a esta ciudad de Reims para que recibierais aquí vuestra digna consagración, a fin de probar que sois legítimo rey y heredero de la corona de Francia”.

Resuena de nuevo el clangor de las trompetas y se horma el cortejo.

Cuando el monarca aparece en el vano del gran portal, la multitud se abalanza con ímpetu a favor, estallando en vivas.

Las charangas hacen vibrar las altas bóvedas. Suben al espacio cantos y gritos gozosos, y a sus llamadas contestan miles de Seres invisibles. Porque están allí todos los grandes Espíritus de la Galia para festejar el resurgimiento del país natal; ahí están, cerniéndose sobre la muchedumbre delirante, cuantos amaron y sirvieron hasta la muerte al noble país de Francia. Ved a Vercingétorix seguido de los héroes de Gergovia y Alesia; a Clovis y sus francos, luego Charles Martel y sus camaradas, y Carlomagno, el gran emperador que saluda a Juana y al rey Carlos con su espada Jubilosa. Tras ellos, Roldán y los paladines, así como la incontable multitud de caballeros y hombres del pueblo, sacerdotes y monjes cuyos cuerpos descansan bajo las pesadas losas sepulcrales o entre el polvo de los siglos; resumiendo, todos los que dieron por Francia su vida se encuentran en ese lugar y lanzan vítores para festejar la resurrección de la patria, el despertar de la Galia...

A lo largo de las calles estrechas y las angostas plazas se desenvuelven el cortejo. Portando su estandarte, Juana cabalga al lado del rey. Vienen después los príncipes, mariscales y capitanes, todos ricamente ataviados y sobre corceles magníficos. Pendones, guiones y banderolas ondean al viento. Pero todas las miradas se dirigen con avidez no hacia los señores de suntuosos hábitos y los guerreros de armaduras relucientes, sino hacia la muchacha que condujo a todos hasta la ciudad de la consagración, conforme ella misma predijera en su aldea, cuando no era aún sino una pastorzuela desconocida.

En son de fiesta se hallaba la metrópoli entera. Desde muy lejos habían acudido gentes para presenciar la coronación. Jacques d'Arc¹⁴², padre de Juana, había llegado dos días antes de Dolnremy con Durand Laxart, y ambos se alojaban en la posada de la Cebra, calle del Atrio. Emocionante escena se produjo cuando la Heroína, a quien su hermano Pierre acompañaba, volvió a ver al anciano padre. Se arrojó a sus pies y le pidió perdón por haberle dejado sin su consentimiento, agregando que tal era la voluntad de Dios.

A instancias de la Doncella el soberano les recibió y concedió a los habitantes de las aldeas de Greux y Domremy, la exención de todas las tallas e impuestos. Los gastos de Jacques d'Arc se pagaron con dineros públicos, y le dieron un caballo a expensas de la ciudad, para que volviera a su casa.

Juana se hizo ver por las calles, acogiendo con modestia y bondad a los humildes y suplicantes. El pueblo se estrechaba en torno de ella, todos

querían tocar sus manos y anillo. No había uno que no estuviese convencido de que venía Juana de parte de Dios para poner término a las calamidades que afligían al reino. Esto pasaba el domingo 17 de julio de 1429, y tal fecha señala el punto culminante de la epopeya de Juana de Arco.

Sin embargo, se ha engañado Michelet al aseverar que su misión debía concluir en Reims, y que continuando la lucha desobedeció a sus voces. Desmienten este aserto las mismas palabras de la Heroína, sus declaraciones a los examinadores de Poitiers y a los jueces de Ruán. Lo afirma sobre todo en su carta de intimación a los capitanes ingleses ante Orleáns, fechada el 22 de marzo:

En cualquier lugar de Francia en que de alcance a vuestros hombres les haré marcharse, lo quieran o no... He venido de parte de Dios para ponerlos fuera de toda Francia ¹⁴³ .

No hay lugar a dudas. La versión de que el papel de Juana se detenía en Reims sólo se alegó cuando el proceso de rehabilitación, con el propósito de ocultar a la posteridad la deslealtad –pudiera decirse el crimen- de Carlos 7º y sus consejeros, a fin de eximirlos de las graves responsabilidades que sobre ellos pesan. De ahí que se ocuparan en hacer falsificar y mutilar la historia, alterar los testimonios y destruir el registro de los interrogatorios de Poitiers. Con tal objeto se llevó a cabo un acto aborrecible, una obra de mentira y de iniquidad ¹⁴⁴ .

Sin embargo, conforme hemos visto, no sin aprensión, no sin pesares proseguía ella su arduo camino. De ahí a pocos días, cabalgando entre Dunois, y el canciller Regnault de Chartres, expresaba: "Cuánto quería que Dios me concediese el volverme ahora, dejando las armas, y volver a servir a mi padre y a mi madre, y guardar sus rebaños junto con mi hermana y mis hermanos, que muy gustosos estarían de volver a verme" ¹⁴⁵ .

Estas palabras ponen de relieve que el brillo de su triunfo y los esplendores de la corte no la deslumbraban. Había llegado al pináculo de su gloria, hasta ella ascendía la adoración de un pueblo entero. En rigor de verdad, era a la sazón la primera del reino y su prestigio eclipsaba al de Carlos 7º. A despecho de lo cual sólo aspiraba a la paz de las campiñas y a las dulzuras del hogar paterno. Ni sus victorias ni el poder adquirido la habían hecho cambiar. Seguía siendo sencilla y modesta en medio de las grandezas.

¡Qué lección para aquellos a quienes el menor suceso feliz embriaga y llena de orgullo, para esos a los cuales los favores de la fortuna producen vértigo!.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 9.

COMPIÉGNE.

Sólo temo la traición.

Juana.

“¡A París!” – exclama la Doncella al día siguiente de la consagración. “¡A París!” – repetía el ejército entero¹⁴⁶. Si hubieran ido directamente a la capital, como lo deseaba Juana, habrían tenido todas las posibilidades de penetrar en ella favorecidos por la confusión que de los ingleses se apoderaba. Pero Carlos 7º perdió un tiempo precioso, que el duque de Bedford aprovechó para reforzar las defensas de París, pidiendo le enviaran de Inglaterra un ejército de socorro, reclutado por el cardenal Winchester, tío del rey Enrique, el que se destinara primero a combatir a los husitas.

Entonces comienza a palidecer la estrella de Juana. Después de los triunfos y las brillantes victorias van a venir las horas sombrías, de pruebas, hasta tanto lleguen la prisión y el suplicio. Conforme se extiende el renombre de la Heroína y su gloria sobrepasa a todas las otras, alrededor de ella crece el odio y se tejen intrigas entre los grandes señores cuyos planes y maquinaciones tenebrosas ha venido Juana a frustrar. Todos esos pérfidos cortesanos a quienes eclipsa, los clérigos cuyas almas destilan hiel, que no le perdonan el hecho de que pasando por sobre su autoridad se declare enviada del cielo, y que a los consejos de ellos prefiera las inspiraciones de sus voces; hasta muchos de los jefes de la guerra, vencidos en cien combates y que se ven superados en ciencia militar por una joven de los campos; todos esos hombres –digo-, heridos en su orgullo, juraron perderla y aguardan la hora propicia, esa hora que se halla cerca ya.

En lo que respecta a los ingleses, aterrados están por causa de sus derrotas. Su principal ejército ha sido destruido, los mejores capitanes que poseían se encuentran muertos o prisioneros y sus soldados desertan por temor a la Doncella, pues casi no dudan del poder sobrehumano de esa joven a la cual apodan “la hechicera de Francia”. Si Carlos 7º hubiese marchado a París inmediatamente después de su consagración, seguramente que la gran ciudad se le entregara sin lucha.

Pero se pierden seis semanas en vacilaciones, y luego, al llegar frente a la capital no toman el menor recaudo, las órdenes de Juana quedan incumplidas, no ciegan los fosos ni es continuo el ataque. Para secundarla le dan los dos jefes militares que más hostiles le son – “los hombres más feroces que hayan existido jamás”, escribe Michelet- , a saber, Raoul de

Gaucourt y el mariscal de Retz, aborrecible brujo que más tarde subirá al cadalso, convicto del crimen de hechicería ¹⁴⁷ . Por lo demás, el rey se negó a hacerse ver. En balde le enviaban mensaje tras mensaje: no se presentó... El duque d'Alençon corrió a buscarlo a Senlis. El soberano le prometió ir, pero faltó a su palabra.

En el ataque a la puerta Saint-Honoré, como siempre se mostró heroica Juana. Permaneció el día entero de pie al borde del foso, bajo una lluvia de proyectiles, excitando a los soldados al asalto. Hacia el crepúsculo, un disparo de ballesta la hirió profundamente en el muslo y hubo de echarse sobre la escarpa. Mas no por ello cesaba de exhortar a los franceses, exclamando a ratos: " ¡El rey! ¡El rey! ¡Que se haga ver el rey!" Pero el rey no acudió. Alrededor de las once de la noche vinieron a buscarla varios jefes y contra su voluntad se la llevaron.

Volvieron los franceses hacia Saint-Denis, adonde había llegado el monarca, que tomaba ya sus disposiciones para regresar a los castillos del Loira. Por lo que toca a Juana, no podía resolverse a perder de vista los campanarios de París: "Se hallaba ante la gran ciudad como encadenada por sobrehumana fuerza" ¹⁴⁸ . E inclusive al otro día quiso reanudar el ataque. Pero ¿qué sucedió? Que no podía pasar ya, pues por orden del rey se había destruido los puentes, imponiendo de esta manera la retirada.

Así se llevó a cabo una de las mayores infamias de la historia. Los mismos a quienes enviara Dios un Mesías salvador se coligaron contra él, logrando obstar la misión de Juana de Arco, y –según la vigorosa expresión de Henri Martin- de este modo lo consiguieron "hacer mentir a Dios". Su egoísmo y ceguera fueron tales que por causa de su propia indignidad se suspendió la acción providencial.

Tras el fracaso ante París, se inicia para Juana un prolongado período de incertidumbres, turbaciones y desgarramientos interiores. A lo largo de ocho meses conocerá la alternativa de triunfos y derrotas: feliz suceso en Saint-Pierre-le Moutier, y revés en La Charité. Siente que la suerte propicia la abandona. Ante los fosos de Melún, sus voces le dicen: " ¡Juana, serás apresada antes de San Juan!". Hay que atribuir esta mudanza de la fortuna únicamente a la mala intención de los hombres, a la ingratitud del rey y sus consejeros, que le pusieron mil obstáculos y malograron sus empresas.

¿La disminuyó todo ello? En modo alguno. A partir de ese instante se torna grande de verdad, más grande que lo que sus victorias la habían hecho. Las probaciones que sufrió, su cautiverio y martirio, con tanta nobleza soportados, van a elevarla por encima de los más ilustres conquistadores, y tomarla sublime a los ojos de la posteridad. Así en el fondo de las prisiones como delante del tribunal de Ruán, y en lo alto de la

pira se nos aparecerá más imponente que en el estrépito de las batallas o en la embriaguez del triunfo. Su actitud y padecimientos, sus inspiradas palabras y sus lágrimas, la dolorosa agonía por que pasó, harán de ella una de las más puras glorias de Francia, objeto de admiración de los siglos y de envidia para todos los pueblos.

Con sagrada aureola, exornará la adversidad su frente. Por su aceptación heroica del dolor, por su grandeza de alma en los reveses y ante la muerte, se trocará en justa causa de orgullo para las mujeres de Francia, en motivo de veneración para todos aquellos en quienes vibran y palpitan el sentimiento de la hermosura moral y el amor a su país.

¡Bella es la gloria de las armas, sí, pero sólo el genio, la santidad y el sufrimiento tienen derecho a las apoteosis de la historia!

Puesto que había fracasado el cerco de La Charité, llamaron a Juana a la corte. Pero en breve le pesa la inacción y su ardor le arrebató de nuevo. Deja al rey con sus placeres y fiestas, y a la cabeza de una tropa adicta, va a lanzarse sobre Compiégne¹⁴⁹ asediada. Durante una salida que ahí se hizo, como quiera que el gobernador de la ciudad, Guillaume de Flavy, ordenara bajar el rastrillo, no pudo Juana volver a entrar en la plaza y fue tomada prisionera por el conde de Luxembourg, que pertenecía al partido de Borgoña.

¿Qué parte de responsabilidad toca al sire de Flavy en este hecho? Unos han visto en ello traición premeditada, puesto que el canciller, Regnault de Chartres, había ido poco antes a Compiégne, y mantenido algunas entrevistas con el duque de Borgoña. No obstante, la mayoría de los historiadores –H. Martin, Quicherat, H. Wallon, Anatole France– creen en la lealtad de este capitán¹⁵⁰. Pero, a pesar de sus afirmaciones, el papel de Flavy en ocasión de la captura de Juana ha seguido siendo un equívoco y mal definido¹⁵¹. Conforme a indicaciones recibidas del Más Allá, nos inclinamos a creer que no hubo premeditación, pero que supieron aprovechar la oportunidad que se ofrecía para desembarazarse de una personalidad que se había hecho molesta a ciertas ambiciones.

Si no se urdió previamente complot ninguno contra Juana, no por ello dejó de existir traición, en el sentido de que G. de Flavy, nada probó para liberarla. Acorralada por los borgoñones en el ángulo de la calzada de Margny, y del baluarte que defendía la cabeza de puente, a pocos metros de la entrada, podían socorrerla con facilidad. En ese momento crítico el capitán de Compiégne, ocupaba el baluarte con varios centenares de hombres, echaba de ver cuanto ocurría y, sin embargo, no intentó ningún esfuerzo sino que abandonó a Juana a su suerte. En esto parece flagrante la traición.

La encerraron primero en el castillo de Beaulieu, a poca distancia de Compiégne, enviándola luego al torreón de Beurevoir, que pertenecía al conde Luxembourg. Paseada durante seis semanas de prisión en prisión –a Arrás, a Drugy, a Le Crotoy-, sólo el 21 de noviembre, de resultas de las intimaciones insistentes y conminatorias de la Universidad de París, la vendieron a los ingleses, sus crueles enemigos, por diez mil libras tornesas, además de una renta otorgada al soldado que la había capturado.

Jean de Luxembourg, era de alta prosapia, más de corazón ruin y menguada fortuna. Flabía inscrito en su blasón una divisa poco optimista: “Nadie está obligado a hacer cosas imposibles”¹⁵². ¡Cuánto más vibrante el grito de su contemporáneo Jacques Coeur: “Para un corazón valeroso nada es imposible”! Endeudadísimo y poco menos que arruinado, Luxembourg no quiso resignarse a vivir pobre, ni por tanto, rehusar las diez mil libras de oro que el rey de Inglaterra ofrecía. Por ese precio vendió a Juana, entregándola...

¡Diez mil libras de oro! Constituían una suma enorme para la época. Entretanto, los ingleses se encontraban sin recursos, no podían pagar ya a sus funcionarios. Por falta de dinero se suspendió varias semanas la administración de la justicia en París. El escribano que redactaba las actas del Parlamento debió interrumpir su trabajo por falta de pergamino¹⁵³. Pero, así que se trató de comprar a Juana, los ingleses supieron muy bien encontrar tan gruesa cantidad. ¿Qué hicieron para ello? Una cosa que les era familiar: recaudaron pesado impuesto en toda Normandía. Es éste un hecho que hay que señalar: icon dinero francés se pagó la sangre de Juana de Arco!

En el fondo de las prisiones, lo que más preocupa a la Heroína no es su propia suerte, según se deduce de este pensamiento expresado con tristeza: “ ¡No podré ya servir al noble país de Francia!” Al enterarse de que sobre las buenas gentes de Compiégne pesa la amenaza de ser pasadas a cuchillo si la ciudad cae en poder del enemigo, se arroja desde lo alto de la torre de Beurevoir para unírseles. “Había oído decir –explicará a sus jueces- que los de Compiégne, incluso los niños de 7 años de edad, serían tratados a sangre y fuego, y yo prefería más bien arriesgar la existencia que seguir viviendo tras semejante destrucción de buenas gentes”¹⁵⁴.

De etapa en etapa, de torreón en torreón, ella ya en Le Crotoy, en los confines del país normando que los ingleses ocupan. La encierran en una torre de defensa desde la cual se atalaya la desembocadura del Soma. A través de la ventana reforzada con barrotes se tiende su vista sobre un paisaje de playas arenosas, y más allá de éstas la inmensidad del mar. Es la primera vez que contempla la gran sábana líquida y tal espectáculo la impresiona profundamente.

¡El mar! Con sus ondas espumosas, sus ilimitados horizontes y sus reflejos tornadizos...

Tan sensible a las armonías del Cielo y de la Tierra, a los días inundados de sol y a las noches salpicadas de estrellas, se abisma Juana en la contemplación de la vasta superficie, ahora gris-plata, ahora azul intenso, picado de noche por centelleos de astros. Con admiración presta oídos al son bronco y lejano del viento y del oleaje. Cuando a la hora de pleamar la queja de las ondas, el sollozo del océano asciende hasta ella, inmenso sentimiento de tristeza la invade. ¡Es que van a venir a buscarla los ingleses, que la han comprado caro! Desde Compiégne ha sido cautiva de los borgoñeses, claro está que adversarios suyos, pero hombres de su misma lengua y casta, que la han tratado con consideración. De aquí adelante, en cambio, ¿qué puede esperar de esos bárbaros extranjeros a quienes en tantas ocasiones derrotó, y que, teniéndole un odio feroz, nunca han perdonado oportunidad de injuriarla? Tremenda angustia desgarró su alma, y entonces ora. Pero la voz le dice y le repite: " ¡Sufre con paciencia!"

De esta manera aguarda tres semanas en Le Crotoy, donde cierto día las señoras de Abbeville van a visitarla y consolarla, confundiendo por un instante sus lágrimas con las de la Doncella de Orleans ¹⁵⁵ .

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 10.

RUÁN: LA PRISIÓN.

Aquel a quien Dios escoge para una tarea santa, ya sea soldado libertador, sacerdote, apóstol o mártir, debe fortalecer su corazón, sofocar todo lamento; es bello combatir; grande es sufrir.

Paul Allard.

En manos de los ingleses está Juana. La han amordazado para que no pueda hablar a las poblaciones, y con fuerte escolta la conducen al castillo de Ruán ¹⁵⁶ . Ahí la arrojan en un calabozo, introduciéndola además en una jaula de hierro. "Habían hecho forjar para mí –nos dice- una, especie de jaula, en la cual me pusieron. Estaba allí estrechamente apretada, tenía una cadena gruesa en el cuello, otra en la cintura y en pies y manos otras más. Hubiese sucumbido a esa atroz angustia si Dios y mis Espíritus no me hubieran proporcionado consuelos. Imposible describir su conmovedora solicitud y las confortaciones inefables que me prodigaron. Agonizando de hambre, semidesnuda, rodeada de inmundicias y magullada por los hierros, mi fe me daba el valor necesario para perdonar a mis verdugos".

¡Inhumano tratamiento! Juana es prisionero de guerra, es además mujer, y no obstante ello la encierran como a una fiera en jaula de hierro... Ciertamente que poco después se contentaron los ingleses con sujetarla a gruesa viga mediante dos cadenas ligadas a sus pies.

Así comienza una pasión de seis meses sin ejemplo en la historia, pasión más dolorosa aún que la de Cristo, porque Éste era hombre, y aquí se trata de una muchacha de diecinueve años que está a merced de soldados brutales, estóridos y lúbricos. Cinco soldados atormentadores, la escoria del ejército inglés, según todos los historiadores consignan- velan día y noche en su calabozo.

Pensad qué puede esperar una joven encadenada, de hombres viles y groseros, enardecidos por el furor que sienten hacia aquella a la cual consideran como causante de todos sus reveses. Esos miserables la abrumaban con sus malos tratos. En varias ocasiones intentaron violentarla, y como no obtuvieran buen éxito la golpeaban brutalmente. Juana se quejó de ello a sus jueces en el proceso, y muchas veces, cuando estos últimos penetraban en su calabozo para interrogarla, la encontraban bañada en llanto, hinchado y acardenalado el rostro por los golpes que recibiera ¹⁵⁷ .

Pensad en los horrores de semejante situación, en los pensamientos de la mujer y los temores de la doncella, expuesta a toda sorpresa y ultraje; en esa continua privación del reposo y el sueño, que quebraba su cuerpo aniquilando sus fuerzas, en medio de sus ansiedades e incesantes angustias. Sola entre aquellos infames, no quería renunciar a sus ropas masculinas, ¡y le afeaban este acto de pudor como si fuese un crimen!

En lo que respecta a los visitantes, no eran menos abominables que sus guardianes. El conde de Luxembourg, que la vendiera, acudió un día al calabozo para mofarse de ella, acompañado por los condes de Warwick, de Stafford y del obispo de Théroouanne, canciller del rey de Inglaterra. "He venido aquí para rescataros -le dijo-, pero a condición de que prometáis no empuñar nunca más las armas contra nosotros". - "Os burláis de mí - exclamó ella-. Bien comprendo que no queréis ni podéis hacerlo". Y puesto que él insistía, Juana agregó: "Sé perfectamente que estos ingleses me harán perecer, creyendo que después de mi muerte ganarán el reino de Francia. Pero, aunque fueran cien mil más que los que ahora son, no tendrían el reino".

Estas palabras lo hicieron montar en cólera. El conde de Stafford sacó su daga para agredirla, mas Warwick le detuvo ¹⁵⁸ .

Posteriormente, los jueces encomiendan a un sacerdote indigno, traidor y espía -Loyseleur-, la misión de introducirse en el calabozo con

traje de lego. Fingiéndose lorenés y cautivo de los ingleses obtuvo la confianza de Juana y la decidió a que se confesara con él. Durante sus conversaciones algunos notarios ubicados secretamente escuchaban por una abertura hecha deliberadamente y ponían por escrito todas las confidencias de la Heroína.

Creían los ingleses que la doncellez de Juana tenía un hechizo, y que si la perdía no debían temer ya nada de ella. Un examen de la duquesa de Bedford, a quien secundaron lady Anna Bavon y varias matronas, había demostrado que dicha virginidad era de todo punto real. Y un detalle que pone de relieve la bajeza del carácter del duque de Bedford, regente de Inglaterra, es que asistió ocultamente a tal examen. Esto ocurrió poco después que el lord condestable, conde de Stafford, llevado de la superstición tanto como de una pasión horrible, hizo que le abrieran el calabozo e intentó violentarla ¹⁵⁹ .

¡Quién podría decir lo que padeció en medio de las tinieblas del torreón! Abandonada por todos, traicionada y vendida a peso de oro, experimentó cuantos horrores el sufrimiento tiene. Conoció esas horas de angustia, de tortura moral en que todo se oscurece en torno de nosotros y las voces del cielo semejan callar ¹⁶⁰ , en las que lo Invisible permanece mudo cuando todos los furores y odios de la Tierra se desencadenan y se arrojan con ímpetu sobre nosotros. No existe misionero que no haya sufrido esas horas dolorosas, y ella las padeció más que todos, pobre niña expuesta: sin defensa a los más viles ultrajes. ¿Por qué permite Dios tales cosas? Pues, para sondear el alma y el corazón de sus fieles, probar la fe de éstos en Él; a fin de que sus méritos aumenten aún y la aureola que les reserva gane en hermosura y brillo.

Pero –se dirá-, ¿cómo es posible que Juana, extenuada y cargada de hierros, haya podido escapar a las infames tentativas de sus visitantes y guardianes? ¿Cómo le fue posible conservar aquella flor de pureza que era su salvaguardia, de acuerdo con la opinión acreditada en la época, de que una virgen no podía ser reconocida culpable de brujería?

Y bien, en esas horas terribles, que ella temía más que a la propia muerte, el Mundo Espiritual interviene. En la prisión helada y sombría se introduce una legión radiosa. Seres que sólo ella ve y a los que denomina “sus hermanos de paraíso” acuden a asistirle y sostenerla, a darle las fuerzas necesarias para que se sustraiga a lo que hubiera sido abominable sacrilegio.

Los Espíritus la reconfortan, expresándole: “Sufrir es progresar, es elevarse”. En medio de las tinieblas que la rodean se hace una claridad y le llegan suaves cánticos, como ecos de las armonías del Espacio.

Sus voces la consuelan y le repiten: " ¡Reanímate! ¡Serás liberada por una gran victoria!" Y en su fe ingenua cree que tal liberación significará para ella la libertad. Pero no: como lo enseñaban nuestros antepasados los druidas, se trataba de "la liberación de la muerte", la muerte por el martirio, que hacía falta para otorgar a esta santa imagen toda su sublime animación.

¿No es por ventura privilegio de las almas superiores estar destinadas a sufrir por una noble causa? ¿No ha menester que pasen por el crisol de la prueba para que pongan de manifiesto todas las virtudes, tesoros y esplendores que en sí poseen? Una muerte elevada constituye el complemento necesario de una vida grande, de consagración y sacrificio. Es la iniciación a una más alta existencia. Pero en tales horas de dolor, en ese supremo purificarse, dichas almas son sostenidas por una sobrehumana fuerza, por una energía que les posibilita afrontarlo todo y salir de todo triunfantes.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 11.

RUAN: EL PROCESO.

¡Mas entro estremeciéndome en esta oscuridad! Hágase, oh Dios mío, tu santa voluntad!.

Paul Allard.

Llegamos ahora al proceso. Porque a la vez que tan duro y horrible cautiverio tenía que sufrir Juana las fases prolongadas y tortuosas de un proceso como no ha existido semejante en el mundo.

Por una parte, cuanto el espíritu del mal puede destilar de perfidia hipócrita, astucia, deslealtad y ambición servil. Setenta y un clérigos, sacerdotes y doctores, fariseos de corazón insensible, todos eclesiásticos, sí, pero hombres para quienes la religión no era otra cosa que una máscara disimuladora de ardientes pasiones: así codicia y aptitud para la intriga como mezquinos fanatismos.

Por la otra, sola y sin sostén, defensor ni consejero, una niña de diecinueve años, encarnación de la inocencia y pureza, alma heroica en cuerpo de doncella, un tierno y sublime corazón, presto a cualquier sacrificio con tal de salvar a su país, cumplir con fidelidad su misión y dar ejemplo de virtud en el deber.

Jamás se ha visto a la naturaleza humana elevarse a tal altura, por un lado, y por el otro caer tan bajo. En lo tocante a las responsabilidades, la historia las ha señalado ya. No quiero decir cosa alguna que pueda

exacerbar los odios políticos o religiosos. ¿No es por ventura el de Juana de Arco, entre todos los nombres gloriosos, aquel que debe reunir la totalidad de los sentimientos de admiración, sea cual fuere el partido de que provengan?

Quiso la Iglesia disculparse de la acusación que sobre ella pesaba desde hace siglos, para lo cual se dedicó a lanzar sobre Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, cuanto la condena de Juana tiene de aborrecible. Renegó de él, llenándolo de anatemas. Pero ¿es Cauchon el único gran culpable?

Tengamos presente el hecho de que el 26 de mayo de 1430, tres días después de la captura de Juana ante Compiégne, el vicario general del gran inquisidor de Francia, residente en París, escribe al duque de Borgoña para rogarle, y,

... ordenarle, bajo las penas de derecho, que le envíe prisionera cierta mujer nombrada Juana la Doncella, vehementemente sospechada de crímenes que trascienden a herejía, para que comparezca ante el promotor de la Santa Inquisición¹⁶¹.

Así reaparecía el temible tribunal del Santo Oficio, que en aquella época no era sino un fantasma, surgiendo de la sombra con el objeto de reclamar la mayor víctima que haya nunca comparecido ante él. Y apoyaba sus reclamaciones la Universidad de París, el principal cuerpo eclesiástico de Francia. Anatole France, que a este respecto se halla bien informado, nos dice¹⁶²:

En el asunto de la Doncella no era sólo un obispo el que ponía en movimiento a la santísima Inquisición, sino la hija de los reyes y madre de los estudios, el bello y luciente sol de Francia y de la cristiandad: la Universidad de París. Ésta se arrogaba el privilegio de conocer en las causas relativas a las herejías, y sus dictámenes, que de todas partes se solicitaban, constituían autoridad en todo lugar del mundo donde la cruz se hallara implantada.

Un año hace que solicitaba el envío de la Doncella al inquisidor, por sospecha de brujería. El mismo autor agrega aún¹⁶³:

Tras haberse concertado con los doctores y profesores de la Universidad de París, el obispo de Beauvais se presentó, el 14 de julio, en el campamento de Compiégne y reclamo a la Doncella como perteneciente a su jurisdicción. En apoyo de la demanda exhibía las cartas dirigidas por el alma máter al duque de Borgoña y al señor de Luxembourg.

Era la segunda vez que la Universidad pedía al duque la entrega de Juana, pues recelaba que otros la liberasen "por vías oblicuas", poniéndola

fuera de su poder. Al mismo tiempo se encomendaba al enviado que ofreciese dinero.

Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, a quien el pueblo expulsara de su sede por su adhesión a los ingleses, instruyó y dirigió por sí mismo el proceso, de manera que es incontestable que desempeñó en ello el papel más importante; pero por su parte el vicinquisidor, Jean Lemaitre, aprobó cuantas designaciones hizo en lo que atañe a la composición del tribunal, en el que se sentó varias veces a su lado. Y cuando el obispo de Beauvais no podía concurrir, Jean Lemaitre presidía solo las sesiones, hecho éste que todos los documentos establecen ¹⁶⁴ .

El vicinquisidor firmó y autenticó las actas de las audiencias, de las cuales los escribanos del tribunal hicieron tres ejemplares de un mismo tenor. Existe uno en la Biblioteca de la Cámara de Diputados, que ostenta el sello de la Inquisición.

En los procesos de herejía era de derecho que toda decisión y juicio fuesen tomados por ambos jueces, a saber, el obispo y el inquisidor. Tal sucedió en Ruán, como en todas partes. Luego, no se puede dejar de reconocer que Cauchon se hallaba protegido por la jurisprudencia inquisitorial.

Pero esto no es todo: en el transcurso del proceso se consultó a los obispos de Coutances y de Lisieux, y aprobaron la acusación. Incluso hay que hacer notar una circunstancia especial, y es que el obispo de Lisieux, Zanon de Castiglione, se resolvió por la condena de Juana a causa de que ésta era de muy baja condición para que fuese inspirada por Dios. Al respecto podemos preguntarnos qué hubieran pensado de tal argumento los apóstoles de Cristo, que fueron humildes artesanos y barqueros de Galilea, y Jesús mismo, hijo de carpintero...

También figuran en el proceso los obispos de Thérourarme, Noyón, y Norwich: los tres participaron de las admoniciones que a la Doncella se hicieron.

De manera que Cauchon se rodeó de personajes expectables y teólogos de predicamento. Hizo sentar en el tribunal a hombres de la talla de Thomas de Courcelles, a quien más tarde se denominó "la luz del concilio de Basel" y "el segundo Gerson"; Pierre Maurice, y Jean Beaupère, rectores que habían sido de la Universidad de París; de doctores y profesores de teología tales como Guillaume Erard, Nicole Midi, Jacques de Touraine, y otros muchos abades mitrados de las grandes abadías normandas.

Ahora bien, ninguno de estos clérigos de nota se mostró imparcial;

antes por el contrario, todos ellos eran partidarios de los ingleses y enemigos de Juana. El promotor, Jean d'Estivet, instrumento de Cauchon y hombre sin fe ni escrúpulos, se destacó en especial modo por el odio que a la acusada tenía, y las violencias que empleó con ella. No se accedió, como era de justicia, a la legítima demanda de ésta en el sentido de que se introdujese en el tribunal un número equitativo de eclesiásticos que estuvieran de parte de los franceses. Juana apeló asimismo con tal objeto al papa y al concilio, mas hubo de ser en balde.

Todos los jueces y asesores, canónigos y doctores en teología recibían de los ingleses, por sesión, una suma que equivalía, más o menos, a cien francos de nuestra moneda actual ¹⁶⁵ . Los recibos de tales pagos están adjuntos al proceso. Hubo cerca de cien asesores, pero no actuaban todos simultáneamente. Y se obsequió a los más hostiles a Juana.

Asimismo se hicieron varias consultas a la Sorbona, entre ellas la del 19 de abril, cuya respuesta confirmaron las cuatro facultades el 14 de mayo. Todas concluyeron contra la Doncella.

Es preciso añadir que el inquisidor general, Jean Graverend, pronunció un sermón en la iglesia parisiense Saint-Martin-des Champs, luego del suplicio de Juana, en el cual repetía todos los términos de la acusación y aprobaba la sentencia. Al poco tiempo designó el papa a Pierre Cauchon titular de la sede episcopal de Lisieux.

Es cierto que más tarde se le excomulgó, mas no fue en castigo de su crimen, sino simplemente por haberse negado a abonar un derecho que el Vaticano le reclamaba. De manera que por una cuestión de dinero se amenazó a aquel prelado con los rayos pontificales, bajo cuya protección permaneciera en tanto había sido culpable sólo de la condena de la Libertadora de su país ¹⁶⁶ .

A decir verdad, ni una voz se levantó en el mundo cristiano para protestar contra el juicio inicuo de que fuera víctima Juana, tanto en lo que se refiere al clero que seguía siendo fiel a los franceses como el que de parte de los ingleses estaba. Antes bien, una circular que Regnault de Chartres, arzobispo de Reims, cursó a sus diocesanos, nos revela el vergonzoso estado de espíritu de Carlos 7º y de sus consejeros. En cierta relación escrita según los documentos de la casa consistorial y regiduría de Reims se han encontrado el análisis del mensaje del canciller a los habitantes de su ciudad arzobispal, concebido en los términos que acto continuo reproducimos.

Anuncia la captura de Juana ante Compiégne, y manifiesta que, como ella no quería atender consejos sino que hacía todo a su gusto.... Dios había tolerado se prendiese a Juana la Doncella, por razón de que ésta se

había enorgullecido y por los ricos vestidos que usaba, y a causa de que no había hecho lo que Dios le ordenara, sino su voluntad ¹⁶⁷ .

No obstante, por mal aconsejado que Carlos 7º estuviera, inmediatamente después de la captura de Juana habían elevado hasta él, altas e insistentes solicitudes a favor de la Heroína. Jacques Gélu, señor y arzobispo de Embrun, ex preceptor suyo, escribe a su real discípulo con el objeto de recordarle lo que la Doncella hiciera por la corona de Francia. Le rogaba consultase bien con su conciencia y se asegurara de si no eran

... las ofensas que a Dios había inferido las que acarrearán tal desgracia. Os recomiendo –añade– que para la recuperación de esa niña y el rescate de su vida no ahorréis medios ni dineros, sea cual fuere el precio, si no estáis dispuestos a incurrir en la censura indeleble de una reprochable ingratitud.

Le aconseja haga prescribir en todas partes oraciones por la liberación de Juana, con el fin de obtener el perdón de alguna posible falta.

Así habló este viejo obispo a aquel a quien recordaba haber sido consejero del delfín en los malos tiempos, y que amaba tiernamente al rey y al reino ¹⁶⁸ .

Hubieran podido rescatar a Juana cuando se hallaba presa del conde de Luxembourg, mas nada hicieron para ello. Era factible también librarla por medio de un golpe de fuerza, puesto que los franceses ocupaban Louviers, que a poca distancia de Ruán se encuentra. Sin embargo, permanecieron inmóviles. Los que antes del viaje a Reims hablaban de atacar a Normandía, callaban ahora...

Existía al menos el recurso de obrar por vía jurídica, esto es, obstar la sentencia del tribunal con los mismos procedimientos legales que parecían los jueces respetar. El obispo de Beauvais, que conducía el proceso, era sufragáneo del arzobispo de Reims, así que podía éste exigir por lo menos que le diera conocimiento de los debates; pero se abstuvo de toda intervención.

Asimismo hubiera sido posible recurrir a las protestas de la familia de Juana, reclamar la apelación al papa o al concilio, amenazar a los ingleses con represalias que se tomarían contra Talbot y demás prisioneros de guerra, a fin de salvar de tal modo la vida de la Doncella. ¡Nada se probó!

De intento –dice H. Wallon ¹⁶⁹ – abandonaron a Juana a su suerte. Su desaparición misma entraba en los cálculos de esos políticos detestables.. Regnault de Chartres, La Trémoille, y todos aquellos oscuros personajes, para conservar su ascendiente en los consejos del rey, sacrificaron, junto con Juana, al príncipe, a la patria y al propio Dios.

Todo bien mirado, la responsabilidad por el suplicio y muerte de la Doncella nos parece que recae en igual medida sobre las Iglesias y las dos coronas, de Francia e Inglaterra.

Sin embargo, en lo que hace a la Iglesia no hay que poner en olvido una cosa, y es que si tantos sacerdotes y prelados y la misma Inquisición fueron cómplices en el proceso de condena de Juana de Arco, también bajo la dirección del gran inquisidor, Jean Bréhal, se desarrolló el de rehabilitación. Si encontraron clérigos que condenaran a la Doncella, se les halló asimismo –y no de los más insignificantes- para glorificarla, entre otros el docto Gerson y el arzobispo de Embrun. Juana de Arco, médium claro está que, como Juana había sido quemada por bruja, la corona de Francia no quería ni podía quedar bajo el golpe de la acusación de haber pactado con el demonio. Pero, para introducir el proceso de revisión que había de redimirla, preciso fue se negociara tres años con la corte de Roma; hubo menester de toda la influencia del monarca así como la de sus consejeros, influencia que el pontífice romano tenía gran interés en cuidar en aquella época de cisma, cuando tres papas acababan de disputarse la autoridad sobre el mundo cristiano. Fue necesaria una presión poderosa para preparar tal revisión.

El tribunal de rehabilitación –escribe Joseph Fabre-, que se hizo esperar veinticinco años, sancionó la impunidad de los verdugos al paso que proclamaba la inocencia de la supliciada. Además de esto, si declaró a Juana exenta del delito de herejía, admitió que en cuanto herética hubiese merecido el fuego, consagrando de tal suerte, a ejemplo de los jueces del tribunal de condena, ese nefasto principio de la intolerancia de que fue Juana víctima ¹⁷⁰ .

Bien que tardía e insuficiente, aceptemos esta reparación tal cual se produjo. No echemos al olvido que en las principales ciudades de Francia tuvieron lugar procesiones expiatorias y que el clero participó ampliamente en ellas. Recordemos también que en épocas más recientes, los propios ingleses glorificaron la memoria de Juana, y uno de sus poetas, Southey, la proclamó la más grande heroína del género humano. Muchas voces se levantaron en Inglaterra para pedir que en los lugares públicos de Ruán, hicieran los representantes de la corona y el parlamento, pública confesión del crimen que con la Doncella se había cometido.

Por su parte, tras largas y minuciosas investigaciones procedió la Iglesia católica a canonizar a Juana, cuya estatua se yergue, a la hora actual, en la mayoría de las iglesias de Francia.

Tengamos presente todo esto y digamos que ante la excelsa imagen de la Doncella deben desaparecer todos los odios y resentimientos. No ha

de suscitarse lucha de partidos ni de naciones en torno de tal augusto nombre, porque si es entre todos símbolo de patriotismo, también y particularmente constituye un símbolo de paz y conciliación.

Bien es verdad que Juana pertenece a todos y en especial manera a Francia. A pesar de ello, si en el seno de nuestro país se debiera hacer una excepción a favor de algún grupo o colectividad –vale decir, si la Doncella pudiera pertenecer a unos más bien que a otros-, en tal caso la lógica inflexible querría que fuese de los que han sabido comprender su vida y penetrar su misterio, de aquellos que todavía hoy buscan en el estudio del Mundo Invisible esas fuerzas, apoyos de socorros que han asegurado su triunfo y que quieren ellos poner al servicio del bien moral y de la salvación de su patria.

. . .

Pero volvamos ya a los jueces de Ruán. Cuando se estudian las fases del proceso se nos muestra evidente que en el ánimo de aquellos sofistas de corazón helado, en la mente de esos clérigos vendidos a los ingleses estaba Juana condenada de antemano. ¿Acaso todos no habían visto con despecho y rabia que en nombre de Dios –del que se decían representantes- una mujer resucitaba la causa que ellos traicionaran por creerla perdida, la causa de Francia? Todos esos hombres no tenían sino un objetivo y un deseo, cual era el de vengar en la Heroína, la amenaza que sobre su autoridad se cernía, lo comprometido de su situación. Para ellos, como para los ingleses, Juana estaba destinada a perecer, mas la sola muerte no bastaba a su política ni a su aborrecimiento, sino que era menester que muriese deshonrada, renegando de su misión, y que su deshonra redundara en la del rey, en la de Francia entera...

Para el logro de tal propósito no existía sino un recurso y era obtener de ella que se retractara, que desaprobase su propia misión. Precisaba que se confesara inspirada por el infierno. Un proceso por brujería podía conducirla a ello. Y con el intento de alcanzar tal objetivo no debían retroceder ante ningún recurso: bien la astucia y el espionaje, bien los malos tratos; en resumen, todos los horrores y sufrimientos de un cautiverio horrendo, en el que la castidad de Juana se hallaba expuesta a los últimos ultrajes. Las amenazas, incluso la tortura, todo les convenía. Pero todo lo resistió Juana...

Representaos mentalmente aquella sala abovedada, en la que a través de estrechas aberturas se filtra sombría luz, lo que podría decirse una cripta funeraria. Reunido está el tribunal. Sesionan unos sesenta jueces bajo la presidencia del obispo de Beauvais, a quien los ingleses han prometido el arzobispado de Ruán si sabe servir a sus conveniencias. En el

muro, encima de sus cabezas (ipunzante ironía!), la imagen del Cristo supliciado.

Y en el fondo del aposento, en cada salida, se ven brillar las armas de los soldados ingleses, de semblantes rencorosos y salvajes.

¿A qué ese despliegue de fuerzas? ¡Para juzgar a una niña de diecinueve años! Porque Juana está ahí, pálida, agobiada físicamente, cargada de cadenas. Los sufrimientos de largo cautiverio la han debilitado. Y allí se encuentra, sola en medio de sus enemigos, que han jurado perderla. ..

¿Sola, dije? ¡Oh, no! Porque si los hombres la abandonan, si la olvida su rey, si los nobles de Francia nada hacen por arrancarla de manos de los ingleses, ya sea por la fuerza, ya mediante el rescate, hay al menos Seres invisibles que por ella velan, sosteniéndola e inspirándole réplicas tales que en ocasiones espantan a sus jueces.

Y ¡cuánto ruido!, ¡qué tumulto! En su furor y rabia llegan a veces a interpelarse y querellarse entre sí los jueces. Las preguntas menudean. Se ingenian para confundir a la acusada con astucias hipócritas, la hostigan por medio de interrogatorios tan sutiles y difíciles que, según lo dicho por uno de los asesores, Isambard de la Pierre, "sólo con hartas dificultades hubieran podido responder a ellos los más grandes eclesiásticos allí presentes"¹⁷¹ .

A despecho de lo cual la Doncella los contestaba, ahora con agudeza digna de admirarse, ahora con tan profundo sentido y palabras de tal modo sublimes, que nadie ponía ya en duda que la inspirasen los Espíritus. Una sensación de temor sobrecogía a los asistentes cuando hablando Juana de aquéllos decía: " ¡Están aquí, sin que se les vea!" Pero todos esos hombres se hallaban asaz encenegados en su crimen para que retrocediesen.

De ahí que trataran de abrumarla, en lo físico tanto como en lo moral, haciéndole sufrir interrogatorio tras interrogatorio, hasta dos por día, cada uno de los cuales duraba tres horas, en cuyo lapso la obligaban a permanecer de pie con sus pesadas cadenas.

Más Juana no se deja intimidar. Ese lugar siniestro es para ella como un nuevo campo de batalla. Ahí se pone de relieve su grandeza de alma, su valor varonil. El Poder invisible que la inspira estalla en expresiones vehementes, que aterran a sus acusadores.

Se dirige al obispo de Beauvais: "Decís ser mi juez. No sé si lo sois, mas cuidado de no juzgar mal, porque os pondríaís en gran riesgo. Os advierto de ello a fin de que si Nuestro Señor os castiga, haya cumplido mi deber al decíroslo". Y en otra oportunidad: "He venido de parte de Dios y

nada tengo que hacer aquí. Dejad que me juzgue Dios, del que vine”¹⁷² .

Le hacen esta pregunta páfida: “¿Creéis estar en gracia de Dios?” – “Si no estoy en ella, que Dios me ponga; y si estoy, que me mantenga Él”. – “Luego, ¿creéis que sea inútil confesaros, aunque os halléis en estado de pecado mortal?” – “Jamás cometí pecado mortal”. – “¿Cómo lo sabéis?” – “Porque en tal caso mis voces me lo hubieran reprochado, mis Espíritus me hubiesen desamparado”. – “¿Qué dicen vuestras voces?” – “Me dicen: ‘No temas, responde con atrevimiento, que Dios te ayudará’¹⁷³ .

Intentan culparla de magia, de sortilegio, pretendiendo se valiese de objetos que poseían poderes misteriosos:

. . .

“¿Ayudabais más a vuestro estandarte, o éste a vos?” – “Bien fuese el triunfo del estandarte o de Juana, correspondía enteramente a Dios”. – “Pero, la esperanza de obtener victoria, ¿la fundabais en vuestro estandarte o en vos misma?” – “En Dios, no en ninguna otra cosa”¹⁷⁴ .

¡Cuántos otros, de hallarse en su lugar, no hubieran podido o sabido resistir a la tentación de atribuirse el mérito de sus victorias! Porque hasta en el fondo de las almas más nobles y puras se insinúa el orgullo. Casi todos somos propensos a hacer valer nuestros actos, exagerar su alcance y blasonar de ellos sin razón. No obstante, todo nos viene de Dios. A no ser por Él no significaríamos ni podríamos nada. Juana lo sabe, y en la atmósfera de gloria que la circunda se empequeñece con humildad, transfiriendo a Dios el mérito de la obra que ha llevado a cabo. En vez de hacer vanidad de su misión la reduce a su justa medida. No ha sido ella más que un instrumento al servicio del Poder Supremo:

Quiso Dios obrar así por la acción de una simple virgen para rechazar a los adversarios del rey¹⁷⁵ .

Sí, pero ¡qué instrumento de admirable sabiduría, de inteligencia y virtud! ¡Cuán profunda sumisión a las disposiciones de lo Alto! “Todos mis actos y palabras están en manos de Dios, y en Él confío”.

Cierto día el obispo de Beauvais penetra en el calabozo llevando sus ornamentos sacerdotales y en compañía de siete clérigos. Sabe Juana que este interrogatorio es decisivo, puesto que sus voces se lo han prevenido, exhortándola a que resista con valor, defienda la verdad y desafíe la muerte. De ahí que al ver a los sacerdotes se irga su extenuado cuerpo, sus rasgos se iluminen y brille su mirada con hondo fulgor.

“Juana –dice el obispo-, ¿queréis someteros a la Iglesia?” ¡Pregunta terrible en la Edad Media, de la que depende la suerte de la Heroína! Ésta

responde: "En todo me atengo a Dios. A Dios, que siempre me ha inspirado". – "He aquí una expresión muy grave. Entre vos y Dios está la Iglesia. ¿Queréis, sí o no, someteros a la Iglesia?" – "He venido al rey para la salvación de Francia, de parte de Dios y sus santos Espíritus. A aquella Iglesia, la de lo Alto, me someto en cuanto hice y dije". – "¿De modo que os negáis a someteros a la Iglesia y a renegar de vuestras diabólicas visiones?" – "Sólo a Dios me remito. Y en lo que toca a mis visiones, no acepto el juicio de ningún hombre".

Ved ahí el punto capital del proceso. Sobre todo, se trataba de saber si Juana subordinaría sus revelaciones a la voluntad de la Iglesia. Cuando se llevó a cabo el proceso de rehabilitación, jueces y testigos sólo se preocuparon de una cosa, demostrar que Juana había vacilado y aceptado luego la autoridad del papa y de la Iglesia. Incluso en la hora actual es ese el argumento de los que introducen a la Doncella en el paraíso católico.

Por el contrario, al desarrollarse el proceso de condena, en todas sus respuestas parece resuelta ella: su pensar es claro y firme su palabra, tiene el sentimiento profundo de la causa que defiende. En realidad, ese solemne debate se suscita entre dos principios inflexibles: por una parte la regla, la autoridad de las tradiciones, la presunta infalibilidad de un poder inmovilizado desde hace siglos; por la otra la inspiración, los sagrados derechos de la conciencia individual. Y la inspiración se manifiesta ahí en una de las formas más sugestivas y emocionantes que a lo largo de las centurias se hayan visto.

Es preciso, pues, reconocerlo: mucho mejor que los testimonios del proceso de rehabilitación, los interrogatorios de Ruán nos muestran a Juana en toda su grandeza, en todo el brillo de sus respuestas apasionadas, en las cuales vibra su palabra y "arroja chispas" su mirada, conforme dice un testigo. Porque hasta a sus jueces fascinaba. En parte alguna, en ningún otro lugar se manifestó más bella e imponente.

"Me atengo sólo a Dios" – había expresado. Y entonces, ante tal resolución, en presencia de esa voluntad a la que nada puede doblegar, no vacilan más...

El 9 de mayo la conducen a la cámara del tormento. Allí se encuentran los torturadores con todo su siniestro aparato. Preparados están los instrumentos, que se hacen encandecer al fuego. Pero Juana persiste, defiende a Francia y al rey ingrato que la ha desamparado: "Aunque hicierais que me arrancasen los miembros y separasen mi alma del cuerpo, aun en tal caso no os diría otra cosa" ¹⁷⁶ .

No la sometieron a tormento, no porque experimentaran piedad o le tuviesen consideraciones, sino a causa de que en su estado de debilidad

física era evidente que expiraría en medio de las torturas. Y querían ellos una muerte pública, un ceremonial fastuoso, con el objeto de impresionar la imaginación de la multitud.

Nada descuidaban sus jueces con tal de hacerla sufrir. Por un refinamiento de crueldad se complacían en describirle los horrores del suplicio del fuego. Ahora bien, Juana lo temía particularmente:

“Preferiría ser decapitada –dijo- a que me quemem así... “Pero, en lugar de conmovirse por su lamento, insistían cada vez más. Agobiada por el peso de las cadenas, custodiada estrechamente por enemigos brutales, en lo profundo de aquel abismo de miseria al que ni un rayo de piedad ni una palabra compasiva descendía, un grito de rebelión subía a veces a sus labios y apelaba a Dios, “el Gran Juez”, por las sinrazones que le hacían; agregando: “Los que quieren arrebatarme de este mundo pudieran muy bien irse de él antes que yo”. Otro día manifestaba a su interrogador: “ ¡No haréis contra mí lo que decís sin que os cause mal al cuerpo y al alma!”¹⁷⁷ .

Y, en efecto, muchos de sus jueces tuvieron un fin miserable. Por lo demás, todos hubieron de sufrir el desprecio público y los reproches de su conciencia. Cauchon murió abrumado por los remordimientos, y el pueblo desenterró su cadáver para arrojarlo al muladar. El promotor, Jean d’Estivet, pereció en un albañal. Algunos de ellos aparecieron en el proceso de rehabilitación, veinticinco años después, mucho más como acusados que en calidad de testigos. Su actitud fue lastimosa, su lenguaje revelaba la turbación de alma en que se hallaban y el sentimiento de su indignidad.

No siempre respetaban la verdad al poner por escrito las palabras de la acusada. Cierta vez en que, interrogándosele respecto de sus visiones, le leían una de sus respuestas anteriores, Jean Lefèvre reconoció en ella un error de redacción y lo hizo notar a Juana, la cual rogó al escribano Manchón volviese a leerla. Este accedió, y al escucharla de nuevo manifestó Juana que había dicho todo lo contrario¹⁷⁸ .

En otra ocasión les expresó con tono de reproche: “Inscribís lo que está contra mí y no lo que es en mi favor”.

Pese a todo, la energía sobrehumana de la Doncella, su inspirado lenguaje, la grandeza que puso de relieve en el sufrimiento, habían terminado por impresionar a sus jueces. Bien comprendía Cauchon que había en ella un Ser excepcional a quien el cielo sostenía. Y las horribles consecuencias de su crimen se le aparecían ahora, irguiéndose ya frente a él. En ciertos momentos la voz de su conciencia murmuraba, amenazaba. El espanto invadía al prelado. Mas ¿cómo retroceder? Allí estaban los ingleses, que seguían con febril atención la marcha del proceso y con furor sombrío aguardaban la hora de inmolarla, tras haberla torturado y deshonrado. De

manera que el obispo de Beauvais sólo vio un recurso, cual era el de hacer desaparecer a la víctima asesinándola, esto es, evitar un crimen público mediante un secreto.

Resolvió, pues, envenenarla, con cuyo propósito hizo que le enviaran un tósigo que ella ingirió, pero al punto le sobrevinieron vómitos y cayó enferma, con harta postración¹⁷⁹. Entonces temen por su vida y la rodean de pérfidos cuidados, porque es menester que no fenezca así, oscuramente. Los ingleses la han pagado caro; destinándola a la hoguera. Y tan pronto como la robusta constitución de Juana triunfa, recomienzan sus padecimientos morales. Los jueces aprovechan su debilidad, redoblan su insistencia exigiéndole una abjuración. No se había dejado de emplear cosa alguna para lograr este objetivo: espionaje y mentiras, tentativa de estupro y hasta de envenenamiento¹⁸⁰.

La Virgen, a quien un pueblo entero admiraba, había sido colmada de ignominia por sus jueces y guardianes.

Preparan una escena (podríamos decir comedia) en el cementerio de Saint-Ouen. Ahí, a la vista del pueblo y de los ingleses y en presencia de todos sus jueces, a la cabeza de los cuales hay un cardenal y cuatro obispos, se requiere a Juana que declare someterse a la Iglesia. La instan, le solicitan que evite el condenarse ella misma al tormento del fuego. En efecto, ahí se encuentra el verdugo, en su siniestra carreta, al mismo pie del estrado al que le han hecho subir; el verdugo, que conducirá a Juana, si se niega, al Vieux-Marché, donde la hoguera está esperándola...

Y entonces, a esa luz sombría que cae del cielo como con pena, bajo la sensación de tristeza que se desprende de las tumbas, de las sepulturas que la rodean, se siente Juana acometida por inmenso abatimiento. Su mente se abstrae de esa morada de los muertos, torna a ver su viejo terruño lorenés, los espesos bosques donde trinan los pájaros, aquellos sitios que en su adolescencia amara; cree escuchar las canciones de las hilanderas y pastores, los dulces y lastimeros acentos que las alas de la brisa transportan. Vuelve a divisar su choza, la madre, el anciano padre de cabellos blancos a quien volvió a ver en Reims, y que tanto sufrirán al enterarse de su muerte... Y despierta en su corazón la nostalgia de la vida. ¡Muy doloroso es morir cuando sólo se tienen veinte años!

Entonces, por vez primera el Ángel desfallece. También Cristo tuvo su hora de debilidad. En el monte de los Olivos ¿no quiso por ventura apartar de sí la copa de hiel? ¿No manifestó: "Padre, si quieres, pasa este vaso de mí"¹⁸¹.

Al cabo de sus fuerzas, Juana firma la cédula que le presentan. Recordad que no sabe leer ni escribir. Además de esto, la pieza que le

hacen rubricar no es la que archivarán, porque se realiza una sustitución infame. Ni siquiera retrocedieron ante este acto aborrecible. Hoy tenemos pruebas de que la fórmula de abjuración que figura en el proceso, suscrita con una cruz, es falsa. Ni en su contenido ni en su extensión es la que Juana firmó. Porque ni uno de los testigos del proceso de revisión certificó la identidad de dicho documento, y en cambio la negaron cinco de ellos. La pieza que poseemos es sobremanera larga, y tres testigos –Delachambre, Taquel, y Monnet- han manifestado: “Nos encontrábamos completamente al lado, vimos la cédula y no tenía más que seis o siete líneas”¹⁸² . – “Su lectura duró lo que un padrenuestro” – agregó Migiet¹⁸³ . Otro testigo declara: “Sé positivamente que la cédula que leía Juana, y ésta suscribió no era la que se menciona en el proceso”¹⁸⁴ . Ahora bien, este último testigo no es otro que el escribano Massieu, quien por sí mismo hizo pronunciar a Juana la fórmula de abjuración.

Turbada como se hallaba, la Doncella no oyó ni comprendió la fórmula, que rubricó sin prestar juramento ni tener plena conciencia de su acto. De allí a pocos días aseveró esto mismo a sus jueces, diciendo: “Lo que estaba en la cédula de abjuración no lo entendía en manera alguna. Sólo comprendí que revocaba lo que Dios quisiera”.

De esta manera, aquello que las amenazas y violencias, así como la vista del aparato de tormento, no habían podido obtener de la Heroína, lo consiguieron con ruegos y solicitudes hipócritas. Su alma tan tierna se dejó engañar por esos semblantes que expresaban falsa simpatía, por las falaces pruebas de benevolencia que le dispensaron. Pero la misma noche, en la prisión, se hicieron oír imperativas las voces. Y el 28 de mayo lo declara ella a sus jueces: “La voz me ha dicho que era traición abjurar. Lo cierto es que me ha enviado Dios, y lo que hice, bien hecho está”. Tras lo cual volvió a ponerse las ropas de hombre que le hicieran cambiarse por las de su sexo.

¿Qué había ocurrido después de la abjuración, cuando en contra de las promesas de trasladarla a una “prisión de iglesia” y hacerla vigilar por una mujer la llevaban de nuevo a su calabozo? Nos lo dirán los siguientes testimonios:

Juana me reveló que luego de su abjuración la habían atormentado violentamente en la cárcel, molestándola y golpeándola, y que un milord inglés trató de forzarla. Decía ella en público y me manifestó a mí que tal era la causa por que había vuelto a vestir de hombre¹⁸⁵ .

En mi presencia preguntaron a Juana por qué había retomado el traje masculino y contestó que lo hiciera para defender su pudor, pues que vestida de mujer no estaba segura con sus guardianes, que habían querido

atentar contra su honra ¹⁸⁶ .

Otros varios y yo nos encontramos presentes cuando ella se excusaba por haber mudado vestimenta, diciendo y afirmando públicamente que los ingleses le habían inferido en la cárcel muchos ultrajes y violencias mientras vistió de mujer. A la verdad, la vi desconsolada, llorando, desfigurada y ultrajada de tal suerte, que sentí piedad y compasión por ella ¹⁸⁷ .

Juana, prisionera de los ingleses,apuró hasta la postrera gota el cáliz de la amargura y descendió hasta el fondo del abismo de las humanas miserias. Todos sus padecimientos se resumen en estas palabras suyas a los jueces: "Prefiero morir antes que soportar más tiempo las penas de la cárcel" ¹⁸⁸ .

Y en esas horas que para ella son terribles, allá, en los castillos del Loira, al son lánguido de violas y rabeles se entrega Carlos 7º a los placeres de la danza, a cuantos disfrutes la voluptuosidad o- frece. En medio de las fiestas olvida a la que le ha dado su corona...

En presencia de semejantes hechos nos entristecemos y turbamos, dudando de la justicia eterna. Como el grito de angustia de Juana, así se eleva hacia los inmensos cielos nuestro lamento doloroso. Pero sólo un lúgubre silencio responde a nuestra llamada. Sin embargo, descendamos a los hondones de nosotros mismos y sondemos el gran misterio del dolor. ¿Acaso no es éste necesario para la belleza de las almas y la armonía del Universo? ¿Qué sería el bien sin el mal, que le sirve de contraste y hace resaltar todo su brillo? ¿Apreciaríamos los beneficios de la luz si no hubiésemos padecido las tinieblas? Sí, la Tierra es el calvario de los justos, pero constituye también la escuela del heroísmo, la virtud y el genio; es vestíbulo de los mundos dichosos donde toda pena sufrida y cada sacrificio hecho nos preparan compensadoras alegrías. Las almas se purifican y hermocean mediante el sufrimiento, toda felicidad se conquista por el dolor y la más rica porción toca a aquellos a quienes se inmola. En la Tierra sufren todos los corazones puros: el amor no deja de acarrear lágrimas, en el fondo de las saciedades humanas no hay sino vacío y amargura y hasta en nuestros ensueños más hermosos se deslizan espectros.

Pero en este mundo todo es pasajero, el mal sólo dura algún tiempo, y más alto, en las esferas superiores se despliega el reino de la justicia, que es de eterna duración. La confianza de los creyentes, la consagración de los héroes y las esperanzas de los mártires no constituyen vanas quimeras. La Tierra es una gradería para ascender al cielo.

¡Sírvanos de ejemplos esas almas sublimes e irradie su fe sobre nosotros a través de los siglos! Expulsemos del corazón las tristezas y

vanos desalientos. Sepamos extraer de las pruebas y males que experimentamos todo el fruto que nos ofrecen para nuestra elevación, y hacernos dignos de renacer en mundos más bellos, en esos donde no hay ya odio, injusticia ni dureza de corazón, sino que se desarrollan las existencias en una armonía cada vez más penetrante y una luz que de continuo aumenta.

Luego de haberse retractado declararon a Juana relapsa, herética y cismática, condenada sin remisión. Ya no le restaba sino morir ¡y por el fuego! Tal fue la sentencia de sus jueces...

Dichos jueces, creyentes del siglo 15, no quisieron reconocer la misión que Juana de Arco había traído. En cambio, preferían creer en las manifestaciones antiguas de que hablan las Escrituras, se complacían en transportar su pensamiento hacia aquellas épocas en que los misioneros, los enviados de lo Alto habían descendido a la Tierra para confundirse con los hombres. Preferían creer en un Dios al que suponían inmóvil en lo profundo de los cielos y al cual prodigaban a diario estériles alabanzas. Pero para el Dios que vive, obra y se manifiesta en el mundo, con toda la espontaneidad, juventud y frescura de la vida, para los Espíritus elevados que estaban ahí, delante de ellos, esparciendo sobre sus misioneros el soplo de poderosa inspiración, para éstos –digo- no tuvieron sino odio, insultos e ignominia...

Los jueces de Ruán y los doctores de la Universidad de París declararon a Juana inspirada por el infierno. ¿Por qué? Pues, debido a que los defensores, los representantes de la letra, de la fórmula, de la rutina sólo poseen un saber epidérmico, una sabiduría que deseca el corazón, priva a la mente de alimento y en ciertos casos puede llevar hasta la injusticia y aun el crimen.

Por eso en toda época los hombres de la letra han sido sin saberlo los verdugos del ideal y de lo divino. De ahí que bajo la rueda de hierro del despotismo se haya triturado lo que de más bello, grande y generoso existe en este mundo. Y los resultados, que no se han hecho esperar, fueron tremendos para la Iglesia. Tal lo que nos asevera Henri Martin¹⁸⁹

Al condenar a Juana, la doctrina del medioevo, la de Inocencio 3º y de la Inquisición pronunció su propia condena. Primero había quemado a sectarios, luego a disidentes que enseñaban una moral cristiana pura, y ahora acaba de quemar a un profeta, a un Mesías....El Espíritu se ha retirado de ella. En adelante, los progresos de la humanidad y las manifestaciones del gobierno de la Providencia en la Tierra se producirán fuera de ella y en su contra.

Sí, el linaje humano adelantó, ha habido progresos en el mundo. Ya no

se puede hacer que los enviados de Dios perezcan en la cruz o la hoguera. Los calabozos y cámaras de tormento se han cerrado, desapareciendo los patíbulos. Sin embargo, otras armas se levantan aún contra los innovadores, contra los voceros de la idea nueva: son la burla, el sarcasmo, la calumnia; es la lucha sorda e incesante.

Pero, si las temibles instituciones de la Edad Media, si todo el instrumental de suplicios y los cadalsos y hogueras no han podido detener la marcha de la verdad, ¿cómo va a ser posible que la detengan? Ha sonado la hora en que el hombre no admite ya, en el dominio del pensamiento, otra autoridad que la de su conciencia y razón. Por eso tenemos que permanecer fieles a nuestro derecho imprescriptible de discernir y comprender.

Se acerca, ha llegado el día en que todos los errores del pasado van a comparecer a plena luz ante el tribunal de la historia. Ya las palabras y acciones de los grandes misioneros, mártires y profetas se reconsideran y explican, luciendo con nuevo brillo a los ojos de todos. Pronto ocurrirá lo mismo con las sociedades e instituciones de antaño, a las que se juzgará a su vez, y sólo conservarán su poder moral y la autoridad si saben dar al hombre mejores medios y recursos para pensar y más libertad para amar, elevarse y evolucionar..

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 12.

RUÁN: EL SUPPLICIO.

Del Cristo, con ardor, Juana besaba la imagen.

Casimir Delavigne.

Estamos a 30 de mayo de 1431. La tragedia llega a su desenlace. Son las ocho de la mañana. Todos los bronces de la gran ciudad normanda doblan lúgubrementemente. Es el tañido fúnebre, el toque de difuntos. Anuncian a Juana que ha llegado su última hora. "¡Ay –exclama llorando-, itan horrible y cruelmente me tratan que haya menester que mi cuerpo intacto y sin mácula, que nunca se corrompió, sea hoy consumido y reducido a cenizas! Preferiría me decapitaran siete veces y no ser quemada de esa manera... ¡Apelo a Dios de los graves ultrajes e injusticias que se me infligen!"¹⁹⁰ .

Dolorosamente la impresiona la idea del suplicio del fuego. Se representa de antemano las llamas que trepan, la muerte aproximándose despacio, la prolongada agonía de un ser vivo que siente las mordeduras ardientes devorar su carne. ¡Tal fin era el de los peores criminales, y Juana,

virgen inocente y libertadora de un pueblo, iba a sufrirlo!

En esto se pone de relieve toda la bajeza de sus enemigos, de aquellos a quienes en tantas ocasiones había derrotado. En vez de rendir a su valor y genio, los homenajes que los soldados civilizados prodigan a sus adversarios cuando la mala suerte hace que caigan en sus manos, los ingleses reservan a Juana, luego de los peores tratamientos, una muerte ignominiosa. Consumido habrá de ser su cuerpo y al Sena arrojarán las cenizas. Así pues, no tendrá tumba adonde los que la amaron puedan ir a llorar, depositar flores y practicar el emotivo culto del recuerdo.

Ya sube a la siniestra carreta y se encamina hacia el lugar del suplicio. Ochocientos soldados ingleses la escoltan. Una muchedumbre consternada se apretuja a su paso. Por la calle Ecuýère desemboca el cortejo en la plaza del Vieux-Marché. Ahí se levantan tres cadalsos. Los prelados y funcionarios se ubican sobre dos estrados. En su trono, el cardenal de Winchester, que viste la púrpura romana. Y luego los obispos de Beauvais y Boulogne, además de todos los jueces y capitanes ingleses. Entre los estrados se alza la pira, que por lo alta infunde terror: se trata de un gran montón de leña que domina toda la plaza. Pues quieren que la tortura se prolongue, y que la Virgen, vencida por el dolor, implore gracia a voz en cuello, y reniegue de su misión y de sus voces.

Se da lectura al acta de acusación, que consta de setenta artículos y en la cual han acumulado cuanto pudo imaginar el más ponzoñoso de los odios para desnaturalizar los hechos, engañar a la opinión y hacer de la víctima un objeto de horror.

Juana se postra de hinojos. En ese momento solemne, ante la muerte que se avecina, su alma se desprende de las sombras terrenales y entrevé los esplendores eternos.

Ahora está orando en voz alta. Larga y fervorosa es su plegaria. Perdona a todos, a sus enemigos y verdugos. En el sublime impulso de su mente y corazón reúne a ambos pueblos, abraza a los dos reinos. A sus acentos la multitud se conmueve, y diez mil personas que hay allí prorrumpen en sollozos. Los jueces mismos –tigres de faz humana-: Cauchon, Winchester, todos lloran. Pero es fugaz su emoción. Mirad al cardenal, cómo hace una seña y acto continuo sujetan a Juana al poste fatal mediante ligaduras de hierro. Pesada argolla le colocan en el cuello.

Entonces se dirige a Isambard de la Pierre para decirle: “Os ruego vayáis a buscarme la cruz de la iglesia vecina, a fin de tenerla levantada ante mis ojos hasta el paso de la muerte”¹⁹¹. Y así que se la traen, llorando la cubre de besos.

Cuando va a perecer de muerte horrible, abandonada por todos, quiere tener presente ante ella la imagen de aquel otro supliciado que allá lejos, en una áspera cima de Oriente, ofrendó su vida como sanción de la verdad.

En esa hora solemne revé su existencia, corta pero deslumbradora. Evoca el recuerdo de todos aquellos a quienes amó, los días apacibles de su niñez en Domremy, el suave perfil de la madre, la fisonomía grave de su anciano progenitor y las compañeras de su infancia: Hauviette y Mengette; su tío Durand Laxart, acompañándola a Vaucouleurs; luego, los hombres adictos que integraron su cortejo hasta Chinón. En rápida vista se suceden las campiñas del Loira, los gloriosos combates de Orleáns, Jargeau y Patay; las charangas guerreras y los gritos alegres de la muchedumbre delirante.

Revive y oye todo eso en su hora postrimera. Como en supremo abrazo quiso dar el último adiós a todas aquellas cosas y a sus seres amados. Y puesto que ninguno de ellos se encontraba ahí, resumió la totalidad de sus recuerdos y ternuras en la imagen del Cristo moribundo. A Él expresó su adiós a la vida, en los postreros impulsos de su corazón quebrantado.

Ya los verdugos prenden fuego a la pira, ya trepan por el aire remolinos de humo. Las llamas se alzan, corren y culebrean por entre las pilas de leña. El obispo de Beauvais se acerca y desde el pie de la hoguera le grita: " ¡Abjura!" Mas Juana, a la sazón envuelta por un círculo de fuego, le replica: " ¡Obispo, muero a causa de vos, pero apelo a Dios por vuestro juicio!".

La llama roja y ardiente sube y sube hasta lamer su cuerpo virginal. Sus ropas humean. Está retorciéndose entre las ligaduras de hierro. Después, su voz estridente lanza a la silenciosa y terrorificada multitud estas palabras magníficas: " ¡Sí, mis voces venían de lo Alto y no me engañaron! ¡Mis revelaciones eran de Dios; todo lo que hice, hecho fue por orden de Dios!"¹⁹² .

Y su vestido toma fuego, trocándose en una chispa más de la hoguera. Un grito anhelante se escucha, supremo llamamiento de la Mártir de Ruan al Supliciado del Gólgota: " ¡¡Jesús!!"

Tras lo cual no se oyó sino el rumor de las llamas que crepitaban...

¿Sufrió mucho Juana? Ella misma asegura que no. "Poderosos fluidos –nos dice- llovían sobre mí. Por lo demás, tan fuerte era mi voluntad que dominaba al dolor".

¡Ha muerto Juana de Arco! Ved al Espacio entero iluminarse. Ella se eleva por encima de la Tierra, cerniéndose y dejando, en pos de sí fulgente

estela. No es ya ser material sino mero Espíritu, un ente ideal de pureza y luz. Para la Doncella se han abierto los cielos hasta en sus profundidades infinitas. Legiones de Espíritus radiosos avanzan a su encuentro o le hacen cortejo. Y el himno de triunfo, el coro de la bienvenida celestial resuena:

“ ¡Salve! ¡Salve a aquella a quien el martirio aureoló! ¡Salve a ti, que por el sacrificio has conquistado gloria eterna!”

Entró Juana en el seno de Dios, en ese núcleo inagotable de energía, inteligencia y amor, que con sus vibraciones anima al Universo entero. Mucho tiempo permaneció en él sumergida, hasta que un día tornó a salir, más radiante y hermosa, preparada para misiones de otro orden, de que hablaremos después.

Y en recompensa Dios le ha conferido autoridad sobre sus hermanas del Cielo.

Con recogimiento saludemos a esta noble imagen de virgen, a la niña de corazón inmenso que, tras haber salvado a Francia, murió por ella antes de cumplir los veinte años.

Resplandece su vida cual rayo celeste en la terrible noche del medioevo. Vino a traer a los hombres –con su fe poderosa y su confianza en Dios- el valor y la energía necesarios para superar mil obstáculos. Vino a traer a la traicionada y agonizante Francia la salvación y el resurgimiento. Por desdicha, como premio a su abnegación heroica, sólo cosechó amargura; humillación y perfidia, y tuvo por coronamiento de su breve aunque prodigiosa carrera una pasión y muerte tan dolorosas que sólo las de Cristo las igualan.

El padre de Juana, afectado al corazón por la noticia del martirio de su hija, murió súbitamente, y le siguió de a favor la tumba el mayor de sus hijos. En lo que respecta a la madre, sólo se propuso una finalidad en la vida, cual fue la de insistir con empeño porque se revisara el proceso. Con tal objeto efectuó mil diligencias y envió gran número de peticiones en balde, al rey y al papa, durante mucho tiempo.

Cuando en 1449, Carlos 7º hizo su entrada en Ruan, ella concibió alguna esperanza, pero el papa Nicolás 5º, le opuso respuestas evasivas, y el soberano permaneció inmóvil en su ingratitud. Hacia 1455, con Calixto 3º tuvo mejor éxito, porque todo el pueblo de Francia apoyaba sus reclamaciones. La corte se vio forzada atender la voz pública. Habían hecho comprender al monarca que su honor se hallaba inficionado de la herejía que sirviera de pretexto para la muerte de la Heroína. Así que la rehabilitación se puso en acción atendiendo mucho más el interés de la corona de Francia que el respeto a la memoria de Juana.

En todo tiempo ha sido sacrificada a las conveniencias de casta y de partido. Pero millares de almas oscuras y modestas hay que saben amarla por ella misma, desinteresadamente: A través del Espacio ascienden hacia la Heroína los pensamientos de amor de tales almas, y es Juana mucho más sensible a éstos que a las manifestaciones pomposas que en su honor se organizan. Dichos pensamientos constituyen su verdadera alegría y su recompensa más dulce, conforme lo aseveró más de una vez en la intimidad de nuestras reuniones de estudio.

Durante largo tiempo ha sido desconocida e incomprendida, y lo es aún en el presente por muchos de los que la admiran. Pero ha menester reconozcamos que era posible equivocarse. En efecto, quienes la sacrificaron –y había un rey entre ellos-, con el intento de ocultar su crimen a los ojos de la posteridad se ingeniaron para tergiversar el papel que le cupo, en empequeñecer sumisión y tender un velo sobre su memoria. Con tal designio destruyeron el registro de las actas de Poitiers, falsificaron (según Quicherat) ciertos documentos del proceso de Ruan, y los testimonios del de rehabilitación fueron proporcionados cuidando siempre no lastimar altas susceptibilidades.

Se ha dicho en las actas de Ruan que la mañana misma del suplicio, en el último interrogatorio que en la prisión sufrió, sin notarios ni escribanos y anotado por Cauchon, sólo algunos días después, Juana renegó de sus voces. Esto es falso: jamás hizo tal. Por un instante, al cabo de sus fuerzas, se sometió a la Iglesia: únicamente en ello consiste la abjuración de Saint-Ouen.

Por resultado de tales perfidias permaneció tanto tiempo envuelta en sombras la memoria de Juana. A comienzos del siglo 19, no nos quedaba de ella sino borrosa imagen, una leyenda incompleta e infiel. Mas la justicia inmanente de la historia ha querido que la verdad se abriese paso. De las filas del pueblo surgieron trabajadores perseverantes y concienzudos como Michelet, Henri Martin, el senador Fabre, Quicherat sobre todo, director de la École des Chartes, así como sacerdotes. Todos ellos escrutaron los amarillentos pergaminos y registraron las bibliotecas llenas de polvo. Se descubrieron muchos manuscritos ignorados, y tanto en las Ordenanzas reales de aquel tiempo cuanto en las Crónicas de Saint-Denis, como en multitud de archivos depositados en la biblioteca des Chartes, como en las Cuentas de gastos de las buenas ciudades, se tuvo la revelación de hechos que engrandecen aún más a la Heroína. Si bien tardía para ella, la justicia que se le hace es brillante, absoluta y universal.

De ahí que a la Francia moderna toque un gran deber, cual es el de reparar, al menos moralmente, las faltas de la antigua Francia. Por eso la mirada de todos tiene que dirigirse hacia aquella noble y pura imagen,

hacia esa figura radiosa que es la del Ángel de la patria. Ha menester que todos los niños franceses fijen en su mente y corazón el recuerdo de aquella que el cielo nos envió en la hora de los desastres y la ruina. Precisa que a lo largo de los tiempos se rinda eterno homenaje a ese Espíritu valeroso que amó a Francia, hasta el punto de fenecer por ella tras haber perdonado, ya en la misma hoguera, todos los abandonos y perfidias de que había sido víctima; a la que se ofrendó en holocausto por la salvación de un pueblo.

El sacrificio de Juana tuvo proyecciones inmensas. En política –según lo estableceremos en la segunda parte de esta obra- logró la unidad de Francia. Antes de ella no existía sino un país dislocado y desgarrado por facciones, y después de su advenimiento hubo una Francia. Se entregó resuelta a la hoguera, y al desprenderse su alma, surgió de ahí la unidad nacional.

Toda obra de salvación se lleva a cabo mediante el sacrificio. Cuanto mayor sea éste, tanto más imponente y magnífica resultará la obra. Y no hay misión redentora que no concluya y se corone con el martirio: tal la gran ley de la historia. Por eso aconteció con Juana lo que con Cristo, y de ahí que la vida de la Doncella ostente el sello divino. Soberano Artífice, Dios se revela en ellos con rasgos incontestables y sublimes.

El sacrificio de Juana tiene un alcance más amplio todavía, pues seguirá siendo enseñanza y ejemplo para las generaciones y siglos por venir. Dios se propone una finalidad al reservar semejantes lecciones al género humano. Hacia esas excelsas imágenes de mártires se dirigirán los pensamientos de todos los que sufren, de cuantos se doblegan bajo el fardo de las pruebas. Dichos mártires son otros tantos focos de energía y belleza moral a los que acudirán a calentarse las almas heladas por el frío de la adversidad. Proyectan a lo largo de las centurias un reguero de luz, como una estela que nos atrae y arrastra hacia las regiones radiosas. Tales almas han pasado por la Tierra para hacernos presentir el otro mundo. Su muerte creó la vida y su recuerdo reconforta a millares de seres atribulados y desfallecientes.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

Segunda Parte.

LAS MISIONES DE JUANA DE ARCO.

CAPÍTULO 13.

JUANA DE ARCO Y LA IDEA DE PATRIA.

Gloria a nuestra Francia inmortal!
¡Gloria a los que han muerto por ella;
a los valientes, mártires y fuertes!
Víctor Hugo.

En la primera parte de esta obra hemos recordado los hechos principales de la vida de Juana de Arco, tratando de explicarlos con ayuda de los datos que las ciencias psíquicas nos proporcionan. Dijimos de los triunfos y sufrimientos de la Heroína y conmemoramos su martirio, que es como el coronamiento de su carrera sublime.

Réstanos indagar y poner de relieve las consecuencias de la misión de Juana de Arco en el siglo 15. Desde este punto de vista plantearemos en primer término la pregunta siguiente: ¿Qué debe Francia a Juana?

Ante todo, y conforme sabemos ya, le debe la existencia, el constituir una nación, una patria. Hasta entonces la idea de patria es algo vaga, confusa, poco menos que desconocida. Las ciudades se envidian mutuamente, las provincias luchan entre sí. No hay unión alguna ni el menor sentimiento de solidaridad que ligue a las diversas regiones del país. Los grandes feudos se reparten Francia y cada señor principal trata de liberarse de toda autoridad. Cuando Juana aparece, los Estados de Borgoña, Picardía y Flandes son aliados de los ingleses. Bretaña y Saboya permanecen neutrales y Guyena está en manos del enemigo. Juana es la primera que evoca en las almas la santa imagen de la patria común, de la patria desgarrada, mutilada y falleciente.

Se nos objetará que la palabra patria era poco empleada en ese tiempo. Pero, a falta del vocablo, Juana nos dio la cosa¹⁹³. Y esto es lo que hay que retener.

En el corazón de una mujer brotó la noción de patria, su amor y sacrificio la generaron.

En medio de la tempestad que se desplomaba sobre ella, a través de los sombríos nubarrones de duelo y de miseria que la envolvían, Francia vio pasar aquella imagen radiosa y quedó como deslumbrada ante su aparición. Incluso no comprendió, no sintió toda la amplitud del socorro que el cielo le enviaba. Sin embargo, pese a ello, el sacrificio de Juana comunicó a Francia poderes desconocidos hasta ahí. Antes que cualquier otra se convirtió en una nación, y de entonces acá, ni las vicisitudes ni las tormentas sociales, - como tampoco desastres sin par, han podido destruir su unidad nacional, que la sangre de la Heroína selló.

No ignoramos que la idea de patria sufre en nuestra época como un eclipse o decadencia. De algunos años a esta parte se la critica violentamente en Francia, donde hasta la combaten. Una clase entera de escritores y pensadores se han aplicado a hacer resaltar sus abusos y excesos, a devastar en las almas su principio y culto.

Ante todo, en el debate entablado convendría definir y precisar bien la idea de patria. Bajo dos aspectos se presenta a la mente. Abstracta en determinados Espíritus, constituyendo en tal caso una persona moral que representa la adquisición de los siglos, el genio de un pueblo en la totalidad de sus facetas y manifestaciones, a saber, literatura, arte, tradiciones, la suma de sus esfuerzos en el tiempo y el espacio, sus glorias y reveses, sus grandes recuerdos; en resumen, es toda la obra de paciencia, sufrimiento y belleza que al nacer heredamos y en la cual vibra y palpita aún el alma de las generaciones que pasaron. En cambio, para otros la patria es una cosa concreta, vale decir la expresión geográfica, el territorio, con sus fronteras establecidas.

Más para que sea en verdad bella y completa, la idea de patria deberá abarcar ambas formas y fundirlas en una síntesis superior. Considerada en uno solo de tales aspectos no constituiría otra cosa que un gesto pomposo o bien una abstracción ideal, imprecisa y vaga.

También aquí se nos muestra la idea en dos formas: espíritu y letra. Según el punto de vista que se adopte, unos buscarán la grandeza moral e intelectual de su patria, al paso que otros se fijarán sobre todo en su poder material, y para ellos la bandera constituirá el símbolo de dicho poder. En todos los casos –hay que reconocerlo–, para sobrevivir y hacer que irradie por el mundo el resplandor creciente de su genio, toda patria debe guardar su independencia y libertad.

Dentro de la inmensa obra de desarrollo y evolución de las razas humanas, da a cada nación su nota en el concierto general, cada pueblo representa una de las fases del genio universal y está destinado a manifestar y embellecer este genio, mediante su penoso trabajo a lo largo de las edades. Todas las formas de la obra humana, la totalidad de los elementos de acción resultan necesarios para el evolucionar del planeta. La idea de patria, al encarnarlos y concretarlos, despierta entre tales elementos un principio de emulación y competencia que les estimula, fecunda y eleva a su potencia suprema. El agrupamiento de todas esas formas de actividad creará en lo por venir la síntesis ideal que habrá de constituir el genio planetario, el apogeo de las grandes razas de la Tierra.

Pero, a la hora actual, en la fase de evolución humana que recorreremos, las competiciones y luchas que la idea de patria provoca entre

los hombres tienen aún su razón de existir. A no ser por ellas, el genio propio de cada raza tendería a tornarse insípido, a empequeñecerse en la libre posesión y el bienestar de una vida exenta de golpes y peligros. En la época de Juana de Arco tal necesidad era más imperiosa todavía. Hoy, en cambio, el Espíritu humano, más evolucionado, tiene que dedicarse a dar formas cada vez más bellas y puras a tales luchas y competiciones, debe despojarlas de todo carácter de salvajismo, y extraer de ellas cuantas ventajas contribuyan a incrementar el patrimonio común de la humanidad. Adquirirán así el aspecto de tareas cada vez más nobles y fecundas, por medio de las cuales se construirá el mañana. El pensamiento y la forma encontrarán en ella su expresión, que de continuo aumentará en sublimidad y magnificencia.

Así habrá de surgir un día, tras lenta, confusa y dolorosa incubación, el alma de las patrias excelsas. Y al fusionarse darán por resultado una civilización de la que es sólo grosero esbozo la de nuestro tiempo.

Las crueles luchas del pasado se habrán sustituido por las lideres más altas de la inteligencia, en su aplicación a la conquista de las fuerzas y al realizarse de lo Bello en el arte y el pensamiento, a la producción de obras en las cuales el esplendor de la forma se sumará a la profundidad de la idea. Ello hará más intensos la cultura de las almas y el despertar del sentimiento, más veloz el ponerse todos en camino hacia las cumbres donde la Belleza eterna y perfecta se enseñoorea.

Entonces la Tierra vibrará en un mismo pensamiento y vivirá idéntica existencia. En modo confuso el género humano se busca ya a sí mismo, el pensamiento busca al pensamiento en medio de la noche, y por sobre los ferrocarriles, y las grandes sábanas líquidas los pueblos se llaman unos a otros, tendiéndose los brazos. Cercano está el instante en que se abrazarán. Por medio de los esfuerzos conjugados comenzará la obra titánica que ha de preparar la morada humana para una vida más amplia y dichosa.

El Espiritualismo Moderno cooperará con eficacia al acercamiento de los Espíritus, poniendo término al antagonismo de las religiones y dando por base a la creencia, no la doctrina y la revelación dogmática, sino, por el contrario, la ciencia experimental y la comunicación con los Espíritus desencarnados. En todos los ámbitos del planeta se encienden desde ya sus focos y la irradiación de éstos se extenderá progresivamente hasta que los hombres de todas las razas se hallen unidos en una misma concepción de su destino en la Tierra y en el Más Allá.

En un congreso que se llevó a cabo en París, en setiembre de 1925, fundaron los delegados de veinticuatro naciones la Federación Espirita

Internacional, que en la actualidad se extiende hasta los confines del mundo y constituye una fuerza regeneradora, cuyo influjo se hace ya sentir en el dominio del pensamiento y de la ciencia.

Volvamos a Juana de Arco. Ciertos escritores estiman que su intervención en la historia ha sido más bien importuna para Francia¹⁹⁴, y que la unión de ambos países bajo la corona de Inglaterra hubiera integrado una nación poderosa, preponderante en Europa y llamada a los más altos destinos^{195 196}.

Hablar así es desconocer el carácter y aptitudes de los dos pueblos, que de todo punto son desemejantes y a los que ningún suceso ni conquista alguna hubiera logrado fusionar por entero en aquellas circunstancias. El carácter inglés pone de relieve cualidades eminentes que nos hemos complacido en reconocer¹⁹⁷, pero lleva impreso un egoísmo que en ocasiones ha llegado a la crueldad. Ante ningún medio retrocedió Inglaterra cuando se trataba de la realización de sus miras. El francés, por el contrario, pese a sus muchos defectos tiene un sentimiento de generosidad casi caballeresco. Y en lo que respecta a las aptitudes de unos y otros, no ofrecen menos diversidad. El genio de Inglaterra es esencialmente marítimo, comercial y colonizador. El de Francia, por su parte, se orienta más bien hacia los vastos dominios del pensamiento. Los destinos de las dos naciones, así como su papel en la armonía del conjunto, son diferentes. Para andar por sus rumbos naturales y mantener la plenitud de su genio propio, cada una de ellas debía, ante todo, conservar su libertad de acción, poner a salvo su independencia. Juntos bajo un dominio común, esos dos aspectos del carácter humano hubieran estado en oposición, se habrían estorbado en sus respectivos desarrollos. De ahí que en el siglo 15, al hallarse amenazado el genio de Francia, Juana de Arco llegara a ser en el tablero de ajedrez de la historia el campeón de Dios contra Inglaterra.

Importante papel militar, ha desempeñado la Doncella de Orleáns. Ahora Bien, en nuestros días la institución de las armas está cayendo en descrédito. Algunos pensadores, la mayoría de ellos animados por las más laudables intenciones, en nombre del pacifismo hacen en Francia una campaña vigorosa contra todo lo que recuerde el espíritu bélico del ayer y las luchas entre naciones.

Bien es verdad que la idea de patria ha producido indiscutibles abusos: tal la condición de todas las cosas humanas; pero no por ello deja de constituir un derecho y un deber de todo pueblo el recordar sus glorias y enorgullecerse de sus héroes.

Dicen que los ejércitos representan un mal, pero ¿no se trata acaso de

un mal necesario? La paz universal es un bello ensueño y la solución de todas las disputas internacionales mediante el arbitraje fuera cosa deseable en alto grado. Falta saber si una paz asegurada y que se prolongase no traería consigo males de otro orden ¹⁹⁸ .

Para ver claro en esta cuestión habría que elevarse un poco por sobre los horizontes de la vida actual y abarcar la vasta perspectiva de los tiempos asignados a la evolución de las almas humanas. Ya se sabe que la existencia presente no constituye sino un punto en la inmensidad de nuestros destinos. Por tanto, nada que con ella se relacione podrá comprenderse ni juzgarse razonablemente si se deja aparte lo que la precede y lo que la sigue.

¿Qué fines reales perseguimos en nuestras múltiples vidas, a lo largo de la serie de existencias que así en la Tierra como en otros mundos vivimos? El objetivo del alma en su carrera –según lo demostramos ya ¹⁹⁹ – es la conquista del mañana, la elaboración de su destino por medio del esfuerzo persistente. Ahora bien, la paz indefinida en mundos inferiores y en el seno de sociedades poco evolucionadas aún –como las nuestras lo son- propicia el desarrollo de la molice y sensualidad, venenos del alma ambas. La búsqueda exclusiva del bienestar, la sed de riquezas y de comodidad que caracterizan a nuestra época son causa de debilitamiento de la voluntad y la conciencia, aniquilando en nosotros todo vigor varonil, y privándonos por completo de fuerza y poder de resistencia en las horas adversas.

La lucha, al contrario, desarrolla tesoros de energía que se acumulan en los hondones del alma y concluyen por formar parte de la conciencia. Tras haber orientado durante mucho tiempo tales fuerzas hacia el mal, en nuestros estadios evolutivos inferiores, de resultas de la ascensión y progreso del Ser, se truecan poco a poco en energías encaminadas al bien. Porque es propio de la evolución transmutar los poderes negativos del alma en fuerzas bienhechoras. Tal la divina y suprema alquimia. . .

Las amenazas extranjeras pueden resultar tan saludables para los pueblos en vías de evolución como para los individuos, ya que producen la unión interna de un país. En las luchas que se traban, los mismos reveses son más útiles que los triunfos; la desgracia aproxima las almas y prepara su fusión. Es cierto que las derrotas constituyen golpes para la nación, pero, a la manera del martillo del escultor, la tornan más bella, ya que cada golpe repercute en el fondo de los corazones, despertando en ellos emociones y haciendo surgir virtudes ocultas. Asimismo, en el resistir a la adversidad se templan y fortalecen los caracteres.

En la grandiosa evolución del Ser la cualidad esencial es el valor. Sin

él ¿cómo pudiera superar los obstáculos innúmeros que en su camino encuentra? Por eso en los mundos inferiores, que son moradas y escuelas de las almas nuevas, la lucha constituye ley general de la Naturaleza y de las sociedades, puesto que en el batallar adquiere el Ser las energías necesarias –más aún, indispensables- para describir más tarde su inmensa trayectoria a través del tiempo y el espacio.

¿Por ventura no lo comprobamos en esta misma vida? El que recibió en su niñez una educación firme y ha sido templado por altos ejemplos o por las pruebas; el que joven aún aprendió la austeridad y el sacrificio, ¿no está mejor preparado para desempeñar una función importante, para realizar una acción profunda? En cambio, en el niño rodeado de atenciones excesivas y acostumbrado a la abundancia, a la satisfacción de sus fantasías y caprichos, las cualidades varoniles se extinguen, aflojándose los resortes del alma. Demasiado bienestar reblandece. Para no retrasarse en el camino hacen falta las necesidades, que agujonean; los peligros, que suscitan el esfuerzo.

En consecuencia, hágase lo que se hiciere, sólo se llegará a asegurar por completo la paz y armonía entre los hombres mediante el fortalecimiento de los caracteres y las conciencias. Nuestra dicha y seguridad perfecta –no lo olvidemos- se hallan en relación directa con nuestra capacidad para el bien. No podemos ser felices sino en la medida de los méritos que tengamos. La guerra, como cuantas calamidades afligen a la humanidad, sólo desaparecerá con la causa de nuestros errores y vicios.

Después de haber escrito las líneas que anteceden en la primera edición de esta obra, la apisonadora de la Gran Guerra²⁰⁰ ha pasado sobre nosotros y a punto estuvo de aplastarnos. Cuando se piensa en los estragos de esta conflagración, los millones de vidas humanas sacrificadas, los incontables sufrimientos que consigo trajo y que seguirá ocasionando por mucho tiempo aún; cuando se piensa en todo esto –repito-, el idealismo atribuido a las luchas armadas, el prestigio asignado a las virtudes heroicas se esfuma y debilita. Un velo de tristeza y luto se ha extendido sobre Francia, y la misma Juana deplora los males que hemos debido sufrir. He aquí lo que al respecto nos dictaba hace poco:.

Hay que atenuar todo lo que provoca el choque brutal entre los pueblos. Fusione a los Seres el amor a Dios, a la patria y al prójimo, y facilite la espiritualidad esta unión. De las pasiones ha nacido la guerra: desaparezcan, pues, las pasiones del mal, y acerque a los corazones el culto del amor. Quiero ver respetada y honrada a mi dulce Francia, que tanto amo. Sustituida será la guerra salvaje por una obra fraterna de conciliación de las diversas creencias humanas. Bien es verdad que el

acercamiento de los pueblos no se ha de producir sin choques, porque ha menester quebrar las pasiones; pero, instituyendo la justicia se preparará el florecimiento del amor superior.

Después de la guerra, con la fundación de la Sociedad de Naciones, han afirmado los pueblos su voluntad de entenderse y unirse para poner término a los conflictos sangrientos, a las luchas homicidas que de tiempo en tiempo desgarran al linaje humano. Ya esa institución ha resuelto gran número de problemas y solucionado graves y complejos litigios. Su autoridad aumenta poco a poco. ¿Llegará a poner en efecto las miras de Juana, convirtiéndose en árbitro de la pacificación mundial? Sólo el porvenir puede decírnoslo ²⁰¹. Pero pase lo que pase, si es cierto que en el futuro se podrá considerar como un crimen a la guerra ofensiva, no lo es menos que la defensa de la patria en las horas de invasión sigue constituyendo un sagrado deber...

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 14.

JUANA DE ARCO Y LA IDEA DE HUMANIDAD.

Jamás he matado a nadie.

Juana.

No pretenderemos que Juana de Arco haya sido la primera en traernos la noción de humanidad. Mucho antes que ella y en todo tiempo el llanto de los que sufren ha despertado en las almas sensibles un sentimiento de piedad, de compasión, de solidaridad. Pero en el curso de la Guerra de los Cien Años tales cualidades se habían hecho sobremanera raras, y en especial entre los que a Juana rodeaban, aquellos soldadotes brutales que hicieran de la guerra una empresa de rapiña y bandolerismo. En esa época de hierro y sangre nos hace oír la Virgen loresesa el lenguaje de la misericordia y la bondad.

Sin resquicio a dudas, Juana se arma para la salvación de Francia, pero al pasar la hora de la lucha vuelve a ser la mujer de tierno corazón, el ángel de dulzura y caridad. En todas partes se opone a las masacres y antes de atacar ofrece siempre la paz ²⁰². Frente a Orleáns reitera tres veces su ofrecimiento en tal sentido. Por lo demás, socorre a los heridos, no sólo de su campo sino también ingleses ²⁰³. Conforta a los sin ventura y padece por todo humano sufrir.

En la oscura noche feudal se muestra el siglo 15 más sombrío y siniestro todavía que las otras centurias. Es aquel en que se ve a un rey de Aragón matar a su hijo y a un conde de Gueldre hacer lo mismo con su

padre. Cierta duquesa de Bretaña manda asesinar al hermano, y una condesa de Foix, a su hermana. A través de la sangrienta nube que se eleva, Juana se nos aparece cual visión de lo Alto. El verla nos descansa y consuela del espectáculo de los asesinatos. ¿No pronunció acaso estas suaves palabras: "Jamás vi manar sangre de franceses sin que se me erizaran los cabellos"?

204

En la corte de Carlos 7º no se cometían solamente rapiñas y latrocinios de toda laya sino que eran asimismo frecuentes los crímenes. El sire de Giac, primer chambelán y más tarde favorito del rey, había dado muerte a su mujer, Jeanne de Naillac, para contraer matrimonio con la rica condesa de Tonnerre, Catherine de l'Isle-Bouchard. Y a él le ahogan a instigación del condestable de Richemont –para cuya política constituye un estorbo- y de La Trémoille, que codicia a su esposa tras haber maltratado a la suya propia, con tal rigor, que de resultas de ello murió. Otro favorito de Carlos 7º, Le Camus de Beaulieu, es asesinado en presencia de aquel príncipe. El conde d'Armagnac arranca al mariscal de Séverac, a quien ha secuestrado, un testamento a su favor, y acto continuo le hace dar muerte

205

En ese ambiente monstruoso es llamada a intervenir la muchacha de Lorena. Por eso resultará más penosa su tarea, puesto que su sensibilidad ha de multiplicar para ella los motivos de sufrimiento. Ciertos escritores han querido ver en Juana de Arco una especie de marimacho, de virgen guerrera exaltada por la afición a los combates. Nada más fácil: las palabras y actos de la Heroína desmienten tal opinión. Claro está que sabe arrostrar el peligro y exponerse a los golpes del enemigo, pero hasta en los campamentos o en el choque de las batallas, conservó siempre la dulzura y modestia inherentes a la mujer. Habitualmente es buena y pacífica, nunca ataca los ingleses sin invitarles previamente a que se alejen. Y cuando éstos se retiran sin oponer batalla, como ante Orleáns, el 8 de mayo, o ceden al empuje de los franceses, ordena Juana que no se les persiga: "Dejad que se vayan, no les matéis, que con su retirada me basta".

En los interrogatorios de Ruán le preguntan: "¿Queríais más a vuestro estandarte o a vuestra espada?" Y ella responde: "Quería mucho más, hasta cuarenta veces más, a mi estandarte que a mi espada. Jamás he matado a nadie" ²⁰⁶ .

Para preservarse de los arrebatos de la lucha empuñaba siempre su bandera, porque "no quiero servirme de mi espada" – expresaba. En ocasiones se lanzaban a lo más reñido de la pelea, con riesgo de que la mataran o tomaran prisionera. En tales momentos –dicen sus camaradas de armas no era ya la misma. Pero tan pronto como había pasado el peligro recobraba su dulzura y sencillez ²⁰⁷ . "Cuando se sintió herida –manifiesta el

texto- tuvo miedo y lloró. Luego de algún tiempo dijo: "Estoy consolada". Sus temores y lágrimas la hacen más conmovedora aún a nuestros ojos y otorgan a su carácter ese encanto, esa enigmática fuerza que constituye uno de los atractivos más poderosos de su sexo.

Conforme dijimos, era de corazón sensible, por cuyo motivo las injurias de sus enemigos la afectaban profundamente. "Cuando los ingleses la llamaban ribalda –declara un testigo- se deshacía en llanto". Luego, en la plegaria que elevaba a Dios purificaba su alma de todo resentimiento, y perdonaba.

En el cerco de Orleáns uno de los principales jefes, Glasdale, la abrumaba con improperios en cuanto la divisaba. Hallándose éste en el fuerte de las Torrecillas el día del ataque, comenzó a vociferar contra ella desde lo alto del baluarte. Al poco rato, cuando el fuerte se tomó por asalto, ese capitán cayó completamente armado en el Loira, ahogándose. "Juana –agrega el mismo testigo-, movida de piedad, echó a llorar fuertemente por el alma de Glasdale y de los demás que en gran número se habían allí ahogado"²⁰⁸ .

Por tanto, Juana de Arco no es sólo la virgen de los combates. No bien la lucha ha cesado, reaparece en ella el ángel de la misericordia. Cuando niña la vimos socorrer a menesterosos y cuidar enfermos. Transformada luego en jefe de ejército, sabrá encender el coraje en sus hombres en la hora del peligro, pero tan pronto como la batalla concluye se enternece ante el infortunio de los vencidos, esforzándose por suavizar para ellos los males de la guerra. Opuestamente a las costumbres de la época, en la medida en que el interés superior de Francia lo permite, y arriesgando su existencia defenderá a los prisioneros y heridos a los cuales se quiere asesinar.

Incluso probará todo lo posible con tal de hacer a los moribundos menos cruel la muerte.

En la Edad Media se acostumbraba

.....Pasar a cuchillo a los vencidos. Personas de humilde y mediana condición –dice el coronel Biottot²⁰⁹ – eran masacradas, y tal cual vez ocurría lo propio con los grandes. Pero Juana se interpone, pues que el estado social no constituye crimen, ni en los humildes ni en los poderosos. Desea que se perdone la vida a todos si han depuesto las armas. En Jargeau le cuesta mucho arrancar de la muerte al conde Suffolk, que dirigía la fortaleza tras haber comandado el sitio de Orleáns.

Cuando los ingleses la tenían en su poder y hacían instruir su proceso debieran haber tomado en cuenta estos actos generosos de la Doncella. Sin

embargo, ni una voz se alzó ante los jueces de Ruán para recordarlo. Sus enemigos sólo pensaban en saciar el bajo resentimiento que les animaba.

Con todo, hay que reconocerlo, mucho antes de que se pronunciara la expresión aplicó Juana el derecho de gentes. Se anticipa así a los innovadores, que invitarán al mundo a la práctica de la igualdad y fraternidad entre individuos y naciones y evocarán en los tiempos venideros los principios de orden, equidad y armonía social llamados a regir a una humanidad realmente civilizada. También desde este punto de vista, la muchacha lorenese prepara las bases de un porvenir mejor y un mundo nuevo.

Según puede verse, supo Juana establecer una justa medida en todas las cosas. En aquella alma tan equilibrada el amor a su tierra supera a todos los otros, pero tal sentimiento no es exclusivo, y su piedad y su conmiseración despiertan a la vista de todo humano padecer.

Demasiado han abusado en nuestra época de la palabra humanidad, y por vana y vulgar sensiblería hemos visto más de una vez a pensadores y escritores que hacen caso omiso de los intereses y derechos de Francia, en beneficio de vagas idealizaciones o de concepciones ambiguas. No podremos comprender jamás que se pueda amar a negros, amarillos o rojos –a quienes jamás hemos visto- más que a nuestros parientes, a la propia familia, madre o hermanos. Y Francia es asimismo nuestra madre. Claro está que es menester seamos buenos y humanos con todos. A pesar de ello, en muchos casos sólo hay en esto un sofisma del cual se abusa. Si fuéramos hasta el fondo de las cosas echaríamos de ver simplemente que algunos de esos grandes humanitarios, forjándose con sus teorías deberes ficticios, que saben bien que nunca han de cumplir, tratan de eludir otros imperiosos e inmediatos hacia aquellos que les rodean y para con Francia, que es su país.

Muchos otros, incurriendo en el exceso opuesto, detestan todo lo extranjero y alimentan ciego rencor hacia los pueblos que se han vuelto contra nosotros. Pero las derrotas sufridas no deben hacernos injustos ni impedirnos el reconocer las cualidades y bravuras de las demás naciones. A la pregunta de “¿odia Dios a los ingleses?” – replica Juana: “Del odio de Dios sobre los ingleses nada sé, pero quiere Él que dejen Francia y regresen a su casa”²¹⁰ .

De manera que, a ejemplo de la Heroína, seamos equitativos y no aborrezcamos a nuestros enemigos. Sepamos honrar el mérito hasta en un adversario. Defendamos nuestros derechos y patrimonio cuando sea necesario, -mas no provoquemos a nadie.

Desde este punto de vista la Doncella lorenese nos da, más que una

lección de patriotismo, una lección viviente de humanidad. Cuando se arma lo hace mucho más en nombre de la ley de amor que en el de la ley de lucha, mucho menos para atacar que para defender y salvar. Incluso teniendo puesta la armadura se revelan en ella las más hermosas cualidades de la mujer: espíritu de renuncia, ofrenda espontánea y absoluta de sí, profunda compasión hacia todo aquel que sufre, afecto que va hasta el sacrificio por el ser amado, bien sea esposo o hijo, familia o patria; ingeniosidad de su sentido práctico y de sus intuiciones para la defensa de sus intereses; en suma, su consagración hasta la muerte a todo lo que le es caro. En tal aspecto sintetiza y personifica Juana de Arco lo que de más noble, delicado y bello hay en el alma de las mujeres de Francia.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 15.

JUANA DE ARCO Y LA IDEA DE RELIGIÓN.

Amo a Dios con todo mi corazón.

Juana.

Profesa las creencias de la época. “Soy buena cristiana y moriré siendo buena cristiana” – replica a sus jueces y examinadores tantas veces cuantas la interrogan éstos acerca de su fe. Y no podía ser de otro modo. Debía extraer de las convicciones y esperanzas de los hombres de su tiempo los recursos e impulsos necesarios para la salvación de Francia. El Mundo Invisible la asistía, revelándosele con las formas y apariencias familiares de la religión medieval. Por lo demás ¿qué importan las formas? Son variables, cambiantes según los tiempos. Y en lo que respecta al fondo mismo de la idea religiosa, es eterno, porque pertenece a las fuentes divinas.

En sus diversos aspectos la idea religiosa penetra hondamente en toda la historia, toda la vida intelectual y moral del linaje humano. Se extravía y se engaña a menudo, y sus enseñanzas y manifestaciones pueden discutirse, pero se apoya en realidades invisibles de índole permanente, inmutable. Sólo por grados sucesivos las va entreviendo el hombre, en el curso de su lenta y penosa evolución.

No pueden las sociedades humanas prescindir de un ideal religioso. No bien intentan rechazarlo, destruirlo, de inmediato crece el desorden moral y yergue la anarquía su cerviz amenazadora. ¿Acaso no lo estamos viendo en nuestra época? Las leyes terrenas resultan impotentes en lo que hace a refrenar el mal. Para reprimir las pasiones son necesarios la fuerza interior y el sentimiento de las responsabilidades que la noción del Más Allá proporciona. La idea religiosa no puede fenecer, y si un instante se vela es

para resurgir con otras formas, más apropiadas a las necesidades de los tiempos y ambientes.

. . .

Ya hemos dicho que Juana se halla animada de los más altos sentimientos religiosos. Su fe en Dios, que la envió, es absoluta, e ilimitada la confianza que a sus guías invisibles tiene. Observa con fidelidad las prácticas y ritos religiosos de su tiempo, pero al confesar su fe se levanta por encima de toda autoridad establecida en este mundo.

La férvida creencia de la Heroína se inspira directamente en las cosas de lo Alto: sólo de su conciencia depende. En efecto, ¿a quién obedece por sobre todo? No a la Iglesia, sino a las voces que percibe. Entre ella y el cielo no hay intermediarios. Sobre su frente pasó un hálito trayéndole poderosa inspiración, y ésta se enseñoorea de su vida toda, regula la totalidad de sus actos.

Rememoremos la escena de Ruán, cuando el obispo de Beauvais, seguido de siete sacerdotes, penetra en su calabozo para interrogarla:

Juana, ¿queréis someteros a la Iglesia? – En todo me atengo a Dios. A Dios, que siempre me ha inspirado. – He aquí una expresión muy grave. Entre vos y Dios está la Iglesia. ¿Queréis, sí o no, someteros a la Iglesia? – He venido al rey para la salvación de Francia, de parte de Dios y sus santos Espíritus. A aquella Iglesia, la de lo Alto, me someto en cuanto hice y dije. – ¿De modo que os negáis a someteros a la Iglesia y a renegar de vuestras diabólicas visiones? – Sólo a Dios me remito. Y en lo que toca a mis visiones, no acepto el juicio de ningún hombre.

En la rectitud de su razón bien comprende Juana que esta iglesia no es la de Dios. En modo alguno toma parte el poder eterno en las iniquidades humanas. Esto no puede ella demostrarlo por medio de argumentos sutiles y eruditos, mas se da a entender con expresiones breves, claras y brillantes como la chispa que de una lámina de acero brota. Obedecerá a la Iglesia, pero a condición de que sus exigencias concuerden con las voluntades de lo Alto: “Dios, el primero a quien se sirve”.

Lo que ante todo priva en las opiniones religiosas de Juana de Arco es la comunión con el Mundo Invisible –el divino- mediante el pensamiento y los actos. Por ésta se llevan a cabo las grandes cosas y de ahí provienen las intuiciones profundas. Dicha comunión sólo resulta posible en determinadas condiciones de altura moral, y en grado superlativo las reunía Juana. Para lograrlas en quienes la rodeaban apelaba ella a sus sentimientos religiosos, induciéndoles a confesarse y comulgar. Expulsaba del campamento a las prostitutas y marchaba contra el enemigo con plegarias y cánticos. Todo

esto quizá sorprenda en nuestra época escéptica, pero si se ha de decir verdad eran los únicos medios con los que podía obtener la necesaria exaltación en hombres groseros y en aquellos tiempos de fe ciega. Así que cesa ese arrebató moral, no bien hacen su obra las intrigas de cortesanos y envidiosos y vuelven a dominar las costumbres depravadas y malos sentimientos, se asiste al retorno de los fracasos y reveses.

Poco importan a los poderes superiores las formas del culto y el aparato religioso que se emplee: lo que a los hombres se pide es elevación de alma, pureza de sentimientos. Ello puede conseguirse en todas las religiones y hasta fuera y por encima de éstas. Sobradamente lo sabemos nosotros los espiritistas, que en medio de chanzas y dificultades sin cuento marchamos por el mundo proclamando la verdad, sin otro apoyo que el de las Entidades invisibles, el cual nunca nos ha faltado.

Lo que en particular caracteriza a Juana es su confianza, así en el buen éxito como en sus voces y en Dios. En el ardor de la lucha, en las horas indecisas del combate, hace que cuantos la circundan y pelean junto a ella compartan dicho sentimiento. Tanta es su fe en la victoria que se convierte en uno de los elementos esenciales del triunfo definitivo.

E impregnada de tal confianza está su vida entera. Aherrojada, ante sus jueces, cree aún en su liberación final; lo asegura continuamente y con firmeza. Sus voces le han dicho que será liberada "por una gran victoria", pero ésta no era sino una imagen: en realidad se trataba del martirio... No lo entendió así en los primeros momentos, pues durante mucho tiempo contó con el socorro de los hombres. Y hagamos notar que este error era necesario, porque la promesa que sus voces le habían hecho fue su recurso supremo en los dolorosos días del proceso, ya que extraía de aquélla la firme seguridad con que ante el tribunal se presentaba, e inclusive a la hora del sacrificio irá confiada al encuentro de la muerte. Su casi postrimer grito, que se eleva de entre las llamas que devorándola están, constituirá todavía una confirmación de su creencia: " ¡No, mis voces no me engañaron!"

Sólo una duda aflorará a su mente en Melún, en Beaurevoir, en Saint-Ouen de Ruán. ¡Pobre niña! ¿Quién se atrevería a enrostrárselo, a su edad y en tal difícil situación? Hasta el fin se le ocultó el desenlace. ¿Cómo hubiera podido avanzar por su ardua senda si hubiese sabido de antemano todo lo que la esperaba? El hecho de que un velo nos oculte la hora de angustias, la dolorosa prueba que coronará nuestra vida, constituye un bien que lo Alto nos dispensa. ¿No es mejor que las ilusiones vayan deshojándose paulatinamente, y en el fondo del corazón persista la esperanza? En tal caso no será tan hondo el desgarramiento.

Pero a medida que Juana se acerca al término de su carrera, más

claramente se le dibuja la terrible verdad: "Pregunté a mis voces si seré quemada. Me respondieron: 'Confía en Nuestro Señor, que Él te ayudará'". " Sufre todo con paciencia, no te preocupes de tu martirio. Llegarás por fin al Paraíso ²¹¹ .

En las horas siniestras, cuando toda esperanza se desmorona, la idea de Dios es el supremo refugio. Ciertamente que esta idea jamás faltó del pensamiento de Juana; antes por el contrario, se enseñoreó de su existencia toda. Pero en los instantes de agonía ha de penetrarla con más viva intensidad, preservándola de las flaquezas de la desesperación. Desde alturas infinitas descenderá el rayo consolador que ha de iluminar el sombrío calabozo donde viene soportando hace cerca de seis meses mil injurias y males, y a su clara mirada de vidente habrá de mostrarse un rincón del cielo. Las cosas terrenales se velan de tristeza, en su corazón se va borrando la esperanza de ser rescatada, y la ingratitud, la negra perfidia de los hombres, así como la ruindad feroz de sus jueces, se le exhibe en toda su fea desnudez. La punzante realidad surge, mas por entre los barrotes de su prisión se filtran los esplendores de un mundo más bello. Del otro lado del espantable abismo que habrá de atravesar, allende el suplicio y la muerte, columbra Juana la alborada de las cosas eternas.

Bien sabemos que el sufrir constituye el coronamiento de una vida realizada. Sin él nada es completo ni grande, pues que se trata de la acrisolación de las almas, la aureola que nimba los frentes de los santos y los puros. No existe otra salida hacia los mundos superiores, y es tal lo que debe entenderse por la palabra paraíso, la única capaz de expresar a los hombres de ese siglo la idea de aquella vida espiritual, impregnada de efluvios y armonías que no se extinguen jamás.

No tiene la Doncella en la Tierra nadie a quien su pena confiar. Pero Dios no abandona a sus misioneros. Invisible y presente, Él es el amigo siempre fiel, el sostén poderoso, el tierno padre que vela por sus hijos desdichados. Precisamente por haberle desconocido, por haber desdeñado las fuerzas y socorros de lo Alto el hombre actual no encuentra más apoyo en sus probaciones, consuelo en su dolor. Si febril se agita la sociedad contemporánea y divaga errante en medio de la incoherencia de las ideas y sistemas, si el mal crece en ella, si en parte alguna encuentra la estabilidad y el contentamiento interior, ello ocurre porque se ha dedicado de manera exclusiva a las cosas aparentes y superficiales y quiere ignorar las alegrías verdaderas, los profundos recursos del Mundo Invisible. Creyó hallar la felicidad en el incremento de sus riquezas materiales, y no ha hecho sino aumentar el vacío y la amargura de las almas. De todas partes se alzan gritos de furor y agrias reivindicaciones. La noción del deber se debilita, y conmovidas están las bases del orden social. Ya no sabe el hombre amar, porque no sabe creer. Se vuelve hacia la ciencia, pero la ciencia actual,

como aplastada bajo el peso de sus descubrimientos, sigue siendo impotente para procurarle confianza en el porvenir y paz íntima.

La mañana misma del suplicio, dice Juana al maestro Pierre Morice: "Por la gracia de Dios me hallaré esta noche en el Paraíso"²¹². Se ha resignado al martirio y lo afrontará con altivez y dignidad. Ahora bien, la muerte, incluso la más cruel, ¿no es preferible a lo que ha venido soportando hace seis largos meses? En todo ser joven la idea de perecer suscita espantosa angustia, y Juana la sufrió desde el día en que la pusieron en la jaula de hierro en Ruán. Lo que allí padeció ¿no es acaso peor que el morir? Las esperanzas y los sueños de gloria y los grandes designios, como humo se le desvanecieron... ¿Quién pudiera decir cuánto pasó por aquella alma angélica durante las largas vigilias en el calabozo, conforme la hora fatal se aproximaba?

"¡Me hallaré en el Paraíso!" – decía. Hay que explicar de igual modo estas otras palabras tuyas que reflejan la creencia de la época- "Sólo he pedido a mis voces, por recompensa final, la salvación de mi alma"²¹³. Salvar la propia alma es el axioma de las convicciones católicas, la finalidad última que las ideas religiosas del medioevo asignaban. Este pensamiento extremadamente mezquino encierra sin embargo un fondo de verdad. Nada se salva ni nada se pierde realmente, y la justicia divina reserva modos de reparación para toda falta, de restablecimiento para cualquier caída. Este precepto tendría que modificarse así: de la vida debe salir el alma mejor y más evolucionada que cuando en ella entró. Para lo cual hay muchos medios eficaces, como son el trabajo y el estudio, las pruebas y el sufrimiento. Y es ése el objetivo que debemos tener presente permanentemente. En lo que respecta a Juana, para ella tales palabras poseen un sentido más particular todavía. Su constante cuidado es cumplir con dignidad la misión que le confiaron, y obtener, para todos sus actos y manifestaciones, la aprobación de Aquel que nunca se engaña.

. . .

En la Doncella, el sentimiento religioso no degenera en santurronería ni en vulgares prejuicios. No importuna a Dios con vanas e interminables demandas. Esto resalta de sus palabras siguientes: "No requiero a Nuestro Señor sin necesidad"²¹⁴. Frente a París no vacilará en combatir el día de Navidad, a pesar de que algunos se lo reprochan.

Le gusta ir a rezar a la iglesia, sobre todo en las horas en que se halla ésta silenciosa y solitaria, y cuando en el recogimiento y la serenidad de la mente se lanza el alma con más seguridad hacia Dios. Pero, diga lo que quiera al respecto, Anatole France, poco influyeron en realidad los sacerdotes en la juventud de Juana. Según ella misma lo asevera en los

interrogatorios de Ruán, en todo lo que respecta a religión fue su madre quien la instruyó: "Sólo de mi madre aprendí la creencia que profeso" ²¹⁵ .

En cuanto a las voces y visiones nada dice al párroco de su aldea, y no toma consejo más que de sí misma en lo que atañe a sus Espíritus protectores: "Por lo que se refiere a creer en mis revelaciones –expresaba en Ruán-, no pido consejo a obispo, cura ni a ningún otro" ²¹⁶ .

Profunda es su fe en Dios, y ésta constituye el móvil de todos sus actos, que le permite afrontar las más duras probaciones. "Un buen maestro tengo –dice-, y es a saber Nuestro Señor, en el cual, y no en otro alguno, confío para todo" ²¹⁷ .

¿Qué importancia tienen las vicisitudes de este mundo si nuestro pensamiento es uno con Dios, vale expresar, con la ley eterna y divina? No obstante. Dios no es tan sólo un maestro sino un padre a quien debemos amar como al que les dio la vida a sus hijos. Poquísimos hombres lo sienten o comprenden, de ahí que en las horas adversas renieguen de Dios. Pero Juana lo afirma en estos términos conmovedores: "No hay cosa para la cual no confíe en Dios, mi Creador, al que amo con todo el corazón" ²¹⁸ .

En balde los inquisidores, que no perdonan medio alguno, con tal de atormentarla, tratan de herirla en sus creencias, empujándola a la desesperación. Con insistencia páfida le muestran el aparente abandono en que se halla, sus esperanzas fallidas, las promesas del Cielo sin realizarse. Invariablemente les responde: " ¡Niego que Dios no haya cumplido conmigo!" ¡Qué ejemplo para todos aquellos a quienes las pruebas agobian, que culpan a Dios de sus males y con frecuencia blasfeman!

Para ella, Dios es también un juez: "Tengo confianza en mi Juez, Rey del Cielo y de la Tierra" ²¹⁹ . Expresión candorosa con que designa al Poder que sobre todos los otros poderes de este mundo se cierne. Durante su vida entera, fue Juana víctima de la injusticia de los hombres, sufrió por la envidia de cortesanos y jefes militares, por el odio de señores y clérigos. Para condenarla, los jueces de Ruán se inspiraron no en la equidad, sino en sus prejuicios y pasiones. De ahí que se vuelva ella hacia el Cielo y apele al Soberano Juez, que en su balanza eterna pesa los actos del hombre. "¡Confío en mi Juez!" Tal el refugio de los expoliados y desheredados, de todos aquellos a quienes la parcialidad hirió en el corazón. Y nadie lo invoca en vano...

No hay cosa que conmueva tanto como su réplica a esta pregunta: "¿Creéis estar en gracia de Dios?" – "Si no estoy en ella, que Dios me ponga; y si estoy, que me mantenga Él. La más sufriente del mundo sería si supiese no estar en gracia de Dios" ²²⁰ . La ingenuidad de aquella alma

angélica supo desbaratar la

artería de sus verdugos. Esa pregunta insidiosa podía perderla. De responder afirmativamente hubiera dado prueba de presunción, y si contestaba en forma negativa se confesaría culpable, justificando todas las sospechas. Pero su inocencia frustra los astutos ardides de los jueces. Apela ella al Juez Supremo, único que sondea los corazones y las conciencias. ¿Hay que ver en tales palabras tuyas la manifestación de un sentimiento de fe exquisito, o una de esas inspiraciones súbitas de que gozaba? Sea lo que fuere, figura ésa entre las expresiones más admirables que a aquella niña de diecinueve años debemos.

En toda circunstancia se tiene por instrumento de la Voluntad divina y nada hace sin consultar a los Poderes invisibles. Sólo obra por orden de lo Alto. "Cuando place a Dios es la hora. Hay que desempeñar la tarea en el momento en que Él lo quiere. Trabajad, que también Dios trabajará" ²²¹ .

Como se ve, según ella la intervención divina no se manifiesta sólo en su propia vida, sino también en todas las demás. La totalidad de nuestros actos debe hallarse en acuerdo con el plan divino. Cada cual antes de obrar tiene que interrogar a su conciencia profunda, que es la Voz divina en nosotros manifestada. Ésta nos dirá en qué sentido debemos orientar los esfuerzos que realicemos. Sólo con nuestro libre concurso actúa Dios en y con nosotros. Cuando nuestra voluntad y los actos que ejecutamos coinciden con su ley, la obra que llevamos a cabo se torna fecunda para el bien y sus efectos recaen sobre todo nuestro sino.

Pero pocos hombres escuchan la voz que se alza en ellos en las horas solemnes. Llevados de sus pasiones y deseos, de sus esperanzas y temores, se lanzan al torbellino de la vida para conquistar lo que más perjudicial les resulta. Se encaprichan y embriagan con la posesión de las cosas contrarias a sus verdaderos intereses, y únicamente en el crepúsculo de la vida caen sus ilusiones, sus errores se disipan y el espejismo de los bienes materiales se desvanece. Entonces surge el cortejo de las tristes decepciones. Nos damos cuenta de que nuestra agitación ha sido en balde, por no haber sabido penetrar, comprender las miras de Dios a nuestro respecto y en lo que atañe al mundo. ¡A esa edad, felices de aquellos a quienes la perspectiva de las existencias por venir ofrece la posibilidad de retomar la tarea incumplida y dar mejor empleo a las horas!

El que no supo ver la excelsa armonía que en todas las cosas reina y la irradiación del pensamiento divino sobre la Naturaleza y en la conciencia, no es apto para poner sus acciones en concordancia con las leyes superiores. Al regresar al Espacio, cuando para él caiga el velo, tendrá la amargura de comprobar que debe recomenzar todo otra vez, con ánimo

nuevo y una concepción más justa y elevada del deber y el destino.

Sin embargo –se podrá argüir-, no siempre es fácil conocer la hora de Dios; oscuros son sus designios, impenetrables a veces. Sí no hay lugar a dudas, Dios se esconde a nuestras miradas y sus vías resultan a menudo inciertas para nosotros. Pero sólo por necesidad procede de esta suerte, a fin de dejarnos más completa libertad. Si fuera visible a todos los ojos, si sus propósitos se afirmaran con fuerza, no habría ya vacilación posible, y, por consiguiente, no existiría mérito alguno. La Inteligencia que dirige al Universo físico y moral se nos oculta. Las cosas se hallan dispuestas de tal modo que nadie esté obligado a creer en aquélla. Si el orden y la armonía del Cosmos no bastan para convencer al hombre, libre es... Nada fuerza al escéptico a ir hacia Dios, que se esconde para obligarnos a buscarlo y porque dicha búsqueda constituye el ejercicio más noble de nuestras facultades, el principio de su más alto desarrollo. Pero cuando llegue una hora grave y decisiva, si queremos descubrirla hallaremos siempre en torno de nosotros o en nuestro interior una advertencia o una señal que nos indicará qué debemos hacer. La falta de atención, la indiferencia que tenemos respecto a las cosas de lo Alto, de su manifestarse en nuestra existencia, es causa de que estemos irresolutos, inseguros. En cambio, para el alma avisada que las llama, solicita y espera, esas cosas no permanecen mudas; antes bien, con mil voces hablan claramente al Espíritu, al corazón. Se producirán hechos y surgirán por sí solos incidentes que habrán de indicarnos la resolución que debemos tomar. En la urdimbre misma de los acontecimientos se revela Dios y nos instruye. Cúmplenos aprender y comprender en el momento oportuno el aviso misterioso que Él nos da, pero no impone.

Con su buen sentido cándido a la par, que profundo sabe Juana definir con claridad la acción providencial manifestada en nuestra vida. Le preguntan los jueces de Ruán: "Si ahora vieseis una salida, ¿os iríais?" – "Si viese la puerta abierta me marcharía, pues significaba que mi Señor me daba permiso"²²² .

La voluntad de lo Alto fue siempre la propia de ella. Dice a Jean de Metz, que la interroga en Vaucouleurs: "Ha menester que vaya y que lo haga, porque mi Señor lo quiere". – "Y ¿cuál es vuestro señor?" – "Es Dios" – contesta simplemente²²³ . Ni riesgos ni peligros la detendrán.

Analizad también las palabras que siguen, mediante las cuales se levanta muy por encima de la fascinación de las glorias o tristezas humanas, hasta las regiones de la calma, de la pura serenidad: " ¡Qué importa, con tal que esté satisfecho Dios!"

Y algo más aún, que llega a lo sublime. Capturada en Compiégne, y

llevada de prisión en prisión hasta el calabozo y la hoguera en Ruán, bendice la mano que la hiere. Replica a los jueces, que tratan de sacar partido de su dolor y quebrantar su fe en la misión que el cielo le asignara: "Puesto que ello lo permitió Dios, creo es mejor que haya sido apresada"²²⁴. Lo cual es más grande y hermoso que todos sus éxitos y victorias.

. . .

En suma: fuera vano tergiversar los textos y los hechos para demostrar que Juana de Arco fue en todos los aspectos de una ortodoxia perfecta. Su independencia religiosa estalla a cada instante en sus palabras: "Sólo a Dios me atengo".

El lenguaje de Juana, la intrepidez que pone de relieve en medio de los sufrimientos y ante la muerte, ¿no recuerdan a nuestros antepasados galos? En el tribunal de Ruán la, Virgen loyense se nos muestra como el genio de la Galia irguiéndose soberbio ante el de Roma para reivindicar los sagrados derechos de la conciencia. No admite árbitro entre ella y el cielo. Toda la dialéctica que le oponen, todas las sutilezas de la argumentación y las fuerzas de la elocuencia vienen a quebrarse contra esa voluntad firme y tranquilo aplomo, contra su confianza incommovible en Dios y sus mensajeros. La palabra de Juana vence todos los sofismas: a sus acentos se desmoronan convertidos en polvo. Es aquella una aurora que clarea en las tinieblas de la Edad Media, iluminándolas con suave resplandor.

. . .

Notad que estamos en el momento en que acaba de aparecer la Imitación de Cristo (1424), obra atribuida a Gerson, pero cuyo verdadero autor sigue siendo desconocido²²⁵. Es uno de los primeros gritos de liberación del alma cristiana que se desembaraza del dogma, comunicándose directamente con su Dios, sin intermediario ninguno. Pero Juana ignora lo que al dominio de las letras pertenece. No necesita estudios previos, pues que posee la intuición de la verdad. Su fuerza radica en la fe que tiene, en su profunda piedad –independiente, conforme dijimos-, que se yergue por sobre las concepciones estrechas y mezquinas de su época y asciende directamente al cielo: tal fue su crimen y la razón de su martirio...

Por eso, no es uno de los espectáculos menos extraños de nuestros tiempos perturbados, el ver que la Iglesia romana santifica a Aquella a quien antaño tenía por herética. La memoria de Juana ha sido siempre funesta para la Iglesia. Ya en el siglo 15 el proceso de rehabilitación le aplicó un golpe violento, puesto que acarrió la caída de la Inquisición en Francia, lo cual fue también uno de los bienes a la Heroína debidos. El siniestro tribunal hubo de ser ultimado por un proceso contra los valdenses, en 1461²²⁶.

No por mera casualidad se dirigen todas las miradas hacia esa imagen ideal. Hay en ella un presentimiento casi unánime, una aspiración inconsciente de la humanidad civilizada y una especie de señal del porvenir. Poniendo la Iglesia católica a Juana de Arco en sus altares ha llevado a cabo un acto grávido de consecuencias, con el que firmó espontáneamente su propia condena.

Aquella joven del siglo 15 que conversaba directamente con sus voces, y que con tanta claridad leía en el Mundo Invisible, constituye la imagen de la humanidad del futuro, que también conversará directamente con los Espíritus, sin mediación de los sacerdotes oficiales y sin ayuda de los ritos, cuyo sentido ha perdido la Iglesia, dejando que se borre su virtud.

Llegó la hora en que otra vez la excelsa alma de Juana se cierne sobre el mundo en comunión con lo Invisible e inaugura el reino de las adoraciones en espíritu y en verdad.

Y ya que constituye una ley el que todas las cosas elevadas y santas deban terminar en el sufrimiento y consagrarse por el dolor, justo es que los nuevos tiempos y la Era del Espíritu puro se inicien con el patrocinio de Aquella que fue víctima de la teología y Mártir de la Mediumnidad.

. . .

Cada religión es un reflejo del pensamiento eterno mezclado con las sombras e imperfecciones del humano. Resulta a veces difícil separar las verdades que contiene de los errores acumulados en ella por obra de los siglos. Con todo, lo que posee de divino proyecta una luz que ilumina a las almas sinceras. Las religiones son más o menos verdaderas y constituyen principalmente las etapas que el Espíritu humano recorre para elevarse a concepciones cada vez más amplias del porvenir del Ser y la naturaleza de Dios. Las formas, las manifestaciones religiosas son discutibles además de pasajeras y variables, mas el hondo sentimiento que las inspira, su razón de ser, no es tal.

Marchando hacia sus destinos está llamada la humanidad a forjarse una religión cada vez más pura, libre de las formas materiales y de los dogmas que con sobrada frecuencia amortajan al pensamiento divino. Idea falsa y que implica peligro es querer destruir las concepciones religiosas del ayer, como piensan hacer algunos... Lo razonable consiste en tomar de ellas los elementos de vida que encierran para construir el edificio del pensar futuro, cuyo coronamiento habrá de elevarse cada vez más en dirección al cielo.

Cada religión aportará a la fe del porvenir un rayo de la verdad: el druidismo y el budismo habrán de darle su noción de las vidas sucesivas; la

religión griega, el divino pensamiento contenido en la Naturaleza; el cristianismo, la revelación más alta del amor, el ejemplo de Jesús que vacía el cáliz de los dolores y se sacrifica en bien de los hombres. Si bien es cierto que las formas del catolicismo están gastadas, no lo es menos que el pensamiento de Cristo sigue aún vivo. Su enseñanza, su moral y su amor son todavía el consuelo de los corazones maltratados por las ásperas luchas de la Tierra. Su palabra puede ser renovada, y los adeptos velados de su doctrina, una vez puestos en claro, reservan tesoros de belleza para las almas ávidas de vida espiritual.

Nuestro tiempo señalará una etapa decisiva para la idea religiosa. Envejecidas y agobiadas bajo el peso de los siglos, las religiones necesitan inyectarse otros principios regeneradores, ampliar sus conceptos acerca de la finalidad de la existencia y de las leyes del destino.

Hacia nuevos derroteros se orienta la especie humana. A veces un grito de angustia, una queja dolorosa remonta hacia el cielo desde los hondones –del alma: es un pedido demás luz... Febril se agita la mente entre las incertidumbres, contradicciones y amenazas del siglo en que vivimos. Busca un punto de apoyo para emprender vuelo en demanda de regiones más bellas y ricas que todas las que hasta aquí recorrió. Una vaga intuición la impele a favor, hay en el fondo del Ser imperiosa necesidad de saber, conocer, penetrar el misterio augusto del Universo y el secreto de su propio futuro.

Y he aquí que poco a poco se ilumina la ruta. La gran ley se revela merced a las enseñanzas del Más Allá. Sirviéndose de medios diversos – tiptología, mensajes escritos, discursos que se pronuncian en estado de trance- los Espíritus guías e inspiradores han venido proporcionándonos, de medio siglo hasta nuestros días, los elementos de una nueva síntesis religiosa. Poderosa corriente de fuerza moral e inspiración se vierte sobre la Tierra desde el seno de los Espacios. Hemos expuesto en otra parte los principios esenciales de esta enseñanza²²⁷. En nuestro libro, Cristianismo y Espiritismo, tratamos más detalladamente la cuestión religiosa. Sobre este problema vital, que tantas polémicas apasionadas suscita, lo que en primer término importa dar a conocer al lector es el pensamiento directo de nuestros guías invisibles, los puntos de vista de los Espíritus elevados, de las Entidades tutelares que por encima de nosotros se ciernen, lejos de las rivalidades humanas, y que por juzgar desde más alto juzgan mejor.

Por ello, transcribimos a continuación algunos de los mensajes obtenidos por vía mediúmnica, entre aquellos que se relacionan a la vez con el problema religioso tomado en general y con la canonización de Juana de Arco.

MENSAJES.-

De Jerónimo de Praga. – Junio de 1909.

[Improvisación en estado de trance]

La Iglesia muere. Posee una energía y orientación artificiales. Esa energía le viene de la desorganización de los partidos que le son contrarios. La Iglesia es la única que se mantiene de pie frente a las escuelas materialistas. Ante el materialismo y la ciencia sólo ella representa al alma. Pero no bien la ciencia consagre la realidad del alma, la Iglesia se desmoronará, pues sólo en modo relativo constituye lo mejor. Cuantos se prendan de la vida del alma buscan refugio en ella, visto que no tienen otra parte adonde acudir. Muchos Seres son incapaces de forjarse una fe personal, de ahí que pidan a otros su creencia y hallen más cómodo dirigirse a la Iglesia. Más vale creer en el Catolicismo que no creer en nada. Pero desde el día en que se constituya una filosofía científica, artística y literaria que sintetice el ideal, la Iglesia de hoy desaparecerá. Sólo recibió en su seno a las artes y letras, mas no a la ciencia, de manera que rechaza una parte del conocimiento. Por tal motivo deberá dar paso a una filosofía que abarque todo el saber humano. Decimos filosofía y no religión, por cuanto esta última palabra tiene hoy el sentido de secta.

La Reforma sedujo a ciertas almas debido a que posibilitaba unir la moral con la religión. Todo lo permitía entonces la Iglesia, con tal que se supiera ganar el perdón mediante dinero. Pública era la venta de las indulgencias. El mundo entero veía en una parte la moral y en otra la religión. La cuestión moral ha quebrantado a la Iglesia: hoy la ciencia habrá de ultimarla: la Iglesia se derrumbará el día en que los hombres sepan.

No lloramos su desaparición, porque la Iglesia sólo es en la historia una de las formas que la idea religiosa en marcha adopta. Ha hecho bien, y preferimos ver ese bien antes que el mal que ocasionó. En primer término nos agrada contemplar en ella a la excelsa imagen de Cristo, que la fundó. En la misa siempre veremos el Evangelio: es éste el verdadero punto central, no la elevación, como muchos creen. Amamos el Evangelio, que aún hoy por hoy nos empuja a ciertas catedrales. También queremos a Iglesia, la veneramos como todo aquello que aportó algo grande a la humanidad.

En lo futuro veneraremos todavía más a Aquel que traerá nueva palabra de vida, a ese Espíritu de Verdad que desde hace mucho se anuncia. Habrá de ser un hombre de ciencia, sabio, filósofo y, sobre todo, alma de exquisita sensibilidad. Los mahometanos le aguardan asimismo, y

no hay religión que no lo haya prometido. Precisa que todas las almas se sientan desorientadas y experimenten la necesidad de su advenimiento. Ahora, la disolución es más profunda que en la época en que apareció Cristo. Igual ocurre con el deseo de saber. Todo pueblo se halla estrujado por las autoridades. La hora se aproxima..

La nueva religión se levantará sobre las bases del Cristianismo, de la manera que éste se elevó sobre las del Judaísmo. Como la ley de Moisés, la antigua Iglesia será renovada, mejorada.

De Jerónimo de Praga. – Julio de 1909.

[Por incorporación].

A favor significan esos dogmas y misterios? Busquemos el sentido de las religiones.

Sombrío y temible es el aparato de que se rodea la religión. Cree ella que todo está sabido y descubierto, que todo se conoce. ¡Craso error! La verdad no puede separarse de Dios, no puede constituir un símbolo sino que es un rayo descendido de su divina frente. Tenemos a Dios en nosotros, pero no por su cuerpo carnal (la hostia).

Mediante sus mensajeros se cumple el sacrificio divino. En nosotros está Dios por las irradiaciones de su verdad. Mas esta verdad no la conocemos: la esperamos... Hay que saber amarla para que a nosotros descienda.

El hombre es perfectible hasta lo infinito. Grave falta cometen los que quiebran ante él las perspectivas del mañana. Con la esperanza, la divina misericordia le da la reparación de sus faltas, siempre posible.

Dice la Iglesia al hombre: "Déjame que te dirija". Así pone en olvido que se hace responsable ante Dios por la conducta de las almas. Y si la Iglesia es Dios, dicha responsabilidad caería sobre Él, lo cual es falso. El hombre pudiera de esta suerte descuidarse, en la confianza de que se le dirige suficientemente.

A menudo fue la Iglesia una madrastra para quienes en su seno vivían. Anuló toda inteligencia que superara un determinado nivel. Lo que la ha perdido es su afición a la materia, el poder temporal, su deseo de dominio. La invadió la embriaguez del poder, bebió en el cáliz del orgullo. Tal habrá de ser la causa de su decadencia, puesto que la materia no puede dar la vida.

Al paso que el temporal se ha hundido, los otros poderes sobrevivirán. Respetemos a la Iglesia como se respeta a las personas de edad que en su juventud hicieron grandes cosas. Pero en la hora actual las muchedumbres

se alejan de ella. Las naves de los templos permanecen solitarias, salvo cuando se llevan a cabo ceremonias de importancia.

La Iglesia no ama ya lo bastante, de ahí que fenezca. Todo el pensamiento de Cristo es amar más. Él amó a los hombres más que a sí mismo, del modo que Juana amó a Francia. Y esto no sabe hacer ya la Iglesia. Precisaba gobernar las almas mediante el amor, no por el miedo. Juana expresó: "Amaos: tal es toda la religión".

Amó Cristo a Tomás, que dudaba, hasta el punto de materializarse y hacerle tocar sus llagas. Pero la Iglesia no ama a los que dudan; antes bien, les rechaza. Para que una fe sea real, es necesario el amor, que la torna fecunda. El amor es la palanca del género humano. Lo cual echó al olvido la Iglesia, por cuya razón se halla destinada a debilitarse cada vez más.

Hay que saludarla, porque en el pasado recibió el pensamiento de Cristo. Ahora ha dado cuanto podía dar y está fuera de uso. Por lo demás, no ha comprendido a este siglo. Cree que todo duerme en el pasado. Pero en vez de remover las cenizas de viejos recuerdos es necesario pensar en los deberes para con los hombres del presente y preparar los tiempos que vendrán.

Nada de odio. Debemos condolernos por su muerte, y dejar que se extinga suavemente. Contra los que van a morir no se protesta.

¡Sea con ella la paz, y récenle!.

En cuanto a su actitud hacia Juana, la Iglesia procedió así: Quiso hacer una santa que fuera popular, con la cual recobrar un poco de su perdida influencia. Y como quiera que el patriotismo se debilita, trata de emplear la Iglesia esta idea en su propio beneficio. Recoge la espada de Juana y hace de ella un arma para combatir a sus enemigos (los de la Iglesia). Pero en esta hora no son sus antiguas víctimas quienes puedan ni quieran defenderla.

Manifestación más material que espiritual... Había que obrar de otra manera e instruir un nuevo proceso para establecer las responsabilidades, hacer sucumbir a Cauchon y liberar de culpa y cargo a Roma. El proceso de rehabilitación se construyó sobre la base de los textos. No incriminaron a los jueces; antes por el contrario, se reconoció y mantuvo su validez. No bastaba alzar la voz contra ellos desde el pulpito, sino que era menester un acto solemne. La Iglesia no tuvo el valor de sus acciones y de su política.

De Jerónimo de Praga. – Julio de 1909.

[Por escritura mediúmnica].

La Iglesia está a menudo en contradicción con sus enseñanzas. Pide al alma que se purifique, se mejore y abandone sus errores, mas por su parte declara ser la única omnisciente y todopoderosa. No admite que su conocimiento de antaño sea ya incapaz de bastar hoy; cree que el mundo se encuentra detenido bajo las naves de las catedrales góticas. En rigor de verdad, no es posible pedir al hombre instruido y escéptico de vuestro siglo lo que podía exigirse a aquellos a quienes los castigos eternos espantaban. Los tiempos cumplieron su obra, amontonando ruinas. Las almas se han renovado y sólo la Iglesia se entercó en apuntalar su viejo edificio, en reedificar de continuo la temible fortaleza. De tal modo se ha ido separando poco a poco del mundo, se complació en la satisfacción del poder y el orgullo, pero olvidó la historia de las civilizaciones.

Las exigencias de la evolución que experimentan las almas son tan poderosas que renuevan ciencia y fe. Las creencias antiguas se dan al olvido, sustituidas por otras, y por su lado la Iglesia tendría que ascender hacia la luz. Debería constituir la senda natural de las almas que van hacia Dios y ofrecerles todos los recursos que reclaman las inteligencias apasionadas por la hermosura, la grandeza y la verdad más perfectas.

La Iglesia prescribe al adulto los mismos deberes que al niño. Sus explicaciones y preceptos son idénticos para todos. Lleva por doquiera el deseo de unidad y la voluntad de sujetar a las almas a la contemplación de sus dogmas.

El constante cuidado de su vida y existencia debiera hacerle comprender que sería sagaz y de mucho alcance, abandonar en el instante requerido los procedimientos que antaño fueron suficientes para gobernar al mundo. No se atrae al hombre con las mismas palabras que al niño, y lo que obtenía feliz suceso con los pueblos de las pasadas centurias no basta hoy en día. Algunos Espíritus avisados lo comprendieron así, intentando dar un sentido místico y espiritual a sus dogmas, mostrarlos como símbolos de un pensamiento elevado. Pero la Iglesia en cuanto institución no es accesible a la reflexión sublime. Los mediocres se posesionaron del poder y hemos presenciado la ruda represión de esos intentos inútiles, porque si se hubiera puesto por obra tal reforma en lo que respecta a la fe, debiera haberse emprendido también en lo que toca a la conducta que hemos de observar. Se necesitaba el valor de simbolizarlo todo, demostrar que la Iglesia había guiado a pueblos y reyes por razón de que sólo se hallaban todavía en su infancia; era preciso reprobar los errores, castigar el pasado y renegar con vigor de cuanto se encontrara en desacuerdo con los nuevos puntos de vista. Hubieran sido diestros. La Iglesia, en efecto, en la hora presente no es ya una religión en el sentido propio del vocablo, puesto que no trata de ligar a las almas, sino gobernar a los cuerpos por todos los medios. Ahora bien, para conseguir esto último hay que hacerse dueño de

las almas, y hubiese sido astuto atraerlas con algunos actos hábiles, con la glorificación de ciertas almas a las que todos honran.

En estos tiempos de zozobra, cuando la Iglesia parece librar la suprema batalla, quiere valerse de la persona de Juana como de un poderoso auxiliar. Hacía falta acusar de impostura a los jueces, sin rodeos, presentándolos como agentes de una autoridad no reconocida. Con tal torpeza ha rechazado de su seno a tantos grandes hombres que fácilmente hubiese podido hacer unas pocas víctimas más, con lo que tenía ocasión indicadísima para incluir entre sus santos a algunas de sus otras víctimas, hacia las cuales va la piedad de las mismas almas creyentes. Como institución, podía hacerlo. Largo tiempo estuvo defendiendo a los jueces de Juana y ahora trata de justificar a la ex herética, pero muchos creyentes se preguntan, quién es el culpable en aquel triste drama de Ruán.

El día de hoy, sabiendo perfectamente que es una santa, el pueblo ha colocado a Juana entre las protectoras de la patria, pero la Iglesia quiso deslizarse por detrás de su pedestal y reemplazarla poniéndola entre sus elegidas. Nadie puede negar que Juana es más amada que la Iglesia, y ésta, que la condenó, no logrará desfigurarla. Más no podemos aceptar tal beatificación, que constituye una maniobra de la Iglesia, porque una vez más se trata de uno de esos actos que la han hecho inmensamente célebre: semicobardía originada por un cálculo en el que el interés se disfraza de deseo de verdad.

De Juana de Arco. – Julio de 1909.

[Por incorporación].

Amad a Dios por encima de todo. En ello estriba la fuerza que os liberará de este mundo material, y os permitirá soportar las llamas del dolor. Ese amor me dio toda la energía, todo el poder. Sufro viendo cómo los franceses se disputan mi alma. Perdono todo a la Iglesia, excepto su doctrina. No le perdono que difunda en las almas errores y espanto. La Iglesia se extingue. Bendigámosla por el bien que ha hecho. Tengámosle lástima por el mal que causó. Soy su guía y no su defensor.

Tórnese Francia consciente de su papel, que consiste en esparcir por el mundo claridades cada vez mas vivas. Los tiempos han llegado. Cerca está el Espíritu de Verdad, que Cristo anunció: ha de nacer entre vosotros. El Cristianismo no ha sido comprendido. Había venido para arrancar al alma del sufrimiento y la inconsciencia. Ahora, otras verdades superiores brillarán.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 16.

JUANA DE ARCO Y EL IDEAL CÉLTICO.

¡Oh tierra de granito, cubierta de encinas!

Brizeux.

Cierta noche, en el transcurso de una de nuestras sesiones de estudios el Espíritu J. Michelet, precediendo y anunciando al de Juana de Arco, nos hablaba de esta manera: . .

En sus existencias anteriores adquirió Juana el sentimiento de los grandes deberes que tendría que cumplir. En aquellos lejanos tiempos nos hemos encontrado muchas veces, y este vínculo trabado entre ella y yo nos atrae. Así como me inspiró os inspirará a vosotros. Mi libro sólo fue un eco de su pasión por Francia y por la verdad. Ahora va ella a descender hasta vosotros para traeros una parcela de la verdad divina. .

Numerosas fueron las vidas de Juana en la Tierra, como lo son las de toda alma que recorre con nosotros el ciclo inmenso de la evolución. Entre esas existencias las hubo brillantes, vividas en un trono, y oscuras otras, pero todas beneficiosas para el prójimo y fértiles para su propio adelanto.

Sus primeras vidas terrenales se sucedieron en la época céltica, en el país de Armor²²⁸. Allí se impregnó su personalidad de ese genio particular, hecho de ideal, arrojo y soñadora poesía, que volvemos a encontrar en ella en el siglo 15.

Ya en su niñez, pasada en Domremy, gustaba frecuentar los lugares donde se habían llevado a efecto los ritos druídicos. Los bosquecillos de encinas, testigos de las antiguas invocaciones a las almas, las fuentes sagradas, los monumentos de piedra en bruto que se encontraban en uno y otro lugar en los alrededores de su aldea. Le agradaba sumirse en la espesa selva y escuchar sus armonías cuando el soplo del viento se estremece y vibra cual arpa gigantesca. Con su mirada de vidente distinguía bajo las bóvedas de verdura las sombras misteriosas de aquellos que presidían las evocaciones y sacrificios. Entre sus guías invisibles se contaban los Espíritus protectores de las Galias, los mismos que en todo tiempo asisten a los hijos del rey Arturo y de Merlín, y dan a quienes luchan por una causa noble la voluntad y el amor que lleva a la victoria.

No importa que haya perecido el muérdago en el ramaje y que extinguida esté la llama sagrada en los hogares: el corazón de Juana conservará siempre la fe en las vidas inmortales y en los mundos superiores. Todos los historiadores que han sabido analizar y comprender su carácter reconocieron en ella esa doble corriente céltica y cristiana, cuyo origen nos señalará enseguida por sí misma. Particularmente lo hizo constar Henri Martin en las páginas de su Historia. Rememora primero en

estos términos los recuerdos célticos, que aún vivían en tiempos de la Heroína: . .

Cerca de la casa de Juana de Arco trepaba un caminito, por entre matas de groselleros; hacia lo alto de la colina. La cresta arbolada se llamaba Bois Chesnu. En la mitad de la cuesta y bajo una gran haya aislada brotaba una fontana que era objeto de culto tradicional. Los enfermos atormentados por la fiebre acudían desde tiempos remotos a buscar su curación en esas puras linfas... Seres misteriosos –que existían aquí antes del advenimiento del Cristianismo y a los que nuestros aldeanos no han querido nunca confundir con los Espíritus infernales de la leyenda cristiana-, los genios de las aguas, piedras y bosques, las señoras hadas, rondaban el haya secular y la clara fuente. El haya se llamaba Bello Mayo. Al llegar la primavera, bajo el árbol de mayo, “hermoso como los lirios”, iban las muchachas a danzar y suspender de las ramas, en honor de las hadas, guirnaldas que según dicen desaparecían durante la noche²²⁹ . .

Acto seguido describe Henri Martín las impresiones de la Doncella lorenesa: . .

Las dos grandes corrientes del sentimiento céltico y del cristiano, que se habían unido al engendrar la poesía caballeresca, mézclense de nuevo para formar esta alma predestinada. Ahora sueña la zagala al pie del “árbol de mayo” o bajo las encinas, así como pierde la noción de sí en el fondo de la iglesia pequeña, extasiada ante las imágenes santas que resplandecen en los vitrales... En cuanto a las hadas, jamás las vio al claro de luna describir los círculos de sus danzas a la redonda del Bello Mayo, pero su madrina sí se había encontrado otrora con ellas, y Juana cree divisar a veces siluetas inciertas en los vapores del crepúsculo. Entre las ramas de las encinas gimen voces al cerrar de la noche: las hadas no danzan ya sino que lloran, y el suyo es el llanto de la vieja Galia muriente²³⁰ . .

Por último, hablando del proceso de Ruán describe el mismo autor: . .

Supo Juana oponer el libre genio gálico a ese clero romano que quiere resolver en definitiva acerca de la existencia de Francia. Mediante ella reivindica el espíritu místico los derechos de la persona humana con igual fuerza que el filosófico. La misma alma, la excelsa alma de la Galia despunta en el Santuario de la Encina, brilla también en el libre arbitrio de Lérins y del Paracleto, en la soberana independencia de la inspiración de la Doncella y en el yo de Descartes²³¹ . .

Confirmando estos puntos de vista, la propia Juana se expresa así, en mensaje que dictó en París²³² el año 1898: . .

Remontemos por un instante el curso de las edades a fin de mostraros

el camino que recorrí, con el objeto de prepararme para la etapa dolorosa que conocéis.

Muchas han sido las existencias que contribuyeron a mi adelanto espiritual. Transcurrieron en la vieja Armórica²³³, bajo la bóveda de las grandes encinas seculares, cubiertas de muérdago sagrado. Allí fui poco a poco orientándome hacia el estudio de las leyes del Espíritu y el culto de la patria.

¿Horas benditas entre todas, en las que el bardo con sus cantos de júbilo morigeraba nuestros corazones y nos abría los ojos a la luz, permitiéndonos columbrar las maravillas de lo infinito! Enseñábamos él entonces que el tránsito de la muerte a la gloriosa resurrección del Espíritu en el Espacio no es más que un sencillo transformarse, sombrío o luminoso, conforme siga el hombre en la Tierra la vía de la justicia y amor o se deje domeñar por las fuerzas pasionales de la materia. Hacíanos comprender las leyes de la solidaridad y abnegación y nos enseñaba qué es la plegaria, diciendo: "Rezar significa triunfar. La oración constituye el motor de que se vale la mente para estimular las facultades del Espíritu, que en el Espacio son para él sus herramientas. Es la plegaria un poderoso imán del que se desprende el fluido magnético espiritual que no sólo puede consolar y curar, sino que además abre al Espíritu horizontes ilimitados y le posibilita satisfacer ese deseo de conocer y de aproximarse de continuo a aquella fuente divina de donde toda cosa dimana. La oración constituye el hilo conductor que pone a la criatura en contacto con el Creador y sus misioneros celestes.

Cierto día, impregnada de tales verdades, me adormecí y tuve la visión siguiente. Asistí primero a muchos combates que por desgracia era imposible evitar, debido al libre arbitrio de cada cual, pero, sobre todo, por causa de la afición al oro y al dominio, esas dos plagas de la humanidad. Luego vi asimismo claramente la grandeza futura de Francia y su papel civilizador en el porvenir. Resolví dedicarme a ella en muy especial modo.

Al instante me rodeó una muchedumbre de personas que me eran simpáticas. La mayoría de ellas lloraban y deploraban el haberme perdido. Después, el veneno, el patíbulo y la hoguera desfilan ante mí con lentitud. Siento las llamas que consumen mi carne y me desvanezco... Pero voces amigas volverán a llamarme a la vida y me dirán: " ¡Confía! La falange celeste cuya misión es la de velar por este globo, te ha escogido a fin de que la secundes en su obra y para tu progreso espiritual. Mortifica tu carne con el objeto de que sus leyes no puedan estorbar a tu Espíritu. Corta será la prueba, pero ruda. Reza y se te dará fuerza. Por tu misión cosecharás las bendiciones de todos en lo venidero y asegurarás el triunfo de la fe razonada sobre el error y la superstición. Apercíbete para hacer en todo la

voluntad del Señor, con el intento de que cuando llegue la hora hayas adquirido fuerza moral bastante para resistir a los hombres y obedecer a Dios. Si estos consejos sigues, los mensajeros celestiales acudirán a ti, percibirás sus voces, te guiarán y aconsejarán. No tengas temor, que no han de abandonarte”.

¡Cómo describir el supremo impulso que se posesionó de mí!

Sentí que el estímulo del amor penetraba mi Ser entero. Entonces no me propuse sino un objetivo, a saber, trabajar por la liberación espiritual de esta comarca bendita en la que acababa de saborear el pan de vida y beber el cáliz de los fuertes. Aquella visión fue para mí un viático celeste.

. . .

Allá en los confines del continente, como inmensa ciudadela que el mar y la tempestad atacan sin cesar, se yergue una tierra extraña y austera, recogida y propicia al estudio y a las hondas meditaciones.

En el centro, en amplia meseta, hasta donde la vista alcanza se extiende las landas salpicadas de brezos color de rosa, hiniesta dorada y espinosa retama. Vienen luego los campos de alforfón, que alternan con los manzanos achaparrados. Y bordean el horizonte bosques de encinas, tan densos que ni un rayo de luz penetra bajo sus ramazones.

Es Bretaña, santuario de la Galia, lugar sagrado en que duerme el alma céltica su profundo sueño de veinte siglos...

¡Cuántas veces empuñando el bastón he andado por entre sus densos matorrales, las quebradas ásperas, sus caletas talladas por la marea! ¡Cuántas veces desde lo alto de sus promontorios de granito interrogué al océano! Conozco los pliegues y repliegues de sus costas y valles, las soledades de sus selvas umbrías y murmurantes, Kénécan, Coatmeur, y principalmente Brocelianda, donde duerme Merlín, el bardo galés del arpa de oro, el encantador hechizado por Viviana, la bella hada que simboliza a la Naturaleza, la materia, la carne. Pero Merlín despertará, porque Radiance –su alma inspirada, su genio inmortal- vela, y cuando suene la hora sabrá arrancar a él y a sus hijos la venda del sensualismo que paraliza su acción y detiene el vuelo de su pensamiento.

A ningún otro país se asemeja Bretaña. Bajo el follaje oscuro de sus encinas y en las landas grises y lúgubres, donde resuena la triste melodía del viento, así como en sus costas despedazadas, en que las espúmeas olas acometen incesantemente las defensas de los peñascos, por doquiera se siente cernirse misteriosa influencia y pasar como el hálito de lo invisible. Tierra, espacio y aguas, todo está allí henchido de voces que musitan al alma del soñador mil olvidados secretos. La poesía de la comarca bretona

tiene algo de severo que os envuelve y emociona. Es varonil y penetrante, y sus enseñanzas, cuando se comprenden y aplican, forjan las grandes almas, los caracteres heroicos, los pensadores altivos y profundos.

Ahí subsisten los postrimeros retoños de la raza y se perpetúan asimismo los acentos de esa lengua sonora cuyas frases resuenan como choques de espadas y broqueles.

Es la tierra de Armor.... Ar-mor-ic, "país del amar" donde se ha ocultado, tras la triple muralla de las selvas, montañas y arrecifes, el alma profunda, el genio melancólico y soñador de la Galia. Sólo allí volveréis a encontrar en toda su pureza la casta valiente, fuerte y tenaz que llenó el mundo con el rumor de sus hazañas. Y la hallaréis en sus dos aspectos, a saber: el que César describió en sus Comentarios... , el gaélico, de Espíritu vivo, ligero y mudable, y el aspecto kímrico, la rama más moderna del linaje céltico, grave, en ocasiones triste, fiel a sus afectos, apasionado por lo grande y que celosamente custodia en los hondones más recónditos de su alma el arca santa de las remembranzas.

Nada pudo rendir a esa estirpe. Doscientos años resistió por las armas y mil con la esperanza, según Michelet dijera. Si derrotada, asombra aun a sus vencedores. Pero supo entregarse: Francia se la asimiló mediante un enlace.

El alma céltica posee su santuario en Bretaña, mas las vibraciones de su pensar y su vivir se extienden a lo lejos, en toda la región que, integró la Galia, desde el Escalda hasta los Pirineos, desde el mar hasta el país de los helvecios. Y en todos los ámbitos del territorio nacional se han creado retiros ocultos donde el pensamiento de las edades vive latente. En la planicie central, la Arvernie, "alta morada", el Morvan, las ríspidas Cevenas y los bosques loreneses, percibía Juana sus voces.

¿Qué es, pues, el alma céltica? Es la conciencia profunda de la Galia. Forzada a retroceder por el genio latino, oprimida por la brutalidad de los francos, ignorada y puesta en olvido por sus propios hijos, el alma céltica sigue subsistiendo a lo largo de las centurias.

Y reaparece en las horas solemnes de la historia, en épocas de desastre y ruina, para salvar a la patria en peligro. Es la anciana madre que se estremece cada vez que la planta del enemigo mancilla su tálamo, y se levanta para llamar a los hijos y expulsar al extranjero. De ella dimanan aún los potentes soplos, los impulsos irresistibles y las grandiosas inspiraciones que han hecho de Francia la campeona de la idea y la inspiradora del género humano.

Por eso no puede Francia perecer, a despecho de sus faltas y

flaquezas, de sus decadencias y caídas. Cada vez que se abría el abismo ante ella, desde el seno de los Espacios se le tendió una mano para guiarla. Durante la Guerra de los Cien Años, así como en tiempos de la Revolución, el alma céltica resurge para arrebatarse e inflamar a los héroes. Inspira a los enviados providenciales y muda la faz de las cosas.

En ocasiones se recoge, en duermevela, o bien se halla completamente dormida. Y entonces, cuando su voz enmudece su pueblo se rinde, perdiendo la virilidad y grandeza y dejándose resbalar poco a poco por la pendiente de la duda, del sensualismo y la indiferencia; nada sabe ya de las virtudes y poderes escondidos en él. Pero magníficos son los despertares, y tarde o temprano el alma céltica reaparece, juvenil, impetuosa y ardiente, para señalar a sus hijos la senda que a las altas cumbres lleva y el venero de las inspiraciones excelsas.

En tal situación nos encontrábamos el año 1914. Un siglo hacía que callaba el alma céltica y el genio nacional había perdido brillo. Francia se materializaba y degeneraba; pero la tormenta se desencadenó... En los instantes de peligro se ha visto al alma de la Galia erguirse con sus largas vestiduras y recordar a los hijos el objetivo sublime, la sagrada tarea. Y luego de tantos duelos y probaciones, ved aquí su índice que apunta al cielo mostrándonos la alborada, el retoñar de la idea, el triunfo definitivo y próximo del pensamiento céltico desembarazado de las sombras que acumularon sobre él veinte siglos de opresiones y errores de extranjeros.

Con todo, ciertas manifestaciones del pensamiento céltico se producían aquí y allá. Incluso antes de la guerra el contralmirante Réveillère escribía al consejo municipal de París, a propósito del menhir quebrado de Locmariaker, que querían erigir en el Campo de Marte: . .

Precisa que el panceltismo torne a ser una fe, una religión. La obra de nuestra época es doble: consiste en primer término en la renovación de la fe cristiana, injertada en la doctrina céltica de la trasmigración de las almas –como la cruz se injertó en el menhir–, única doctrina capaz de satisfacer al intelecto por la creencia en la perfectibilidad indefinida del alma humana, en una serie de vidas sucesivas; y en segundo lugar, la restauración de la patria céltica y la reunión en un solo cuerpo de sus miembros, hoy día dispersos. ¡No somos latinos, somos celtas!

Desde entonces, este movimiento de ideas ha tomado gran extensión. Todos los años una asamblea, o eistedd fod congrega, en algún punto de la tierra céltica, a los representantes más ilustres de la raza. Cada comarca envía sus delegados: escoceses e irlandeses, galeses y bretones de Francia, naturales de Cornouaille e insulares de Man, celtistas provenientes de América y hasta de Australia, porque “los celtas son hermanos en

cualquier parte del mundo". Unidos por un mismo símbolo se reúnen todos ellos para honrar a los gloriosos antepasados y entregarse a justas del pensamiento.

Mucho más numerosos todavía son los que en la hora actual prosiguen luchando en pro del celtismo que renace con la forma del Espiritualismo Moderno.

Por tal motivo conceptuamos útil volver a exponer aquí en términos sucintos las creencias de nuestros mayores.

. . .

Los trabajos de eminentes historiadores y pensadores eruditos²³⁴, al disipar los prejuicios difundidos entre nosotros por los autores latinos y publicistas católicos, han arrojado viva luz sobre las instituciones y creencias de los galos.

Reconstituida en su imponente grandeza, la filosofía druídica se ha hallado conforme con las aspiraciones de las nuevas escuelas espiritualistas.

Igual que nosotros, afirmaban los druidas la infinitud de la vida, las existencias progresivas del alma y la pluralidad de mundos habitados.

De aquellas doctrinas varoniles, del sentimiento de la inmortalidad que de ellas dimanaba extraían nuestros antepasados su espíritu de libertad e igualdad social y su heroísmo frente a la muerte.

Una especie de vértigo se apodera de la mente cuando, retrocediendo veinte siglos, consideramos que los principios de la nueva filosofía se hallaban difundidos en la sociedad gálica entera, inspirando a sus instituciones y fecundando su genio.

Pero aquella gran luz que iluminaba la tierra de las Galias se extinguió de súbito. El puño brutal de Roma, al expulsar a los druidas hizo sitio a los sacerdotes cristianos. Luego vinieron los bárbaros y entonces se extendió la noche sobre el pensamiento, esa noche de la Edad Media, de diez siglos de duración, tan densa que parecía que los rayos de la verdad no lograrían nunca disiparla.

A la postre, después de lenta y dolorosa gestación renace con nueva forma la fe de nuestros abuelos, rejuvenecida y completada por los trabajos científicos y las conquistas intelectuales de las últimas centurias, además de suavizada por influjo del Cristianismo. Hijos de los galos, retomamos la obra de nuestros padres. Provistos de la tradición filosófica que hizo su grandeza, instruidos como ellos en lo que toca a los misterios de la vida y de la muerte, ofrecemos a la sociedad de hoy, invadida por los instintos

materiales, una doctrina que le proporciona, además del restablecimiento moral, los medios para asegurar en la Tierra el reinado de la justicia y de la verdadera fraternidad. Importa, pues, recordar que fue, desde el punto de vista de las creencias y aspiraciones, el pasado de nuestra estirpe, y relacionar el movimiento filosófico moderno con esas concepciones de nuestros antecesores, con las tan racionales doctrinas de los druidas, basadas en el estudio de la Naturaleza y la observación de las fuerzas psíquicas. Hemos de mostrar que la renovación espiritualista constituye una verdadera resurrección del genio de la Galia, un reconstituirse de las tradiciones nacionales, que tantos siglos de opresión y error pudieron velar, sí, pero no destruir.

La base esencial del druidismo era la creencia en las vidas progresivas del alma y su ascensión en la escala de los mundos. Juzgo preciso insistir aquí en este concepto fundamental del destino.

Quisiera poseer los recursos de la elocuencia y la persuasión del genio para exponer la gran ley de las Tríadas²³⁵ y decir cómo, de las profundidades del pasado, desde el seno de los abismos de vida brotan sin cesar, se desenvuelven y ascienden las muchas teorías de las almas. El principio espiritual que nos anima tiene que descender a la materia para individualizarse, constituir y luego desarrollar, en despacioso trabajo de siglos, sus facultades latentes y su yo consciente. De peldaño en peldaño modela formas, organismos adecuados a las necesidades de su evolución; formas perecederas que como ropa gastada abandona al término de cada existencia, para buscar otras más bellas y mejor adaptadas a las necesidades de sus tareas, que de continuo crecen.

Durante todo su ascender permanece solidario con el medio que ocupa, ligado a sus semejantes por afinidades misteriosas y cooperando a su progreso, del modo que ellos laboran por el suyo propio. Torna a bajar, vida a vida, al crisol cada vez más amplio y siempre variable de la humanidad, para conquistar virtudes, conocimientos, cualidades nuevas. Más tarde, cuando ha adquirido en un mundo todo lo que podía éste ofrecerle en orden a ciencia y sabiduría, se eleva a sociedades mejores, a esferas más ricamente dotadas, arrastrando consigo a cuantos ama.

Ahora bien, ¿hacia qué objetivo se dirige? ¿Cuál será el termino final de sus esfuerzos? ¡Tan distante semeja hallarse aquella meta! ¿No es locura pretender alcanzarla? El navegante que transita las vastas soledades oceánicas escogió como norte de su carrera el astro cuya lumbre tiembla allá lejos, en lontananza. ¿Cómo podrá llegarse hasta él, si infranqueables distancias les separan? Sin embargo, algún día, en otro tiempo y en forma distinta conocerá esa estrella, en lo profundo del firmamento perdido. Así también el hombre terrestre que somos, ha de conocer en lo futuro los

mundos de vida dichosa y radiante. La perfección en la plenitud del Ser, ha aquí el objetivo. Aprender y ahondar incesantemente los divinos misterios. El infinito nos atrae hacia sí. Pasamos la eternidad recorriendo sus inmensidades y gustando sus esplendores y embriagantes bellezas. Ser cada vez mejor y más grande por medio de la inteligencia y el corazón, elevarse en una armonía que sin cesar aumenta en intensidad, en una luz cada vez más viva, llevar consigo a todos los que sufren e ignoran, tal el fin que la ley divina asigna a cada alma.

¿No hay una idea superior de la vida en esta concepción de las Tríadas? Artífice de su propio destino, por medio de sus actos prepara y construye el hombre su porvenir. El objetivo real de la existencia consiste en la elevación por el esfuerzo, el cumplimiento del deber y el dolor mismo. Cuanto más sembrada de amargura está la vida actual, tanto más fecunda resulta para quien con valor la soporta. Viene a ser como una liza donde el animoso muestra su coraje y conquista un grado mayor, y constituye asimismo un crisol en el que la desgracia y las pruebas hacen con la virtud lo que el fuego produce en los metales que refina y purifica. A lo largo de múltiples vidas y condiciones diversas acelera el hombre su carrera terrestre, pasando de una a otra luego de un lapso de descanso y recogimiento en el Espacio. Avanza incesantemente por esa vía de ascensión que no tiene término. De dolor y pena son casi todas sus existencias terrenales, es cierto; pero también son fecundas, puesto que mediante ellas progresan las almas, ganando en fuerza y sabiduría.

Una doctrina así puede proporcionar a las sociedades humanas un incomparable estímulo para el bien. Ennoblecere los sentimientos y depura las costumbres, alejando tanto de las vulgaridades del misticismo cuanto de las arideces de la filosofía positiva.

Pues bien, tal doctrina es la que profesamos. Las creencias de nuestros antepasados resurgen ampliadas y apoyadas en todo un conjunto de hechos, revelaciones y fenómenos que la ciencia moderna comprueba y que se imponen a la atención de todo pensador.

. . .

Con cada renacimiento se han borrado de la memoria de Juana sus existencias anteriores. Es ley común: la carne constituye un apagador que ahoga los recuerdos; el cerebro humano, salvo casos excepcionales²³⁶, no puede reproducir sino las sensaciones que él mismo registró. Pero nuestra historia entera permanece grabada en la conciencia profunda. Tan pronto como el Espíritu se desata de sus despojos mortales, el encadenamiento de los recuerdos se reconstruye con tanto mayor intensidad cuanto más evolucionada, esclarecida y perfecta sea el alma. A despecho del tiempo

olvido en que está, el ayer vive siempre en nosotros y vuelve a hallarse en cada una de nuestras vidas terrenas, en forma de aptitudes, facultades y gustos adquiridos, así como en los rasgos del carácter y la mentalidad. Bastaría que nos estudiáramos con atención para reconstruir las líneas principales de nuestro pasado. Lo propio ocurría con Juana de Arco, en quien se podían encontrar las huellas de sus vidas célticas y también las más recientes de sus existencias como patricia y gran señora, prendada de los trajes fastuosos y bellas armaduras. Lo que sobre todo persiste en ella de sus primeras vidas es esa forma particular y bien pronunciada del misticismo de los druidas y bardos, vale decir, la intuición directa de las cosas del alma que reclama una revelación personal y no acepta la fe impuesta; así como perduran también sus facultades de vidente, propias de la casta céltica, tan difundidas en los orígenes de nuestra historia y que tornamos a hallar incluso hoy en ciertos medios étnicos, particularmente en Escocia, Irlanda y la Bretaña armoricana. Por el uso metódico de dichas facultades puede explicarse el hondo conocimiento que poseían los druidas respecto al Mundo Invisible y sus leyes. Los galos instituyeron el 2 de noviembre como día de la conmemoración de los muertos. Se practicaba la evocación de los desaparecidos en los recintos de piedra. Las druidesas y los bardos pronunciaban los oráculos.

La historia da ejemplos de ello²³⁷. Relata que Yercingétorix, conversaba, bajo la umbrosa enramada de los bosques, con las almas de los héroes que habían muerto por la patria. De modo que, como Juana, el joven jefe, esa otra personificación de la Galia, oía voces misteriosas. Y un episodio más de la vida de Vercingétorix prueba que los galos evocaban a los Espíritus en circunstancias graves.

En la extremidad del viejo continente, en el punto en que termina la áspera planicie de la Comouaille bretona, altos acantilados se alzan bajo un cielo nuboso. El oleaje iracundo da una batalla eterna los gigantescos peñascos. Rápidas y espumosas, semejantes a murallas líquidas, acuden las olas desde alta mar para arrojarse con ímpetu contra las defensas de granito. Esas, roídas por la acción de las aguas, siembran la playa con sus restos. En las noches de invierno el rodar de los bloques que entrechocan y el clamor inmenso del océano se perciben desde varias leguas tierra adentro, provocando temor en los corazones supersticiosos. Y a poca distancia de esa costa siniestra, en medio de los escollos que la espuma blanquea, se extiende una isla otrora salpicada de bosquecitos de encinas bajo los cuales se alzaban los altares de piedra en bruto. Es Sein, antigua morada de las druidesas, santuario del misterio que la planta del hombre no mancillaba jamás. Con todo, antes de sublevar a la Galia contra César, y en supremo esfuerzo por liberar la patria del yugo extranjero, Vercingétorix, puso pie en la isla, provisto de un salvoconducto del jefe de

los druidas. Ahí, en medio de los estallidos del rayo –afirma la leyenda, que le apareció el genio de la Galia y le predijo su derrota y martirio.

Determinados hechos de la vida del gran jefe galo sólo se explican por inspiraciones ocultas. Su rendición a César ante Alesia, por ejemplo. Cualquier otro celta se hubiese dado la muerte antes que entregarse al vencedor y servir de trofeo para su triunfo. Vercingétorix, acepta que se le humille como reparación de graves faltas que en vidas anteriores cometió y que le han sido reveladas.

Tales son los principios básicos de la filosofía druídica. En primer lugar la unidad de Dios. El de los celtas tiene por templo lo infinito de los espacios o los refugios misteriosos de los grandes bosques. Ese Dios constituye sobre todo fuerza, vida y amor. Los espacios se hallan salpicados de mundos, etapas de las almas en su ascender hacia el bien a lo largo de las vidas siempre renacientes y cada vez más bellas y felices, conforme a los méritos adquiridos. Íntima comunión une a quienes viven en la Tierra con los que han muerto, invisibles pero presentes.

Esa doctrina desarrollaba en los Espíritus elevadas nociones de progreso y libertad. Gracias a ella introdujeron los celtas en el mundo el gusto por lo ideal que los romanos, más apegados a las realidades positivas, nunca conocieron. El celta es llevado a las acciones grandes y generosas; de la guerra ama la gloria y no el botín; magnánima es su alma. Sabe practicar la renuncia, despreciar el miedo y desafiar a la muerte: de ahí su actitud en el combate.

Estudiad bien a Juana de Arco y veréis en ella todos esos sentimientos y preferencias. La Heroína es la expresión de la síntesis de las almas céltica y francesa en lo que de más puro y elevado tienen. Por eso su memoria fulgurará siempre como una estrella en el firmamento oscurecido de la patria.

En toda hora de angustia nacional se volverá instintivamente Francia hacia ella como a su paladión viviente y protector.

Nueva Véleda, última flor abierta entre el follaje del muérdago sagrado, personifica Juana al genio de la Galia y el alma de Francia.

Encontramos en ella todas las formas y signos peculiares de las facultades de que estaban dotados los videntes y las druidesas: es el médium por excelencia, y los Espíritus protectores de la Galia – convertida luego en Francia- se sirvieron de Juana para salvar a su país. Esto sentado, diremos que para salvar a un pueblo hay que pertenecer a lo más puro de su sustancia, hallarse ligado a las indestructibles raíces de sus orígenes y de su historia toda. Juana fue eso en el grado más eminente, de ahí que

encarne el doble genio de la Galia céltica y la Francia cristiana.

Parte de nuestra estirpe ha perdido su nacionalidad distintiva, no obstante lo cual el alma céltica sobrevive en la nación francesa. Decíamos que constituye su conciencia profunda, y así como los poderes acumulados en nosotros en el decurso de las edades y adormecidos bajo la carne tienen brillantes despertares, así también el alma céltica volverá a surgir en espléndida resurrección para salvar no ya como en el pasado la existencia material de su pueblo, sino su vida moral, que está comprometida. Acudirá a despertar en las almas fatigadas el amor por el conocimiento y la voluntad de sacrificio. Tornará a decirnos las palabras consagradas, las emocionantes invocaciones que hacían resonar las playas sonoras y los ecos de la floresta, y devolverá a los ánimos vacilantes, zangoloteados por el océano de la incertidumbre, la visión de los horizontes donde todo es calma y esplendor.

Lo que falta a los franceses de hoy es la ciencia superior de los destinos, la divina esperanza, el confiar tranquilo en el infinito porvenir. No supieron los educadores dar a la nación esas cosas básicas sin las cuales no existe verdadera grandeza ni nobles impulsos del alma. De ello proviene la relativa esterilidad de nuestra época, la falta de ideal y de genio. Más he aquí el remedio.

Al mismo tiempo que las corrientes de la democracia nos reconducen a las tradiciones políticas de la Galia, el Esplritualismo experimental nos lleva a sus tradiciones filosóficas. Inspirado por los Espíritus excelsos restauró Allan Kardec en un plano ampliado las creencias de nuestros antecesores. Es en verdad el espíritu religioso de la Galia el que en este jefe de escuela despierta. Todo en él, el nombre que adoptó –enteramente céltico–, el monumento que por voluntad propia cubre sus despojos mortales, la austera vida que llevaba, su carácter grave y meditativo, toda su obra, en fin, recuerdan al druida²³⁸. Preparado por sus existencias anteriores para la importante misión que acaba de cumplir, Allan Kardec no es sino la reencarnación de un celta eminente, según lo afirma él mismo en el mensaje que sigue, obtenido en 1909: . .

Fui sacerdote, director de las sacerdotisas de la isla de Sein, y he vivido al borde de la mar furiosa, en la punta extrema a la que denomináis Bretaña.

No olvidéis al Gran Espíritu de Vida, el que hace crecer el muérdago en las encinas y al cual consagran las antiguas piedras de vuestros abuelos. Me complace aseguraros que vuestros padres tuvieron siempre fe: conservadla como ellos lo hicieron, porque el espíritu céltico no se ha extinguido en Francia; antes bien, sobrevive y dará a los hijos voluntad de

creer y aproximarse a Dios.

Tampoco pongáis en olvido los seres amados, que en torno de vosotros se encuentran, similarmente a los astros del cielo que en pleno día no veis aun cuando sigan estando allá.

Infinito es el divino poder. Irradia hasta vosotros a través de las brumas de la Tierra, y esparcidos y debilitados recibís sus rayos.

Escuchad la voz del corazón cuando, frente al océano donde las airadas olas se persiguen, os sentís oprimidos así por el espanto como por la esperanza. Alto habla esa voz a los que quieren oírla. Debéis comprenderla, puesto que para ello habéis tenido juntas todas las enseñanzas de la Tierra.

Amadnos a nosotros, los antiguos hombres terrenales. Hemos menester de vuestro recuerdo, bienamados míos. ¡Vengan vuestras almas a visitarnos durante el sueño que Dios os concede!

Queréis saber quién soy: os diré mi nombre..., pero ¡qué importan los nombres! Con nuestro cuerpo hemos dejado en la Tierra la memoria de nombres y cosas, para no acordarnos más que de las voluntades de Dios y los sentimientos que hacia Él nos llevan; para sólo conocer en lo Alto su amor y gloria, por cuanto en la infinita lumbre toda llama semeja extinguirse: El sol de Dios la torna menos visible y la funde en eternal centelleo.

La Tierra no es sino un lugar de tránsito, espesa y oscura selva en la que resuenan mitigados los ecos de la vida de los mundos.

Los grandes guías, que conducen a la humanidad sufriente hacia la meta que los hombres desconocen pero que Dios estableció, estaremos siempre ahí. Cual luminosa antorcha brilla para nosotros en la noche de los tiempos ese objetivo.

Aguardamos el instante en que, al fin liberados, podáis volver a nosotros para entonar el himno eterno que glorifica a Dios.

Almas de Francia, hijas de las Galias sois. Acordaos de las creencias de vuestros mayores, que fueron también las vuestras. Remontaos cada tanto con el pensamiento hacia las fuentes salutíferas de nuestros orígenes, hacia las vigorosas tradiciones y las alturas de nuestra historia, para encontrar en ellas energía y fe, reanimar vuestro Espíritu y caldear el corazón en el aire puro y la belleza de las cumbres y en la infinita luz.

ALLAN KARDEC. . .

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 17.

JUANA DE ARCO Y EL ESPIRITUALISMO MODERNO. – LAS MISIONES DE JUANA.

Cuando todo parece oscurecido, fe, costumbres y leyes, de Juana en el horizonte sube la blanca estrella: sepamos elevar hacia ella nuestros ojos y voces.

Paul Allard.

No sólo en la Galia se produjeron las manifestaciones del Más Allá: la Antigüedad entera conoció los fenómenos ocultos, que eran uno de los elementos principales de los misterios griegos. Llenos están los primeros tiempos del Cristianismo de visiones y apariciones, voces y sueños premonitorios²³⁹. Iniciados y creyentes extraían de ellos una fuerza moral que comunicaba a su vida incomparable impulso y les permitía afrontar sin desfallecimientos las pruebas y suplicios. Desde las más lejanas épocas la humanidad invisible ha venido comunicándose con la terrestre, sobre la cual se ha esparcido sin cesar una corriente de vida espiritual por mediación de profetas y médiums. Y este influjo vital, que de las fuentes eternas dimana, ha dado nacimiento a las grandes religiones. Todas ellas en su origen se bañan en esas aguas profundas y regeneradoras, y mientras beben en ellas conservan su juventud, vitalidad y prestigio, pero se debilitan y fenecen no bien se alejan de las mismas y desprecian sus fuerzas ocultas.

Tal se da con el catolicismo. Desconoció y echó al olvido esa gran corriente de poder espiritual que fecundaba a la idea cristiana en su cuna. De a miles quemó a los agentes del Mundo Invisible, rechazó sus enseñanzas y sofocó sus voces. Los procesos por brujería y las hogueras de la Inquisición han erigido una valla entre los dos mundos y suspendido durante centurias esa comunión espiritual que no constituye un accidente, sino, por el contrario, es ley básica de la Naturaleza.

Los desastrosos efectos de esto se hacen sentir en torno de nosotros. Las religiones no son ya sino ramas secas de un tronco privado de savia, pues que sus raíces no se sumergen en las fuentes vivas. Nos hablan todavía de la sobrevivencia del Ser y de la vida futura, pero se muestran impotentes para proporcionar la más mínima prueba sensible de estas cosas. Lo mismo acontece con los sistemas filosóficos. Si la fe se ha tornado titubeante a la vez que el materialismo y ateísmo daban pasos gigantescos; si la duda, las pasiones violentas y el suicidio hacen tantos estragos, ello ocurre por razón de que las ondas de la vida superior no refrescan ya al pensamiento humano y debido a que la idea de la inmortalidad carece de demostración experimental. El desarrollo de los

estudios científicos y del espíritu crítico han puesto al hombre más y más exigente. No le bastan hoy las meras afirmaciones; antes bien, reclama pruebas, hechos.

Comprendemos cada vez más la importancia de una ciencia, de una revelación basada en un conjunto de fenómenos y experimentos que nos traen la demostración positiva de la supervivencia y al mismo tiempo la prueba de que la ley de justicia no es palabra hueca, ya que cada cual se encuentra en el Más Allá en una situación proporcionada a sus méritos.

Ahora bien, precisamente esto viene a ofrecernos el Esplritualismo Moderno, que contiene los gérmenes de una verdadera revolución – revolución en las ideas y creencias, opiniones y costumbres-. De ahí la necesidad de estudiar tales hechos, clasificarlos y analizarlos con método, así como la enseñanza que de ellos deriva.

Grave e inquietante se ha tornado la situación moral de la sociedad. A pesar de haberse difundido la instrucción, la criminalidad aumenta, multiplicándose los robos, asesinatos y suicidios. Se corrompen las costumbres, el odio y el desencanto penetran cada vez más hondo en el corazón del hombre. Oscuro está el horizonte y se oyen a lo lejos los sordos fragores que parecen preceder a la tempestad. En casi todas las clases sociales el sensualismo ha invadido los caracteres y las conciencias, al paso que en el alma del pueblo todo ideal se ha extinguido. Le dijeron: "Come, bebe y enriquécete, que lo demás es quimera. No hay otro dios que el dinero ni más objetivo en la vida que los placeres". Y pasiones, apetitos y codicias se han desencadenado. La marea popular sube como una ola inmensa y amenaza con anegarlo todo.

Sin embargo, muchos buenos Espíritus reflexionan y se entristecen. Bien comprenden que la materia no lo es todo. Horas hay en que la humanidad llora el perdido ideal y siente el vacío e inestabilidad de las cosas terrestres. Intuye que la enseñanza que recibió no es completa, que la vida y el mundo son más amplios y el Universo más prodigioso que lo que se ha supuesto. El hombre busca, tantea, inquiere. Y busca no sólo un ideal, sino mejor una certeza que le sostenga y conforte en medio de sus pruebas, luchas y sufrimientos. Se pregunta qué va a suceder en esta época de transición que asiste al fin de un mundo de creencias, sistemas y tradiciones cuyo polvo se esparce alrededor de nosotros.

Por su obstinación en encerrarse en el estrecho círculo de sus dogmas y porque se niega a ampliar sus conceptos acerca del destino humano y del Universo, la religión alejó de sí a lo más granado de los pensadores y sabios, a casi todos aquellos cuya opinión constituye autoridad en el mundo. Y la muchedumbre los ha seguido. Los ojos del hombre se han

vuelto hacia la ciencia: mucho tiempo hace que viene pidiendo a esta última la solución del problema de la vida. Pero la ciencia –la de ayer-, pese a sus magníficas conquistas se hallaba aún inmensamente impregnada por las teorías del positivismo para poder dar al hombre una noción del Ser y del destino que exaltara sus fuerzas, reanimando su corazón e inspirándole cantos de fe y amor con que acunar a sus nietos.

Ahora, he aquí que ese Mundo Invisible –uno de cuyos intérpretes fue Juana-, ese Mundo al que la Iglesia combatió y obligó durante siglos a retroceder hacia la sombra, entra de nuevo en acción, se manifiesta en todos los ámbitos del globo a la vez, en formas innumerables y valiéndose de los medios más diversos²⁴⁰, y viene a señalar a los hombres la vía segura, el camino recto que ha de conducirles a las altas cúspides.

En todos los ambientes se revelan médiums, se producen turbadores fenómenos, se fundan sociedades de estudio y revistas que constituyen otros tantos focos que irradian progresivamente la idea nueva. Dichas sociedades son ya lo bastante numerosas como para formar una red que abarca todo el planeta. Y mediante ellas, de sesenta años a esta parte se ha podido ver germinar primero, prepararse, acentuarse y crecer más tarde el trabajo secreto y oscuro de la floración del siglo en que vivimos. A esto llamamos Espiritismo o Espiritualismo Moderno, que no constituye una religión en el estrecho sentido del vocablo, sino más bien una ciencia, una síntesis, un coronamiento de todos los trabajos y conquistas del pensamiento, una revelación que impulsa a la humanidad fuera de los senderos y vías que ha transitado hasta ahora, ensancha sus horizontes y la hace participar de la vida de los amplios espacios, del vivir universal e infinito.

El Espiritualismo Moderno es el estudio del hombre –no en su forma corporal y fugaz, sino en su Espíritu, en su realidad imperecedera- y de su evolución a través de las edades y los mundos. Es el estudio de los fenómenos de la mente trascendental y de la conciencia profunda, la solución de los problemas de la responsabilidad y la libertad, la justicia y el deber; en suma, de todos los que plantean la vida y la muerte, el aquí y el Más Allá. Constituye la aplicación de tales problemas al progreso moral, al bien colectivo, a la armonía de la sociedad.

La vida física sólo es una transición; nuestra actual existencia, un instante en el tiempo; el lugar donde moramos, un punto en la inmensidad. Es el hombre un átomo pensante y consciente sobre el globo que le transporta, y éste a su vez no constituye sino un átomo que rueda en el ilimitado Universo. Pero, como el Cosmos, infinito es nuestro porvenir, y los mundos que de noche brillan sobre nosotros, patrimonio nuestro son.

El Espiritualismo Moderno nos enseña a salir del círculo restringido de las ocupaciones cotidianas y abarcar el vasto campo de trabajo, actividad y elevación que se nos ofrece. El gran enigma se disipa y revélase el plan divino. La Naturaleza adquiere sentido, convirtiéndose ante nuestros ojos en la escala grandiosa de la evolución y en el teatro de los esfuerzos por desatarse de la materia, de la vida inferior, y ascender hacia la luz.

Armoniosa comunión liga a los seres en todos los peldaños de la inmensa escalinata de ascensión y en la totalidad de los planos de la vida. Cuando lucha y sufre por el bien y la verdad no está nunca solo el hombre; antes por el contrario, una invisible multitud le asiste e inspira, del modo que ayudaba a Juana y a los bravos que bajo sus órdenes peleaban.

El día de hoy esta solidaridad se hace sentir con fuerza. En las horas de crisis, cuando las almas se descorazonan y en el arduo camino vacila la humanidad, el Mundo Invisible interviene. Los Espíritus celestes, mensajeros del Espacio, se ponen a la obra, estimulando el curso de los acontecimientos y de las ideas. En la actualidad trabajan en restablecer el vínculo roto que a dos fases de la humanidad unía. Ellos mismos nos lo manifiestan en estos términos²⁴¹ . .

Escuchad nuestras voces, vosotros que buscáis y lloráis. No estáis abandonados. Hemos sufrido para trabar una comunicación entre vuestro mundo olvidadizo y el nuestro, de recuerdo. Establecimos un lazo frágil al principio, pero que se tornará poderoso: el de la mediumnidad. De aquí en adelante no seguirá ella siendo despreciada, infamada, perseguida, y los hombres no podrán ya desconocerla, puesto que constituye el único intermediario posible entre vivos y muertos, y éstos no dejarán que vuelva a cerrarse la salida que habían abierto para que el hombre inquieto pudiera aprender a luchar al fulgor de las claridades celestiales.

JUAN, discípulo de Pablo. .

La Nueva Revelación llega a su hora y adopta el carácter que el espíritu de la época exige, esto es, un carácter científico y filosófico. No viene a destruir, sino a edificar. La enseñanza del Mundo Invisible iluminará a la vez las profundidades del pasado y las de lo por venir, hará surgir de entre el polvo de los siglos las creencias aletargadas y las revivirá, completándolas y fecundándolas. Dicha enseñanza reemplaza a las sombrías palabras de temor y condenación de la Iglesia católica, que dicen: " ¡Hay que morir!", por estas otras, que son palabras de vida: " ¡Hay que renacer!" En lugar de los terrores inspirados por la idea de la nada o el espanto del infierno, nos ofrece la alegría del alma, expandida en la vida inmensa y radiosa, solidaria e infinita. A todos los desesperados de la Tierra, a los débiles y desencantados acude para extenderles el cáliz de los

fuertes, el vino generoso de la esperanza y la inmortalidad.

Volvamos a Juana de Arco. A primera vista parecería que las digresiones a que acabamos de entregarnos nos hubieran alejado de nuestro tema, pero no hay nada de eso. Lo expresado permitirá comprender mejor el papel y las misiones de Juana. Y decimos misiones, porque su obra actual, si bien menos evidente, tiene tanta importancia como la que cumplió en el siglo 15. Refirámonos en primer término a ésta:

¿Quién era Juana, en realidad, cuando surgió en el gran escenario de la historia? Era un Mensajero celeste y, según la expresión de Henri Martin, un Mesías. ¿Cómo definir tales términos? Dejemos que lo hagan los Espíritus mismos. Ved aquí lo que nos expresaba –por incorporación- uno de nuestros guías: . .

Cuando los hombres olvidan el deber, Dios les envía un mensajero, un ayudante, para que cumplan su tarea con más facilidad, pero asimismo más activamente. A tales podéis llamar mesías. En la hora grave en que las almas flojean, con su inspirada voz, han mostrado esos mesías la verdad que llama a los hombres. En efecto, notad que aparecen siempre en los momentos de crisis, cuando todo semeja desplomarse bajo la violenta lucha de intereses y pasiones. Al viento del atardecer se parecen, a ese viento que acude a pacificar las olas que la tormenta del día encolerizó y agitó.

Paz a vosotros, que buscáis vuestro rumbo y que no poseéis ya fuerza bastante para ir hacia el Señor. Pedid y se os concederá la ayuda divina, conforme os lo prometió nuestro Maestro. Pero no rechacéis al mensajero, sabed comprenderle, respetad su pensamiento y alma: es enviado de Dios, revestido de la luz de su verdad se halla su Ser, por eso le debéis vuestro agradecimiento. No siempre saben los pueblos descubrir en la frente de esos Seres superiores el resplandor sobrehumano y caritativo que de su alma irradia. Caen en la cuenta de que los mesías difieren de los hombres de carne, mas no comprenden, de ahí que veréis en todos los casos al enviado del Señor cerrar su enseñanza suprema firmando con el supremo dolor la obra que ha realizado. Buscad y habéis de ver que todos aquellos a quienes la humanidad honró a la postre han muerto olvidados, o, dicho mejor, traicionados y sacrificados. Porque su doctrina debía mostrar asimismo la grandeza del sufrir, y las últimas palabras que en los labios del Maestro y de todos los grandes suplicados encontráis han sido: "Perdonad a los que no saben..." El sufrimiento constituye también un acto de amor.

JUAN, discípulo de Pablo.

Y bien, Juana era uno de esos mesías enviados para salvar a un pueblo falleciente al que esperan sin embargo grandes destinos. Llamada estaba Francia a desempeñar en el orbe un papel considerable. Su historia

lo ha demostrado. Y poseía para ello las cualidades necesarias. En realidad, podemos aseverar que entre las demás naciones las hay más serias, reflexivas y prácticas, pero ninguna tiene esos impulsos del corazón, esa generosidad un tanto osada que ha hecho de Francia en el mundo el apóstol, el soldado de la justicia y de la libertad. Con todo, sólo a condición de permanecer libre podía cumplir esa función a la que se hallaba predestinada, pese a lo cual sus faltas la habían conducido a dos dedos de su perdición. Cuando Juana apareció se creía, y lo afirman ya en toda Europa, que había concluido la misión de Francia, de aquel gran pueblo que se tornara ilustre por tantos relevantes hechos. Fue sobre todo Francia la que creó la caballería, suscitó las Cruzadas y fundó las artes del medioevo: hubo de ser la iniciadora del progreso en Occidente. Y he aquí que todos los recursos humanos se habían mostrado incapaces de salvar a nuestro país. Sin embargo, lo que no pueden hacer ya los hombres va a llevarlo a cabo un Espíritu superior, con ayuda del Mundo Invisible.

Y aquí se plantea una pregunta: ¿Por qué escogió Dios la mano de una mujer para arrancar a Francia de la tumba? ¿Por ventura será –como lo pensó Michelet- debido a que Francia es mujer, mujer por el corazón? ¿O acaso –según otros escritores dijeron- porque la mujer es superior al hombre en los sentimientos, la piedad, la ternura y el entusiasmo? Sí, a no dudarlo, y ahí radica el secreto de la consagración de la mujer, de su espíritu de sacrificio.

En el siglo 15 –dice Flenri Martin-, todas las energías del sexo fuerte, del sexo al que forman la vida exterior y la acción, se encuentran agotadas. La última reserva de Francia está en la mujer, sostenida por la potencia divina. Por tal motivo nos delega el cielo a aquella a quien sus voces denominan la hija de Dios.

Pero hay una razón más elevada para que se la haya escogido. Si Dios, menospreciando la debilidad de los fuertes y la prudencia de los sabios, quiso salvar a Francia por mano de una mujer, de una muchacha, casi niña, fue sobre todo con: el objeto de que, comparando la debilidad del instrumento con la grandeza del resultado, no dude ya el hombre, sino que claramente vea en esa obra de salvación el acto de una voluntad superior, la intervención del poder eterno.

Seguramente que nos preguntarán: "Si Juana es una enviada del cielo y providencial la misión que desempeña, ¿por qué tantas vicisitudes e impedimentos en la obra de liberación? ¿Por qué en torno de ella ese vacilar, esas ocultas intrigas, y desfallecimientos y traiciones? Al intervenir el cielo, cuando envía Dios a la Tierra sus mesías, ¿puede haber aquí resistencias, obstáculos para su obra?"

Con ello tocamos el gran problema. Ante todo hay que comprender claramente una cosa: que el hombre es libre, que la humanidad es libre y responsable. Y no existe responsabilidad sin libertad. El género humano – libre- sufre las consecuencias de sus actos a lo largo de los tiempos. Ya hemos visto que los mismos Seres vuelven de siglo en siglo, en la historia, para cosechar en una nueva vida los frutos –dulces o amargos, de júbilo o dolor que en sus existencias anteriores sembraron. El olvido de su pasado sólo es temporal y no prueba nada contra la ley. Libre es la especie humana, pero una libertad sin sabiduría, razón ni luz puede conducirla a los abismos. También el ciego es libre y, sin embargo, si carece de lazarillo ¿de qué le sirve su libertad? Por eso el linaje humano ha menester que la Providencia en cierta medida le sostenga y guíe, proteja e inspire. Pero precisa que dicho apoyo no sea demasiado ostensible, porque si el poder superior se impone abiertamente cambiando en constreñimiento, menoscabando, más aún, aniquilando la libertad del hombre, quien pierde el mérito de su iniciativa y no se eleva ya por su propio esfuerzo, con lo que se malogra el objetivo divino y queda comprometida la obra de progreso. De ahí los obstáculos a la intervención superior en las horas perturbadas. ¿Qué hará entonces el enviado de lo Alto, el ministro de las voluntades eternas? No se impondrá; antes bien, ha de ofrecer. No ordenará, sino que inspirará. Y el individuo, la colectividad, el género humano entero quedará libre en sus determinaciones.

Así se explican la misión de Juana, sus triunfos y reveses, su gloria y martirio. E igualmente se explica la ley de las influencias espirituales en la humanidad. El poder que envía Dios obra en el mundo sólo en la medida en que éste le acepta. Si se le acoge, obedece y sostiene, se hace activo, fecundante y reformador. En cambio, si se le rechaza, permanece impotente. Y el enviado, el mesías se aleja de la Tierra.

En marcha está la especie humana a través de las centurias para conquistar los supremos bienes, esto es, verdad, justicia y amor. Y debe alcanzarlos mediante su libre esfuerzo: tal la ley de su destino, la razón misma de su existir. Pero en las horas agitadas, de peligro y retroceso, envía el cielo sus misioneros a la humanidad que se descamina, falta a sus deberes, se pierde...

En el número de éstos se encuentra Juana. Como casi todos los emisarios divinos, descendió entre los más pobres y oscuros. Su infancia tiene tal cosa de común con la de Cristo, y ello constituye una ley de la historia amén de una lección de Dios, porque de más abajo viene lo que hay de más elevado. Hijo de un humilde carpintero fue Cristo, y Juana de Arco, muchacha de las campiñas, surgió de un modesto pueblo de Francia. Ni ciencia ni riqueza escogieron en la Tierra estos dos Mesías. ¿Qué hubieran hecho con ellas? Los hijos del mundo necesitan poder material o

científico para realizar ciertas grandes cosas. Pero Cristo y Juana no lo precisaban, ya que poseían la fuerza por excelencia. Nacidos humildes, siguieron siéndolo, pese a lo cual no eran inferiores a los más nobles y sabios.

Juana tenía que cumplir una misión doble, que prosigue aún hoy en el plano espiritual. Vino a salvar a Francia y traer a la Tierra entera la revelación del Mundo Invisible y de las fuerzas que éste contiene: ofrece la enseñanza, las palabras de vida que a través de las centurias han de resonar.

En la Edad Media no era la humanidad ni apta para comprender dicha enseñanza ni capaz de aplicarla. Fueron necesarios más de cuatro siglos de trabajo y progreso para que esa revelación resultara posible y fructífera. De ahí que la voluntad suprema haya permitido que la sombra rodeara durante cuatrocientos años la memoria de Juana, y luego se produjese un brillante despertar. Hoy en día la excelsa imagen se desprende, resplandeciente, de la tiniebla de los tiempos. La mente humana va a penetrar este problema y sumirse en el Mundo de los Espíritus, entre cuyas afirmaciones y testimonios más elocuentes que la historia ofrece, se cuentan la vida y misión de Juana y su constante comunión con el Más Allá.

. . .

Juana tenía sus protectores, sus guías invisibles. Ahora bien, es conveniente subrayar el hecho de que en un orden menos elevado pasa lo mismo con cada uno de nosotros. En efecto, junto a todo ser humano hay un amigo invisible que le sostiene, aconseja y dirige por el buen camino, si consiente en seguir su inspiración. Las más de las veces se trata de aquellos a quienes hemos amado en la Tierra: ora un padre o madre desaparecidos, ora una esposa prematuramente muerta. Muchos seres velan por nosotros y se esfuerzan en luchar contra los instintos, pasiones e influencias que nos impulsan al mal. Y sean ellos nuestros genios familiares, como les llamaban los griegos, o bien los ángeles guardianes del catolicismo, poco importa el nombre que se les dé. En rigor de verdad todos tenemos nuestros guías, inspiradores ocultos, voces.

Pero, en tanto que para Juana tales voces eran exteriores, objetivas, percibidas con los sentidos, en los más de nosotros son internas, intuitivas, y sólo en el campo de la conciencia resuenan.

¿No hay entre vosotros, lectores, quien las haya oído? Hablan en el silencio y el recogimiento, dicen de las luchas que han de sostenerse, de los esfuerzos que hay que realizar para elevarnos elevando a los demás. Seguramente que todos habéis percibido la voz que en el santuario del alma nos exhorta al deber y al sacrificio. Y cuando queráis escucharla de

nuevo, recogeos, elevad vuestros pensamientos. Pedid y recibiréis. Invocad a las fuerzas divinas. Indagad, estudiad, medita, a fin de ser iniciados en los grandes misterios, y poco a poco sentiréis que os nacen nuevos poderes, una luz desconocida descenderá a raudales a vuestro Ser, abrirá en vosotros la deliciosa flor de la esperanza y seréis penetrados de esa energía que dan la certidumbre del Más Allá, y la confianza en la justicia eterna. Entonces, todo os resultará más fácil. Vuestra mente, en vez de arrastrarse con trabajo por el dédalo oscuro de las dudas y contradicciones terrestres, remontará vuelo, y las inspiraciones de lo Alto la vivificarán, iluminándola.

Es preciso recordar que en cada cual duermen, inútiles e improductivas, infinitas riquezas. De ahí nuestra indigencia aparente, la melancolía y a veces hasta el disgusto de la vida. Pero abrid vuestro corazón, dejad que llegue hasta él el efluvio, el hálito regenerador, y entonces despertará en vosotros una vida más intensa y bella. Os aficionaréis a mil cosas que os eran indiferentes y que harán el encanto de vuestros días. Os sentiréis crecer, marcharéis por la existencia con paso más firme y seguro, y vuestra alma se convertirá en una especie de templo henchido de luz, esplendor y armonía.

. . .

Ya hemos dicho que Juana de Arco fue la Mensajera del Mundo de los Espíritus, uno de los médiums de Dios. Las facultades que poseía muy raramente se encuentran en tan alta medida, de manera que podemos afirmar que realizó en nuestra historia el ideal de la mediumnidad. Con todo, lo que por excepción tenía ella puede llegar a ser dote de gran número de personas.

En otra parte citamos estas proféticas palabras:

Y en los postreros días, dice Dios, .

Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, .

Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; .

Vuestros jóvenes verán visiones, .

Y vuestros ancianos soñarán sueños ²⁴² .

Todo parece indicar que tales tiempos se hallan próximos, pues en torno de nosotros se van cumpliendo paulatinamente esas palabras. Lo que en el pasado fue privilegio de algunos tiende a tornarse en bien de todos. Ya por doquiera, en el seno del pueblo, hay misioneros ignorados; en todas partes se observan señales, indicaciones que anuncian tiempos nuevos. En breve lapso, cuanto hace la grandeza y hermosura del genio humano, todas

las glorias de la civilización serán renovadas, fecundadas por este inmenso manantial de inspiraciones que vendrá a dar al Espíritu del hombre un dominio, un campo ilimitado en el que se levantarán obras que han de eclipsar a todas las maravillas del ayer. La totalidad de las artes y filosofías, letras y ciencias, música y poesía, todo beberá en esas fuentes inagotables, transformándose al soplo poderoso de lo infinito.

La misión del Nuevo Espiritualismo, como la de Juana, es misión de lucha, atravesada por duras pruebas. Señalada está por indicios, por presagios, y ostenta la impresión del sello divino. Su papel consiste en combatir, expulsar al enemigo, y éste es hoy el nihilismo, el pesimismo, esa filosofía insensible y oscura que sólo sabe hacer gozadores o desesperados.

En primer término habrá que recorrer el camino doloroso. Es la suerte que a toda idea nueva se reserva. –En este momento ha sonado la hora de su proceso. Igual que Juana en presencia de sus examinadores de Poitiers, la Nueva Revelación se mantiene firme ante las creencias y sistemas del pasado, los teólogos, los representantes de la ciencia estrecha y de la letra. Frente a ella se alzan todas las autoridades, los mandatarios del pensamiento envejecido o incompleto, de la concepción que se ha hecho insuficiente y que debe dar paso al verbo nuevo, que reclama su lugar en el mundo, al pleno sol de la vida.

En la actualidad ese solemne proceso se desarrolla ante los ojos de la humanidad, espectadora interesada y cuyo porvenir mismo está en cuestión. ¿Cuál será el resultado, el juicio? No cabe duda posible: entre la idea joven y fecunda que sube y avanza llena de vida, y la vieja, decrepita y debilitada, ¿cómo vacilar? El género humano necesita vivir, prosperar, evolucionar, y no es en las ruinas donde encontrará un asilo para su razón y sentimiento.

De pie está el Nuevo Espiritualismo en presencia del tribunal de la opinión. Se dirige a las Iglesias y a los poderes terrenos para decirles: “Poseéis todos los medios de acción logrados por una autoridad secular, y nada podéis contra el materialismo y pesimismo, contra el crimen y la inmoralidad” que como inmensa llaga se extiende. Sois impotentes para salvar a la humanidad en peligro. Por tanto, no permanezcáis insensibles a los llamados del espíritu nuevo, puesto que éste os trae, con la verdad y la vida, los recursos necesarios para restablecer, para regenerar la sociedad. Invocad lo que hay de grande y bello en el alma del hombre, y conmigo decidle: ¡Remonta vuelo, elévate, alma humana! Avanza con el sentimiento de la fuerza que te sostiene, y confiada en tu magnífico porvenir. Los poderes infinitos te asisten, la Naturaleza se asocia a tu obra y los astros en su carrera iluminan tu marcha. ¡Ve, alma humana, segura del socorro que te apoya! Anda, como la Juana de las batallas, a través del mundo de la

materia y las luchas de las pasiones. A tu voz se transformarán las sociedades, las formas caducas desaparecerán para hacer sitio a otras nuevas, a organizaciones más juveniles, más ricas en luz y vida”.

Por lo que toca a Juana, según vimos ya, su influencia, su acción han persistido en el mundo después de su partida.

Por ella fue en primer término liberada Francia de los ingleses, no en una sola campaña, no mediante una presión parecida a la de las olas del océano que barren la arena de las playas, como hubiera sucedido si los hombres hubiesen tenido tanta confianza y fe como ella misma, sino a través de vicisitudes numerosas, de alternativas de triunfos y derrotas. El alma de Juana, tan plena de amor y de voluntad hacia el bien, de consagración a su país, no podía anquilosarse en la beatitud celeste. Por eso vuelve a nosotros con diferente misión, para cumplir en un terreno más vasto, en el plano espiritual y moral, lo que por Francia hizo desde el punto de vista material. Inspira y sostiene a los servidores, a los voceros de la fe nueva, a todos aquellos cuyo corazón abriga inconmovible confianza en el mañana.

Sabedlo: una revolución mayor que todas las que se hicieron en el mundo ha comenzado, revolución pacífica y regeneradora, que arrancará a las sociedades humanas de las rutinas y hábitos inveterados y elevará la mirada del hombre hacia los espléndidos destinos que aguardándole están.

Las grandes almas que en la Tierra han vivido vuelven a aparecer, y sus voces exhortan al hombre a que apresure su marcha. Una de las más poderosas, entre la multitud de las que actúan sobre el mundo y trabajan en preparar una era nueva para la humanidad, es el alma de Juana. Por eso se ha hecho precisa en esta hora la verdad acerca de su carácter y misión. Y mediaré ella, por su apoyo, con ayuda de los Espíritus elevados que amaron y sirvieron a Francia y al linaje humano, se verán realizadas las esperanzas de los que quieren el bien y buscan la justicia.

La legión radiosa de tales Espíritus –cuyos nombres, como fanales de luz, señalan las etapas de la historia-, los grandes iniciados de ayer, profetas de todos los pueblos, mensajeros de verdad; en suma, todos aquellos que forjaron a la especie humana con siglos de trabajo, meditación y sacrificio, se han puesto a la obra. Y por encima de éstos la misma Juana, que nos invita al trabajo penoso, al esfuerzo. Todos ellos nos expresan: . .

“¡De pie! No ya para el choque de las espadas, sino para las fecundas lides del pensamiento. ¡De pie! Para la lucha contra una invasión más de temer que la del extranjero: la del materialismo, el sensualismo y todas sus consecuencias: abuso de los placeres, ruina de cuanto ideal existía. Contra todo aquello que con lentitud nos va deprimiendo y enervando,

preparándonos para la decadencia y la caída. ¡De pie! Trabajad y luchad por la salvación intelectual y el restablecimiento de nuestra raza y del género humano entero". . El alma sublime cuyo punzante y glorioso recuerdo evoca este libro, se cierne por sobre nosotros. En muchas circunstancias ha podido hacerse oír y expresar lo que pensaba acerca del movimiento de ideas que hacia ella se dirige, de tantas apreciaciones diversas y contradictorias acerca de su papel y sobre la naturaleza de las fuerzas que la apoyaban. Cediendo a nuestro ruego ha consentido en resumir todo su pensamiento en un mensaje que juzgamos deber reproducir con escrupulosa fidelidad, como la más bella terminación que a este capítulo pudiéramos dar.

Dicho mensaje lleva en sí todas las garantías de autenticidad deseables. El Espíritu que lo ha dictado escogió por intérprete a un médium que viviera en el siglo 15, y que conserva en su subconsciente recuerdos, reminiscencias de aquella época. Lo cual le ha permitido dar a su lenguaje, en cierta medida, las formas del tiempo:

· [\[Ir a ÍNDICE\]](#)

MENSAJE DE JUANA.

[15 de julio de 1909].

Dulce me es la comunión con los que, como yo, aman a Nuestro Señor y Padre, y en modo alguno me causa sufrimiento la visión del pasado, porque me aproxima a vosotros, y la lejana remembranza de mis comunicaciones con los muertos y los santos, me hace hermana y amiga de todos aquellos a quienes Dios otorgó el favor de conocer el secreto de la vida y de la muerte.

Daré gracias a Dios por permitirme comunicaros mi creencia y fe, y poder aun decir a los que saben un poco, que las vidas que el Señor nos concede, tenemos que emplearlas santamente para estar en su gracia. Grata debe ser para nosotros toda existencia que nos permita cumplir la tarea asignada por el omnipotente Juez y Padre, y hemos de bendecir lo que de su mano recibimos.

Siempre escogió Él a los débiles para llevar a cabo sus determinaciones, porque sabe otorgar fuerza al cordero, como lo ha prometido, pero éste no debe ir con los lobos, y el alma apasionada por la fe tiene que cuidarse de las emboscadas y sufrir con paciencia todas las pruebas y castigos que al Señor place dar.

Tráenos Él su verdad en las más variadas formas, pero no todos comprenden su voluntad. Sumisa a sus leyes y tratando de respetarlas, más bien que comprender, creí... Bien comprendía que tan bondadosos

consejos no podían provenir del enemigo, y la confortación que en todos los casos me han dado, fue para mí un apoyo y la más agradable de las satisfacciones. Nunca supe cuál era la voluntad lejana del Señor, que por sus emisarios me ocultó el fin doloroso que iba yo a tener, y ello fue por piedad de mi flaqueza y de mi temor al sufrimiento; mas cuando llegó la hora, gracias a ello tuve toda la fuerza y valor.

Más grato y precioso me resulta volver al tiempo en que comencé a escuchar mis voces. No puedo decir que temiese. Me admiró en gran manera y hasta me sorprendió un poco el verme objeto de la divina misericordia. De súbito sentí, sin que me hubiesen acudido aún las palabras, que eran los servidores de Dios, y experimenté gran dulzura en mi corazón, que al fin se sosegó cuando la voz del santo resonó en mis oídos. Es de todo punto imposible expresar lo que a la sazón ocurría en mí, pues que no pudiera decir mi apacible júbilo, tan grande, pero sentí tanta paz que cuando se hubo marchado me tuve por huérfana de Dios y del cielo. Comenzaba yo a comprender que su voluntad tenía que ser la mía, mas si por una parte anhelaba grandemente su visita, por la otra me admiraban sus órdenes y temía un tanto ver cumplirse su deseo. Por cierto que me parecía ser una bella obra el convertirme en el amparo de nuestra Francia, pero una niña no anda entre los hombres de armas. A la postre, en su mansa y habitual compañía llegué a tener más confianza en mi misma, y el amor que había profesado siempre a Dios me dictó mi conducta, por cuanto no está bien rebelarse contra la voluntad de un padre.

Para mí fue penoso aunque asimismo una alegría obedecer, y en suma cumplí en primer lugar la voluntad de Dios. Dicha obediencia me torna feliz, y en esto encuentro también una razón para hacer lo que Dios quiere, y perdonar a los que fueron instrumentos de mi muerte, pues creo que de ningún modo sentían odio hacia mi alma, sino que lo que aborrecían era sobre todo la obra que yo llevara a cabo.

Dios había bendecido esa tarea, por eso fueron sobremanera culpables. Pero, como ellos, tampoco yo tengo odio ninguno a sus almas. Enemiga soy de todo lo que Dios condena, de la falta y la ruindad. Lo que hicieron está fuera de gracia; volverán aún a obtener ésta, pero de ningún modo se borrarán en ellos el recuerdo de su pasado. Deploro el odio que dejaron entre sus hermanos, la mala semilla que en la Iglesia han sembrado, y que a esta madre que tanto quise trajo más averiguación de la fe que amor al perdón. Compláceme verles enmendarse y declarar un poco su error, pero en manera alguna ha sido esto como lo hubiera anhelado yo, y mi afecto por la Iglesia se apartará cada vez más de esta antigua rectora de las almas, para solamente ofrendarse ya a nuestro manso y gracioso Señor.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 18.

RETRATO Y CARÁCTER DE JUANA DE ARCO.

Viva el trabajo penoso!

Juana.

No hay tema que haya suscitado tanto como la persona de Juana, la emulación de nuestros poetas, artistas y oradores. Poesía, música y elocuencia rivalizan en lucimiento y se exaltan cantándole. La pintura y estatuaria invocan la inspiración y se esfuerzan, sin lograrlo, por fijar su imagen. En todas partes el mármol y el bronce intentan reproducir sus rasgos y de aquí a poco se erguirá su estatua en todas las ciudades de nuestra Francia. Pero, por desgracia, entre la multitud de esas reproducciones imaginativas, ¡cuántas obras medianas o resueltamente malas!

Si se va a decir verdad, no poseemos ningún retrato auténtico de Juana. Entre las producciones modernas el semblante que se dijera más parecido es el que le dio el escultor Barrías en el monumento de Bon-Secours, en Ruán. Tal aseveran, al menos, los videntes a quienes ella se apareció. Los grandes artistas tienen a veces intuiciones seguras, perciben fulgores de la verdad, y desde este punto de vista son también médiums.

Juana se hizo visible en muchas ocasiones y en circunstancias que no permiten dudar del fenómeno. Claro que en esta índole de manifestaciones los errores y supercherías abundan. Pudiéramos citar numerosos casos imaginarios o fraudulentos en que sin razón se afirma que interviene. Porque no hay personalidad psíquica de la que más se haya abusado. En las exhibiciones de cierto simulador célebre existía una Juana de Arco que tenía acento inglés –el del operador– y se entregaba a demostraciones excéntricas. En realidad, sus manifestaciones son escasas, a despecho de lo cual conocemos algunas, de todo punto auténticas, que hemos señalado ya. Agreguemos que en determinados fenómenos de incorporación se revela con poder y grandeza impresionantes. Todavía me parece estar viéndola cuando de improviso invade el organismo de su médium favorito durante una discusión política, en movimiento pleno de majestad se levanta y con ademán autoritario y las pupilas brillantes protesta contra las teorías de los sin patria y los sin Dios. Y no menos vehemente se muestra en las polémicas religiosas. Expresó a cierto eclesiástico que asistía excepcionalmente a nuestras sesiones: “ ¡No habléis nunca de penas eternas! Hacéis de Dios un verdugo, y Él es amor, no puede infligir sufrimientos inútiles, sin provecho. Al hablar así alejáis de Dios al hombre”.

Cuando interviene ella la voz del médium es, habitualmente, de suave dulzura, tiene inflexiones melodiosas que penetran y conmueven a los más insensibles. Tan impresionante resulta la manifestación que se experimenta como un deseo de arrodillarse. En el momento de aparecer en las sesiones la anuncia una armonía que nada tiene de terrenal y que solamente los médiums perciben. Viva luz se hace y con el concurso de aquéllos volverse visible Juana. Hay como una especie de reflejo divino en su frente y palabras, y batir de alas en el aire que la circunda. Nadie puede resistir a su influencia: se trata realmente de la hija de Dios. Pero no es la única, pues muy alto existe, por encima de nosotros, un plano superior y puro en el que se despliega toda una creación angélica que los hombres ignoran. De ahí provienen los mesías, los agentes divinos que tienen a su cargo las misiones dolorosas. Encarnan en los mundos materiales y suelen confundirse con nosotros para dar ejemplos de amor y sacrificio a los hijos de la Tierra. Podemos encontrarlos en las filas de los humildes y de los más oscuros, pero se les reconoce siempre por sus sentimientos nobles y sus altas virtudes.

. . .

Ya hemos dicho que no queda de Juana ninguna imagen coetánea suya. Sin embargo, en las excavaciones que se efectuaron en Orleáns para la apertura de la calle Juana de Arco se encontró una antigua estatuilla que representa a una mujer con casco, cuyo fino perfil se asemeja mucho a los rasgos de la estatua de Barrías²⁴⁴ .

Por otra parte, los documentos históricos que contengan descripciones de la Doncella son pocos e imprecisos. Debemos citar en primer término una carta que los condes Guy y André de Laval, dirigieron a su madre el 8 de junio de 1429. La vieron éstos en Selles (Berry), "armada enteramente en blanco, salvo la cabeza, con una hachuela en la mano y sobre un gran corcel negro". Y añaden con entusiasmo: "... cosa de todo punto divina parece, por cierto, verla y oírla"²⁴⁵ .

Un cronista, picando de origen, habla de Juana en estos términos, de conformidad con los testimonios de muchas personas que la contemplaron cuando marchaba entre Reims y Soissons²⁴⁶ :.

... cabalgaba delante del rey, completa la armadura, el estandarte desplegado. Y hallándose sin sus armas, tenía estado y ropas de caballero, zapatos que se ataban encima del pie, jubón y calzón ajustado y una caperuza en la cabeza. Llevaba nobilísimas prendas de tisú de oro y seda, bien forradas. .

Según declara el caballero Jean d'Aulon, "era hermosa y bien formada"²⁴⁷ . "Robusta e infatigable" – expresa el presidente Simón Charles²⁴⁸ .

“Tenía el gesto sonriente pero era pronta a las lágrimas”, conforme al relato del consejero-chambelán Perceval de Boulainvilliers²⁴⁹ . Por último, dice su camarada el duque d’Alençon: “Posee prestancia cuando está armada y bello es su busto”²⁵⁰ .

Los debates del proceso nos hacen saber que sus cabellos, que tantos pintores han hecho rubios y cayéndole sobre los hombros, eran negros y “los usaba cortos, a manera de escudilla, de suerte que formaran sobre su cabeza como una caperuza, semejante a una tela de seda oscura”.

Resumiendo los relatos de diversos cronistas el coronel Biottot se expresa así respecto del traje y porte de la Doncella. .

Dulzura y modestia llevaba impresas el rostro de la Heroína, de rasgos regulares. El cuerpo se desplegaba en líneas llenas y armoniosas. Desde sus primeros días los ademanes desembarazados de la niña, su gracia flexible en toda circunstancia y particularmente vistiendo el traje de guerra, a caballo, con la bandera o la lanza en la mano, admiran y hechizan al que la contempla. Por último, en ese conjunto, el candoroso fulgor de su doncelez y la llama de su inspiración difundían “una virtud secreta, que alejaba los deseos carnales”, imponiendo a los más groseros respeto y miramientos. .

De acuerdo con todas las descripciones, había como un suave reflejo en aquel semblante al que un pensamiento interior iluminaba. En cierta medida el alma esculpe los rasgos de su envoltura. Por donde podemos formarnos una idea de la belleza de ese Ser excepcional, del núcleo de luz oculto en ella, que enciende su fisonomía e irradia en todos sus actos.

Efectivamente, emanaba de Juana una serenidad, una radiación que alcanzaba a cuantos se le acercaran, apaciguando a los más salvajes. En el tumulto de las batallas y campamentos mantiene esa imponente calma que es privilegio de las almas superiores. En Compiégne, cuando más reñido está el combate y los borgoñones le cortan la retirada, ya en un tris de caer prisionera, se ve sumida como en un sueño y dice a los franceses que la rodean y que pierden la cabeza: “ ¡Pensad sólo en golpear!”

A través de los más diversos documentos se nos muestra Juana cual una flor de las campiñas de Francia, esbelta y robusta, fresca y perfumada. Por eso molesta el ver como la mayoría de nuestros pintores y escultores la desfiguran, sin el menor cuidado por la verdad y la historia. No, sin razón cierto crítico habla así de la estatua de Frémiet, erigida en la Plaza de las Pirámides, en el corazón de París:.

Hizo un jovenzuelo enfurruñado y descontento, con largos cabellos como greñas, un brazo de madera que sostiene un pendón largo también, y

una corona en el aire. .

¿Qué tiene esto de asombro? – hace notar el crítico: Frémiet es un animalista, de ahí que su Juana sea “un ser híbrido, de pequeña estatura, montando en un caballo enorme”²⁵¹ .

Dicha estatua es una parodia, una vergüenza para los franceses, principalmente por el sitio en que se encuentra, expuesta a los ojos de todo extranjero.

Peor aún la de Roulleau, en Chinón, pesada, grosera, tan material como es posible.

Otros artistas han obtenido mejor éxito, sin que por ello pongan de relieve más escrúpulos en cuanto al respeto que a la historia se debe. Charpentier nos la representa orando, y la fisonomía es graciosa y conmovedora. Pero ¿por qué ese libro caído a sus pies, si Juana no sabía leer, y en una época en que la imprenta no había sido inventada?²⁵² .

No más cuidadosos de la verdad histórica son los pintores: Jean-Paul Laurens, ha firmado el tríptico que exorna uno de los salones de la nueva casa consistorial de Tours, donde reproduce tres escenas de la vida de la Heroína. El último panel nos muestra de noche la plaza en que tuvo lugar el suplicio. Se halla ahora vacía, y de la hoguera que acaba de extinguirse trepa hacia el cielo un poco de humo. El postrero de los jueces se retira. Ahora bien, Laurens no ha leído: ignora que los ingleses, tan pronto como Juana hubo muerto hicieron apagar el fuego, de manera que su pobre cuerpo carbonizado permaneció expuesto ocho días a los ojos del pueblo y todos pudieron así asegurarse de que no pertenecía ya a este mundo. Al cabo de una semana reencendieron la pira hasta destruirlo por completo y se arrojaron al Sena las cenizas de la víctima²⁵³ .

. . .

El estudio de ciertas almas atrae la atención del pensador, y la de Juana de Arco cautiva como pocas. Lo que más sorprende en ella no es su obra de heroísmo (a pesar de ser única en la historia) sino su admirable carácter, en el que se aúnan y se funden las cualidades más contradictorias en apariencia, a saber: fuerza y suavidad, energía y ternura, previsión, sagacidad, espíritu vivo, ingenioso y penetrante, que sabe en pocas, claras y precisas palabras resolver los más difíciles problemas y las situaciones más ambiguas.

Por eso ofrecerá su vida ejemplos de toda índole. Patriota y francesa, en cualquier circunstancia nos muestra la consagración llevada hasta el sacrificio. Profundamente religiosa, idealista y cristiana en una época en que el Cristianismo es la única fuerza moral de una sociedad bárbara

todavía, pone de manifiesto las elevadas prendas, las altas virtudes del creyente libre de fanatismo y gazmoñería. En la vida íntima, familiar, se revela dotada de las perfecciones modestas que constituyen la riqueza de los humildes: obediencia, sencillez, amor al trabajo. En suma: su vida entera es una enseñanza para el que sabe ver y comprender. Pero lo que en modo particular la caracteriza es la bondad, sin la cual no existe verdadera hermosura moral.

Esa alianza armoniosa, el perfecto equilibrio de dones que en el primer momento parece que tengan que excluirse, hacen de Juana de Arco un enigma que, sin embargo, abrigamos la pretensión de resolver.

Todos aquellos de sus contemporáneos que la conocieron de cerca, dan fe de que a una firme voluntad, a la cual nada en la acción guerrera ni en medio de las pruebas hacía flojear, unió Juana gran dulzura. Los burgueses de Orleáns estaban contestes en declarar en sus deposiciones: "Era gran consuelo tener tratos con ella"²⁵⁴. Por nuestra parte, hemos observado los mismos rasgos de carácter en el Espíritu que en nuestro círculo de estudios se manifestó a menudo con su nombre. También en él se funden en perfecta armonía las virtudes y sentimientos más diversos.

Para juzgar con justicia a esta personalidad excelsa conviene desembarazarla de las querellas partidistas y contemplarla a la pura luz de su vida y pensamiento. Un rayo del Más Allá nimba su bella frente grave. Inspira una emoción mezclada de respeto. Pese al escepticismo de nuestro tiempo no podemos rechazar el sentimiento de que existen, por encima de las condiciones habituales de la vida humana, seres escogidos que son el honor de nuestra raza y el eterno lustre de la historia.

Del modo que todas las almas grandes, creía ella en sí misma, en su alta misión, y con las radiaciones de su Ser sabía comunicar a los demás la fe que la animaba.

Siempre mesurada y prudente, conjuga la humildad de la joven de los campos con la altivez de una reina, absoluta pureza a una audacia extrema. Con traje de hombre vive en los campamentos cual ángel en el que reposa la mirada de Dios, y nadie piensa en escandalizarse por esto. La gloria que la envuelve le parece tan natural que no podría envanecerse de ella. ¿Acaso no ha venido para llevar a cabo grandes cosas, y no tiene que seguir la honra a los trabajos? De ahí la desenvoltura de que da pruebas en medio de los señores y damas nobles. Porque sólo ante Dios inclina la frente. Y gusta humillarse con los humildes que le ofrecen sus homenajes. En la iglesia, eleva de preferencia su alma al cielo rodeada de niños.

Tan admirable es Juana en sus palabras como en sus actos. En las más confusas discusiones trae siempre el vocablo justo, el argumento

preciso. Bajo cierta naturalidad gálica se trasluce en ella un sentido profundo de los seres y cosas, y en las horas decisivas halla los acentos que reaniman el ardor en las almas y los sentimientos poderosos y longánimos en los corazones.

¿Cómo creer que una niña de dieciocho años haya podido encontrar en sí misma expresiones como las que hemos citado? ¿Cómo dudar de que estuviese inspirada por genios invisibles, de la manera que lo fueron, antes y después de ella, tantos otros agentes del Más Allá?

Conforme hemos visto, las sentencias sublimes abundan en esa corta vida, y no dejaremos de reproducir todavía algunas más. Aquellos labios de dieciocho años han emitido juicios que merecen figurar junto a los más bellos preceptos de la Antigüedad.

“Era muy circunspecta y hablaba poco”²⁵⁵ manifiesta la Crónica. Pero al hacerlo su voz tenía vibraciones que penetraban hasta lo más recóndito del alma del auditor, sensibilizando en éste fibras que no se conocía él mismo y que hasta entonces ningún poder había sido capaz de hacer vibrar. Ahí radicaba el enigma de su ascendiente sobre tantos seres rudos pero en el fondo buenos.

Y esos dichos notables no han de beneficiar tan sólo a quienes los escucharon; antes bien, recogidos por la historia, a través de los siglos acudirán a confortar a las almas y revigorizar los corazones.

En toda circunstancia encuentra la expresión adecuada, y las imágenes de que se sirve son ricas en relieve y color. Lo mismo acontece el día de hoy en los mensajes que dicta a unos pocos médiums y que en parte hemos reproducido. A nuestro ver, son éstas otras tantas pruebas y revelaciones de su identidad.

Recordemos algunas de sus manifestaciones, ingenuas a la par que profundas. Nunca se las repetirá demasiado, ni estará de más proponerlas como preceptos y lecciones a tantas personas que, si bien honran a Juana, poco se esfuerzan por parecerseles en lo que respecta al carácter y virtudes. Todos tenemos un interés personal en estudiar esta vida, en ponernos a la altura de las enseñanzas que contiene, por los ejemplos que ofrece de vivir íntimo y social, de hermosura moral y grandeza dentro de su sencillez.

“A partir del momento en que supe que debía venir a Francia me di poco a los juegos y paseos”²⁵⁶ .

La indiferencia y la irreflexión son habituales en la niñez y persisten en gran número de seres hasta edad avanzada. Juana, por el contrario, tiene el cuidado del porvenir, la preocupan de continuo la importante misión que

le incumbe y las cargas que sobre ella pesarán. Ha sido tocada por el ala de las criaturas angélicas y su vida recibió un impulso que sólo con la muerte cesará. Ha percibido la misteriosa llamada de lo Alto, y sus conversaciones con lo Invisible dan ya a su actitud, y pensamientos esa gravedad que en su persona se mezclará siempre con la gracia y dulzura.

En el interrogatorio de Poitiers, le dice Guillaume Áimery: "Juana, pedís soldados y manifestáis que place a Dios que los ingleses se vayan. Si esto es así, no hay necesidad de gentes de armas, por cuanto Dios solo basta para ello". Y la Heroína replica: "En nombre de Dios los soldados batallarán, y Dios dará la victoria"²⁵⁷.

Grande enseñanza encierran estas palabras. El hombre es libre. La ley suprema le exige se construya su destino a lo largo de los tiempos, por medio de sus innumerables existencias. De no ser así, ¿cuáles serían sus méritos, sus títulos a la felicidad, al poder y alegría? Si pudiera adquirir sin esfuerzo tales beneficios los tendría a menos, no comprendería su valor, puesto que el hombre sólo aprecia las cosas en relación con el trabajo que le ha costado obtenerlas. Pero cuando los obstáculos se tornan insuperables, si su mente se une a la Voluntad divina, descienden hasta él las fuerzas y socorros de lo Alto y entonces vence las mayores dificultades. Tal el principio de la intervención divina en la historia. La comunión fecunda de Cielo y Tierra, allana nuestro camino y en las horas desesperadas provee a las almas de la posibilidad de salvación.

¡Cosa extraña! La mayoría de los hombres ignoran o desdeñan lo que les es más necesario. De no haber tales auxilios de lo Alto, y esa solidaridad estrecha que liga la flaqueza humana con las potencias del cielo, ¿cómo podríamos continuar, con nuestros propios recursos, la inmensa ascensión que desde lo hondo de los abismos de vida nos levanta hasta Dios? La sola perspectiva de la ruta larguísima que hemos de recorrer bastaría para desanimarnos, para abrumarnos. La lejanía de la meta y la necesidad del esfuerzo persistente paralizarían nuestra acción. Por eso, en los primeros peldaños de la escalinata prodigiosa, en las etapas iniciales permanece oculto para nosotros el distante objetivo y restringidas son nuestras perspectivas de vida. Más en la ríspida senda, en los pasajes peligrosos se nos tienden manos invisibles para sostenernos. Libres somos de rechazarlas, pero si en cambio nos prestamos a la ayuda que se nos ofrece podremos poner en efecto las iniciativas más arduas. La obra de hermosura y grandeza que elaboran nuestras vidas no se pudiera llevar a cabo si se prescindiese de la acción combinada del hombre y de sus hermanos invisibles. Es lo que asevera Juana en estas otras palabras suyas: "Sin la gracia de Dios no podría yo hacer nada".

Siempre acogía con bondad a los curiosos que iban a verla, sobre todo

tratándose de mujeres. Les hablaba con tanta suavidad y gracia –dice la Crónica- que las movía a llanto.

Sin embargo, sencilla y sin pretensiones como era, hubiese preferido evitar las adoraciones de la muchedumbre, cuyo peligro sentía, de ahí que dijera: “En verdad, no podría yo preservarme de tales cosas si no me cuidara de ellas Dios”²⁵⁸. “En lo posible, evitaba que me besaran las manos” – afirma en el proceso²⁵⁹. Y en Bourges, cuando algunas mujeres del pueblo le extendían pequeños objetos para que los tocara, Juana les decía riendo: “Tocadlos vosotras mismas, pues que serán tan buenos por vuestro tacto como por el mío”²⁶⁰.

Particularmente penoso es el hecho de que en su corta carrera política quienes le debían apoyo, gratitud y amor, fueron los que más sufrimientos le causaron.

Mas su carácter no se agrió por ello. Tales cosas no la enfadaban. Al sufrir alguna amarga decepción ponía de relieve incommovible constancia y recurría a la plegaria: “Cuando estoy contrariada en alguna manera – expresa- me retiro a mis solas y ruego a Dios, quejándome a Él de que aquellos a quienes hablo no me creen fácilmente. Y concluida mi oración oigo una voz que me dice: “Hija de Dios, ir, que seré tu ayuda, ir.

La acusan de haber querido suicidarse en el castillo de Beaurevoir, lo cual es mentira. Cierta que, cautiva de Jean de Luxembourg, intentó evadirse, juzgando que es tal el derecho de todo prisionero. Pero, muy al contrario de querer eliminarse, como trataron de insinuarlo en el proceso, tenía – manifiesta ella misma “la esperanza de salvar su cuerpo e ir en socorro de tantas buenas gentes que se encontraban en peligro”²⁶¹. Según sabemos, se trataba de los sitiados de Compiégne, cuya suerte mucho la atormentaba. Reflexionó, maduró largo tiempo su proyecto y no saltó locamente al vacío, como por regla general se cree, sino que sujetó una cuerda a la ventana de su calabozo, la que le permitió deslizarse hacia el pie de la torre; pero, ya por razón de que fuese demasiado corta o bien porque se haya roto a causa del peso, ello es que no pudo evitarle el caer rudamente sobre la peña.

Muy grave, la levantaron para reintegrarla a su prisión²⁶². Sobre todo en Ruán, en presencia de los jueces, trapaceros y ladinos, estallan sus finas y espontáneas réplicas, sus respuestas breves, incisivas, llenas de fuego. Guido Goerres, lo consigna en términos que conviene citar:.

A cada pregunta tenía Juana que sostener el más rudo de los combates. Pero la sencilla joven, a quien sus padres sólo enseñaran el Pater, el Ave y el Credo, miraba a sus enemigos con tranquilidad y firmeza. Y más de una vez les hizo bajar los ojos y les sumió en confusión, rasgando

de golpe la urdimbre de su perfidia y mostrándoseles con todo el fulgor de su inocencia. Si poco antes los más bravos caballeros habían admirado su valor heroico en las batallas, ahora ponía de manifiesto uno mucho más grande, cuando aherrojada y frente a una muerte horrible certificaba a sus mismos enemigos la verdad de su misión divina, profetizando a aquel tribunal, pronto a condenarla en nombre del rey de Inglaterra, la caída completa del poder inglés en Francia y el triunfo de la causa nacional.

“¿Sabéis –le preguntan- si las santas Catalina y Margarita odian a los ingleses?” – “Aman ellas lo que Dios ama, y odian lo que odia Dios”²⁶³ . El juez quedó confuso. Otro interroga: “¿San Miguel estaba desnudo?” – “¿Pensáis que Dios no tenga con qué vestirle?” – “¿Tenía cabellos?” – “¿Por qué habían de cortárselos?”²⁶⁴ .

Con una sola palabra desbarata las trampas que le tienden. Se le pregunta –recuérdese- si se halla en estado de gracia, y contesta: “Si no estoy en ella, que Dios me ponga; y si estoy, que me mantenga Él”²⁶⁵ .

Recordemos de nuevo la digna y altiva respuesta que dio cuando le enrostraron haber desplegado su oriflama en la consagración de Reims: “Había estado en los trabajos; había razón de que estuviese en los honores”.

Uno de los inquisidores parece mofarse de ella por su cautiverio y el suplicio que la aguarda. Le responde sin vacilar: “Los que quieren arrebatarme de este mundo pudieran muy bien irse de él antes que yo”. El obispo de Beauvais, inquieto y atormentado por su conciencia, le pregunta: “Las voces ¿os hablan alguna vez de vuestros jueces?” – “A menudo tengo por medio de ellas noticias de vos, monseñor de Beauvais”. – “¿Qué os dicen de mí?” – “Os lo comunicaré a solas”.

Y con tan sencillas palabras dirigidas a un prelado –que ha resuelto su suplicio- ved como hace a éste recobrar el sentimiento de su dignidad.

¿Cómo explicaremos en Juana de Arco los contrastes que dan a su excelsa personalidad brillo tan poderoso, vale decir, la pureza de una virgen y la intrepidez de un capitán, el recogimiento del templo y la plegaria y la jovial animación de los campamentos; la sencillez de una aldeana y los delicados gustos de la gran señora; la gracia y bondad unidas a la audacia, fuerza y genio? ¿Qué pensar de esa complejidad de rasgos que otorgan a nuestra Heroína una fisonomía sin precedentes en la historia?

De tres maneras lo explicaremos: En primer término, por su naturaleza y origen. Conforme dijimos, su alma venía de lo Alto, lo cual lo demuestra el hecho de que, carente de toda cultura terrena, su inteligencia se levantaba sin embargo hasta los conceptos más sublimes. Luego, por las

inspiraciones de sus guías. Y en tercer lugar, debido a las riquezas que acumulara en sus vidas anteriores, que ella misma ha revelado.

Era una Misionera, una Enviada, un Médium de Dios. Y al igual que en todos los que el cielo manda para salvar a las naciones, encontramos en ella tres grandes cosas, a saber: inspiración, acción y, por último, pasión, esto es, el sufrir, que constituye el coronamiento, la apoteosis de toda su noble existencia.

Domremy, Orleáns, y Ruán, fueron los tres escenarios escogidos para el nacimiento, desarrollo y consumación de ese destino prodigioso.

Su vida ofrece analogías sorprendentes con la de Cristo. Como Él, nació Juana entre los humildes de la Tierra. El adolescente de Nazaret replicaba a los doctores de la ley ante el sanedrín, y no de otro modo confundirá ella a los de Poitiers, respondiendo a sus insidiosas preguntas. Cuando echa del campamento a las mujeres de mal vivir, reconocemos en ese gesto el de Jesús expulsando a los mercaderes del templo. La pasión de Ruán ¿no corre pareja con la del Gólgota, y la muerte de Juana de Arco no puede acaso compararse con el trágico fin del Hijo de María? Como con él pasó, renegaron de ella y la vendieron. Las monedas con que se pagó por la víctima resonaron en manos de Jean de Luxembourg, bien así como en las de Judas. Similarmente a Pedro en el pretorio, el rey Carlos y sus consejeros darán vuelta la cabeza y parecerán no conocerla, cuando se les informe que Juana se halla en poder de los ingleses y amenazada de horrorosa muerte. Hasta la escena de Saint-Ouen presenta analogías con la del monte de los Olivos.

Nos hemos referido extensamente a las misiones de Juana de Arco, mas no hay que equivocarse con el sentido de esta palabra. Creernos oportuno decir aquí que en realidad cada alma tiene su misión en el mundo. A las más les tocan misiones humildes, oscuras, ignoradas. Otras hay, en cambio, que deben llevar a efecto tareas más importantes, acordes con sus aptitudes, con las cualidades que en su evolución a lo largo de los siglos han adquirido. En cuanto a las grandes misiones que el martirio corona, sólo se reservan a las almas excelsas.

Como sabemos, cada existencia terrenal es el resultado de un inmenso pasado de trabajo y pruebas. Ahora bien, para cumplir su obra en el siglo 15, no tenía Juana la menor necesidad de conocer esta ley de ascensión a través del tiempo y el espacio, que expusimos ya ²⁶⁶, porque no encajaba dentro de los conceptos de su época. La noción del destino era muy limitada entonces, y las amplias perspectivas de la evolución hubieran confundido sin provecho la mente de hombres sobremanera atrasados todavía para que pudieran conocer y comprender los magníficos designios

que respecto a ellos Dios abrigaba. No obstante, en el Espíritu superior de Juana, que se halla como todos sujeto durante la encarnación terrestre a la ley del olvido, un grandioso pasado se revela: virtudes, facultades, intuición, todo demuestra que esa alma recorrió un vasto ciclo y que se encuentra madura para las misiones providenciales. Incluso, según vimos, puede reconocerse más particularmente en ella a un Espíritu céltico, impregnado por completo de las cualidades de aquella raza entusiasta y magnánima, prendada de la justicia y pronta siempre a sacrificarse por las causas nobles. Familiarizada desde el amanecer de la historia con los grandes problemas, esa raza contó siempre con médiums numerosos. En las tinieblas del medioevo se nos muestra Juana como la reencarnación de alguna vidente antigua, guerrera a la par que profetisa.

Más lo que en ella predomina, en todos los tiempos y ambientes en que vivió, son el espíritu de sacrificio, la bondad, perdón y caridad. Entre las tareas que se le asignaron no hubo una en la que no se mostrase lo que Henri Martín supo definir con pocas palabras: "La muchacha de gran corazón". En su sentir, dichas tareas no han terminado; antes por el contrario, sigue considerándose como obligada para con aquellos a quienes puso Dios bajo su protección. Su amor a Francia es tan ardiente hoy como en el siglo 15, y los que en aquellas circunstancias eran objeto de su solicitud continúan siendo hoy sus protegidos. Entre los que participaron de su vida heroica –ya sea en bien, ya en mal- muchos viven de nuevo en la Tierra en la actualidad, en condiciones muy diversas. Carlos 7º, por ejemplo, reencarnado en un burgués oscuro al que las enfermedades agobian, recibió con frecuencia la visita de la Hija de Dios. Iniciado en las doctrinas espiritualistas, ha podido comunicarse con ella y recibir sus consejos y expresiones de aliento. Sólo una vez le hizo Juana un reproche: "A vos – le dijo cierto día – me ha costado más perdonaros". Por medios y valiéndose de influencias que fuera superfluo indicar aquí, reunió ella en un mismo punto, hace ahora algunos años, a los que habían sido sus enemigos, aun a sus verdugos, y con su ascendiente trató de impulsarles hacia la luz y hacer de ellos defensores y propagadores de la fe nueva. Era aquél un emocionante espectáculo para quien, conociendo a esas personalidades de otro tiempo, podía comprender la manera sublime de vengarse que Juana tenía, esforzándose por convertirlos en agentes de renovación.

¿Por qué me obligará la verdad a manifestar que los resultados fueron medianos? Todos, sin resquicio a dudas, la escuchaban con admirativa deferencia, pues bien comprendían que había en ella un Espíritu de muchos quilates. Pero enseguida la carga de los cuidados mundanos, intereses egoístas y preocupaciones de amor propio recaían pesadamente sobre esas almas, y el soplo de lo Alto que por un instante las hiciera estremecerse, se

extinguíó... Sólo a un pequeño número de ellos se dio a conocer Juana; los demás no fueron capaces de identificarla, y poquísimos pudieron comprenderla. Sumamente elevado era su lenguaje y demasiado altas las cumbres a las que quería elevarlos. Esos estigmatizados de la historia, que se ignoran a sí mismos, no se encontraban maduros para semejante papel. Con todo, lo que la Heroína no logró hacer en el decurso de esta existencia lo obtendrá en futuras vidas, porque nada puede agotar su paciencia y bondad. Y en las sendas del destino las almas vuelven a encontrarse siempre...

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 19.

EL GENIO MILITAR DE JUANA DE ARCO.

El mérito principal de la victoria corresponde a la Doncella.

Coronel E. Collet.

Los que desprecian a Juana de Arco –Anatole France, Thalamas, H. Bérenger, Jules Soury, etcétera- están de acuerdo en negar sus talentos militares. France, sobre todo, no perdona ocasión de empequeñecer su papel, de restringir la parte que en la obra de liberación le cabe. Tiene a menos las deposiciones de sus camaradas de armas en el proceso de rehabilitación, con el pretexto de que están mezcladas con las de una “honesta viuda”. Pone en solfa a los historiadores que vieron en ella a “la patrona de los oficiales y suboficiales, el modelo inimitable de los alumnos de Saint-Cyr, la guardia nacional inspirada, la cañonera patriota”²⁶⁷. Y más adelante dice:

No tenía sino una táctica: impedir a los hombres que blasfemaran y trajesen consigo mujeres de mal vivir. [...] Llevar a los soldados a confesarse, he ahí todo su arte militar²⁶⁸.

Por nuestra parte, ¿qué caso hemos de hacer de estos juicios? ¿En qué medida profesores, novelistas y periodistas que quizá no han portado nunca un arma son competentes para evaluar las operaciones militares de la Doncella?

Con razón que le sobra nos recomienda Thalamas, en su folleto Juana de Arco, La Historie y la Leyenda, que nos atengamos a los testimonios directos y dejemos a un lado los demás. Este consejo se nos ocurre aplicable sobre todo a la cuestión que nos ocupa. Los testimonios atinentes a las aptitudes militares de Juana son formales, provienen de personas que la vieron de cerca, que compartieron sus peligros y combatieron a su lado. El duque de Alencon, se expresa de esta manera²⁶⁹.

En la acción de guerra era expertísima, bien así para llevar la lanza como para reunir un ejército u ordenar un combate y disponer la artillería. Todos se maravillaban al ver que en las cosas militares obraba con tanta cordura y previsión como si hubiera sido un capitán que hubiese guerreado veinte o treinta años. Principalmente conocía bien el manejo de la artillería.

Otro capitán, Thibauld d'Armagnac, sire de Termes, manifiesta: . En todos esos asaltos (en el sitio de Orleáns) fue tan valerosa y se comportó de tal modo que no sería posible a hombre ninguno tener mejor aptitud en la acción de guerra. Todos los capitanes se pasmaban de su valentía y actividad y de los penosos trabajos que soportaba... Para dirigir y disponer las tropas, ordenar la batalla y animar a los soldados se conducía cual si hubiese sido el más hábil capitán del mundo, desde mucho tiempo atrás formado en la guerra²⁷⁰ . Entre los escritores contemporáneos que se han ocupado de Juana de Arco, los más aptos para juzgar su desempeño militar, son evidentemente aquellos que han ejercido la profesión de las armas, comandando tropas y dirigiendo operaciones bélicas. Ahora bien, todos reconocen los talentos de Juana en el arte de combatir, su predilección por la táctica y su habilidad en servirse de la artillería. La campaña del Loira sigue siendo para ellos un modelo en el género. El general ruso Dragomirov la resume así: . Sólo el 10 de junio, se le permite marchar con el ejército del duque d'Alençon para liberar los puntos que los ingleses continúan ocupando en el Loira. El 14 de ese mes, tomó por asalto Jargeau; el 15, el puente de Meung; el 17, ocupó Beaugency; el 18, deshizo a Talbot, y Falstolf, en un encuentro en campo raso. Resultado de los cinco días: dos asaltos y una batalla. ¡He aquí algo que no hubiese deslustrado la gloria del mismo Napoleón, y que Juana sabía hacer cuando no la estorbaban!²⁷¹ . .

En esta acción fulminante hay que reparar en el ardor, conjugado con la prudencia, que la inspira y dirige. Esos movimientos rápidos tienen por objeto alcanzar y golpear al enemigo en el centro mismo de su potencia, sin dejarle tiempo de recobrase, según el método de los grandes capitanes modernos.

También el sentido estratégico de Juana dictó la marcha a Reims e impulsó luego al rey hasta París. Y hubieran tomado la gran ciudad a no ser por el incalificable abandono del sitio que Carlos 7º ordenó.

Sumad a ello su valor heroico y el constante sacrificio de sí. No conocía miedo ni fatiga, dormía enteramente armada y se contentaba con frugal alimento. Poseía sobre todo un don maravilloso para entusiasmar a las tropas. En Troyes, conforme al testimonio de Dunois, desplegaba más energía y destreza para organizar la embestida contra las defensas de la

ciudad que las que hubieran podido tener los mejores jefes militares de Europa entera. El mariscal de Gaucourt, veterano de la Guerra de los Cien Años, está acorde con Dunois en lo que hace a la conducta admirable de Juana en aquella acción, en la que también tomó parte él personalmente.

El cuidado de la Doncella por la disciplina era continuo, y su solicitud para con el combatiente denota profundo conocimiento de la vida militar. En las Torrecillas, aunque herida, prescribe que las tropas repongan las energías antes de volver a la acometida. A propósito de su antipatía hacia los ladrones y prostitutas y su deseo de que los soldados se abstuviesen de libertinaje, sacrilegio y bandolerismo, le es fácil a Anatole France ridiculizar su gazmoñería de santurrona. Confesemos, Pero que era ése el único modo de restablecer el orden y la disciplina, condiciones esenciales para obtener feliz éxito. .

Se preocupaba –dice Andrew Lang- tanto de las almas como de los cuerpos de sus hombres, lo cual parece hoy infantil y Absurdo al espíritu científico de la escuela de Francia. Pero hay que recordar que era una mujer de su tiempo y que su método fue el de Cromwell y el de los más grandes conductores de hombres de toda la historia antigua. .

No menos notables eran su conocimiento, previsión y discernimiento de las cosas de la política. France parece a veces considerarla como una especie de idiota. No olvide sin embargo su acogida al condestable de Richemont, a quien el rey había rechazado con torpeza y cuyas ochocientas lanzas cooperaron ampliamente a la victoria de Patay. Además de eso, las estratagemas que ponía en efecto para engañar al enemigo en lo que respecta a sus mensajes, cuando éstos podían caer en sus manos. Tampoco echemos al olvido con qué sutileza supo adivinar, mucho antes que los más sagaces políticos, la falsedad de las negociaciones que inició el duque de Borgoña luego de la consagración de Carlos 7º. Decía Juana entonces: “No tendremos paz con los borgoñones si no es por medio de las lanzas”²⁷² .

Con vigorosos rasgos hace resaltar Joseph Fabre el don de penetración que poseía: . .

Forzando el triunfo de puro creer en él, icon qué audaz instinto quiebra las telarañas de la diplomacia para lanzarse a la acción a ultranza! Es ave de alto vuelo que desconcierta victoriosamente a los políticos rastreros, cobardes promotores de la paz a toda costa²⁷³ . .

Consultemos ahora a los escritores militares que nos parece han estudiado con más sagacidad y conciencia el papel de la Heroína. Dice el general Canonge²⁷⁴ :. .

Juana imprime a las operaciones que se realizan alrededor de Orleáns, una actividad desconocida hasta entonces, y al cabo de nueve días, el cerco, que duraba ya seis meses, concluye a favor nuestro.

Conducida ofensivamente, la campaña del Loira obtiene buen suceso con rapidez imprevista: a la jornada de Patay le pone fin el día 18. En balde se ha tratado de negar, contra toda verdad, la parte que Juana tomó en esta victoria decisiva. Había hecho ella lo necesario para no perder contacto con los ingleses, anunció la lucha y –dando la fórmula para procurarla- la victoria.

Cuando la cabalgata hacia Reims, desde el 29 de junio hasta el 16 de julio, delante de Troyes, la fuerza moral de Juana interviene eficazmente en el momento mismo en que quienes rodean al monarca sólo piensan nada menos que en hacer retroceder al ejército hacia el Loira. Sabido es que a la libertad de acción miserablemente concedida a la Doncella siguió en breve la caída de Troyes.

A partir de la consagración hacen poco caso de Juana. Sin embargo, es probado que se opuso ella a la marcha ondulante hacia París y que, bien inspirada por todos conceptos, recomendó la marcha directa. .

En cuanto al fracaso sufrido ante París, no puede achacársele. Si el débil Carlos 7º la hubiera escuchado en lugar de reducirla a la impotencia, el revés del 8 de setiembre pronto se habría reparado. .

En el alto Loira, durante los asedios de Saint-Pierre-le-Moiatier y de La Charité, puesta bajo las órdenes de otro, sólo actuó Juana con su maravilloso ejemplo, como uno más de los capitanes.

Por fin, en su última campaña, tan brutalmente interrumpida, representó el papel de un jefe de guerrilleros.

En el momento en que la apresaron, contaba sólo dieciocho años y cinco meses, de manera que su desempeño militar no había durado más que trece meses.

Sería inútil detenerse a demostrar que la liberación total de Francia no coincide con el instante en que la Doncella desaparece. Sin embargo, es innegable que merced a Juana, el indolente monarca recuperó la mayor parte de la región comprendida entre Orleáns y el Mosa, y que la confianza volvió. En suma, que la liberación definitiva resulta del prodigioso impulso patriótico que ella comunica.

Ahora bien, de dos maneras puede considerarse la actuación militar de Juana de Arco, a saber: el soldado que fue se distinguió por cualidades que rara vez se encuentran juntas. Y en todo observador leal, que no esté

dispuesto a negar hasta lo que salta a los ojos, el jefe de guerra que hubo en ella provoca verdadera admiración.

Hay después un conjunto de prendas que se echan de ver en los pocos triunfadores cuyos nombres la historia consigna. Efectivamente, en Juana la concepción y la ejecución corren parejas. La primera desemboca en audaz y obstinada ofensiva, de la índole de esa que, admitida desde Napoleón, inmoviliza al enemigo, no le da tiempo de recuperarse y logra aniquilarlo material y moralmente.

En lo que respecta a la ejecución, la de Juana es fogosa, si bien moderada por la prudencia en caso necesario.

Bastará con que enumeremos las demás cualidades que le permitieron forzar la victoria: ciencia del tiempo, previsión, un buen sentido poco común, fe imperturbable en el triunfo, ejemplo arrebatador y reconfortante, gran poder de trabajo, perseverancia secundada por inquebrantable voluntad, conocimiento del corazón humano del que deriva un influjo moral que sólo algunos grandes capitanes llegaron con el tiempo a poseer en el mismo grado.

El carácter de la guerra en el siglo 15, no da ocasión a Juana para hacer obra de estratega. Es cierto, en cambio, que todos sus contemporáneos reconocieron en ella un táctico notable y temido.

Muchos Espíritus se han desconcertado por el origen de Juana, su ignorancia e inexperiencia respecto a las cosas de la guerra, así como por su sexo y juventud.

Si no es el caso comparar a nuestra Heroína con tal o cual gran capitán, ni incluso asignarle un lugar en la falange gloriosa de los guerreros, justo será incluirla en ella debido a una excelente razón: porque los talentos que demostró poseer son los que en todo tiempo han proporcionado la victoria.

Abordemos ahora la búsqueda del porqué de la súbita iniciación de Juana en los secretos más delicados del arte de la guerra.

Realmente, esta búsqueda resultaría inútil si fuera cierto –como con sobrada facilidad se ha dicho– que el arte militar no existía en el siglo 15, que era suficiente montar a caballo; en suma, que en lo que respecta a Juana, su arte militar se reducía a llevar a los soldados a confesarse. En esto, hablemos claro.

La primera negación resulta, sin lugar a dudas, de una ignorancia completa del asunto. La segunda nos deja estupefactos: Dunois y algunos otros capitanes unían, sí, a la experiencia y el saber una ciencia ecuestre

más que suficiente para obtener la victoria: pero es lo cierto que no tuvieron buen éxito hasta que llegó Juana. En cuanto al último aserto –que por lo demás se halla en total desacuerdo con los hechos- es al menos extravagante.

Lleguemos, por tanto, a los reparos que formulan los historiadores serios y dignos por todos conceptos, ya que han buscado la solución con indiscutible lealtad. No obstante, tal examen habrá de ser rápido.

Negar lo incomprensible en el desempeño militar de la Doncella, es tener a menos las dificultades que el problema plantea.

El buen sentido, esa cualidad dominante a que se alude, en modo alguno podía darle de la noche a la mañana los conocimientos técnicos necesarios para dirigir las operaciones.

Por otra parte, la fe ardorosa que en el siglo 15 reinaba ¿era capaz de proporcionar a Juana una potencia moral suficiente? Lícito es dudarlo. Se ha invocado asimismo la obediencia. Pero ésta sólo existió realmente luego de la liberación de Orleans.

Decir que Juana realizó la unidad de acción que hasta su venida había faltado, equivale a reconocer un hecho, mas no significa hacerlo comprensible.

Dunois es testigo con el que había que contar. Sin embargo, se mostró muy inferior respecto a la Doncella el 7 de mayo de 1429, en ocasión del ataque a la fortaleza de las Torrecillas. Se sabe con cuánto ímpetu embistió Juana. El mismo procedimiento empleará en Jargeau, en Patay, y delante de Troyes, y Saint-Pierre-le-Moutier.

En suma, se han creído autorizados a atribuir “únicamente al sentimiento de rebelión patriótica” los triunfos de Juana. Claro está que el patriotismo puede –bien sea colectivamente, o bien en modo individual producir milagros: pero es incapaz de convertir en jefe de ejército de un día para el otro, a una joven ignorante y con menos de dieciocho años. Juana constituye un verdadero fenómeno, único en su género. Con tal título ocupa un puesto excepcional, tanto en Francia como en la historia de todos los pueblos. Digna de reflexionarse es la comparación que sigue: en 1429, el patriotismo, cuyo desarrollo apresuró Juana, comenzaba sólo a nacer. ¿Por qué en 1870-1871, cuando era ya más ilustrado y férvido y estaba más difundido, mostró manifiestamente su impotencia en lo que toca a salvar a nuestro país, que se encontraba reducido al trance extremo?

En síntesis: parece que ninguna de las razones humanas que se han presentado ofrece la clave de las victorias logradas empleando – conscientemente o no- los principios que grandes capitanes aplicaron en

teatros de operaciones más o menos vastos.

En mi calidad de soldado me declaro incapaz de resolver, humanamente hablando, el problema militar de Juana de Arco. .

Y el general Canonge, adopta al concluir la solución que la misma Juana ha dado, señalando como origen de sus principales actos "el socorro de Dios".

A esas consideraciones de un escritor cuya autoridad en semejantes materias no se puede discutir. Agregaremos las citas que siguen, tomadas de la obra del coronel E. Collet²⁷⁵, vicepresidente de la Sociedad de Estudios Psíquicos de Nancy, y que responden punto por punto a las críticas de Anatole France, y Thalamas, respecto del levantamiento del cerco de Orleáns, cuyo mérito, según ellos, habría que atribuirlo mucho más a los sitiados que a Juana.

Enumera el autor los acontecimientos del asedio, tras lo cual añade: .

En consecuencia, se halla bien establecido que desde el primer día mostró la Doncella un sentido militar infinitamente superior al de los mejores capitanes del ejército, al disciplinar las tropas y querer marchar incontinenti al punto en que los ingleses tenían sus principales fuerzas. Tanto los capitanes de espíritu elevado o recto –como el Bastardo de Orleáns, Florent de Illiers, La Hire, etcétera- cuanto los combatientes que no eran orgullosos ni envidiosos, tardaron poco en admitirlo.

La milicia comunal la reconoció en el acto como su verdadero jefe, persuadiéndose de que bajo sus órdenes sería invencible.

Se trata aquí de un hecho de psicología militar que se explica fácil en el presente caso pero cuya causa es más misteriosa en otros muchos que la historia menciona. ¿Por qué instinto de justo discernimiento la multitud ignorante de los soldados reconoce con frecuencia, sin ningún signo visible, a aquel que posee de veras capacidad para guiarla y proporcionarle el triunfo? Tales soldados contribuyeron, en efecto, más que las tropas asalariadas a la toma de las Torrecillas y pusieron de relieve todo el valor y la fuerza de qué son capaces los que se baten por la defensa de sus hogares y de su libertad. Ello dio a Juana la primera idea de un ejército nacional permanente, instituido mas tarde por Carlos 7º, que se hizo más sensato y patriota.

Hemos hablado ya de las razones intuitivas que la determinaron a proseguir el ataque a las obras de la orilla izquierda, pese a la decisión contraria de los capitanes, que parecía fundada en la prudencia. El resultado probó que tales razones de orden psicológico eran buenas. Cuando la hirieron en la acción y dominó el sufrimiento, alentada por sus

voces, acudiendo junto al Bastardo de Orleáns para impedirle que ordenase la retirada y a fin de dirigir enseguida por sí misma el asalto decisivo, obedeció a la misma intuición de psicología militar y al principio más racional de una buena ofensiva táctica, el de la perseverancia.

Por tanto, se puede afirmar con toda certeza que el mérito principal de la victoria correspondió a la Doncella, secundada con eficacia por los bravos capitanes y soldados que la siguieron a la orilla izquierda y ayudada en gran manera por los orleaneses, quienes actuaron con tanta habilidad como vigor en la acometida a las Torrecillas por el puente del Loira. A no ser por ella, dicho asalto no se hubiese realizado o habría fracasado.

Hay que recordar que el 3 de mayo, anunció Juana que el cerco se iba a levantar dentro de cinco días (deposición de fray Jean Pasquerel, y confesión de Jean de Wavrin du Forestel, cronista partidario de los ingleses).

Anatole France desconfía del testimonio de fray Pasquerel, aun cuando sea corroborado por otro. Las predicciones de la Doncella se le antojan sospechosas y para justificar su escepticismo cita la siguiente: .

“Antes que llegue el día de San Juan Bautista (año 29) no debe haber un inglés, por fuerte y valeroso que fuere, que se haga ver en Francia, ya en campaña, ya en batalla”. Fuente mencionada: Escribano del Tribunal de Cuentas de Brabante, en el Proceso, Tomo 4º, página 426 (A. F.: Vida de Juana de Arco, Tomo 1º, página 402).

Pues bien, hemos buscado esa supuesta predicción en el documento que cita (Proceso, Tomo 4º, página 426) y allí no la encontramos. Se ve, por lo contrario, que la profecía de Juana tocante a la liberación de Orleáns, a su herida y a la consagración en Reims, se realizó de punta a cabo. Y las bribonadas de este tipo menudean en el libro de Anatole France. No se puede frangollar más indignamente la historia ²⁷⁶ . .

Agreguemos aún el cuadro que sigue, pleno de animación y color, que el coronel Collet traza del papel de la Heroína en el sitio de Troyes: .

A caballo y empuñando un bastón, acudió la Doncella a los campamentos con el objeto de que se preparasen a escape las máquinas y materiales precisos para embestir vigorosamente la plaza. Pronto comunicó su ardor a las tropas y cada cual se daba prisa en la tarea que le incumbía: caballeros y escuderos, arqueros y personas de toda condición desplegaron prodigiosa actividad para disponer, en puntos cuidadosamente elegidos, los pocos cañones y bombardas que el ejército poseía; transportar fajinas y tablones, tablas, puertas y postigos, etcétera, así como construir parapetos y aproches, con miras a un asalto inminente y terrible ²⁷⁷ . .

Juana animaba a los trabajadores, estimulando su celo, velaba por todo y mostraba tan maravillosa diligencia –dice Dunois en su disposición, que dos o tres capitanes consumados no hubieran podido hacer más.

Y esto pasaba en plena noche, lo cual daba fantástico aspecto a aquellos preparativos extraordinarios: movimientos de hombres, caballos y acarreos, al resplandor humoso de los hachones y en un rebullicio ensordecedor de gritos, llamadas y relinchos, martillazos y hachazos, crujidos, hundimientos y rechinar de ejes, traqueteos, etcétera.

Sin lugar a dudas, el espectáculo no era común para los soldados de la guarnición, que vigilaban desde las almenas, ni para los burgueses de la ciudad, que asistían a él desde lo más alto de las casas y monumentos públicos. Podemos fácilmente imaginarnos su asombro y terror. ¡Qué mudanza se había operado en el campamento francés, antes desalentado! Y ¿qué significaban esa agitación extraña y tan espantable tumulto? Misterio que, seguramente, nada bueno presagiaba. ¡No cabía duda de que sobre la ciudad se cernía una catástrofe formidable!

Los más siniestros rumores circulaban entre las aterradas gentes del pueblo. Se apretujaban en las iglesias, doliéndose y clamando que era menester someterse al soberano y a la Doncella, tal como lo aconsejaba fray Richard en sus predicaciones. El obispo y los burgueses notables se hallaban en congojosa perplejidad: se habían comprometido a resistir hasta la muerte, pero empezaban a entrever las ventajas que les reportaría el someterse. En cuanto a los señores y hombres de armas de la guarnición, poco ciertos estaban del desenlace que la lucha tendría, si la terrible Doncella les atacaba.

Pero en el campamento francés fue poco a poco cesando el espantoso alboroto, unas tras otras se extinguieron las antorchas y entonces pareció más negra la noche. En su angustia los sitiados no veían sino moles oscuras y confusas que semejaban acercarse, moviéndose en algunos puntos próximos a los fosos. Sólo percibían vago rumor de voces sofocadas, armas que entrechocaban, pasos inseguros, ramas pisoteadas y demás, que constituían el siniestro fragor heraldo de la tormenta.

Al quebrar del alba todo se diseñó con más claridad ante las pupilas turbadas de los troyenses. Paulatinamente fue desapareciendo lo fantástico para dar lugar a la no menos amenazante realidad, a saber, el dispositivo completo de una arremetida que sólo podría ser furiosa, obstinada, implacable...

El ejército francés, provisto de su material de aproches y de ataque, se hallaba colocado en perfecto orden en los puntos más propicios, pues la Doncella, conforme era su costumbre, había empleado útilmente el tiempo

en reconocer la plaza. Las tres o cuatro piezas de artillería con que contaba, bien ubicadas y resguardadas, se aprestaban a abrir el fuego y remediar su escaso número con la rapidez y precisión del tiro. Los grupos de portadores de fajas y escalas, los arqueros y ballesteros, emboscados tras los refugios, las columnas de asalto y las reservas, silenciosas y recogidas, aguardaban la señal. Y la Doncella, de pie al borde del foso, la oriflama en la mano, echaba una ojeada satisfecha al imponente conjunto antes de ordenar que avanzasen los trompetas para dar el toque de asalto. Aquello era de un efecto sobrecogedor²⁷⁸ . .

Rica es nuestra historia en grandes capitanes, ya gentiles hombres o hijos del pueblo, todos paladines de valiente espada. Juana de Arco, según se ve, les iguala y en ciertos puntos los sobrepuja. Posee todas sus prendas militares y, además de ellas, habilidad en la preparación y audacia e ímpetu irresistible en la ejecución. Por instinto comprende que el soldado francés descuella en la ofensiva, que la furia²⁷⁹ es uno de los privilegios de nuestra raza. De ahí que le basten cinco días para descercar a Orleáns, ocho para liberar el valle del Loira, quince para conquistar la Champaña, y apenas dos meses para restablecer a la abatida Francia. En balde se buscará un hecho similar en la historia. Por consiguiente, los más ilustres guerreros pueden inclinarse ante esta joven de dieciocho años cuya frente se ilumina con el prestigio de semejantes victorias.

En esa carrera admirable no encontramos un solo momento en que física o moralmente desfallezca, sino en todas partes y siempre resistencia, intrepidez en el combate, despreocupación del peligro y de la muerte, grandeza de ánimo en el sufrimiento. El amor a su país vibra y palpita en Juana sin cesar, y en las horas desesperadas prorrumpe en sentencias breves e inflamadas que lo arrebatan todo.

Cierto es que si se deja aparte la intervención de causas ocultas, no se puede explicar que esta niña reúna aptitudes guerreras y conocimientos técnicos que sólo son capaces de proporcionar la experiencia y una larga práctica del oficio de las armas.

Poseyó Francia millares de soldados valientes y diestros generales, pero no ha tenido más que una Juana de Arco...

. . .

Vuelta a la vida del Espacio, no por ello puso en olvido a Francia. Antes bien, en las horas difíciles se cierne esta alma excelsa por encima de nosotros para inspirar a todos resolución en la prueba y valor en la adversidad.

Tal cual lo expusimos en otro libro²⁸⁰ , su desempeño en la última

contienda²⁸¹ ha sido considerable. Ya en los Consejos de Espíritus donde se deliberaba al respecto de las medidas que se adoptarían, y los movimientos que habían de provocarse, sugiriéndolos después a los generales; ya en la violenta lucha, cuando sostiene y entusiasma a nuestros defensores, donde quiera se hace sentir su influjo y contribuye con mucho al buen éxito final, a la victoria.

Aun el día de hoy suele dejar el mundo superior en que habita para descender otra vez a esta tierra de Francia que tanto amó y esparcir en ella sus fluidos bienhechores. Tan pronto como aparece, los que han muerto en la contienda, la muchedumbre sin cuento de aquellos a quienes el deber y el sacrificio aureolaron, se apretujan alrededor de ella para formarle cortejo. Y una vez llegados a la meta terrestre se insinúan por doquier, penetrando en todos los ambientes donde haya un infortunio que aliviar, un dolor por consolar.

A veces, en compañía de otros Espíritus misioneros, recibe Juana de lo Alto el encargo de participar en los Consejos de Estadistas, en las Asambleas donde se debaten los destinos de las naciones, y de influir en ellos en el sentido del derecho y la justicia. Claro está que no siempre lo consiguen, puesto que los hombres son libres y sus pasiones les arrastran, pero ¡cuántas iniquidades no han logrado impedir esos generosos Espíritus!

Es que, sin nosotros saberlo, estrecha cooperación existe entre la Tierra y el Espacio, entre los mundos visible e invisible, y la actividad de los Espíritus sublimes se desarrolla en pro del cumplimiento del plan divino y la evolución de la humanidad.

Esta obra ha sido traducida al castellano por el mismo traductor de la presente, el señor Alberto Giordano, y fue publicada su primera edición en esta lengua por esta Editora Argentina 18 de Abril, en Buenos Aires, 1973. (Nota de la Editora.)

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 20.

JUANA DE ARCO EN EL SIGLO 20. SUS ADMIRADORES Y DETRACTORES.

Sufro viendo cómo los franceses se disputan mi alma.

Juana.

La segunda mitad del siglo 19 y comienzos del 20, han visto formarse a favor de la Virgen lorenese, una fuerte corriente de opinión, laica a la par que eclesial. Poco resisten a la acción del tiempo las reputaciones mal cimentadas. Contrariamente, andando los siglos la imagen de la Heroína se

torna mayor y con más vivo brillo fulgura.

Dos orígenes tiene dicha corriente de opinión. Nació, por una parte, en las numerosas obras de historia y erudición que publicaron J. Michelet, Quicherat, H. Martin, H. Wallon, Simeón Luce, J. Fabre y otros (en este orden de ideas, ningún tema ha suscitado tan imponente conjunto de trabajo), y por la otra, de las indagaciones y el proceso efectuado por la Iglesia católica con miras a la canonización de Juana de Arco.

En ambos lados la memoria de la Heroína encontró admiradores sinceros y generosos defensores. Tras prolongado lapso de silencio y olvido, hubo como un despertar del entusiasmo. Se hubiera creído estar viviendo el día siguiente de la liberación de Orleans. Y conforme los trabajos se concretaban iba haciéndose más completa la luz. Aquella gran personalidad excedía los estrechos lindes en que la encerrara el pasado, mostrándose en toda su belleza, cual la más pura encarnación de la idea de patria, como un verdadero mesías nacional. Y pese a los esfuerzos de ciertos detractores, a quienes nos referiremos más adelante, ese magnífico impulso de simpatía no ha cesado de tomar cuerpo. En la hora actual se ha convertido la Doncella en la figura histórica más popular de nuestro país.

En 1884, el gabinete político que presidía Dupuy, adoptó la iniciativa de instituir un feriado nacional en honor de Juana de Arco. El 30 de junio, se presentó a la Cámara la primera propuesta, con las firmas de doscientos cincuenta y dos diputados, la cual comenzaba con una exposición de motivos concebida de esta manera: . Un gran movimiento de opinión acaba de verificarse en pro de

la institución de una fiesta nacional de Juana de Arco, que sería la del patriotismo.

La República de los Estados Unidos, además de su fecha de la Independencia tiene la de Washington. Y la República Francesa poseería la de Juana de Arco, amén de su fiesta de la Libertad²⁸² . [...] Ese día, todos los franceses se unirían en bienhechora comunión de entusiasmo. .

La comisión de iniciativa resolvió que se tomase en cuenta el proyecto, pero quedó en suspenso, porque finalizaba el período legislativo. Más tarde lo consideró el Senado, a requerimiento de ciento veinte senadores republicanos.

En el informe que elevó al alto organismo se expresa así Joseph Fabre, senador por el Aveyrón: .

Ni el Oriente con todas sus leyendas ni Grecia con todos sus poemas han concebido nada comparable a esta Juana de Arco que la historia nos dio. [...] ¿No es oportuno el momento para oponer su excelsa memoria a

las declaraciones peligrosas de todos los pontífices del cosmopolitismo, que quisieran persuadirnos de que no nos resta ni siquiera la única religión que no permite la coexistencia de ateos, esto es, la religión de la patria? . .

El Senado votó el proyecto de ley y lo devolvió a la Cámara. Tras haber dormido largo tiempo en las carpetas, de resultas de una enérgica petición de las Mujeres de Francia se volvió por último a tratar, votándose el 10 de junio de 1920, en los términos siguientes: "Se declara fiesta nacional de Juana de Arco el segundo domingo de mayo de cada año".

¿Qué consideración detuvo tanto tiempo a nuestros políticos escépticos de la Cámara? Probablemente las voces de Juana de Arco y el carácter espiritualista de su misión. ¿Pero esas voces han existido, el Mundo Invisible intervino! La solidaridad que liga a los seres vivientes se extiende más allá del mundo físico, abarca dos humanidades y se revela mediante hechos. Las Entidades del Espacio salvaron a Francia en el siglo 15, por intermedio de la Heroína. Guste o no, es imposible poner en olvido a la historia. Francia y el mundo están en manos de Dios, incluso cuando gobiernan los materialistas y ateos. La Revolución misma fue un acto de los poderes invisibles, mas no la comprendieron en la idea madre que la inspiró.

Se puede combatir al clericalismo y sus abusos, pero en lo que respecta al ideal espiritualista y religioso jamás se le destruirá, dado que domina tiempos e imperios, transformándose con ellos para adoptar un carácter cada vez más amplio y elevado.

Hay que notar que Juana tiene todos los títulos necesarios para que los demócratas la aprecien. En efecto, su obra no es tan sólo una afirmación del Más Allá, sino también la glorificación del pueblo del que ella surgió; la de la mujer, la del derecho de las naciones y, sobre todo, la de la inviolabilidad de las conciencias.

Los hombres del 89 y del 48, tenían ya altísimo concepto de esta imagen ideal. Todos se inclinaban ante la memoria de Juana, y Barbés escribió que "algún día iba a tener su estatua hasta en los más ínfimos lugarejos".

Del lado católico el movimiento de opinión a favor de la Libertadora, ha seguido una marcha regular y continua. El obispo de Orleáns, monseñor Dupanloup, fue el primero en concebir el proyecto de canonizarla. El 8 de mayo de 1869, dirigió al papa Pío IX, una petición suscrita por numerosos obispos, para obtener que "la Doncella, proclamada santa, pudiera recibir en los templos los homenajes y ruegos de los fieles". Los sucesos de 1870, y la caída del poder temporal retrasaron los efectos de esta primera instancia. Pero de allí a poco, se examinó de nuevo la cuestión y el

“proceso informativo”, ordenado en 1874, concluyó en 1876.

El 11 de octubre de 1888, treinta y dos cardenales, arzobispos y obispos franceses dirigían a León XIII, “sus súplicas para que Juana de Arco fuera en breve colocada en los altares”.

A la postre. Pío 10º, celebró con gran pompa la canonización el 16 de mayo de 1920, en la basílica San Pedro de Roma, en presencia de treinta mil peregrinos franceses, sesenta y cinco de los cuales eran obispos. La multitud rebasaba el recinto, llenando la plaza hasta la columnata del Bernini.

En manera alguna nos proponemos censurar las manifestaciones solemnes que se llevaron a cabo en Roma y en Francia entera. A todos los franceses asiste el derecho de honrar a su modo a la Libertadora. Solamente deploramos que en el movimiento católico en pro de Juana de Arco, parezca tan palmario el interés de casta. Se diría que quieren explotar la memoria de la Heroína, y la deforman al santificarla. ¿No intentan acaso hacer de ello un trofeo, una especie de emblema para luchas semi-políticas, semi-religiosas?

Poco sensible a tales homenajes parece ser la Virgen de Lorena. A las ceremonias ruidosas prefiere el afecto de tantas almas modestas y oscuras que saben amarla en silencio. Ascienden hacia ella sus pensamientos como el discreto aroma de las violetas, en la calma y el recogimiento de la plegaria. Lo cual la conmueve más que el brillo de las fiestas y el estruendo de órganos o cañones.

. . .

La corriente católica provocó otra contraria. Con asombro mezclado de estupor vemos diseñarse contra Juana de Arco una campaña de denigración. Cuando los pueblos todos nos la envidian, glorificándola los alemanes por la obra de Schiller, y honrándola los ingleses mismos como a uno de los más bellos ejemplos de que dispone la humanidad, en Francia se ha oído criticar y despreciar a esta gloria, que entre las más puras de nuestra nación se cuenta.

Toda una categoría de escritores librepensadores se lanzaron sobre el renombre de Juana. Ahora bien, ese director de un periódico parisiense y ese profesor de la Universidad que han adquirido especial nombradla desnaturalizando la obra de la Doncella ¿cedieron a la necesidad malsana (propia de ciertos Espíritus) de rebajar toda superioridad? ¿O han obedecido a otro móvil inconfesable? Sea lo que fuere, no podemos sino lamentar la actitud de esos dos hombres a quienes su cultura intelectual debiera haber preservado de semejante decadencia.

Leamos lo que escribe Bérenger, director de diario L'Action, acerca de la excelsa alma cuya vida acabamos de estudiar: .

Enfermiza, histérica, ignorante, aun cuando haya sido quemada por los clérigos y traicionada por su rey, no merece Juana de Arco nuestras simpatías, porque ninguno de los ideales y sentimientos que inspiran a la humanidad de la actualidad, guió a la alucinada mística de Domremy. Sosteniendo a un Valois contra un Plantagenet, ¿qué hizo de heroico o siquiera de laudable? Más que cualquier otro contribuyó a crear entre Francia e Inglaterra el deplorable antagonismo de que todavía nos cuesta trabajo liberarnos, seis siglos después. .

¿Qué podemos decir de este montón de ideas descabelladas, donde casi cada palabra es un ultraje, cada pensamiento un desafío a la historia y al buen sentido?

Y ¿Thalamos, el profesor de un liceo de París que en sus cursos para jóvenes quiceañeros, trata de introducir dudas sobre el verdadero carácter de la Doncella en esos cerebros juveniles? ¿De qué fuente ha extraído su pretendida erudición?

Más hábil fue Jean Jaurés, el gran orador socialista, que el 1 de diciembre de 1904, adoptó en la Cámara de Diputados la defensa de tan singular profesor de historia. Salvó a su cliente de las medidas disciplinarias que tal vez se le hubieran aplicado, tomando de sus recuerdos escolares los elementos con que esbozó como un panegírico de la Gran Calumniada. En su discurso no es ya Juana la alucinada que pinta a sus alumnos el profesor del Liceo Condorcet. A la fuerza debe el orador concederle una "maravillosa altura de inspiración moral, prodigioso refinamiento y sutileza de espíritu", por donde está ligada "al antiguo fondo gálico de nuestra raza".

En sus artículos periodísticos, conferencias y folletos parece Thalamos tan ajeno al patriotismo y a los nobles sentimientos con que se entreteje la historia de la Doncella, como a las nociones psíquicas y conocimientos militares que es preciso poseer para comprenderla cabalmente, y, sobre todo, para describirla. Hojeando su opúsculo de Juana de Arco, la Historia y la Leyenda- quedamos ante todo sorprendidos al ver con qué ligereza pretende impartir lecciones a historiadores de los quilates de Michelet, H. Martin y otros, que han leído los textos y, comprendiéndolos, los expusieron lógicamente con bello lenguaje desde los puntos de vista psicológico, patriótico y humano. Aun rindiendo justicia, aquí y en todas partes, a la "espléndida convicción" he incluso al "heroísmo" de la Doncella, bajo su pluma la fisonomía de la Virgen loresna va esfumándose y desaparece. Su memoria se va restringiendo en el papel que desempeñó. En suma, se trueca en un personaje de segundo o tercer orden...

A veces su táctica consiste en comparar, en oponer a Juana de Arco otros videntes, como Catalina de La Rochela y Perrinaic, la bretona. Ahora bien, en vano buscaríamos en la existencia de esas pobres mujeres un hecho, acto o palabras comparables a los que con profusión encontramos en la vida de Juana. Hay en ello un prejuicio que salta a la vista, un deseo de menoscabar a la Heroína.

En las disertaciones que ofreció en diversos puntos de Francia, emitía Thalamas el parecer de que los orleaneses sitiados podían salir solos del apuro en que se hallaban. Pero de manera completamente opuesta opina en uno de sus folletos. La toma de Orleáns en plazo más o menos próximo – dice en la página 34- hubiera sido fatal.

También los parisienses podían en 1870, expulsar a los alemanes: no les faltaban hombres, dinero ni valor. Bien se vio por lo que duró su resistencia. Más de lo que carecían era de un jefe que poseyera la fe expansiva y los talentos militares necesarios. En cambio, Orleáns había encontrado dicho jefe, y por él se salvó...

Entre los escritores que tienen a menos a Juana de Arco se ganó Anatole France, un puesto considerable al publicar en 1908, dos gruesos volúmenes en octavo. Pero esta obra, tan importante en apariencia por su extensión y documentación, pierde mucho de su mérito, no bien se la somete a un análisis atento. Lo que en ella dominan son la pérfida ironía y las burlas sutiles. No se ven allí brutalidades a la manera de los Bérenger, y otros críticos. El hábil académico procede por vía de insinuación. En esas páginas todo contribuye a empequeñecer a la Heroína y con frecuencia a ridiculizarla.

Si en ciertas circunstancias consiente en hacerle justicia, casi siempre la rebaja a la última categoría y le hace representar el papel de una joven estúpida. Así, a despecho de las numerosas veces que Loyseleur va a hablar con ella en la prisión, ora vestido de zapatero, ora con hábito eclesiástico, Juana no cae en la cuenta de que se enfrenta con una sola y misma persona.

El primer volumen de Anatole France, era notable en cuanto a estilo y coordinación de ideas. Volvíamos a encontrar en él al sutil letrado. Pero el segundo resultó incoherente, de estilo más flojo, y lleno de anécdotas divertidas o trágicas, de hechos curiosos, extraños a veces al tema. Sin embargo, tales relatos amenizan su lectura y le han asegurado feliz éxito. Pero en balde buscaréis en toda la obra un sentimiento elevado, alguna grandeza. Dichas cualidades son desconocidas para el autor. En cambio, ¡cuántos errores intencionales!

Achille Luchaire, profesor en la Sorbona, y que se cuenta entre los

maestros indiscutidos de los estudios sobre el medioevo, fue de los primeros en señalar esos errores. Ved aquí uno, por vía de ejemplo: el caballero Robert de Baudricourt, es para France, un hombre "simple y jovial". Y en apoyo de esta aserción cita una página, (Proceso, Tomo I^o, página 86) donde no se trata en modo alguno de tal personaje (Luchoire: Grande Revue, 25 de marzo de 1908, página 231, nota). France achaca al propio Baudricourt la opinión de que "Juana sería una buena ribalda y bocado sabroso para los hombres de armas". "Pero el Proceso (Tomo 3^o, página 85), al cual se remite France a este respecto -dice Luchoire-, no habla más que de la entrevista de Chinón y del cerco de Orleáns, sin referirse de ninguna manera al comandante de Vaucouleurs" (Grande Revue, 25 de marzo de 1908, página 230, nota) ²⁸³ .

Luchoire, da otros ejemplos; e idénticas comprobaciones ha realizado Salomón Reinach, en la Revista crítica. France escribe, por ejemplo: "Oyó ella la voz que le decía: '¡Helo allí!' ". Y en nota, remite al Proceso (Tomo 2^o, página 456), donde no se encuentra nada semejante (Revista crítica, 19 de marzo de 1908, página 214). Lo mismo atestigua Andrew Lang, en la Fortnightly Review. A propósito de supuestas profecías que los sacerdotes habrían revelado a algunos devotos, entre los cuales se contaba Juana de Arco, hace notar Lang: "En confirmación de lo que asevera, France menciona un pasaje del Proceso que prueba exactamente lo contrario de lo que acaba de enunciar". En otra parte se trata de los viajes que habría hecho Juana a Toul, para comparecer ante el tribunal del provisor, bajo la inculpación de haber roto un compromiso de matrimonio. Andrew Lang objeta: "Para apoyar sus asertos, cita France, tres páginas del Proceso (Tomos 1^o y 2^o). Una de ellas (Tomo 2^o, página 476) no existe, las otras dos no confirman en nada lo que él manifiesta, y una de las siguientes lo contradice".

En un artículo bibliográfico publicado por la Revista Hebdomadaire del 4 de julio de 1908, Funck-Brentano, hace resaltar con justeza las graves imperfecciones de la obra de Anatole France: .

Sin cesar se reiteran en ella las inexactitudes. Y sorprenden de parte de un escritor que en su prefacio se muestra tan severo para con quienes le precedieron. Pero, después de todo no hay en esto otra cosa que pecado venial, si bien se repite a menudo. Aumentan nuestras dudas sobre el mérito histórico de la obra de France cuando hallamos que los textos que invoca tienen un alcance muy diferente del que les atribuye. Que un historiador fuerce su pensamiento en la dirección de sus ideas preconcebidas, es lamentable, mas ¿qué decir cuando inclina arbitrariamente hacia ese lado a los mismos documentos?

Los diversos críticos que se ocuparon hasta hoy de la obra resonante

de Anatole France, de esa Vida de Juana de Arco, que tanto ruido hizo aun antes de aparecer, se han asombrado al verificar en muchos pasajes que los textos a que remitía el autor como fundamento de su relato u opiniones no sólo eran transcritos o comentados de manera inexacta, sino que no contenían cosa alguna relacionada de cerca ni de lejos con lo que les hacía France decir.

El sentido común –expresa éste- es rara vez el de lo justo y verdadero (Tomo 1, página 327). Por eso con perfecto cuidado lo ha excluido de su libro. Y en su lugar coloca, para diversión del lector, historias pintorescas e inesperadas. En el Tomo 1º, página 532, se trata del don achacado a nuestros antiguos reyes de curar los lamparones. Pues bien, este atrayente historiador consigna que en la vieja Francia, las vírgenes poseían idéntica virtud con tal que estuvieran completamente desnudas e invocasen a Apolo. He aquí, por lo menos, algo imprevisto... La cita remite a Leber, Las Ceremonias del Rito. Salomón Reinach la ha verificado. ¡Es un dato que cierto erudito toma de Plinio, el cual vivió en el siglo 1º!. .

En el mismo artículo menciona Funck-Brentano, la opinión de Andrew Lang, autor de una obra estimada sobre Juana de Arco, que se publicó en lengua inglesa: .

Lang, hace notar la eterna y desagradable fisga con que France agobia literalmente a sus lectores. La palabra fisga es sin duda un tanto dura, pues Anatole France no se burla sino que la suya es la sonrisa fina de un amable ironista. Mas la ironía no corresponde a la historia. El ironista se cambia y el historiador debe explicar. ¿Qué es la historia? La explicación de los hechos del pasado.

Pero volvamos a Lang, quien dice: “La primera cualidad del historiador genuino consiste en la imaginación simpática, única que le permite comprender la época de que habla, conocer sus ideas y sentimientos, y en cierto modo volver a vivir la existencia de los hombres de antaño. France carece en un grado completamente extraordinario de ese don esencial”.

Anatole France es un admirable solista, tomando este vocablo en su verdadero sentido. .

Por último, comenta Funck-Brentano, un artículo del crítico alemán Max Nordau, sobre el libro de France. Empezaba con estas palabras tomadas a Schiller a propósito de La Doncella de Orleáns: “Al mundo le agrada empañar lo que brilla, gusta de arrastrar por el polvo lo que es elevado”. La conclusión del artículo respondía a este introito: .

Después del trabajo de Anatole France, difícil nos será pasar ante la estatua ecuestre de la Doncella de Orleáns, sin encogernos de hombros. No

brutalmente, sino con la mano diestra, suave y acariciadora de una confidente que la despojó de su leyenda, y he aquí que privada de ese rico aderezo, hecho de cuentos y tradiciones, Juana de Arco sólo inspira piedad. No puede tratarse ya de admiración hacia ella, ni aun de simpatía. .

Estas líneas hacen resaltar claramente el carácter desleal y dañoso de la obra de un escritor que se tiene por racionalista y que, no comprendiendo en modo alguno los defectos, abriga sin embargo la pretensión de indicar sus causas y no teme tergiversar los textos para falsear la opinión.

Desde ciertos puntos de vista la obra de France constituye un grave error a la vez que una mala acción. Se pudiera aplicarle las palabras de señora de Staél, relativas a La Doncella de Voltaire: " ¡Es un crimen de la nación!"

A tales diatribas opondremos los dictámenes de ilustres contemporáneos que no se han dejado cegar por el odio político.

Hacia fines del pasado siglo, un periodista, Iván de Woestyne, que tuvo la idea de pedir a los miembros de la Academia Francesa su opinión respecto de Juana de Arco, recogió un conjunto de testimonios que constituyen brillantísimo elogio de la Inspirada²⁸⁴ . Esos hombres, que son los más finos representantes del talento y el ingenio en nuestro país, consideraron honroso, opositar a los pies de la Heroína el tributo de su admiración y reconocimiento.

Pasteur escribía: .

La grandeza de los actos humanos se mide por la inspiración que los genera. Sublime prueba de ello es la vida de Juana de Arco. .

Gastón Boissier ,dice a su vez: .

Bien que la reconocemos como de nuestra raza y sangre: es francesa tanto por las prendas de su Espíritu cuanto por su amor a Francia. .

Y León Say: .

Cuando la patria está en desgracia, resta a los franceses un consuelo: se acuerdan de que nació una Juana de Arco y de que la historia se repite. .

Por último, Alexandre Dumas (hijo) expresaba en breve fórmula los sentimientos del país entero: .

Creo que en Francia todo el mundo piensa de Juana de Arco lo que yo. La admiro, la lloro y la aguardo. .

Otros muchos pensadores y políticos se asociaron a esta

manifestación. En un discurso pronunciado en el Circo Americano exclamaba Gambetta ²⁸⁵ . .

Hay que terminar con las querellas históricas. Debemos admirar apasionadamente la imagen de la lorenesa que surgió en el siglo 15, para abatir al extranjero y devolvernos la patria. .

Por su parte, Jules Favre, hizo en Amberes, un panegírico de Juana de Arco que concluía de esta suerte: .

Juana, la Doncella de Orleáns, es Francia.. la bienamada Francia, a la que deberemos consagrarnos tanto más cuanto mayor sea su desdicha. Y más aún: es el deber y el sacrificio, el heroísmo y la virtud. Nunca la bendecirán lo bastante los agradecidos siglos. ¡Dichosos serán si su ejemplo puede reanimar las almas, apasionarlas por el bien y esparcir sobre la patria toda los gérmenes fecundos de las nobles inspiraciones y las consagraciones abnegadas!. .

Antes que Jules Favre, admiraba ya Eugéne Pelletan en Juana a la protectora de la democracia. Decía así ²⁸⁶ : .

¡Oh noble muchacha! Con tu sangre habías de pagar la más sublime gloria que a una frente humana haya santificado. Tu martirio iba a divinizar aún en mayor grado la misión que cumpliste. Has sido la mujer más grande que en esta tierra de los vivientes hubo, y eres ahora la más inmaculada estrella que reluce en el horizonte de la historia. .

En cambio, ciertos periódicos, Le Monde y L'Univers, entre otros- han atacado vivamente la institución de una fiesta de Juana de Arco por parte de la República, sosteniendo que sólo a los católicos y realistas corresponde celebrar a la Doncella ²⁸⁷ .

En igual sentido se produjeron numerosas manifestaciones políticas en diversos puntos de Francia. En ellas, el nombre de Juana se convirtió en una especie de trofeo, de instrumento de lucha.

Exaltada por los unos al paso que por los otros denigrada con ánimo de oposición sistemática, su prestigio, Pero no ha disminuido. La pura y noble imagen de la Virgen de Lorena permanece grabado en el corazón del pueblo, que sabe amarla por que ella es, sin segunda intención. Y nada pudiera borrarla de él.

El nombre de Juana de Arco sigue siendo el único capaz' unir a todos los franceses en el culto de la patria. Hondas divergencias separan todavía a los partidos. Las reivindicaciones lentas de los unos, el egoísmo y enojo de los otros, contribuyes debilitar a la familia francesa. Raros se hacen los sentimientos, al paso que los apetitos, codicias y pasiones reinan como

amos.

Elevemos nuestras almas por encima de las oposiciones de la hora actual. Con el ejemplo y las palabras de la Heroína aprendimos a amar a nuestra patria como supo ella amarla, y a servir con desinterés y espíritu de sacrificio. Bien alto repitamos, Juana no pertenece a ningún partido político ni a religión y sí a Francia, a la totalidad de los franceses.

No hay crítica ni controversia que pueda deslucir la casta a ola que la nimba. Merced a un movimiento nacional irresistible, asciende esta excelsa imagen cada vez más alto en el cielo del pensamiento sereno, recoleto y libre de preocupaciones egoístas. Ya no aparece como una personalidad en candelero, sino como ideal de belleza moral realizado. Gloriosas pléyades de Seres niales, de pensadores y. santos nos ofrece la historia, mas consigna una Juana de Arco.

Alma hecha enteramente de poesía, pasión patriótica y fe bestial, destacándose con brillo en el conjunto de las más hermosas das humanas. Sin velo se manifiesta a nuestro siglo escéptico desencantado, cual pura emanación de ese mundo superior que venero de toda energía, confortación y luz, ese mundo que hemos olvidado con indiferencia y hacia el que deben dirigirse nuestras miradas.

Vuelve Juana de Arco a estar entre nosotros no sólo por el recuerdo sino mediante una presencia real y en una acción eficaz. Nos invita a confiar en el porvenir y en Dios. Bajo su égida puede realizarse todavía la comunión de ambos mundos, que unidos en una misma idea de amor y fe regenerarán la expirante vida moral, renovando el pensamiento y la conciencia del linaje humano.

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CAPÍTULO 21.

JUANA DE ARCO EN EL EXTRANJERO.

En Inglaterra pensamos que Juana es La mayor Heroína que haya visto el mundo, y lamentamos lo que se hizo, que mal hecho estuvo.

Edward Clarke.

La vida y obra de Juana de Arco ha suscitado la admiración de todos nuestros vecinos. La Virgen de Lorena, a veces criticada y denigrada en Francia, encuentra en el exterior un respeto y simpatía universales.

Domremy se ha convertido en lugar de peregrinaje para todas las naciones. Ahí afluyen los ingleses, ya en grupos, ya aisladamente. Se encuentran asimismo norteamericanos e italianos, rusos y holandeses,

belgas y alemanes, etcétera.

Inglaterra entera siente entusiasmo por la Gran Inspirada, y sus hijos no pierden una sola ocasión para glorificarla.

En las fiestas normandas que en mayo de cada año se celebran en Ruán, figuran delegaciones inglesas que cruzan el canal de la Mancha para honrar con solemnidad la memoria de la Heroína. En 1909, concurrió con gran ceremonial, una de ellas, presidida por Edward Clarke, alcalde de Hastings, a la que precedían los dos maceros tradicionales, para depositar una rama de lirio de hierro forjado en el lugar mismo en que se sometió a Juana al suplicio. Y el alcalde de Hastings, pronunció las emocionantes palabras que sirven de epígrafe a este capítulo²⁸⁸.

Como quiera que se hubiese descubierto en los archivos del Vaticano en 1885, una memoria del siglo 15, sobre los milagros que realizó Juana, se formó una comisión para examinar y verificar dicho documento y fue designado presidente un cardenal inglés de ilustre cuna, el eminente Howard, quien hizo una noble manifestación: "No volveré las páginas de esta historia sublime con mano ensangrentada, sino arrepentida".

Inglaterra había repudiado ya el crimen de Bedford, el día en que la reina Victoria, quiso tener ante sus ojos la imagen de nuestra Juana y encargó que pintaran su retrato.

Cuando era católica, esta nación no había tratado de intimidar a Roma al llevarse a cabo el proceso de rehabilitación. Y hecha luego protestante, ayudó lo mejor que pudo a beatificarla.

Conmovedor espectáculo: ¡el leopardo se tiende a los pies de la Virgen de Domremy para implorar su perdón!

¿Por ventura no hay en esto una enseñanza para los franceses, una invitación a trenzar la más bella de las coronas para su Heroína, y, como nuestros vecinos de allende la Mancha, pedir públicamente perdón a aquella con la cual todos los partidos contrajeron culpa? Sí, por cierto, culpables... Porque católicos franceses eran los que la condenaron, en el mismo instante en que los realistas la abandonaban a su suerte cruel. En cuanto a los librepensadores, no han obrado mucho mejor con ella: Voltaire, uno de sus maestros, la profanó, y aún el día de hoy están entre ellos todos sus detractores.

. . .

Indaguemos de qué manera la memoria de Juana ha ido conquistando poco a poco la opinión pública en Inglaterra y Alemania. Para este examen hemos de basarnos en muy especial modo en el trabajo de James

Darmesteter, titulado: Nuevos Estudios Ingleses, y, en el interesante folleto de Georges Goyau: Juana de Arco, Ante la Opinión Alemana.

En primer lugar, y tocando lo que piensan los ingleses, citemos a Darmesteter: .

La sobre vivencia de Juana de Arco en Inglaterra, desde su muerte hasta nuestros días, se divide en tres períodos, a saber: bruja, heroína y santa. Primero dos siglos de insultos y odio, luego uno de justicia humana, y a la postre, en 1793, se inicia una era de adoración y de apoteosis. .

Al primer período pertenecen las crónicas de Caxton y Holinshed, así como el Enrique 4º atribuido a Shakespeare. La ola de aborrecimiento y calumnia que suscitó la obra de Juana de Arco se detiene ahí. En 1679, el doctor Howell, consigna ya que "la famosa pastora Juana de Lorena hizo grandísimas cosas". En 1747, el historiador conservador William Guthrie, escribe, respecto al juzgamiento de la Doncella: "Como el oro, apareció más pura a cada prueba a que se la sometía".

En 1796, ve la luz pública la célebre producción de Southey, Juana de Arco, poema épico lleno de lagunas y errores, pero al que anima un soplo generoso ²⁸⁹ .

Esta obra acentuó la mudanza de opinión a favor de Juana. Sin embargo, ciertos críticos ingleses la hallaron insuficiente. Thomas de Quincey, uno de los escritores más eruditos y estimados de aquel tiempo, reprocha al poeta que haya suspendido la carrera de la Heroína en la consagración de Reims, y, evitado tratar de su pasión. Con referencia a esto dice: .

Todo lo que Juana tenía que haber cumplido estaba. Restaba sufrir. Jamás, desde que se echaron los cimientos de la Tierra, hubo proceso como el suyo, si fuera posible exhibirlo en toda la belleza de su defensa y el infernal horror del ataque. ¡Oh hija de Francia , pastora, joven aldeana, pisoteada por cuantos te rodean!. .

Desde hace un siglo no cesa Inglaterra de rendir a la memoria de Juana los más cálidos homenajes. Richard Green la tiene por "la imagen de pureza que se destaca del seno de la codicia y la lujuria, del egoísmo y la incredulidad de la época". Las biografías y apologías de la Heroína se multiplican. Reproduzcamos asimismo estas palabras de Carlyle: .

Juana de Arco debía de ser una criatura de ensueños plenos de sombras y luces intensas, de sentimientos inefables, de pensamientos que erraban a través de la eternidad. ¿Quién puede decir las pruebas y triunfos los esplendores y espantos de que era escenario aquel candoroso Espíritu? .

La más reciente obra del escritor escocés Andrew Lang, acerca de Juana de Arco ²⁹⁰, constituye un magnífico alegato en pro de la Heroína, a la que el autor defiende con gracejo y sagacidad contra los ataques solapados de Anatole France. Entre otras cosas expresa: .

A mediados del siglo 18, cuando gracias a los cronistas escoceses pudo adquirir David Hume, la certidumbre de que la condena de Juana había sido inicua, todos en Inglaterra quedaron esclarecidos sobre este hecho histórico. De varias maneras se glorificó después en ese país a la Mártir. No hay niño que no conozca su impar historia. .

En los días de pruebas de la Gran Guerra ²⁹¹, cuando en supremo esfuerzo nuestras dos naciones se aliaban e intensificaban el recuerdo de Juana, las manifestaciones inglesas en su honor, tomaron emotivo carácter. Los parlamentarios ingleses, por ejemplo, que en gran número fueron a París en 1915, depositaron ante la estatua sita en la Plaza de las Pirámides una palma que llevaba la siguiente inscripción: .

Los representantes del Parlamento británico ponen esta palma los pies de Juana de Arco, como símbolo de la reconciliación completa de ambos países en la hora en que sus dos pueblos, unidos en idénticos sentimientos de veneración por la Heroína de la antigua Francia, defienden juntos la libertad del mundo ²⁹² . .

Por último, en 1924, hemos tenido la satisfacción de ver al ínclito escritor inglés sir Arthur Conan Doyle, traducir él mismo, y publicar en sus partes esenciales la presente obra, con el título de El Misterio de Juana de Arco ²⁹³. Así el talento que posee como su dominio de las ciencias psíquicas aseguraba de antemano el buen éxito de un libro que toda la prensa inglesa acogió con indulgencia. Y para presentarlo al público del otro lado de la Mancha, escribió Conan Doyle un prefacio, del que extraemos tan sólo las líneas que siguen: .

Dejada aparte la divinidad de Cristo, echaremos de ver que hay gran analogía entre estos dos caracteres, si les comparamos desde un punto de vista puramente humano. En efecto, ambos pertenecían a la clase humilde y laboriosa, los dos afirmaban y cumplían una misión, uno y otro sufrieron el martirio cuando aún eran jóvenes, ambos fueron aclamados por el pueblo y traicionados y menospreciados por los poderosos. Han sido objeto del más intenso aborrecimiento por parte de la Iglesia de su tiempo, cuyos grandes sacerdotes urdieron la muerte del uno y de la otra. En suma, los dos se expresaron con frases claras y sencillas, fuertes y concisas.

En apariencia la misión de Juana era guerrera, pero en realidad tuvo por resultado el poner término a un siglo de conflicto armado. Tan grandes fueron su amor y caridad que sólo pueden compararse con las palabras de

Aquel que en la cruz oró por sus verdugos. .

. . .

Georges Goyau, nos dice²⁹⁴ que en Alemania se conocían y seguían a diario las hazañas de Juana de Arco. Subsisten pruebas escritas de ello, como el Memorial de Eberhard de Windecke, historiógrafo del emperador Segismundo.

De ahí a un siglo, en las postrimerías del reinado de Francisco 1º, y en el momento mismo en que Du Mailian, cronista oficial de Valois, difamaba a la Doncella, al paso que Etienne Pasquier, consignaba con dolor el descrédito en que su memoria había caído en nuestro país, el joven prusiano Eustache de Knobelsdorf, improvisaba un elogio patético de la Gran Inspirada.

En 1800, Federico Schiller, a quien la Convención había honrado con el título de ciudadano francés, en un poema trágico de hermoso vuelo, vengaba a Juana de Arco de las insensateces de Voltaire.

Esta producción se llevó a las tablas y obtuvo en toda Alemania extraordinario suceso. Entre 1801 y 1843, La Doncella de Orléans alcanzó por lo menos doscientas cuarenta y una representaciones sólo en los escenarios berlineses, y el público no se cansaba de aplaudirla.

Goethe, escribía a Schiller²⁹⁵ : "Vuestra pieza es tan buena y tan bella que no encuentro nada que pueda comparársele". No obstante, la obra dista mucho de ser perfecta.

Cierto es que el autor vio en Juana un alma encendida de patriotismo, pero en su drama desfigura a menudo la historia, pero en su drama desfigura a menudo la historia, pese a lo cual esta producción ha pasado a la posteridad por cuanto atestigua el noble ideal de su autor, en versos ora incisivos y que se graban como sentencias en la memoria, ora tan conmovedores y de verdad humanos, que el alma conserva de ellos honda impresión.

Un crítico ilustre, A. W. Schlegel, expresaba en los términos que reproducimos a continuación, la admiración que le causaba el carácter de la Juana de Schiller²⁹⁶ . .

La alta misión de que tiene conciencia, y que impone respeto a cuantos se le aproximan, produce un efecto extraordinario y pleno de grandeza. .

La odisea literaria de la Doncella en Alemania no termina ahí. Después de 1815²⁹⁷ , cierto publicista bávaro, Friedrich Cottlor Wetzel, escribió una tragedia sobre Juana de Arco.

El barón de la Motte-Fouqué, descendiente de refugiados protestantes, se hizo traductor para celebrar a la Heroína, adaptando al gusto alemán la Histoire de Jeanne d'Arc, de Lebrun des Charmettes.

Pero la obra más rigurosamente histórica que al recuerdo de nuestra Juana se haya dedicado allende el Rin, es la de Guido Goerres. Este y su padre Joseph Goerres, escribieron un libro en el que "prosternaban a los pies de la Virgen francesa los homenajes de Alemania".

Juana de Arco, es la Enviada de Dios para la salvación de Francia: tal la tesis que Joseph Goerres, sostiene en el prefacio con que comienza el libro de su hijo. Dice allí:.

Destino de los franceses era el convertirse, en manos de Dios y en las edades siguientes, en látigo y aguijón para los otros pueblos. Y Francia no hubiera podido cumplir ese papel providencial de no haber sido liberada de la dominación extranjera, y si no hubiese conservado su individualidad ²⁹⁸ . .

Según Joseph Goerres, pertenecía Juana a dos mundos, el de la Tierra y el del Cielo, y estaba llamada a obrar en el uno como enviada del otro. Con este título sería de todos los pueblos, del francés por la sangre y de los demás por sus nobles acciones.

Poco faltó para que Guido Goerres, precediera a Quicherat en sus investigaciones. Montalembert, tuvo intención de abordar tan importante asunto, pero el trabajo de Guido Goerres la pareció lo bastante valioso para hacerle renunciar a ello, cosa que comunicó en carta al padre del autor. Guido permaneció algún tiempo en Orleáns y fue luego a París, a la Biblioteca Nacional, proyectando componer un nuevo libro sobre la Doncella, mejor documentado que el primero, mas fue llamado a Alemania y ahí otros trabajos le distrajeran de su intento.

De entonces acá, del otro lado del Rin, una pléyade de eruditos, historiadores y escritores de todo orden se han puesto a comentar la epopeya de la Virgen lorenesa.

Mediante la pluma de ambos Goerres, había rendido el catolicismo alemán homenaje a la Doncella. Y el del protestantismo se lo ofreció en 1850, Charles Hase ²⁹⁹ .

Uno de los biógrafos alemanes de Juana, el profesor Hermann Semmig, se atrevía a escribir en 1883 ³⁰⁰ : .

Si exceptuamos a Orleáns, en ninguna parte de Francia ama tanto el pueblo a Juana como el alemán.

Alemania –manifiesta ahora Georges Goyau ³⁰¹ – parece afectar una especie de coquetería respecto a la Doncella. Y a veces tal coquetería, por

la expresión con que se engalana, se hace poco menos que ofensiva para nosotros. Si se pudiera acusar a Francia de que olvida a la Heroína, ahí estaría Alemania para celebrarla. Si algún francés difama a Juana, surge el alemán como caballero. Se diría que la Alemania literaria y docta, apasionada siempre por la antigua Velada, tiene a los franceses cierta envidia. .

. . .

Sobre éste mismo asunto, nos ofrece Italia la Crónica general del Diario de Venecia³⁰² de Antonio Morosini, recientemente traducida y publicada³⁰³ .

Antonio Morosini, noble veneciano y comerciante armador de verdadero mérito, redactó con este título un diario que llevó sin interrupción desde 1404 hasta 1434. La Revue Hebdomadaire lo comenta en estos términos: .

Observador previsor y avisado, (Morosini) incluyó en su diario los textos de veinticinco cartas o grupos de cartas que narran las acciones de la Doncella a medida que se van produciendo. Así queda integrado de manera espontánea un sincerísimo conjunto, la serie más cautivante de ideas, impresiones y sensaciones, escritas no sólo semanalmente sino casi día a día.

La mayoría de dichas epístolas provienen de Brujas, la importante plaza comercial de Flandes, centro del tráfico, los negocios e informaciones. Algunas de ellas resumen otras misivas de orígenes diversos: de Borgoña, París o Bretaña. Las hay asimismo que llegan a Venecia directamente de Aviñón, Marsella, Génova, Milán, Montferrat. Autor de casi todas es el veneciano Pancrazio Giustiniani, residente en Brujas. Figura también Giovanni de Molino, establecido en Aviñón.

En poquísimos días –el 10 de mayo, quizá-, con rapidez de veras sorprendente llegaba hasta Flandes, de Orleáns, la noticia del combate de las Torrecillas, efectuado el 7, con la previsión de la inmediata ruptura del cerco. Casi acto continuo expide Giustiniani a Venecia –a su padre-, por correo ordinario la valija que viaja entre Brujas y la ciudad de los Dux. El mismo día, 18 de junio- Morosini transcribe la carta, preservándola y salvándola.

Después, con intervalos más o menos breves, registra, copia o compendia incesantes misivas. La retirada de los ingleses, Patay, la consagración y la marcha a París se anuncian, observan y transmiten con el reflejo de la estupefacción y el entusiasmo suscitados por tan incomprensibles realidades. Aun tras el asombroso retorno hacia el Loira y

luego de la desgracia de Compiégne continúan las simpatías. Hasta el duelo de Ruán se sigue el desarrollo del drama con no desmentida emoción³⁰⁴ . .

. . .

Con este rápido estudio puede advertirse cómo Juana, por doquiera glorificada en el exterior, hasta por sus enemigos de antaño, sólo ha encontrado detractores en el país que hizo ella libre y victorioso. El culto de que es objeto en el extranjero ¿no basta para impresionar a quienes la desprecian y que dicen hallarse animados de sentimientos internacionalistas? Sólo en Francia ha sido Juana denigrada por escritores que acaso sean meritorios, pero que se muestran incapaces de comprenderla, porque en ella lo humano y lo divino se funden y armonizan en una imagen ideal que a todos nos supera.

Su vida es como un reflejo de la de Cristo. Igual que Él, nació Juana entre los humildes y padeció injusticia y crueldad de los hombres. Habiendo muerto joven, su breve y dolorosa existencia se ilumina, así como la de Él, con los rayos del Mundo Invisible. Y hasta se suma en ella un elemento poético más, puesto que era mujer, y entre éstas fue de las más sensibles y tiernas. Singular y conmovedor es el hecho de que aquella guerrera poseyese el don de pacificar y unir. Y atrae a todos. Los ingleses, que la inmolaron, son en la actualidad sus más entusiastas partidarios, y en la misma Francia, para todos aquellos cuya alma no ha sido aridecida por el viento del escepticismo, las divergencias de opiniones en lo que a ella respecta, se esfuman y desvanecen en una veneración común.

Hemos mencionado a las almas aridecidas. En gran número las hay entre nosotros. De un siglo a esta parte ha venido haciendo su obra el escepticismo, que tiende a empobrecer cada vez más las fuentes de la vida y del pensamiento. Muy al contrario de constituir una fuerza o cualidad, es antes una dolencia del Espíritu que destruye y aniquila la confianza que debemos tener en nosotros mismos, en nuestros recursos ocultos, en las posibilidades de desarrollarnos, evolucionar y elevarnos a los planos magníficos del Cosmos mediante continuado esfuerzo; la confianza en esa ley suprema que atrae al Ser desde lo hondo de los abismos de vida y crece a su iniciativa y vuelo las perspectivas infinitas del tiempo y el vasto escenario de los mundos.

Distiende el escepticismo poco a poco los resortes del alma, reblandece los caracteres, extingue la acción fecunda y creadora. Potente para destruir, jamás creó nada grande. Y si toma incremento puede trocarse en un flagelo, vale expresar, en causa de decadencia y muerte para un pueblo.

El criticismo es producto del espíritu escéptico de nuestro tiempo. Ha

llevado a cabo un lento trabajo de disgregación, reduciendo a polvo cuanto integraba la fuerza y grandeza del alma humana. La literatura es el principal medio de influencia de que dispone ³⁰⁵. La nueva generación se deja seducir por la forma elegante del lenguaje y la magia de la expresión en sus predecesores, como también por la consideración enfermiza de que resulta más fácil criticar y mofarse que estudiar a fondo un asunto y extraer conclusiones lógicas. Así se va renunciando paulatinamente a toda convicción, a toda fe elevada, para complacerse en una suerte de vago y estéril diletantismo. Juzgan de buen tono adoptar la actitud del desilusionado, considerar vano el esfuerzo e inaccesible la verdad, renunciar a toda tarea penosa, contentándose con comparar las ideas y opiniones para tratarlas con ironía y convertirlas en objeto de irrisión.

El método es tan pobre como funesto, por cuanto debilita la inteligencia y el juicio. A la larga resultan de él un menoscabo perceptible de las cualidades varoniles de nuestra raza, indiferencia hacia los grandes deberes de la vida y desconocimiento de la finalidad de ésta, que avanzan por grados, penetran en el corazón del pueblo y tienden a agotar las fuentes de la energía nacional. Los progresos del escepticismo se explican porque entre nosotros las formas de la fe no responden ya a las exigencias del espíritu moderno y de la ley de evolución. Desprovista se halla la religión de las bases racionales sobre que se puede edificar un convencimiento firme. Ahora bien, el Espiritualismo experimental viene a llenar este vacío y ofrecer al alma contemporánea un campo de observación, un conjunto de pruebas y hechos que constituye sólido apoyo para las creencias del porvenir.

Como en tiempo de Juana y en los de Cristo, pasa sobre el mundo el soplo de lo Invisible que reanimará los corazones desfallecientes, despertando las almas que parecían muertas. Jamás debemos desesperar del futuro de nuestra estirpe. En nosotros está el germen de la resurrección, en nuestros Espíritus y corazones. La fe esclarecida, la confianza y el amor son las palancas del alma: cuando la inspiran, sostienen e impulsan, no existe cumbre que no pueda ella alcanzar...

. [[Ir a ÍNDICE](#)]

CONCLUSIONES.

De la vida de Juana de Arco se desprenden con rasgos de luz tres grandes enseñanzas. Helas aquí: .

En sus horas de crisis y de pruebas no está la humanidad abandonada a sí misma; antes por el contrario, para sostenerla y guiarla en su camino acuden de lo Alto socorros, fuerzas e inspiraciones. Cuando triunfa el mal y la adversidad se encarniza con un pueblo, Dios interviene por medio de sus

Enviados. La vida de Juana es una de las manifestaciones más brillantes de la Providencia en la historia.

Poderosa comunión liga a todos los planos de la vida, visibles o invisibles. Para las almas sensitivas y evolucionadas en quienes los sentidos internos, las facultades psíquicas se encuentran suficientemente desarrolladas, dicha comunión se verifica ya en este mundo, en la vida terrenal. Y cuanto más puras, menos sujetas a las influencias de orden inferior y mejor preparadas para las misiones que les tocan son esas almas, tanto más estrecha y fecunda resulta aquella comunión. Tales la mayoría de los médiums, entre ellos Juana de Arco, que fue de los más grandes.

Por la evolución psíquica y el perfeccionamiento moral, cada uno de nosotros está llamado a participar en el mañana de esa comunión de los vivientes con los muertos, de los moradores de la Tierra con los del Espacio, hasta que ambas humanidades –la terrestre y la celestial- formen una sola e inmensa familia, unida en el pensamiento de Dios.

Desde ya subsisten vínculos entre los hombres y los desaparecidos. Ligadas están por hilos misteriosos todas las almas que se han encontrado en la Tierra. Lo presente es solidario con el pasado así como con el porvenir, y el destino de los seres se desenvuelve en espiral que asciende desde nuestro humilde planeta hasta las profundidades del cielo estrellado.

De esas alturas descienden los mesías, los mensajeros providenciales. Su aparición entre nosotros constituye toda una revelación. Estudiándolos, aprendiendo a conocerlos, levantamos un extremo del velo que nos oculta los mundos superiores y divinos a que ellos pertenecen, mundos cuya existencia apenas sospechan los hombres, aplastados como están en su mayoría por la tosca crisálida material.

En las horas trascendentales de la historia, ofrece Dios tales vidas como ejemplos y lecciones para el género humano. Hacia esas imágenes de héroes y mártires tienen que volverse las miradas de los que dudan y de los que sufren. Y no hay entre ellas una más suave que la de Juana de Arco. Ingenuos y sublimes son a la vez sus actos y dichos. Esa existencia tan corta pero que de tal modo maravilla se cuenta entre los más hermosos dones que ha hecho Dios a Francia. Y al lado de tantos yerros y faltas en que el siglo 19 ha incurrido, será una de sus glorias el haber vuelto a iluminar ese noble perfil de virgen.

No existe nación que posea en sus anales un hecho comparable a esta vida. Conforme escribió Etienne Pasquier, es Juana ciertamente “un verdadero prodigio de la mano de Dios”.

Su acción de ayer fue preludio de una renovación nacional, y la de hoy

lo es de una renovación religioso, diverso de los que le precedieron pero que se adapta mejor todavía a las necesidades de nuestra evolución. En vez de religioso fuera más exacto decir científico y filosófico. El caso es que las creencias de la humanidad se renovarán. ¿Ha de perecer por ello el sentimiento religioso? No, sin lugar a dudas. Sólo se transformará, tomando nuevos aspectos. No puede extinguirse la fe en el corazón del hombre. Y si por un instante desaparece, es con el objeto de hacer sitio a otra más elevada. ¿No es necesario acaso que nuestro Sol se sumerja bajo la línea del horizonte para que los soles de la noche se enciendan y ante nuestras pupilas aparezca la inmensidad salpicada de estrellas? Cuando agoniza el día, es como si el Universo se velara y la vida fuera a concluir. Sin embargo, a no ser porque la luz diurna se apaga, ¿podríamos ver el hormigueo de los astros en los hondones del firmamento? Lo mismo ocurre con las formas actuales de la religión y la creencia. Sólo aparentemente mueren; para renacer más amplias y más bellas. La acción de Juana y de las almas sublimes del Espacio prepara ese renacimiento, en pro del cual por nuestra parte y en el plano terrestre laboramos sin descanso desde hace mucho tiempo, bajo la égida de la Gloriosa Inspirada, cuyos consejos e instrucciones no nos han faltado.

Por eso, con un sentimiento de ardorosa simpatía hacia ella, de veneración tierna y viva gratitud escribí este libro. Fue concebido en horas recoletas, lejos de la mundanal agitación. Conforme va precipitándose el curso de mi vida se me hace más triste el aspecto de las cosas y en torno de mí se adensa la sombra. Pero un rayo que dimana de lo Alto ilumina todo mi Ser, y ese efluvio proviene del Espíritu de Juana, que me ha esclarecido y guiado en mi tarea.

De medio siglo a esta parte, mucho se ha escrito, disertado y discutido respecto de la Virgen lorenese. Violentas polémicas y manifestaciones ruidosas se produjeron en diversos sentidos. A pique han estado de dar una batalla en su nombre. Y en medio de tales oposiciones y luchas, que Juana seguía con mirada entristecida, quiso opiniones. En ese carácter y con toda humildad personal las presento a quienes en este mundo honran a la Heroína y aman a Francia.

.
F I N

[\[Ir a ÍNDICE\]](#)